José Carlos Mariátegui

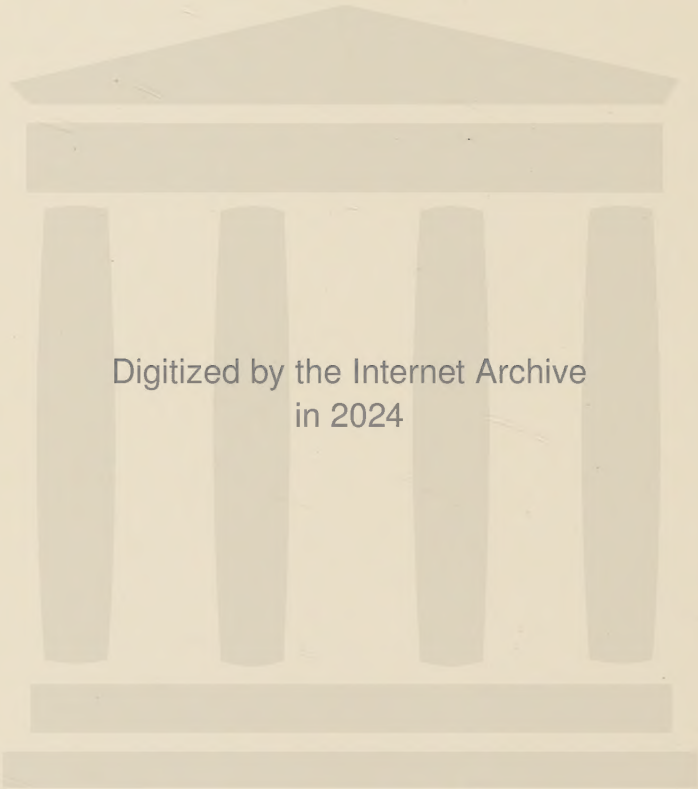
UNIVERSITY OF ARIZONA
39001032615430

Voces III 6

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI


Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0006jose

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI/ESCRITOS JUVENILES

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO 6

Voces III

Compilación de Alberto Tauro

PQ
8497
M267
A6
1997
v.6

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERÚ

© Empresa Editora Amauta S.A.
Calle 1 Nº 142, Urb. Sta. Lucía
Km. 2.600 C. C. – Ate, Lima 3
Casilla de Correos 10111, Lima 100

NOTA EDITORIAL

En este tomo sexto de los "Escritos Juveniles" continúan las crónicas que en la columna "Voces" del diario "El Tiempo" aparecieron publicadas entre los meses de mayo de 1917 y febrero de 1918. Continúan, también, los cortes de tajo abierto, como escritos con bisturí, hechos a una política criolla, desollada por su punzante ironía y sarcasmo; se aprecia igualmente el cuadro de una época de venias y protocolos rituales que son la flora retórica de un momento crucial en nuestra formación social. Más que en su cuantiosa producción periodística, sus méritos se asientan sólidamente en el valor selectivo de sus observaciones y reflexiones: es la calidad de esa valoración la que otorga crédito y sustancia a su visión de horizontes despejados por una razón penetrante hasta el vaticinio.

Es en estas crónicas, como en ninguna de sus obras, donde Mariátegui refleja las más claras fuentes históricas en imágenes marcadas con trazos de indeleble valor documental. En estas crónicas de la "edad de piedra" la vida pública (en su sentido más pudoroso) resulta irremisiblemente escabrosa. Quizás Juan Croniqueur llamó "edad de piedra" no sólo al momento cronólogico de su producción sino a la estratificación lítica de la vida política peruana, cuya historia se ha desarrollado en una caverna de debates parlamentarios que el periodista recogió en pulidas piedras testimoniales.

Este volumen es, como los anteriores, historia viva y periodismo activo, vida y pasión de un escritor indeleble cuyo documental relámpago ilumina con luz ácida el instante revelador, con Goya y Quevedo del brazo.

En este nuevo tomo, el investigador del pensamiento y de la obra de Mariátegui encontrará un material primordial decisivo para obtener una imagen completa y cabal del "Amauta",

Los Editores

JOSE CARLOS MARIATEGUI (Juan Croniqueur), 1916.

VOCES III

VOCES

El escaño del leader

Recientemente, una de estas tardes sin quórum, sin luz y sin ruido, el señor Balbuena se puso de pie en medio de la sala de sesiones de la Cámara con todo el ademán de sus momentos de orador. Pensaron los periodistas que el señor Balbuena iba a pronunciar un discurso. Y habló, efectivamente, el señor Balbuena. Pero no habló para los periodistas, ni para los taquígrafos ni para el diario de los debates. Habló para la Cámara no más.

Así dijo:

–¡Ica, la noble provincia del buen vino, de la dorada uva, del popular pisco y de la dulce "teja", se ha quedado sin representación en esta asamblea! ¡Vacío está el escaño del señor Manzanilla! ¡Y vacío está el escaño del señor Maúrtua! ¡El escaño del leader del bloque! ¡Y el escaño del leader socialista!

Pronunciaba el señor Balbuena cada frase entre dos admiraciones.

Y, después de una pausa, añadió:

–¡Ica se halla ausente del hogar parlamentario! ¡Y por eso es que los debates se han puesto tan tristes, tan opacos, tan desmayados! ¡Ica nos daba la alegría, nos daba el donaire, nos daba la juventud! ¡Ica es para el Congreso lo mismo que la rubia copa de champán para una cena!

Resonaban todavía estas frases del señor Balbuena en los corazones de los diputados cuando apareció de repente en la sala de la Cámara el señor Villagarcía, diputado suplente por Ica. Y la Cámara lo recibió emocionada y afectuosa. Ica volvía a tener representación en su seno.

Pero surgió en la Cámara una duda. ¿El señor Villagarcía reemplaza al señor Manzanilla? ¿O reemplazaba al señor Maúrtua? ¿Era el suplente del señor Manzanilla? ¿O era el suplente del señor Maúrtua? Ningún diputado osaba preguntárselo al señor Villagarcía. Y el señor Villagarcía, que probablemente no adivinaba la duda de sus compañeros, se sentaba modestamente en un escaño cualquiera que no era el escaño del leader socialista ni era el escaño del leader del bloque.

Un diputado aseguraba de repente:

–El señor Villagarcía ha venido a reemplazar al señor Manzanilla.

Mas le contradecían:

–No, señor. El señor Villagarcía ha venido a reemplazar al señor Maúrtua. El señor Manzanilla no ha pedido siquiera permiso. Y el señor Maúrtua es Ministro de Hacienda.

Y el diputado insistía:

–¡El señor Maúrtua ocupa con frecuencia su escaño de diputado! ¡Constantemente lo tenemos entre nosotros! ¡Y en cambio parece que el señor Manzanilla no quiere concurrir más a la cámara!

Estas razones prevalecían. La Cámara pensaba que realmente era muy probable que el señor Villagarcía hubiese ido a sustituir al señor Maúrtua, que asistía a veces a las sesiones, y no que hubiese ido a sustituir al señor Manzanilla que no asistía nunca. Aunque el señor Maúrtua estuviese de ministro y el señor Manzanilla continuase sólo de diputado.

Hasta ahora subsiste esta creencia en la Cámara de la farola lechuguina.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–V–1917)

VOCES

Fin de semana

Hoy, viernes.

Esta inquieta semana de emociones electorales llega a su término. La estamos viviendo a ciento cincuenta kilómetros por hora. Transcurre rápidamente, febrilmente, vertiginosamente.

Nos parece que ayer no más hubiera sido domingo. Sentimos en nuestras almas la cristiana bendición de la misa. Sentimos en nuestros cuerpos la regalada sensación del descanso. Y es que ayer ha sido día de fiesta. Pero no ha sido domingo sino jueves y la inquieta semana de las emociones ha comenzado a acabarse en este jueves.

Las palpitaciones peruanas del mes de mayo están sonando en las calles, en los corazones y en las casas. Laten los pulsos cual si todos tuvieran fiebre. Vive la ciudad llena de ansiedades y grimas.

Mañana será sábado. Las manos ásperas de los obreros recibirán sus salarios. Un instante de agitacion y turbulencia comenzará para las gentes. Se encenderá el fervor de los entusiasmos y de los partidarismos.

Y desde esta noche el señor Torres Balcázar, el señor Pardo, el señor Balbuena y el señor Miró Quesada tendrán un sueño breve y sobresaltado. Acaso alguno de ellos sufrirá pesadillas. Verá sobre una pizarra misteriosa cifras decepcionantes. Y se despertará no en la cama sino en el suelo.

Hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo, la agitación democrática de la ciudad se acentúa y se extrema. No es posible avanzar un paso sin tropezar con un viva. No es posible pasar por una esquina sin hallar cien anuncios electorales.

El *réclame* de los candidatos es tan intenso, activo y universal como el *réclame* de la Emulsión de Scott y del Jabón de Reuter. Viven apostadas en las bocacalles todas las candidaturas. Las candidaturas independientes del señorTorres Balcázar y del señor Prado y las candidaturas gobiernistas del señor Miró Quesada y del señor Balbuena. Y enseguida las treinta

candidaturas a las diputaciones suplentes que han salido de un suburbio, de un bar o de una confitería. Un acta. El señor Escribens. Un retrato. El señor Devéscovi. Un manifiesto. El señor Osterling.

Todos los hombres de la ciudad se pasan el tiempo contando las horas que faltan para el mediodía del domingo. Y, a pesar de que el mediodía del domingo viene corriendo, se siente la impresión de que faltan aún muchas horas para que gocemos sus emociones.

Van del centro a los extramuros y vienen de los extramuros al centro las vibraciones de una misma inquietud cívica. Automóviles farautes portan mensajes y conquistan adhesiones. Gritos y aclamaciones ponen a cada instante en nuestros espíritus los entusiasmos de la devoción partidarista.

Ayer los obreros pradistas llamaron a su candidato a un florido rincón popular de Los Descalzos. El señor Prado fue a partir de una misma butifarra y de un mismo vaso de cerveza con sus prosélitos del pueblo. Y la ciudad pensó que este lunch tenía el sentido de los viejos lunchs demócratas. Recobraba la Alameda de los Descalzos la integridad de sus fueros populares.

Una vez más recorrió las calles de la ciudad el señor Prado en hombros de la multitud. Una vez más sonaron las voces de su popularidad bajo los balcones del Palacio de Gobierno. Una vez más su oratoria política tuvo entonaciones vibrantes y sonoras.

Agrupábanse las gentes en los umbrales y decían:

–¡Esta candidatura del señor Prado no puede hacer su camino en automóvil! ¡No puede hacerlo sino en andas!

Y afirmaba el señor Balbuena con toda su astucia risueña de sofista:

–¡El automóvil es elemento moderno! ¡Las andas son elemento antiguo! ¡En andas se avanza muy despacio y se llega muy tarde!

Y enseguida el señor Balbuena tomaba una victoria y se escapaba.

Nosotros con todos los dedos de nuestras manos contábamos perseverantemente las horas que faltan para que brille el alba del domingo que no sabemos aún si para el Perú será un alba o un ocaso.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–V–1917)

VOCES

Amanece

En esta madrugada intranquila y nerviosa sale al umbral de su puerta el señor Juan Manuel Torres Balcázar con un manifiesto al pueblo de Lima en la mano derecha y con un sonoro ademán grandilocuente en la mano izquierda.

Hasta esta hora ha vivido el señor Torres Balcázar guardando avaramente sus fuerzas de tribuno con pantalón blanco. Sólo ha hablado en voz baja. La voz baja es la voz persuasiva, la voz conmovedora, la voz amorosa. Es la voz con que se le habla a la novia y con que se le pide el voto al elector. Y la voz baja cuando es seductora está siempre acompañada de la sonrisa o del llanto. La voz alta es la voz acusadora, la voz revolucionaria, la voz adoctrinante. Es la voz con que se les habla a las multitudes. El señor Torres Balcázar ha concluido de hablar en voz baja y ha comenzado a hablar en voz alta.

Hoy el señor Torres Balcázar saluda así a todos los ciudadanos de Lima:

–¡Buenos días!

Es un chantecler ufano y vibrante que anuncia al Sol y despierta a los hombres. Un chantecler gordo y áureo. Un chantecler que quiere ser el gallo de la pasión para el señor Pardo. Un chantecler avizor, gallardo y denodado.

Ha leído el señor Torres Balcázar que los periódicos dicen:

–¡El señor Balbuena y el señor Miró Quesada están proclamados por el partido civil y por el partido liberal!

Y el señor Torres Balcázar proclama:

–¡Partidos, no! ¡Retazos de partidos! ¡Pobres retazos!

Alármanse el señor Miró Quesada y el señor Balbuena con las frases del señor Torres Balcázar y el señor Torres Balcázar grita entonces más pujante que nunca, para que se le oiga dentro del Palacio de Gobierno:

–¡Yo soy el candidato de la oposición! ¡Yo soy el candidato de todos los hombres que no piensan lo mismo que el señor Pardo! ¡Yo soy el candidato de la rebeldía y del apóstrofe!

Salen solos a las calles los caballos de los gendarmes.

Y el señor Torres Balcázar dice entonces:

–¡Si nos disputan la victoria democrática las arbitrariedades del poder, bueno! ¡Contra la fuerza, la fuerza!

Aplauden las gentes arrebatadas. Vuelven los caballos de los gendarmes a sus cuadras. Se despiertan las sombras dormidas en el Palacio de Gobierno. La madrugada se llena de entonaciones viriles. Y el señor Torres Balcázar se inclina ante la ciudad y espera la mañana con su papel en la mano derecha y su ademán en la mano izquierda.

Amanece.

Es el día último de la semana febril de todas las emociones. Acaso a esta hora se han levantado ya el señor Prado, el señor Miró Quesada y el señor Balbuena. Acaso no se han acostado todavía.

Vienen y se van de nuestra estancia las gentes trasnochadoras.

Nuestras almas sienten la fatiga de la ansiedad, de la antesala y de la mala noche.

Y sobre nuestra mesa vasta y hospitalaria el manifiesto del señor Torres Balcázar vibra solo.

Balbuena, suplente

Hoy, sábado.

Estamos en la víspera del veinte de mayo. Miremos el calendario de don Juan Ríos para comprobarlo. Y si no nos persuadimos aún, veamos el Almanaque de Bristol. El calendario de don Juan Ríos y el almanaque de Bristol nos demostrarán que hoy es diecinueve de mayo y que mañana es veinte de mayo.

Para el país este mes de mayo no existe sino en dos días. Un día, el veinte. Otro día, el veintiuno. El mes de mayo peruano comienza el veinte y termina el veintiuno. Es un mes vertiginoso en la virtualidad de sus dos días.

Recorramos las calles. Busquemos a los candidatos. Pongamos nuestras manos en su corazón. Hoy es un día de emociones para los candidatos y para sus partidarios. Todos los candidatos sienten que están viviendo a

prisa el mes de mayo. Caminan por las calles apresuradamente. Pero tienen que detenerse a cada instante porque sus prosélitos los atajan.

No tenemos sino cuatro candidaturas para las diputaciones en propiedad. Sin embargo, estas cuatro candidaturas han sacudido a todos los espíritus. Han bastado para sacarlos de quicio. El bondadoso elector limeño se encuentra con dos diputaciones en las manos y con el señor Prado y el señor Torres Balcázar a su diestra y el señor Balbuena y el señor Miró Quesada a su siniestra.

Mientras tanto, los candidatos a las diputaciones suplentes son innumerables. El problema de la elección está, pues, solucionado respecto de ellos. El bondadoso elector les promete su voto a todos los pretendientes. Piensa que tiene cuatro diputaciones en las manos y que estas cuatro diputaciones van a ser como los panes y los peces bíblicos.

Nosotros les preguntamos a los transeúntes:

–¿Se sabe cuántos candidatos a las diputaciones suplentes hay? ¿Han hecho una estadística de estos candidatos las autoridades? ¿Se ha abierto un registro para ellos?

Y los transeúntes nos responden:

–No. Pero se puede sacar la cuenta instantáneamente.

Y enseguida comienzan a contar a los candidatos, uno por uno, con la ayuda de todos sus dedos, haciendo la exégesis de sus candidaturas:

–El señor Escribens, uno. El señor Escribens es el candidato de la juventud, de las carreras de caballos, de los periodistas y de los bohemios.

–Bueno.

–El señor Devéscovi, dos. El señor Devéscovi es el candidato de los hacendados, del Club Nacional, de su automóvil gris, del toreo clásico y de Gaona.

–Bueno.

–El señor Germán Ugaz, tres. El señor Germán Ugaz es el candidato de la tradición demócrata de la Municipalidad, del señor Balbuena y del señor Luis Fernán Cisneros.

–Bueno.

–El señor Osterling, cuatro. El señor Osterling es el candidato del barrio de La Victoria, de la Cerámica, de Limatambo y de la Alameda Grau.

–Bueno.

–El señor Gonzalo Seoane, cinco. El señor Seoane es el candidato del teatro nacional, de los cinemas, de los "entalladitos".

–Bueno.

–El señor Iturrizaga, seis. El señor Iturrizaga es el candidato de "La Prensa", del teatro Mazzi, de los panaderos, de la policía y de las sociedades confederadas.

–Bueno.

–El señor Koechlin, siete. El señor Koechlin es el candidato de los conservadores, de las asociaciones pías, de las almonedas y de Abajo del Puente.

–Bueno.

–El señor Cossío, ocho. El señor Cossío es el candidato de los distritos rurales y de los hombres de campo.

–Bueno.

–El señor Ayllón, nueve. El señor Ayllón es el candidato de los tenedores de libros, del comercio al por menor, de las cajeras de botica magras y cuarentonas y de los horteras con escarpines.

En este punto detenemos a los transeúntes:

–Nueve candidatos. ¿Y faltan muchos todavía?

Los transeúntes nos responden oprimiéndose con la mano derecha cuatro dedos de la mano izquierda:

–¡Faltan treinta!

Nos alarmamos y nos volvemos a nuestra casa.

Pero hasta nuestra casa llega la noticia de un candidato más. Es el señor Balbuena. La última hora hace al señor Gerardo Balbuena candidato a una diputación suplente también.

Un ciudadano ladino nos ha venido a decir:

–El señor Balbuena me ha pedido su voto. Yo se lo he prometido. Y voy a votar por él, pero no para diputado propietario sino para diputado suplente.

Nos hemos sorprendido:

–¿El señor Balbuena, suplente?

Y nos ha dicho:

–Sí: el señor Balbuena suplente. Yo le he prometido mi voto al señor Balbuena pero no le he puntualizado para qué. Y, además, en esta circular que ha recorrido todo Lima, el señor Balbuena les pide sus votos a los electores, pero no les dice para qué.

Sentimos, pues, que surge una candidatura más a una diputación suplente.

Todos los hombres de la ciudad que aman al señor Balbuena y que no pueden votar por él para una diputación en propiedad votarán por él para

una diputación suplente.

Será un voto de honor yuxtapuesto al voto valedero.

Y así el señor Balbuena tendrá seguramente la satisfacción de haber ganado, entre unos y otros, los votos de la mayoría de los ciudadanos.

Satisfacción no más.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–V–1917)

VOCES

Hoy domingo veinte de mayo

Este es el veinte de mayo.

Hemos esperado que llegue la madrugada para ponernos a escribir sobre este día. Hemos necesitado de su ambiente y su alborada. Hemos aguardado que sonasen las 4 de la mañana en el reloj de la imprenta para salir de nuestra estancia, mirar al cielo y tornar luego a nuestra "Underwood" familiar y amiga.

Largos e inquietos días hace que esperamos el veinte de mayo. Una vez, el cuatro de marzo, sentimos su inminencia. Y la sentimos trágica, terrible y pavorosa. Tuvimos la impresión de que el cuatro de marzo se prolongaba hasta la eternidad en una sucesión de puntos suspensivos.

Pensamos ahora que un instante tremendo en la vida del Perú ha estado encerrado entre el cuatro de marzo y el veinte de mayo. Aquella fecha es un paréntesis que se abre. Esta otra es un paréntesis que se cierra. Y dentro de este paréntesis existen tantos cadáveres que parece que hubiera un mausoleo en el corazón de la patria.

No quieren las gentes meditar en estas cosas que les parecen muy tristes. Se defienden de las obsesiones sombrías con las manos. Las manos les sirven aquí a las gentes lo mismo para razonar que para no razonar. Una mano puede pronunciar un argumento. Y una mano puede alejar un fantasma.

Hay hombres reflexivos que aseguran:

–Hemos perdido la libertad electoral.

Y el país parece que dijera que sí con la cabeza.

En este día, que es el veinte de mayo irremisiblemente, van a votar los ciudadanos del Perú. Una vieja costumbre nacional hará que voten también los muertos. Los muertos saben aquí siempre hacer lo que no quieren hacer los vivos. Y los muertos tienen aquí siempre un anhelo inefable de solidaridad con los vivos.

Las gentes bien informadas nos dicen que este país de cuatro millones

de habitantes no tiene más de cien mil ciudadanos electores. Y, acaso por parecerles función cívica de los difuntos, los ciudadanos son huraños al sufragio. Hay quienes afirman que no es ésta sino otra la razón de tal hurañez. Los ciudadanos del Perú saben que sus votos no eligen. Las elecciones están hechas antes de que los ciudadanos sufraguen. Además los votos de los muertos son más numerosos que los votos de los vivos. Se podría decir que en el Perú el pasado está gobernando al presente.

Nadie sabe si este veinte de mayo se va a parecer al cuatro de marzo. Los periodistas dogmáticos y científicos dicen que es muy grande nuestro atraso democrático y que es explicable que las elecciones se hagan a tiros en las serranías. Pero los intérpretes perspicaces del alma de la ley electoral dicen que el veinte de mayo es un día distinto del cuatro de marzo. Sostienen que los diputados quedan elegidos en las provincias el cuatro de marzo y no el veinte de mayo como las ingenuidades de la opinión pública suponen.

Parece que únicamente en Lima las elecciones se realizan el veinte de mayo. Por eso es que en Lima estamos tan intranquilos. Por eso es que en Lima estamos tan nerviosos. Por eso es que en Lima estamos tan excitados. En Lima hay más ciudadanos que en parte alguna del Perú. Una asamblea de contribuyentes no puede dar aquí sin mas refrendación una credencial de diputado.

Todas estas son cosas de la ley.

Y sin embargo las elecciones mismas no parecen en el Perú todavía una cosa de la ley. Tampoco parecen por supuesto una cosa de la suerte. Tienen del cubilete y de la cámara oscura. Revisten virtualidad de juego malabar, de prestidigitación, de escamoteo, de sortilegio y de prestigio.

Mas de todos modos el veinte de mayo es un día interesante para el Perú. Y más interesante que ninguno es este veinte de mayo que comenzamos a vivir ahora. Hay hombres vibrantes que se pasean en andas por las calles y que le hablan al pueblo con una acerba entonación de apóstrofe para el gobierno. La atmósfera está llena de enardecimientos cívicos. Se siente que empieza un día emocionante.

Inquietos y agitados, estamos esperando nosotros que llegue la mañana para oír misa por los vivos y por los muertos.

El debate roto

Hoy habrá un voto trascendental.

No el señor Pardo que es el Presidente de la República, pero sí el señor

García Lastres que es su Ministro de Hacienda, llevará hoy a las ánforas un voto del gobierno que no va a ser para las candidaturas gemelas del señor Miró Quesada y del señor Balbuena, sino para la candidatura de oposición del señor Torres Balcázar.

Estaremos llenos de ansiedad y de expectación hasta la hora en que el señor García y Lastres se acerque a una mesa receptora para dejar su voto en que estará escrito el nombre del señor Torres Balcázar.

Y es muy justo que el ministro de hacienda del señor Pardo vote por el señor Torres Balcázar. El señor Torres Balcázar hizo desmenuzamiento y análisis del proyecto del presupuesto. Y el día en que se clausuraron las sesiones del parlamento, el señor Torres Balcázar estaba aún con el uso de la palabra. El señor García y Lastres o el señor Heráclides Pérez resolvieron más tarde dejar cerrado el congreso y prorrogar el presupuesto. Un debate interesantísimo entre el señor Torres Balcázar y el señor García y Lastres quedó interrumpido.

El gobierno no ha querido que el señor Torres Balcázar sea reelegido diputado por Bolognesi. Tampoco quiere que sea elegido diputado por Lima. Le está cerrando con todas sus fuerzas la puerta de la Cámara de Diputados. Pero necesita ser cortés y galante. Para serlo tiene que mandar un voto a las ánforas electorales. Un voto que sólo puede ser el voto del señor García y Lastres.

Una de estas tardes nerviosas y agitadas el señor Torres Balcázar ha hablado incidentalmente con el señor García y Lastres.

Y el señor Torres Balcázar no ha desperdiciado la oportunidad de conquistar un voto más:

–¿Por quiénes va usted a votar en las elecciones?

El señor García y Lastres se ha sonreído y le ha contestado así:

–Votaré por los candidatos de la alianza civil–liberal.

Mas el señor Torres Balcázar le ha replicado:

–¡No! ¡Usted debe votar por mí! ¡Tenemos una discusión pendiente sobre el presupuesto! ¡Y es indispensable que usted me ayude a regresar a la Cámara de Diputados para continuarla!

Y el señor García y Lastres se ha inclinado ante el argumento del señor Torres Balcázar y le ha dado su palabra de honor de votar por él.

Es así como el voto del gobierno va a favorecer al señor Torres Balcázar y en tanto que sus gendarmes y sus caballos salen al encuentro de su popularidad.

Y un voto puede dar la mayoría.

Esta tarde

Vibran todavía en la ciudad las voces de la inquietud de anoche. Ha habido insomnios profundos en todas las casas. Los automóviles y las victorias han cruzado incesantemente las calles llenándolas con el ruido de sus bocinas y de sus fustas.

Amanece este día domingo con las cuatro candidaturas cardinales de ayer y de antes de ayer. El señor Jorge Prado. El señor Torres Balcázar. El señor Miró Quesada. El señor Balbuena. Y las candidaturas a las diputaciones suplentes, las candidaturas accesorias, las candidaturas secundarias, las candidaturas modestas, han seguido multiplicándose. Nace una candidatura a una diputación suplente en cada hora que pasa sin inquietar al señor Escribens.

Vecino nuestro, el señor Jorge Prado no cesa de arengar a los ciudadanos con todo el entusiasmo sonoro de su juventud. En esta misma acera, la casona solariega del General La Fuente y la casa transitoria del Serrano, son el hogar de una multitud devota.

Igualmente vecino nuestro, el señor Juan Manuel Torres Balcázar tiene aún en la mano derecha el arrogante manifiesto que ha pegado en las esquinas. Pero no se encierra dentro de su casa particular ni dentro de su casa política. Sale a las calles encabezando a sus prosélitos y soliviantando sus sentimientos democráticos. Estremece a la ciudad con sus apóstrofes.

Optimista, muy optimista, el señor Balbuena pasa en una victoria y nos grita desde ella:

–¡Yo soy diputado suplente en ejercicio! ¡Pero aspiro al ascenso!

Y el señor Miró Quesada abandona su automóvil muelle de burgomaestre para confundirse y perderse entre las muchedumbres tumultuosas.

Un mediodía sensacional nos aguarda a todas las gentes burlonas y humoristas de esta metrópoli.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–V–1917)

VOCES

Hoy lunes...

La madrugada zozobrosa, intranquila y anhelante del veintiuno de mayo ha reportado nuestro ánimo. Sentimos que este es un momento de armisticio y de tregua en las elecciones. Y pensamos que el primer día de las elecciones no ha tenido la sorpresa, la inquietud y la emoción que nosotros aguardábamos.

El domingo es un día santo. Tan sólo cuando es un domingo siete se puede esperar de él repentinismos alevosos. El domingo está hecho para la misa, para la fiesta, para el descanso y para el recreo.

En esta madrugada nos hemos recogido, nos hemos callado y nos hemos puesto a examinar la fisonomía del día que ha pasado. Hemos vuelto atrás los ojos para mirar el día que se alejaba. Y hemos comprendido que no ha salido el día que las gentes metropolitanas esperaban.

Hablaban las gentes el sábado:

–¡Mañana domingo!

Y fingían un escalofrío muy fuerte de miedo.

Hablaban las gentes en la mañana de ayer:

–¡Hoy domingo!

Y fingían un escalofrío mayor.

Se nos contagiaba a todos este escalofrío y todos nos llenábamos de desazones, grimas y temores.

El comentario burlón, el comentario malévolo, el comentario genuinamente limeño decía:

–¡Hoy no habrá carreras en el hipódromo! ¡Pero habrá carreras en la ciudad! Este será inevitablemente un día de carreras...

Y el mismo comentarista se hacía esta objeción para respondérsela con sus sonrisas y sus puntos suspensivos:

–Estas carreras no serán carreras de caballos...

Hubiérase dicho que las gentes metropolitanas se arredraban ante la

inminencia de un día tremendo, pero tenían un placer sutil en la sensación de esa misma inminencia. Las gentes metropolitanas se asustan ante el peligro. Mas les place que el peligro las asuste.

Las elecciones de ayer han sido, sin embargo, tranquilas, sosegadas, discretas. La democracia criolla, esa democracia que vibró en los tumultos y en los papeles de la semana última, se halló cohibida, medrosa, irresoluta. Le pareció una cosa muy grave hacer alarde de su poderío y de su audacia. Salió a las calles sin disciplina y paso a paso.

No han parecido las elecciones de ayer unas elecciones criollas. Y no es que el empleo modernista del automóvil las haya desnaturalizado. Es que les ha faltado bulla, garrotazo, truhanería, pisco y algazara.

Apenas si a la hora en que se veía a los farautes, jiferos, bigardos y malandrines enseñoreados de las victorias y de los automóviles, y no en el pescante sino en toda su regalada hospitalidad, era posible persuadirse de que nuestra democracia estaba despierta.

Pero, a pesar de todo esto, había una sensación unánime:

–Algo le falta a nuestra democracia en este día.

Hombres asaz mordaces y malignos afirmaban:

–En este día es una democracia sin pisco.

Regocijábanse entonces las gentes de "La Prensa" y decían:

–¡Un éxito del señor Rey de Castro! ¡El señor Rey de Castro aconsejó que se cerrasen las cantinas para que no hubiese malos ánimos! ¡El señor Rey de Castro aisló las elecciones del pisco!

Eran ya las cinco de la tarde cuando la ciudad se dio cuenta de que había terminado el primer dia de elecciones. Entonces quiso la ciudad llenar las ánforas. Entonces se empeñó la ciudad en acudir a las mesas. Pero ya las ánforas estaban guardadas. Y sobre las mesas se apoyaba el codo o el rifle de un gendarme.

Se encendieron las curiosidades y brotaron las interrogaciones:

–¿Es verdad que ya ha concluido el primer día de elecciones?

Y hubo nuevas curiosidades y nuevas interrogaciones:

–¿Ha ganado Prado? ¿Ha ganado Miró Quesada? ¿Ha ganado Torres Balcázar? ¿Ha ganado Balbuena?

Toda la ciudad se puso a hacer sumas.

Un diario apareció a las siete de la noche para decir:

–¡Ha ganado el señor Miró Quesada!

Y otro diario apareció a las 8 de la noche para decir:

-¡Ha ganado el señor Balbuena!

Nosotros hemos tenido que recoger todos los sumandos dispersos de las mesas receptoras y agruparlos por nuestra cuenta y a nuestro entender.

Y hemos dicho:

–Ha ganado el señor Prado.

Más tarde una convicción se ha apoderado de nuestro espíritu: la convicción de que los ciudadanos han esperado el día de hoy para votar. Hábito nacional es el de esperar la última hora. Nos gusta a los peruanos sentir la emoción de la llegada, del final, de la meta. La votación tendrá pues hoy su momento definitivo.

Después de habernos pasado largas horas esperando la tarde cívica del domingo, comenzamos a esperar más ansiosamente todavía la tarde cívica del lunes.

Tornamos a escribir:

–Hoy, lunes, veintiuno de mayo, Año del Señor de 1917, vulgar día de trabajo, etc.

Y aquí ponemos un renglón de puntos suspensivos.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–V–1917)

VOCES

Sumas y restas

Hemos salido de una plaza pública y hemos entrado en una trastienda.

Respiramos ahora de distinta manera. Sentimos sombras a nuestro alrededor. Vemos cifras en el techo, en las paredes y en el suelo. A un lado, una suma. A otro lado, una resta.

Nuestra democracia no palpita ya dentro de muchos cubiletes sino dentro de un solo cubilete. Una mesa grande ha reemplazado a todas las mesas chicas. Una comisión receptora única, trascendental y suprema recoge los votos de la ciudad entera.

Ya pasaron las voces de la jornada cívica. Regresaron a sus figones los bigardos y los malandrines de alquiler. Volvieron a sus cuarteles los guardias, los gendarmes, los caballos y los rifles. El último automóvil de galloferos pasó hace mucho rato fugitivo y raudo.

Medrosas y honestas gentes salen a las calles para preguntar si el triunfo es del señor Prado, si el triunfo es del señor Miró Quesada o si el triunfo es del señor Balbuena.

Y en una esquina les dicen que el escrutinio leal es éste y en otra esquina les dicen que el escrutinio leal es aquél.

Sorpréndense las medrosas y honestas gentes que han estado encerradas en los días de la jornada cívica.

–¿Todavía están votando los ciudadanos?

Les responden:

–No; los ciudadanos han terminado de votar.

Se tranquilizan las medrosas y honestas gentes y siguen caminando por las calles persuadidas nuevamente de que no las alcanzará ninguna bala perdida.

Nosotros sentimos que los días de las elecciones no han durado ni un momento. Nos obsesionamos con la idea de que ni el veinte ni el veintiuno de mayo han tenido veinticuatro horas cabales. Nos persuadimos de que

hasta el tiempo ha sido mistificado. Pensamos que nuestro reloj ha estado engañándonos. Y recordamos enseguida que nuestro reloj nos fue obsequiado por el señor Balbuena.

Vienen hasta nuestra estancia muchos rumores. Salimos a la puerta de la imprenta y nos damos cuenta de que no son los rumores de protesta. Son los rumores de una felicitación. Vienen de la casona del señor Prado. Dentro de ella están en hervor los entusiasmos y las congratulaciones.

Pasa en automóvil el señor Jesús Larco Torres y saca la cabeza por la ventanilla para decirnos:

–¡Tenemos mil votos más que Miró Quesada! ¡Y tenemos dos mil votos más que Balbuena.

El automóvil se lleva al señor Larco Torres y nosotros pensamos que probablemente se lo lleva al cielo.

Volvemos a nuestra estancia. Pasamos de una cifra a otra cifra, de una cifra a otra cifra. Mas nos afirman que las matemáticas no representan en la política del Perú valores concretos sino valores abstractos.

Un guarismo no representará nada inalterable mientras exista el borrador de Faber.

Habla la ciudad a nuestra puerta:

–¡Prado tiene seis mil votos!

Comprendemos que seis mil votos están retando al señor Prado dentro del cubilete grande de la junta escrutadora. Comprendemos que estos seis mil votos significan una credencial. Comprendemos que estos seis mil votos se hallan lejos de las manos de los gendarmes.

No hay ya farautes ni alquilones que puedan destruir los seis mil votos del señor Prado. La mesa de la Junta Escrutadora no está al alcance de la jornada cívica. No es la mesa de la plaza pública sino la mesa de la trastienda. No está a la luz plena del sol sino en la penumbra.

Ha concluido la expectación para que empiece otra nueva. Vivimos pendientes de una suma grande. Una suma que tardará mucho rato en aparecer en las calles.

Aguardándola, nos quedaremos tal vez dormidos.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–V–1917)

VOCES

Congratulándonos

He aquí que la voz del gobierno dice:

–Ha habido libertad electoral..

La voz del gobierno no es en estos momentos la voz de sus escritores ni la voz de sus turibularios. Es la voz de sus funcionarios políticos. Es la voz del director de policía señor Alvarez Sáez.

Una de estas tardes el gobierno hará que otro de sus altos funcionarios, el señor Heráclides Pérez, le afirme al país o le afirme exclusivamente al cajero fiscal:

–Hay legalidad administrativa.

El país tendrá que creerlo.

El señor Alvarez Sáez les ha tendido la mano a las autoridades de policía y les ha dicho:

–Bien. Admirable. Pluscuamperfecto. El gobierno los felicita a ustedes por su imparcialidad.

Una frase de un funcionario del señor Pardo es incontrovertible y definitiva.

Nosotros queremos sentir que la verdad está en los labios del régimen. Para escucharla hemos levantado la cara al Palacio de Gobierno. No ha habido en nuestro corazón reserva ni mala voluntad.

Y hemos tenido la energía de persuadirnos de que ha habido libertad electoral.

Nos hemos dicho que el apresamiento de los amigos del señor Prado y del señor Torres Balcázar, la agresividad de los gendarmes, de los policías y de los caballos, los secuestros de funcionarios electorales, la coacción de los ciudadanos y el matonismo de los galloferos, han sido tan sólo mendacidades de las gentes insensatas.

Ha habido libertad electoral.

El convencimiento de que no se ha asesinado a ningún hombre debía

bastar para hacérnoslo sentir.

Acaso es verdad que han estado gobernando nuestra burocracia brigadas de hampones y farautes, soliviantados por la noble bebida nacional llamada pisco, pero es verdad igualmente que hemos podido ocultarnos en nuestras casas para librarnos de procacidades y fastidios.

Escondidos bajo nuestras camas, acogidos a la gracia de Dios, alejados de todo enardecimiento partidarista podíamos tener la seguridad de que no nos llevarían presos ni nos atropellarían con un caballo.

Los hombres del gobierno únicamente querían que el señor Miró Quesada y el señor Balbuena fuesen diputados por Lima. Si nosotros acudíamos a las ánforas para sufragar a su favor, nada malo nos ocurriría. Era apenas necesario que nos apartásemos de la imprudencia de votar por el señor Prado o por el señor Torres Balcázar.

–Ha habido libertad electoral– aseveran los funcionarios del señor Pardo.

Cerramos los ojos para responderles:

–Bueno.

Desde lejos

No mezquinas y sórdidas sino amorosas, buenas y cristianas son nuestras diáfanas almas de escritores. Para varios candidatos hemos anhelado el triunfo en las elecciones, pero singularmente para uno han sido todos nuestros votos íntimos y afectuosos. Para uno han sido todas nuestras complacencias. Para uno han sido todas nuestras súplicas al cielo.

Este candidato no es el señor Prado, ni el señor Torres Balcázar, ni el señor Víctor Andrés Belaúnde, ni el señor Emilio Sayán Palacios, ni el señor Pinzás, ni el señor Peña Murrieta, ni siquiera el señor Juan Pardo. Es el señor Felipe Barreda y Laos. El mismo señor Barreda y Laos que nos desdeña. El mismo señor Barreda y Laos que nos repudia. El mismo señor Barreda y Laos que, siendo primo del Presidente de la República, puede ser también diputado por Cajatambo.

Un ciudadano chico y magro, el señor Dunstan, ha querido a todo trance atajar la elección del señor Barreda y Laos. La pobre legislación de esta tierra ha tenido la indolencia de no poner en las manos orgullosas y blancas del señor Barreda y Laos los medios legales adecuados para castigar la osadía del señor Dunstan. El señor Dunstan ha seguido siendo ciudadano del Perú y aspirante a la diputacion por Cajatambo.

Nuestro encono al señor Dunstan ha sido nuestro encono máximo. Tanta pertinacia, tanto tesón y tanto empeño de un ciudadano chico y magro por cerrarle la puerta de la Cámara de Diputados al señor Barreda y Laos nos han parecido merecedores de cualquiera de las sanciones del Código de Justicia Militar.

Y es que deseamos muy vivamente que el señor Barreda y Laos entre a la Cámara de Diputados. Queremos verle allí para oírle hablar en nombre de su tradición, de su abolengo y de su prosapia, rutilantes, impolutas y aromadas palabras. Pensamos que un señor Barreda y Laos que se va hasta Cajatambo para regresar de diputado, ha de llevar al parlamento mucho lustre, mucho honor y mucha gloria.

Hace tiempo que oímos afirmar a sus amigos:

–Felipe Barreda y Laos tiene talento.

El país no puede ponerlo en duda. Únicamente se pregunta si en el señor Barreda y Laos es también el talento una cosa del apellido. Espera una contestación. Y la espera del señor Barreda y Laos diputado.

Afortunadamente ya están en Lima los telegramas que anuncian el triunfo del señor Barreda y Laos en la elección de Cajatambo. Tenemos que creer en ellos a pesar de que los han trasmitido los hilos del Estado. Hay en sus palabras una ingenuidad expresiva.

Cuentan esos telegramas que el pueblo de Cajatambo alborozado se congregó para felicitar al subprefecto por el triunfo del señor Barreda y Laos. Ese pueblo, honrado y simplicio en sus actitudes, veía en el subprefecto al personero del señor Barreda y Laos. No pudiendo estrecharle la mano al señor Barreda y Laos se la estrechaba al subprefecto. Ese pueblo supone seguramente que el subprefecto ha ido a Cajatambo para hacer diputado al señor Barreda y Laos.

Inevitablemente el señor Dunstan traerá de Cajatambo otros papeles de diputado. Irá a la Corte Suprema para hacerle reparos y sacarle máculas a los papeles del señor Barreda y Laos. Se pondrá en la puerta misma de la Cámara de Diputados para cerrarle el paso.

Pero todo en vano.

Absurdo sería que un señor Felipe Barreda y Laos, primo del Presidente de la República, no pudiese entrar a la Cámara de Diputados para representar a la provincia de Cajatambo en el año de 1917.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–V–1917)

VOCES

Este proceso

Tenemos delante de nosotros un trascendental montón de papeles que representa el proceso electoral de Lima. Cinco graves varones van a examinar prontamente uno por uno todos estos papeles. Y más tarde estos cinco graves varones van a hacer dos credenciales de diputados propietarios y cuatro credenciales de diputados suplentes si para tantos diputados suplentes dan los votos vencedores.

Este proceso electoral de Lima no es una obra homogénea sino una obra heterogénea. Tiene el abigarramiento de las multitudes mestizas. Han intervenido en ella nobles entusiasmos cívicos y deshonestas morbosidades legicidas, solemnes palpitaciones democráticas y viciosas concomitancias palatinas, gritos sinceros de ciudadanos fervorosos y gritos cotizables de bigardos alquilones, desfiles a pie en son de triunfo y desfiles en automóvil en son de fuga, doctrinas capciosas de la dialéctica gobiernista y doctrinas sonoras de la dialéctica rebelde, votos ingenuos y votos estipendiados, ánforas transparentes y ánforas sombrosas. Parece el proceso, así confeccionado, una capa elegante con remiendos ramplones.

El señor Torres Balcázar está en cuclillas examinando los papeles del proceso con ojo de lince y lente perspicaz. Sus manos tribunicias cogen uno por uno los papeles de la elección. Intermitentemente el señor Torres Balcázar pronuncia esta palabra:

–Bueno.

Intermitentemente pronuncia también esta otra palabra:

–Malo.

Hace un instante el señor Torres Balcázar se ha puesto de pie y le ha preguntado a la junta escrutadora con una cara muy seria y socarrona:

–¿Es cierto que el proceso es bueno? ¿O es cierto que el proceso es malo?

Y ha tornado a ponerse en cuclillas para seguir examinando los papeles

del proceso con ojo de lince y con lente perspicaz.

Mira la Junta Escrutadora los papeles del proceso con grimas y aprensiones. Piensa que existe pendiente sobre ella una responsabilidad histórica. Siente que a su lado está el gobierno seduciéndola, enamorándola, asediándola. Y comprende que todo el país la está mirando atentamente.

Desde la puerta de nuestra imprenta vemos al señor Jorge Prado rodeado de sus electores. Pensamos que su continente es un continente auténtico de diputado electo. Sabemos que la casona del General la Fuente vive llena de cumplidos y de felicitaciones. Comprendemos que seis mil votos son en estos momentos plinto, dosel y dombo para el señor Jorge Prado.

Hay dentro del Palacio de Gobierno un ademán muy airado y un gesto ácido. Para este ademán airado y para este gesto ácido el señor Jorge Prado no es diputado electo por Lima. Únicamente lo son el señor Luis Miró Quesada y el señor Gerardo Balbuena.

Vienen los hombres de gobierno a nuestro umbral y nos preguntan.

–¿No sienten ustedes que Lima se regocija? ¿No sienten Uds. que Lima se exalta? ¿No sienten Uds. que Lima se estremece? ¿Este regocijo, esta exaltación y este estremecimiento no les dicen a ustedes que han triunfado el señor Miró Quesada y el señor Balbuena?

Nos quedamos callados para no decir que no sentimos regocijo, exaltación y estremecimiento algunos en la ciudad.

Después de las elecciones, nuestra democracia reticente y sediciosa como el alma de un virote se ha puesto a dormir una siesta.

Ha pasado por la casona del General La Fuente una procesión de gentes vibrantes, y luego se ha quedado la ciudad en sosiego y en calma.

Ya no hay dentro de las "victorias" y dentro de los automóviles gentes de alquiler. Ya no hay en los suburbios clubes bullangueros. Ya no hay en las plazuelas turbio y tropical ambiente de jornada cívica.

Ahora tenemos delante de nosotros un montón de papeles que aguardan análisis, mensura y tasa.

El voto de honor

Hemos ido a la plazuela de San Marcelo y les hemos preguntado a los vecinos:

–¿El Ministro de Hacienda ha venido aquí a votar por el señor Torres Balcázar?

Y los vecinos de la plazuela de San Marcelo nos han respondido:

–No.

Sólo entonces nos hemos dado cuenta perfecta de que el gobierno ha hostilizado con toda el alma la candidatura del señor Torres Balcázar.

Creíamos anteriormente que había sido tan sólo su adversario leal y cortés. Pensábamos que no le negaría un voto de honor. Sabíamos que el señor García y Lastres se lo había prometido al señor Torres Balcázar.

Pero el señor García y Lastres no ha cumplido su compromiso. No le ha dado al señor Torres Balcázar el voto aguardado. No ha ido a la plazuela de San Marcelo a pie ni en automóvil para llevar a las ánforas el sufragio del gobierno del señor Pardo.

Nos hemos quedado asombrados. Una consternación muy grande se ha apoderado de nuestro espíritu. Y hemos mirado rencorosamente el automóvil que lleva y trae del Palacio de Gobierno al señor García y Lastres.

Este pequeño Ministro de Hacienda, este amigo del señor Mac Adoo, este restaurador de la riqueza fiscal, este padrino de la industria triguera, este aliado del pan negro, tenía un motivo supremo para votar por el señor Torres Balcázar y para abrirle de par en par con su anhelo la puerta de la Cámara de Diputados.

Entre el señor García y Lastres y el señor Torres Balcázar estaba pendiente una discusión trascendental sobre la hacienda peruana.

Se ha olvidado de esto el señor García y Lastres. Ha dejado cortada una discusión que comprometía su reputación científica. Ha consentido que se ponga punto final definitivo a un duelo entre él y el señor Torres Balcázar.

Para exonerarse de una tremenda responsabilidad caballeresca, el señor García y Lastres no tiene otro camino que el de abandonar el Ministerio de Hacienda antes de que empiece la nueva legislatura.

Así sabría el país que el debate iba a quedar interrumpido de toda suerte.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–V–1917)

VOCES

Seguimos neutrales

El fuerte y rubio país del Káiser, de Von Bernhardi, de Bethmann Hollweg, de la cerveza negra, de los submarinos aviesos y de la filosofía nietzcheana, es un país que nos está mimando, enamorando y seduciendo. El fuerte y rubio país que es fiero con los demás hombres es dulce y amable con nosotros. El fuerte y rubio país que desafía a todo el mundo quiere nuestra amistad y teme nuestro resentimiento.

Verdad es que aún no hemos recibido desagravio, disculpa y satisfacción por el hundimiento de esa modesta nave peruana que uno de los submarinos de Alemania hundió en el litoral español.

Pero es verdad también que el ministro de Alemania obsequia a nuestro canciller ilustre. El gobierno de Alemania y el gobierno del Perú se ponen al partir de un confite. Alemania, vestida de frac, alaba la gentileza de nuestras damas y la hidalguía de nuestros varones. Una blonda música germana arrulla el yantar de grandes hombres del Perú y grandes hombres de Alemania.

El señor Riva Agüero siente hoy que un deliquio de la música vienesa ha adormecido todas las palpitaciones de su azulada sangre de príncipe de Bélgica. Hace olvido de sus arrestos heroicos de otros tiempos. Ve al imperio alemán, tierno, acucioso y solícito, a las plantas de la república peruana. Comprende toda la trascendencia de nuestra neutralidad.

Es que Alemania, procaz para todos los otros países, es galantísima para el Perú. Vienen del férreo Berlín a la mestiza Lima aromadas ondas de Amor. Y si la reparación de un imprevisto ultraje a la bandera peruana se demora todavía es a fin de revestirla de toda la solemnidad posible. Mañana o pasado mañana mil navíos germanos saludarán el pabellón que flameó en el mástil fenicio de la "Lorton".

Así es como el señor Riva Agüero va sintiendo progresivamente amortecida su solidaridad con la casa real de Bélgica. Así es como el señor

Riva Agüero va persuadiéndose de que los lazos familiares no deben debilitar la ecuanimidad de un hombre de Estado. Las relaciones entre nuestro príncipe belga y la corte del rey Alberto atraviesan un instante delicado y azaroso.

Una de las primas egregias del señor Riva Agüero, la princesa de Lygne, encargó un día a uno de los caballeros de la corte un viaje de propaganda por América. Hada madrina de los huérfanos de Bélgica, la princesa de Lygne quería que todas las damas americanas se asociaran a favor de sus protegidos. Y puso en manos de su embajador las credenciales de su misión en estas palabras:

–Vea usted en el Perú a Riva Agüero. Riva Agüero es mi primo.

Ha venido al Perú el embajador de la princesa de Lygne y ha pedido el concurso y el patrocinio personal del señor Riva Agüero para asociar a las aristocráticas damas del Perú a la obra de la princesa excelsa.

Y aunque ese emisario ha invocado sus sentimientos de parentesco con la familia real de Bélgica, el señor Riva Agüero le ha respondido:

–Yo soy el canciller del Perú. Y yo no puedo infringir mi neutralidad.

Vano ha sido que el emisario de la princesa de Lygne haya dicho que el amparo de empresa filantrópica no puede infringir neutralidad alguna.

El señor Riva Agüero se ha esforzado una vez más en demostrar que tiene una voluntad inquebrantable.

Pregúntanse las gentes por qué el señor Riva Agüero no ha recibido con el cumplimiento debido a un embajador de su real prima. Piensan a veces que habrá sido porque no ha llegado a usanza tradicional con escolta, séquito y ofrenda. Se pierden en deducciones incongruentes y absurdas.

Y mirando al señor Riva Agüero y a los funcionarios de la cancillería comer en la mesa suntuosa del embajador alemán, se dicen que el fuerte y rubio país de los Hohenzollern nos está mimando, enamorando y seduciendo...

(En *El Tiempo*: Lima, 26–V–1917)

VOCES

El telégrafo infausto

Un departamento rebelde, Cajamarca; otro departamento rebelde, Tumbes; y otro departamento rebelde, Tacna, están exasperando en estos momentos el displicente y orgulloso espíritu del señor Pardo.

El señor Pardo mira hostilizados por la voluntad popular de esos departamentos a tres amigos suyos: uno, el señor Villanueva; otro, el señor Nicanor García y Lastres, y otro, el señor Ernesto Zapata.

Imprecisamente ha informado el telégrafo sobre las elecciones en esos departamentos. Ha dicho que en Cajamarca el señor León, en Tumbes el señor Mould y en Tacna el señor Salazar y Oyarzábal han sido los hombres enfrentados por el versátil querer ciudadano a los intereses bipartitos del régimen.

El gobierno del señor Pardo tenía descontados el triunfo del señor Villanueva, el triunfo del señor García y Lastres y el triunfo del señor Zapata. Pensaba que el señor Villanueva sería senador por Cajamarca toda su vida, que el señor García y Lastres tenía en su parentesco con el Ministro de Hacienda un motivo indiscutible para aspirar al amor de un departamento y que el señor Zapata no podía haber dejado de ser Director de Correos y Telégrafos para quedarse parado a las puertas de la Cámara de Senadores.

Pero los pueblos son muy caprichosos y aviesos. Suele ocurrírseles desbaratar los ensueños presidenciales. Y los más alejados de Lima son los más malignos e ingratos.

Nosotros, admiradores paradójicos del señor Villanueva, nos hemos puesto a interrogar a todo el mundo:

–¿Por qué Cajamarca no ama al señor Villanueva?

Todo el mundo se ha sonreído ante nuestra pregunta como si la encontrara absurda o pueril.

Y nosotros hemos seguido ingenuamente asombrados de que Cajamarca no ame al señor Villanueva. El señor Villanueva es uno de los hombres

símbolos del Perú. Cajamarca debía estar orgullosa de él. En nuestra política el señor Villanueva tiene un valor de reliquia. La vejez no es en él vejez. La polilla no es en él polilla. Todos sus desgastes y oxidamientos físicos se confabulan antes bien para exaltar su valor de antigüedad preciosa y representativa. Será imposible escribir la historia de nuestra república sin tener sobre la mesa de trabajo, en fotografía, en estatua o en persona, al señor Villanueva.

No han querido los cajamarquinos entender estas cosas trascendentales. Han mostrado un gesto iconoclasta de desafío y encono contra el señor Villanueva. Le han buscado rival feliz en las elecciones. Han pedido al cielo que las aspiraciones del señor Villanueva hallen atajo definitivo en la sala solemne de la Corte Suprema.

Únicamente el gobierno ha sabido darse cuenta de la estatura moral y de la categoría histórica del señor Villanueva. Ha mandado soldados y rifles para que persuadan al departamento de Cajamarca de que el señor Villanueva debe seguir siendo su senador. Se ha espantado ante la posibilidad de que el señor Villanueva resultase tundido por las veleterías de la voluntad popular.

Análogos sentimientos han hecho que el gobierno del señor Pardo patrocine y ampare las candidaturas del señor García y Lastres y del señor Zapata. Tampoco ha podido consentir el gobierno del señor Pardo la derrota de estos ciudadanos esclarecidos. También ha considerado una osadía democrática las actitudes cívicas adversas a ellos.

Piensa el gobierno del señor Pardo que en el Senado del Perú son indispensables el señor Villanueva, el señor García y Lastres y el señor Zapata.

Y piensa bien el señor Pardo.

El Senado del Perú constituido de otra suerte sería un anacronismo en este año de 1917 en que el señor Pardo es Presidente de la República.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–V–1917)

VOCES

En la trastienda

Oigamos la voz del señor Pardo. Es unas veces amorosa y dulce. Es otras veces persuasiva y razonadora. Es otras veces imperiosa y mandona.

En estos momentos trascendentales el señor Pardo está tocando a todos los corazones. Su llamada es ora la del peregrino que ruega, ora la del subprefecto que exige, ora la del enamorado que seduce. Pasa de una dulzura a una agresividad, de una cortesía a una arrogancia, de una petición a una orden.

Oigamos la voz del señor Pardo.

Cinco graves varones, los cinco que forman la Junta Escrutadora de Lima, viven en estos momentos perseguidos, sitiados, asediados por la voz del señor Pardo, por el ademán del señor Pardo y por el gesto del señor Pardo.

El señor Pardo no les pide mucho: les pide tan sólo dos credenciales de diputados por Lima, una para el señor Luis Miró Quesada y otra para el señor Gerardo Balbuena.

Extravíos de nuestra democracia han consentido que una voluntad se oponga a la del señor Pardo. Deficiencias de nuestra legislación han consentido que esa voluntad se rodee de siete mil voluntades electoras. Osadías de nuestro ambiente han consentido que el señor Pardo se sienta ante la inminencia de que estas siete mil voluntades sean valederas, eficaces, determinativas.

Ingenuamente suena de rato en rato esta pregunta:

–¿Por qué el señor Pardo no quiere que el señor Jorge Prado y Ugarteche sea diputado por Lima?

Hay respuestas imprecisas:

–Porque es el señor Jorge Prado y Ugarteche.

Hay respuestas candorosas:

–Porque quiere que el señor Miró Quesada y el señor Balbuena lo sean.

Y la ciudad se pasa las horas atisbando los recados que salen de Palacio y los recados que vuelven a Palacio.

Cinco nombres vibran en los labios del comentario metropolitano. Cinco nombres para los cuales alcanzan los cinco dedos de una mano. Cinco nombres que actualmente están esperando la lotería de la celebridad.

Los pronuncian las gentes en las calles:

–El señor García Irigoyen, uno. El señor Zapata, dos. El señor Chávez, tres. El señor Chiriboga, cuatro. El señor Gamarra, cinco.

Y los pronuncia tal vez así mismo el señor Pardo en la soledad de su alcoba y entre la inquietud de su insomnio.

A las puertas de esos cinco graves varones, que viven en estos momentos espiados por todos los ojos de la ciudad, llama incesantemente el requerimiento del señor Pardo.

Habla el señor Pardo:

–¡Siete mil hombres han elegido diputado al señor Prado! ¡Esos siete mil hombres han pretendido únicamente contrariarme! ¡Esos siete mil hombres son siete mil anónimos! ¡Esos siete mil hombres son siete mil revolucionarios!

Y el partido liberal, que tomó un día el tren de la sierra para apagar la luz eléctrica de la ciudad y reivindicar en la quebrada el derecho de sufragio, se sonríe, se calla y piensa activamente mirando al señor Pardo:

–¡El gran elector!

Hay en las manos de la ciudad un lápiz. Hay en su mirada una perspicacia. Hay en su ánima una emoción.

Ve en la trastienda del proceso electoral un espectáculo intenso, complicado, tornadizo, un espectáculo que es a veces cómico y a veces dramático, un espectáculo que tiene en suspenso todos los corazones.

En el silencio de la noche parece que se escuchara la voz del señor Pardo. Ora hecha ruego. Ora hecha seducción.

Pero siempre orgullosa, airada y dura en el íntimo sentido de su entonación.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–V–1917)

MANUEL BERNARDINO PEREZ, parlamentario presente en las más regocijadas crónicas de Juan Croniqueur, aparece atisbando a Leguía en esta caricatura de Abraham Valdelomar.

JOSE PARDO, presidente de la República, captado por la pluma de Abraham Valdelomar.

VOCES

Hoy, 29 de mayo

En esta medianoche vulgar hemos sentido la necesidad de arrancar una hoja del almanaque para ver la cifra del día que amanece.

Y hemos tenido una inquietud vaga y azarosa cuando la cifra nos ha dicho que el día que amanece es el 29 de mayo.

Tienen las fechas grandes la virtud de despertar sensaciones y recuerdos acendrados, complicados y profundos. Hacen volver la cara atrás. Y resucitan visiones olvidadas que cada vez que las vemos nos parecen un poco nuevas.

En esta medianoche y pensando en el 29 de mayo nos hemos acordado del señor Villanueva. Hemos cerrado los ojos para no sentirlo delante de nosotros. Obstinadamente su figura ha surgido en nuestra conciencia. Y la hemos mirado cabalgada sobre el tomo de nuestra Constitución como la figura de un polichinela viejo, burlón y taimado.

Hemos pensado que en esta medianoche, a oscuras y con sigilo, en una especie de *sabbat* alucinante, se están forjando acaso las credenciales de senador por Cajamarca que traerá al Parlamento Nacional el señor Villanueva.

Un móvil intenso nos ha inducido a pensar de esta suerte.

En otra medianoche análoga entró al Palacio de Gobierno el señor Villanueva para ser amigo, compañero, colaborador y coadjutor del señor Augusto B. Leguía que está ahora en Londres mirando con una mirada llena de azoramientos y de grimas a sus leales de otros tiempos que serán seguramente sus leales de mañana.

Para el señor Villanueva este 29 de mayo tendrá seguramente muchas evocaciones. Acaso turbará su sueño. Acaso arredrará su ánimo. Acaso, por el contrario, no determinará sino una sonrisa en su semblante cazurro, magro, amojamado y seco.

Probablemente en esta medianoche los pasillos y los salones del Palacio

de Gobierno estarán llenos de sombras y poblados de penas. No habría dormido hoy en el Palacio de Gobierno el displicente y orgulloso señor Pardo. Los fantasmas no saben guardar miramientos ni respetos a los hombres más altísimos y pluscuamperfectos.

La memoria del 29 de mayo es trascendental para el señor Villanueva. El señor Villanueva penetró el 29 de mayo en el umbral de su último ciclo político. Salió de él cargado por todas las odiosidades, por todas las durezas, por todas las destemplanzas de la política de represión. Y fue así como el 29 de mayo creó un conjunto de responsabilidades para el señor Villanueva y un conjunto de enaltecimientos para el señor Leguía. El señor Villanueva tuvo en la solución y en el balance de este episodio el rol sombrío en tanto que el señor Leguía tuvo el rol heroico.

En este día que no ha alboreado aún para nuestros ojos metropolitanos, se enseñorearon de las salas del Palacio de Gobierno, sobre la sangre vertida, las sugestiones, los rencores y los enojos que más tarde habían de ser arrojados de ellas para regresar tras de la estela del primer hombre propicio.

Tal vez únicamente para el señor Pardo no trae evocación alguna el 29 de mayo. Mientras en Lima había estremecimientos, el señor Pardo soñaba bajo el cielo de la costa. El señor Pardo no escuchó los disparos angustiosos de esa tarde memorable. No hay necesidad alguna de quitar la hoja caduca del almanaque para enseñarle la cifra de este día que alborea y para resucitar a sus ojos las visiones de la efemérides.

Para el señor Pardo no debemos ya volver la cara al pasado sino enfrentarla interrogativamente al porvenir.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–V–1917)

VOCES

Dios dirá...

El Perú no sabe hasta cuándo va a durar en el Palacio de Gobierno este pobre gabinete remendado, abigarrado y acusado del señor don Enrique de la Riva Agüero.

Mucho tiempo hace que le vienen ofreciendo a nuestra resignada y apática república:

–¡Ya va a irse el gabinete del señor Riva Agüero!

Pero el gabinete del señor Riva Agüero continúa en el Palacio de Gobierno, a pesar de todas las conflagraciones, a pesar de todos los malestares, a pesar de todas las fiebres que su presencia en esa casa ha suscitado.

El Perú se pregunta si este gabinete del señor Riva Agüero piensa acaso quedarse eternamente en el Palacio de Gobierno.

Hay, afortunadamente para el gabinete del señor Riva Agüero, una razón que ataja toda exasperación pública contra su permanencia alrededor del señor Pardo. Esta razón consiste en que el país sabe que, con cualquier gabinete, el señor Pardo continuaría gobernándolo como hasta hoy. Un gabinete del señor Pardo no puede ser en esta época un gabinete mejor ni peor que el gabinete del señor Riva Agüero. Pasaron ya para el señor Pardo, y pasaron totalmente, los tiempos en que su voluntad podía someterse a otra voluntad fuerte y gloriosa. Ya el señor Pardo ha adquirido plena madurez política y no hay que esperar de él que se deje llevar de la mano por un nuevo presidente en gestación.

El Perú comprende, pues, que nada va a salir ganando su salud con que salga del Palacio de Gobierno caballero tan esclarecido e hidalgo como el señor Riva Agüero.

Y si levanta de rato en rato las manos al cielo y le pregunta hasta cuándo va a durar este ministerio, es únicamente porque las gentes tienen aquí almas versátiles, y así como se cansan a veces de aplaudir a los mismos

cómicos se cansan también a veces de silbar a los mismos ministros.

Un próximo gabinete tiene que seguir siendo un gabinete del señor Pardo. Traerá otros hombres. Traerá otros apellidos. Traerá otros orígenes. Traerá, quién sabe, otros atributos. Pero traerá siempre idéntico espíritu, idéntica conciencia, idéntica orientación.

Saldrá a los balcones de Palacio el señor Pardo y les dirá a las gentes:

–¡Ya he satisfecho al país!

Habrá gentes incautas y gentes maliciosas que aplaudan. Los turibularios del régimen entonarán un ditirambo a la virtud de los nuevos consejeros del señor Pardo. Caerá sobre la grácil figura del señor Riva Agüero el peso de muchos reproches y de muchas imprecaciones.

Mas el gobierno del país seguirá siendo igual.

Todo esto lo sabemos perfectamente en el Perú.

Sin embargo, necesitamos tener siempre una esperanza. Una esperanza cualquiera que ocupe un vacío de nuestro espíritu. Una esperanza cualquiera que aliente a nuestro corazón. Y esta esperanza no puede ser por ahora sino la de que algún día se vaya del Palacio de Gobierno el gabinete del señor don Enrique de la Riva Agüero.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–V–1917)

VOCES

Suenan tiros

Temblemos.

Otra vez el Perú empieza a ponerse trágico. Ya no se mata a los candidatos. Se extorsiona a sus partidarios no más. Pero nuevamente vivimos llenos de grimas, aprensiones y zozobras.

Tanto como los hombres están nerviosos los fusiles. Tanto como los fusiles están nerviosos los sables. Tanto como los sables están nerviosas las ametralladoras. Las ametralladoras disparan solas. No es necesario que las coloquen delante de las multitudes ni es necesario que las requieran para el fusilamiento. Las ametralladoras se han vuelto terribles.

Esta apacible y perezosa ciudad concluía ayer de almorzar cuando la sacudió una inquietud tremenda. Sonó una descarga. Sonó otra descarga. Sonó otra descarga. Era un fuego graneado de ametralladoras que hacía estremecer los nervios de la ciudad.

Se callaron prontamente los tiros y la ciudad se asomó a sus ventanas y a sus balcones.

Corrían los viandantes y anunciaban:

–¡Hay tiros en Santa Catalina!

Interrogaban amedrentadas las gentes de las ventanas y de los balcones:

—¿En el fuerte de Santa Catalina?

Y les respondían:

–¡En el fuerte de Santa Catalina!

El nombre del fuerte de Santa Catalina tiene resonancias dramáticas. Las horas angustiosas de nuestra política hacen siempre volver los ojos a ese cuartel avieso que vive sobre un río de agua sucia. Todo disparo hace pensar en el fuerte de Santa Catalina.

También interrumpieron nuestro sosiego de periodistas, las ametralladoras de Santa Catalina. Nuestros cuerpos estaban entregados a las sedaciones de la siesta. Soñábamos ilusamente que teníamos asida de una

manga a la felicidad, convencidos como estamos de que entre nosotros la felicidad generalmente se llama digestión.

También nos sobresaltaron y alarmaron los disparos:

–¿Tiros? – preguntamos.

Y nos dijeron:

–¡Tiros!

Sentimos que era el mediodía y exclamamos:

–¡Tiros como los del 29 de mayo!

Delante de nosotros estaba el calendario afirmándonos que no era el 29 de mayo sino el 30 de mayo el día que nos hallábamos viviendo.

No era, pues, una conmemoración realista de la fecha histórica. No era tampoco una resurrección de las sensaciones de ese otro mediodía azaroso en nuestros nervios inquietos. Era un tiroteo auténtico.

Se oprimieron nuestros corazones. ¿Qué compatriotas nuestros estarían muriendo? ¿Qué sangre amada se estaría derramando? ¿Quién sufriría? ¿Quién sollozaría? ¿Quién tendría una herida en el costado? ¿Quién habría perdido a su hermano pequeño?

Nos echamos a la calle y nos encontramos con una guerrilla heroica. Encabezando a diez soldados armados, corría el comandante Gómez. Todas las gentes asomadas a sus ventanas y a sus balcones pedían a Dios por él.

Inmediatamente recordamos que el apellido Gómez era en el ejército peruano un apellido trascendental, un apellido heroico, un apellido glorioso.

Nos dimos cuenta de que nos encontrábamos delante de un héroe en marcha hacia la inmortalidad.

Y nos quedamos inmóviles, arredrados por el temor de que nos cayera una bala perdida.

Temblaba la ciudad de angustia y de miedo.

Pero los tiros se habían callado.

No era una revolución. No era un levantamiento. No era nada.

La ciudad se negaba a creerlo, así llena de persistentes sustos y temblores.

Mas le afirmaban:

–¡Han sido unas ametralladoras! ¡Unas ametralladoras que disparan solas! ¡Unas ametralladoras destinadas a cohibir una huelga! ¡Son tan expertas, tan aguerridas, tan denodadas, que desde aquí han apuntado a los huelguistas!

Así entramos en las horas lánguidas de la tarde. Se reportaron nuestros nervios. Se serenaron nuestros corazones. Se tranquilizaron nuestros espíritus.

Únicamente de rato en rato volvíamos a escuchar ilusorios disparos y volvíamos a sentir que las ametralladoras del gobierno velan tan celosas por su tranquilidad que hacen fuego sin que nadie las provoque.

Y hasta ahora nuestras almas sufren intermitentes sobresaltos.

(En *El Tiempo*: Lima, 31–V–1917)

VOCES

Ayer y hoy

Empezó el azaroso día de los escrutinios lleno de sonoridades marciales. No fue posible que se iniciara con un fusilamiento. Pero sí fue posible que se iniciara con una ejemplarización dramática y con un desfile del ejército.

Este arrogante gobierno del señor Pardo no podía entrar en un día de examen de las elecciones sin las fanfarrias y sin las pompas de una revista militar y de una ceremonia severa y terrible.. Sabe hacer emocionantes y trágicos los momentos trascendentales de su política. Gusta de sonar todos sus sables y de enseñar todos sus rifles cuando nuestra democracia intenta un escorzo rebelde y levantisco.

El pueblo de Lima, que es muy malicioso, entendió el ademán del gobierno del señor Pardo. Mas no supo arredrarse. Se rió por dentro. Y gritó muy fuerte:

–¡Viva Leguía!

Afortunadamente ya no estaban en el fuerte de Santa Catalina esas denodadas ametralladoras que van a pacificar a los huelguistas de Chicama y que han comenzado ya a disparar solas.

Nosotros nos despertamos ayer intranquilos y sobresaltados. Pasaban bajo nuestros balcones regimientos heroicos. Un gran ruido de tropa y de guerra llegaba hasta nosotros y turbaba la ecuanimidad muelle de nuestro lecho.

Nos incorporamos rápidamente:

–¿También esas tropas han salido del fuerte de Santa Catalina? ¿También están efectuando un ensayo? ¿También llevan ametralladoras?

El calendario nos respondía que aún no habíamos dejado el mes de mayo, que estábamos en su día postrero y que horas más tarde iba a reunirse la Junta Escrutadora de Lima para contar los votos del señor Prado, los votos del señor Miró Quesada, los votos del señor Balbuena y los votos del

señor Torres Balcázar.

Salimos a la calle.

Y en la calle encontramos las mismas inquietudes y las mismas zozobras. Las gentes se hacían extrañas preguntas. Y se decían que este acto solemne del cómputo había tenido un prólogo espontáneo de tiros, de marchas y de desfiles.

Así comenzó para nuestros espíritus el día de los escrutinios, que es un día tremendo, que es un día obsesionante y que es un día que no se acaba aún a pesar de que ya estamos en la madrugada de un día nuevo.

Vivimos ya el primero de junio y sentimos que este día sigue siendo para todos el treinta y uno de mayo. Hay en el block del calendario una hoja impertérrita que se niega a caer. La noche extinta se aferra al alba naciente.

Un insomnio profundo prende su luz en nuestra estancia y prende también su luz en la estancia del señor Pardo, intranquilo, neurasténico y tembloroso.

Y allá en la casa de la Municipalidad que es como quien dice la casa del señor Miró Quesada, se vacían en un solo cubilete grande todos los cubiletes chicos de las elecciones de Lima.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–VI–1917)

VOCES

El éxito

Estamos muertos de sueño.

Treinta horas febriles y angustiosas han dejado enfermos y tundidos nuestros nervios de periodistas y de ciudadanos.

Hombres sonoros y esforzados vienen a nuestra casa y nos gritan:

–¡Viva Prado!

Nosotros no podemos gritar con ellos, vibrar con ellos ni regocijarnos con ellos porque están agobiándonos, oprimiéndonos y abrumándonos la vigilia, la inquietud y la nerviosidad de las treinta horas que han pasado.

Únicamente sabemos que estas treinta horas no han sido infecundas. El señor Jorge Prado, que fue un día candidato de nuestra calle y que fue otro día candidato de toda la ciudad, es ya diputado. Así como una vez salió de su casona del General La Fuente para dirigirle al pueblo su palabra de candidato desde la municipalidad, ha salido ahora de la municipalidad para dirigirle al pueblo su palabra de diputado desde la casona del General La Fuente.

Y nosotros hemos sentido acendrados orgullos.

Nos hemos alborozado con la victoria de este candidato de nuestra vecindad. Hemos abierto nuestras almas al culto de esta calle que pudo tener nombre de apóstol y sólo tiene nombre de general. Y hemos querido decirle a cada transeúnte:

–¡Este fue el candidato de la calle del General La Fuente! ¡Este fue el candidato de nosotros! ¡Este fue el candidato de nuestra acera! ¡Ahora es diputado!

El escrutinio que ha hecho diputado por Lima al señor Jorge Prado ha tenido prólogo de tiros de ametralladora y un epílogo de tiros de revólver. Ha durado treinta horas tremendas. Ha encendido los más ásperos enconos del señor Pardo. Ha sido para algunos una sorpresa y para otros un prodigio.

Nosotros hemos sido los profetas de este éxito.

Un día detuvimos al señor Jorge Prado, cogimos su mano izquierda, pusimos en ella una mirada de quiromantes y le dijimos:

–Usted va a ser candidato a la diputación por Lima.

El señor Prado comprendió que nuestra palabra tenía fuerza de oráculo.

Otro día juntamos nuestro corazón con el corazón de la ciudad y hablamos así:

–El señor Jorge Prado va a ser diputado por Lima.

Y otro día hicimos un cálculo mental y afirmamos:

–El señor Jorge Prado es ya diputado por Lima.

Este diputado electo ha hecho pues su camino sobre nuestros vaticinios, sobre nuestros augurios y sobre nuestras adivinanzas. Zahoríes y perspicaces hemos sido para él. Y nuestras manos traviesas han tenido el capricho de desmenuzar malignamente los cómputos de la prensa histórica para sustituirlos con los cómputos de la prensa impúbera.

Buena suerte nos ha acompañado en esta aventura y de ella hemos sacado tanto placer como desabrimiento el señor Pardo.

Aguardando el último guarismo del cómputo de la Junta Escrutadora nos hemos pasado una noche en vela.

Sabíamos que el señor Pardo se iba a acostar con una cifra triunfal para despertarse con una cifra ingrata y no hemos querido quedarnos dormidos.

Más tarde hemos levantado en nuestras manos un papel victorioso que ha sido el papel del escrutinio, nos hemos agachado para que no nos cayera una bala, nos hemos reído de la amargura del gesto del señor Pardo, hemos sentido pasar por nuestra casa una sonora onda democrática, nos hemos puesto a comentar al señor Criado y Tejada con el señor Torres Balcázar.

Pero en este momento en que debíamos entusiasmarnos y gritar, nuestro cansancio es más fuerte que nuestro fervor cívico, y nos quedamos cabeceando sobre el papel del escrutinio, ahítos de bostezo y muertos de sueño.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–VI–1917)

VOCES

Asombros y sorpresas

No nos damos cuenta de lo que pasa.

Tal vez sigue afligiéndonos aún el sueño que le robamos a nuestros cuerpos en esas treinta horas inquietantes y febriles de los escrutinios. Tal vez estamos un poco dormidos todavía. Tal vez es indispensable que ese transeúnte que pasa por la acera del frente venga caritativamente a soplarnos los párpados.

Hace largas horas que nos acostamos con la sensación de que el señor Jorge Prado y el señor Miró Quesada eran ya diputados por Lima y de que el señor Pardo estada tundido y con la cabeza entre las manos.

Y ahora que nos despertamos y nos desperezamos, nos dicen que el señor Pardo no consiente que el señor Prado sea diputado por Lima.

Dejamos la imprenta para tomar el aire de la calle. Le hacemos un reportaje a cada viandante que pasa a nuestro lado. Nos miramos en los cristales de los escaparates para convencernos de que no estamos dormidos. Cerramos los ojos y los abrimos.

En una esquina nos ataja esta noticia:

–¡El señor Balbuena continúa en una victoria!

Y más allá esta otra:

–¡Todavía seguimos en elecciones!

Y más allá:

–¡Aún hay virotes, aún hay farautes, aún hay galloferos en atrenzo sensacional!

Nuestros espíritus se llenan de confusiones.

Y el señor Balbuena pasa en una victoria, nos saluda con los dos brazos y nos habla a gritos:

–¡Yo soy uno de los diputados electos por Lima!

Nos asombramos y exclamamos:

–¡Imposible! ¡Uno es Prado y otro es Miró Quesada! ¡Y no hay sino dos diputaciones!

Y el señor Balbuena se vuelve para aseverarnos nuevamente:

–¡Yo soy uno de los diputados electos por Lima!

Preguntamos a los transeúntes:

–¿De dónde viene el señor Balbuena?

Nos responden:

–¡Viene del Palacio de Gobierno! ¡Viene de hablar con el señor Pardo!

Preguntamos nuevamente:

–Entonces, ¿por eso dice que es uno de los diputados electos por Lima?

Nos responden risueñamente:

–Por eso...

Momentáneamente nos conformamos con esta razón. Pensamos que el señor Balbuena es muy optimista y que el señor Pardo vive completamente ensimismado. Pero es tanta nuestra alarma, que nos ponemos a gritar enseguida:

–¡No entendemos esto! ¡El señor Balbuena es un profesor de optimismo! ¡Pero esto no resulta ya optimismo! ¿Es o no cierto que la Junta Escrutadora ha concluido ya el cómputo? ¿Es o no cierto que en este cómputo el señor Balbuena está en minoría? ¿Es o no cierto que de este cómputo saldrán los diputados por Lima?

Sonríese la ciudad y nos responde desde las gradas del Palais Concert:

–¡Todo, todo, todo es cierto!

Interrogamos inmediatamente:

–¿Y por qué dice el señor Balbuena que es uno de los diputados electos por Lima?

La ciudad saca un chocolatito de cada frasco y nos contesta, chupándolos y saboreándolos:

–Es que se lo ha dicho el señor Pardo.

Así es sin duda alguna.

El señor Pardo no quiere que el señor Jorge Prado sea diputado por Lima. Y puesto que no lo quiere, estruja sus escrutinios, tarja su cómputo, rompe sus votos, amenaza a sus electores. Se alza heroicamente contra el destino felón. Apostrofa a los funcionarios rebeldes de la Junta Escrutadora.

Y le dice al señor Balbuena:

–¡Usted es el diputado electo!

Y el señor Balbuena lo abraza, abandona el Palacio de Gobierno y toma una victoria para salir a gritarlo por toda la ciudad.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–VI–1917)

VOCES

Un día más

Todas las manos del gobierno siguen atajando la proclamación del señor Prado y del señor Miró Quesada. Unas manos increpan. Otras manos amenazan. Otras manos acarician. Otras manos sujetan. El proceso electoral adquiere fisonomía de escamoteo. Entra en un instante de prestidigitación y de juego de manos.

El señor Pardo es probablemente un enamorado de las películas policiales. Piensa que la mano del gobernante debe ser algo así como la mano que aprieta. Y en estos momentos de trajín político sus hombres se mueven como los personajes misteriosos del cinema. Raptan los automóviles y vibran los teléfonos. Únicamente le faltan a su obra las complicidades del aeroplano y del submarino.

El público asiste a este espectáculo de las conspiraciones del señor Pardo en torno de la Junta Escrutadora como asiste al espectáculo novelesco y capcioso del cinema. Sabe que a una sorpresa va a seguir otra sorpresa. Sabe que de repente va a abrirse la tierra para que se hunda un ciudadano o para que brote otro. Sabe que hay una pugna, un duelo, una guerra de añagazas y ardides.

Ya no aguarda el señor Pardo que se invaliden los votos del señor Prado hasta que los superen los votos del señor Balbuena. Ahora pretende que una ráfaga de viento se lleve para siempre todos los votos. Quiere que este proceso electoral se pierda, se inhume y se sepulte a fin de exonerarse hasta de su recuerdo.

El austero ciudadano que preside la Junta Escrutadora se rebela contra este empeño y llama a sus compañeros con la ley en la mano. Unánime le rodea la ciudad y le abre cancha y vereda. Acude a la invitación impertérrito y celoso el señor don Tomás Chávez. Hace sonar el gobierno los sables y los fusiles de su gendarmería y de su policía. Se cohíben y se enojan los funcionarios judiciales. Se apersona en el Palacio de Justicia el

intendente señor Tizón, para saludar a la oposición con la elegancia sagaz de sus guantes plomos. Pero los otros graves ciudadanos de la Junta Escrutadora desaparecen.

Inquiétase y estremécese la ciudad y se pone a buscar con una linterna al señor Chiriboga y al señor Zapata.

Y se desata el chisme metropolitano para hacer aseveraciones caprichosas.

–El señor Chiriboga pasó por aquí. El señor Chiriboga pasó por allá. Pasó a pie. Pasó en victoria. Pasó en automóvil.

Nosotros nos sentimos desorientados.

–¿Y el señor Zapata? –preguntamos.

Nos responden:

–El señor Zapata también se ha perdido.

El gobierno del señor Pardo no puede ya hacer escamoteo de los sufragios y se contenta con hacer escamoteo de los hombres. Comprende que la acción de sus malandrines no suele ser siempre eficaz. Se da cuenta de que los disparos espontáneos de sus ametralladoras no bastan para sojuzgar a todas las gentes.

Intermitentemente la ciudad se pone nerviosa e interroga:

–¿Hasta cuándo no se reúne la Junta Escrutadora para firmar las credenciales del señor Prado?

Y no interroga la ciudad hasta cuándo no se reúne la Junta Escrutadora para firmar las credenciales del señor Miró Quesada, porque sabe que al señor Miró Quesada no le corren prisa sus credenciales y porque quiere fastidiar de alguna manera a este orgulloso y arrogante señor Pardo, que corre en automóvil por las avenidas como un héroe del cinema.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–VI–1917)

VOCES

El pan milagroso

Ese pan grande, ese pan barato, ese pan nutritivo que unos llaman pan integral y otros pan marca T es el que se sirve en la mesa augusta del señor Pardo desde hace algunos días.

Registran y glosan el trascendental acontecimiento los excelsos cronicones cortesanos que aseveran llenos de unción:

–El señor Pardo come el pan trigueño, el pan grosero, el pan rústico que ustedes, ¡oh, ciudadanos del Perú!, desdeñan y abominan.

Preguntan las gentes por preguntar algo:

–¿Y quienes más comen ese pan?

Los excelsos cronicones cortesanos les responden que comen además ese pan los pecadores reclusos de la penitenciaría.

Y entonces las gentes sienten que desdeñan y abominan más que nunca el pan que el señor Pardo le está ofreciendo hoy a toda la ciudad.

No es que la ciudad sea mal agradecida. No. La ciudad es buena, resignada y virtuosa. Admira al señor Pardo cuando le contempla empeñado en recordar el milagro bíblico de la multiplicación de los panes. Comprende que el señor Pardo quiere que un pan tocado por sus manos prodigiosas alcance para alimentar a todos los hombres que gobierna. Pero la ciudad piensa que este pan tiene un origen sombrío. Procede de los hornos de la penitenciaría. Huele a expiación. Sabe a pecado mortal.

El señor Pardo se empeña en que la ciudad pruebe de este pan y aprecie sus muchas excelencias y prestancias. Hace ver que es rico y sabroso. No lo hubo nunca más nutritivo, ni más plácido, ni más regalado. Es un pan mestizo de color, pero europeo de invención.

A veces nos asaltan tentaciones de hacer esta pregunta en voz alta:

–¿No existe, por Dios, un poeta que escriba el elogio del pan integral de la penitenciaría? ¿Se ha ido ya del Perú el señor Martínez Mutis? ¿Se ha ido también con él la epopeya de la espiga?

Mas no es cuerdo hablar en las calles de esta suerte. Lo comprendemos cautamente y nos quedamos callados. Guardamos nuestros ímpetus interrogativos.

Y reflexionamos luego en que el problema del pan tiene muy mala sombra para los gobiernos. El humorismo criollo gusta no del pan sino de urdir a su costa malevolencias y sátiras. Un gobierno que hace del pan un programa administrativo y una bandera política, provoca las hostilidades del destino y del chiste.

Además hay gentes, y son muchas, que no creen que el pan integral sea bueno a pesar de que se sirve en la augusta mesa del señor Pardo y en las sórdidas mesas de los pecadores reclusos de la penitenciaría.

Estas gentes muerden el pan integral, lo gustan y tuercen y acidulan el gesto.

Gritan entonces:

–¡El pan marca T!

Forman un alboroto tremendo como si hubieran querido envenenarlas. Alzan las manos al cielo. Execran al régimen. Dicen que el señor Pardo está empeñado en demostrar la importancia nacional del panóptico.

Hasta nosotros llegan las voces airadas. Vemos al señor Pardo recoger los panes que las gentes le devuelven procaces y violentas. Compartimos su pena.

Pero reaccionamos en seguida.

Nuestro ademán se hace también destemplado y agresivo como el de las gentes que gritan.

Y es que nos damos cuenta de que el señorPardo quiere alimentarnos a todos con un pan que es un pan de presidio, aunque lo haya purificado la gracia lustral de su bendición sabia y regeneradora.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–VI–1917)

VOCES

Sobre la pista

Todas las curiosas, nerviosas e inquietas gentes de la ciudad, estamos en estos momentos buscando por todos los rincones sombríos y todos los subterráneos húmedos a un hombre trascendental. Nos sentimos gobernados y dirigidos por la enseñanza de esas misteriosas novelas de detectives que leíamos de chicos. Aguzamos nuestra deducción. Abrimos bien los ojos. Y damos rienda suelta a nuesta volatinera fantasía.

Ocultamos, ante todo, nuestra sensacional pesquisa a las miradas de la policía criolla. Celosos del éxito de nuestra investigación, queremos preservarla de concomitancias con los detectives de la intendencia. Sentimos que nuestras almas se llenan de deleite con las emociones de esta empresa fortuita.

Suenan de rato en rato en la ciudad insomne invocaciones que quisieran tener virtudes de conjuros:

–¡Señor Chiriboga! ¡Señor Chiriboga!

Pero el señor Chiriboga no contesta.

A todas las gentes de la ciudad nos dice la intuición que sigue entre nosotros. Nuestros ojos están seguros de haber descubierto su huella. Nuestros oídos están ciertos de haber escuchado su respiración. El señor Chiriboga no se ha ido de Lima. Vive siempre en esta híbrida ciudad de catacumbas y postes de hilos eléctricos.

Unas gentes se sonríen y aseveran:

–¡El cura Chiriboga se ha ocultado solo! ¡Quiere jugar con nosotros a los escondidos!

Y otras gentes se encienden y protestan:

–¡No se ha escondido! ¡Ha sido secuestrado! ¡Hay de por medio un delincuente! ¡El cura Chiriboga es una víctima!

El alma católica y devota de la ciudad se pone entonces de rodillas y levanta las manos al cielo.

Más tarde, recobra sus fueros el comentario risueño y burlón. Coloca sobre los gestos dramáticos del alma de la ciudad las disonancias de sus morisquetas. Se enseñorea en todas las tertulias y en todas las palabras.

Hablan los periódicos:

–El cura Chiriboga salió de su casa en la noche del lunes para confesar a una persona y todavía no ha vuelto.

Y las gentes ingenuas se preguntan intrigadas:

–¿Es posible que hasta ahora no regrese de una confesión el señor Chiriboga?

En seguida el comentario risueño y burlón hace un visaje y exclama:

–¡Estará confesando al señor Pardo!

También las gentes se dan a reflexionar en que el apellido Chiriboga posee una importancia muy grande en la historia del señor Pardo. La primera administración del señor Pardo tuvo un héroe: el señor Santos Chiriboga. La segunda administración del señor Pardo tiene otro héroe: el señor Eloy Chiriboga. El señor Pardo y los señores Chiriboga pasarán a la leyenda agarrados de las manos. El señor Pardo entrará en la inmortalidad en medio de los señores Chiriboga.

Ciudadanos irrespetuosos y malcriados que no pueden reírse del arrogante apellido Pardo se ríen atrevidamente del ladino apellido Chiriboga. Piensan que es un apellido de zarzuela. Búscanle similares y parecidos abstrusos con el nombre sonoro del señor Celestino Manchego Muñoz.

Mal hacen estos ciudadanos irrespetuosos y malcriados.

Ignoran probablemente que los señores Chiriboga representan el pasado y el presente de las relaciones entre el señor Pardo y el partido liberal. Un señor Chiriboga separó al señor Pardo de los liberales. Otro señor Chiriboga los ha reconciliado para siempre. El día en que el partido liberal se fue a la quebrada armado de carabinas para regresar en un tren expreso a la Presidencia de la República, el señor Santos Chiriboga le puso atajo y traba en el Cerro de Pasco. Hoy el partido liberal y el señor Pardo juntos son como un caduceo simbólico formado por otro señor Chiriboga.

Nos hemos persuadido de que los hombres de ciencia del futuro exhumarán religiosamente el apellido Chiriboga para diseccionarlo.

Pero no será posible que estos sentimientos abstractos y estas convicciones elevadas se generalicen y muevan a la ciudad a considerar sagrados e inviolables, por excelsa razón metafísica, el escondite y la pista del señor Chiriboga.

No.

Esta ciudad continuará buscando al señor Chiriboga con una linterna en la mano y con una invocación y un chiste, alternativamente, en los labios.

Y se detendrá alguna vez para pronunciar esta exclamación:

–¡Antes se escondían los hombres de la oposición! ¡Ahora se esconden los hombres del gobierno!

(En *El Tiempo*: Lima, 9–VI–1917)

VOCES

La ciudad triste

Sentimos un cansancio tremendo. Y no es que estemos fatigados de buscar inútilmente al cura Chiriboga ni es que estemos fatigados de hablar mal del señor Pardo. Es que no hay tranvías que nos lleven y nos traigan. Nos falta electricidad en las calles.

Sentados frente a nuestra noble y graciosa máquina de escribir, pensamos que tal vez uno de estos días la ciudad se va a quedar también sin electricidad en las casas. Y cerramos los ojos para acostumbrarnos a las tinieblas.

Sin ruido, sin motín, sin asonada, hay alrededor de nosotros una huelga terrible. El tantán de los carros se ha callado definitivamente. Si vibraran las voces de la jornada cívica, la ciudad sentiría la evocación de los días tumultuosos de los paros generales.

Hoy no hay jornada cívica; hay paro únicamente.

Y este es un paro cordial, un paro ecuánime, un paro sereno. Estos huelguistas no gritan ni alborotan. No hay sables ni bayonetas que los amenacen y los hostiguen. No hay gendarmes ni policías que los extorsionen. Los gendarmes y los policías son ahora socialistas y fraternizan con los huelguistas.

Levantamos la cara y ponemos los ojos en los balcones del Palacio de Gobierno para buscar al señor Pardo. Vemos que tras de los estores el señor Pardo se sonríe. Y comprendemos que no está preocupado ni inquieto.

Y entonces salimos de la imprenta para interrogar a los transeúntes:

–¿Le han visto ustedes la cara al régimen? ¿No se han fijado ustedes en que el régimen esta muy tranquilo? ¿Es verdad que este paro no es cosa que pueda preocuparlo?

Los transeúntes no nos responden, pero se sonríen como el señor Pardo, y nosotros nos damos cuenta de que esta huelga no es temible ni es alarmante. Sentimos que parece una huelga salida de un acuerdo tácito

entre todos. Entre los huelguistas y la empresa. Entre los huelguistas y la ciudad. Entre los huelguistas y el señor Pardo.

No parece sino que todos nos hubiéramos puesto de acuerdo para que hubiese huelga de motoristas y conductores.

Nadie protesta. Nadie reclama. Nadie se queja.

Repentinamente nos soliviantamos. Así no queremos nosotros las huelgas. Las queremos distintas. Las queremos pujantes. Las queremos bravías y fuertes. Las queremos con trapo colorado y grito socialista. Así no nos parecen cosa de los obreros sino cosa de los patrones o de los vecinos de los patrones.

Y nos indignamos y nos ponemos a dar gritos en una plazuela que sufre acaso la nostalgia imprecisa de las barricadas:

–¡Cómo! ¡Esta es una huelga que no chilla! ¡Esta es una huelga que no hace bulla! ¡Esta es una huelga que no cierra los puños!

No hay siquiera quien nos conteste.

La ciudad es tan perezosa que cuando no la animan los tranvías parece una ciudad muerta.

Pero además de perezosa la ciudad es también una ciudad burlona.

Basta hacerle cosquillas y sacarle una sonrisa para que se ponga de pie.

Y es por eso que repentinamente se yergue y habla así para echarse a reír enseguida:

–Esta es una huelga de solidaridad con el cura Chiriboga que tampoco protesta, que tampoco hace bulla, que tampoco chilla, pero que evidentemente está en huelga...

(En *El Tiempo*: Lima, 11–VI–1917)

VOCES

Monseñor el favorito

No de la Siberia helada y trágica, como el monje Rasputín de la corte de Rusia, sino de la mansión ruinosa de Santo Toribio de Mogrovejo, ha salido Monseñor Belisario Phillips, el varón feliz, cristiano y eminente, dueño de todas las complacencias y de todos los favores de nuestra corte criolla y advenediza.

No es este favorito de noble cabeza tonsurada un monje magro y triste, venido del desierto y ungido por el óleo santo del ascetismo, sino un prelado pulcro y galante como los que portaban en cada frase y en cada ademán un perdón para los pecados mortales de las grandes señoras y ricasfembras del ciclo cortesano.

No es un anacoreta que busca su dechado, su ejemplo y su tónico en la historia del archimandrita San Pacomio, sino un abate de excelsos destinos que tiene en su genealogía espiritual el timbre de los Richelieu, los Mazarino y los Cisneros.

Hora es ya de que las miradas nacionales empiecen a dirigirse hacia la figura de este prelado que estrecha con la diestra la mano del Presidente de la República y con la siniestra la mano del arzobispo de Lima.

Es indispensable que la nación se dé cuenta de que no porque este prelado se llama sólo secretario del arzobispado, deja de ser uno de los hombres prominentes del momento histórico que nos hacen vivir el señor Pardo, el cura Chiriboga y la sociedad de motoristas y conductores.

Hace un instante que monseñor Phillips se ha puesto de pie y ha asumido una postura resonante, hablando así:

–Yo soy partidario del señor Pardo. Yo soy amigo del señor Pardo. Yo soy adicto parcial y devoto del señor Pardo.

Y ha querido decírnoslo a nosotros, réprobos taimados, que nos damos a la irreverencia cotidiana de hablar mal del señor Pardo.

Nuestros labios han tenido que pronunciar una aprobación:

–Bien hecho.

Y nuestro corazón se ha llenado de admiraciones frente al augusto favorito de noble cabeza tonsurada.

Nuestros sentimientos, nuestras emociones y nuestros conceptos han sido los sentimientos, las emociones y los conceptos de la ciudad.

Las gentes se han olvidado transitoriamente de la huelga de tranvieros para hacer esta pregunta:

–¿También el señor Phillips está en camino de Presidente de la República?

Nadie ha respondido que sí.

Pero toda la ciudad ha puesto los ojos en ese palacio que se va a construir frente al del señor Pardo para que el señor Phillips tenga en él su sede suntuosa.

Orgullosamente los magnates de la corte del señor Pardo pronuncian una frase preñada de engreimiento:

–¡Es nuestro Rasputín!

Y parece que el señor Phillips protesta tal vez con modestia o tal vez con sobresalto:

–No tanto.

La historia del Perú necesita indudablemente una figura eclesiástica que alcance la sonoridad política que alcanzará el señor Phillips si sigue siendo en el Palacio de Gobierno y en el Palacio del Arzobispo, mentor, confesor y confidente bienamado.

Tuvimos en don Bartolomé Herrera una insigne figura eclesiástica de estadista, pero no tuvimos una figura eclesiástica de coadjutor y favorito. No ha aparecido entre nosotros un Richelieu. Tampoco ha florecido en esta tierra un Rasputín. Y ya pasaron para siempre los tiempos sombríos de los Savonarolas.

El señor Phillips está en los umbrales de un auge memorable y de un apogeo victorioso.

Es ya el ministro del Señor que absuelve de todo pecado a la administración del señor Pardo, después de haberla exonerado de penitencia por la reforma del artículo cuarto de la Constitución.

Suena su palabra en momentos de paro metropolitano. Va y vuelve él de un palacio a otro palacio. Está sentado a la diestra de los "ases" de la Iglesia y del Estado peruanos. Aunque su paso es insonoro como el de los soberbios favoritos eclesiásticos y como el de los gatos domésticos, tiene eco y repercusión constantes en el corazón de la patria.

Y, en el nombre de Dios que creó toda cosa, le habla este prelado a la nación y nos amonesta a nosotros por cuanto pecamos y pecaremos de palabra, de pensamiento y de obra contra el gobierno del señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–VI–1917)

VOCES

Este instante

La actualidad criolla de hoy sería casi la misma de ayer sin el grito que acaba de lanzar el señor Luis Miró Quesada.

Volvemos a amanecer con el paro de tranvías a la cabecera y el "affaire" del cura Chiriboga a los pies.

Pero vivimos todavía.

Nuestra pobre ciudad, resignada y sufrida, se va acaso acostumbrando a prescindir de los tranvías como seguramente se ha acostumbrado ya a prescindir del cura Chiriboga.

Esta huelga de los tranvieros nos sigue obligando al ejercicio físico y nos sigue quitando la pereza.

Y si una de estas noches se apagan las luces de la ciudad y del campo y nos quedamos a oscuras poco a poco nos habituaremos a caminar a tientas y a ver en las tinieblas.

Todo esto nos va diciendo a gritos que nuestro pueblo es un pueblo dúctil y educable. Puede privársele del tranvía urbano y del tranvía interurbano. Puede privársele del automóvil. Puede privársele de la luz eléctrica. No protestará ni se quejará. Continuará contento y tranquilo.

Hace algún tiempo que se le tiene privado de sus derechos democráticos. Se ha encogido y se sigue encogiendo aún de hombros. Su gesto es siempre un gesto jocundo y risueño.

El señor Pardo, que probablemente se ha dado cuenta de la psicología de nuestro pueblo por darse cuenta de algo, pretende convencerlo de que el pan negro es mejor que el pan blanco y pretende ponerle en las manos primero y en la boca después el pan de un presidio.

Hoy nuestro pueblo hace un gesto de repugnancia y le dice con los ojos al señor Pardo:

–Aleja de mí este cáliz...

Pero tal vez mañana le dirá con los labios:

–No se haga mi voluntad sino la tuya...

Los motoristas y los conductores, también se han dado cuenta, como el señor Pardo, de la psicología de nuestro pueblo. Tienen la convicción de que no se rebelará y de que no protestará porque le hagan caminar a pie. Y sienten que es un aliado y un protector de su actitud.

Tal vez concluiremos todos olvidándonos de la huelga y olvidándonos del cura Chiriboga hasta perder la memoria de que hubo aquí tranvías y de que hubo aquí Junta Escrutadora.

Mas en esto el alma de la ciudad posee algunas complicaciones.

Estamos ciertos, por ejemplo, de que difícilmente perderemos la memoria de que hubo aquí un señor Pardo que era Presidente de la República y corría por las alamedas en automóvil.

Nosotros, ávidos de emoción, queremos que suene en las calles un grito y que haya en la ciudad una vibración...

Un proletariado en atrenzo amorfo nos afirma que atravesamos un instante de reivindicaciones.

Y nosotros no queremos creérselo mientras no le veamos un ademán que no deje sonriente al señor Pardo.

Nos aburrimos.

Vemos pasar siempre en victoria al señor Balbuena y preguntamos:

–¿El señor Balbuena es todavía candidato a una diputación por Lima?

Y nos responden:

–No. Ahora es candidato a un ministerio.

Y nos agregan:

–El señor Pardo no ha podido hacer diputado al señor Balbuena, pero puede hacerlo ministro...

Ya ésta es una alegría muy grande para nosotros. La inminencia de que el señor Balbuena sea ministro es para nosotros una inminencia halagadora. Queremos ver al señor Balbuena en el gobierno. Y sobre todo deseamos mirarle más cerca del señor Pardo. Tanto ha salido y ha entrado a Palacio el señor Balbuena que ya no lo sentimos uno de los amigos sino uno de los hombres del gobierno.

Pero esta novedad que nos trae al señor Balbuena ministro sin llevarse al señor Balbuena diputado es una novedad transitoria y pequeña.

Todo está casi igual, después.

El señor Pardo que nos manda, el señor Phillips que nos exorciza, el proletariado de gorrita que nos deja sin tranvías, el cura Chiriboga que nos deja sin diputados, el chauffeur que nos tiraniza, el auriga zambo que se

duerme sobre el pescante dentro de su bufanda, el traseúnte que pasa, el chico que nos fastidia, el papel impreso que sahúma y el papel impreso que apostrofa, el hombre murmurador y el hombre prudente, la deshonestidad y la eutrapelia, esto, eso y aquello.

Sólo la actitud del señor Luis Miró Quesada, que no sabemos si ha salido de la conciencia de un periódico o de la conciencia de la casa municipal, sabe en este instante sacudirnos, desperezarnos y ponernos de pie.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–VI–1917)

VOCES

Trance histórico

He aquí que en el nombre augusto de la ley, el señor Aníbal Gálvez, juez de primera instancia por la gracia de Dios y del señor Pardo, y autor de "El Real Felipe" por otra gracia cualquiera, se pone de pie en su estrado y conjura solemnemente a la junta escrutadora para que proclame a los diputados electos por Lima.

Este pequeño gran hombre que ha expurgado nuestra historia, que ha escrito la leyenda de un castillo sombrío, que ha oteado en todo lo pretérito y que ha puesto en el comité directivo del partido liberal la nota serena del hombre uncioso, ponderado, creyente, sagaz y tímido de estatura, es el mismo pequeño gran hombre que fue a la Junta Escrutadora a defender las elecciones del señor Balbuena.

No pudo ser en la Junta Escrutadora un adjunto vibrante y capcioso. La aritmética tornátil de la democracia peruana no tiene en el señor Gálvez un entendedor sabio y perspicaz. En el juzgado de primera instancia va a alcanzar en cambio el señor Gálvez la notoriedad y fama que no logró en la sesión tumultuaria de la Junta Escrutadora. El señor Gálvez no es hombre de discursos, escamoteos, teatralidades y aspavientos sino hombre de fallos, providencias, monografías y análisis.

Pensando en la actitud de conjuro que ha asumido el señor Gálvez, nos parece verlo hacer asperges de agua bendita en los rincones sigilosos y umbríos que se han tragado al cura Chiriboga.

Y creemos oír al señor Gálvez estas estas invocaciones:

–¡Alma remisa o sojuzgada del cura Chiriboga, vuelve a tu parroquia y vuelve a la Junta Escrutadora!

Pero sentimos que estas invocaciones son estériles.

No sale de rincón alguno el cura Chiriboga. Sigue invisible. Sigue oculto o secuestrado. Sigue ausente de la actividad metropolitana y de la devoción religiosa.

El señor Luis Miró Quesada, saliéndose de su ecuanimidad gobiernista y tranquila, se para en medio de la calle y grita muy fuerte:

–¡Mis credenciales!

El señor Balbuena pasa por el jirón de la Unión y les afirma a las gentes:

–¡El juez Gálvez es mi correligionario! ¡El juez Gálvez es mi adjunto! ¡El juez Gálvez es mi partidario! ¡Pero yo no lo solicito! ¡Yo no lo atajo! ¡Yo no lo cohíbo! ¡El juez Gálvez tiene sus manos libres!

Salimos de la imprenta para preguntar:

–¿Y el señor Prado no protesta? ¿Y el señor Prado no grita? ¿Y el señor Prado no hace bulla?

Nos responden sonoramente:

–¡El señor Prado se atiene a su derecho!

Y llega más tarde a nuestra imprenta una noticia que nos impresiona y nos sacude:

–¡Hoy se reunirá la Junta Escrutadora en el General de Santo Domingo! ¡La Junta Escrutadora se acoge a la justicia divina, después de haberse acogido a la justicia humana!

Y alrededor del señor Miró Quesada, del señor Aníbal Gálvez, de la Junta Escrutadora, de la desaparición del cura Chiriboga y de las reservas del señor Zapata, se concentran los comentarios, las murmuraciones y las malevolencias de la política.

Empieza a envolvernos un torbellino que puede acabar en una vorágine, pero que puede también quedarse en torbellino.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–VI–1917)

VOCES

Themis electoral

En las manos de la austera diosa de los ojos ciegos y la balanza inexorable, hemos puesto los peruanos la suerte de las elecciones últimas.

No podemos confiarnos al fallo de Dios, que está muy alto. Tenemos que confiarnos al fallo de los hombres. Nuestra democracia no ha estudiado todavía la intervención de la justicia divina en sus actos institucionales. Ha intentado anteayer un ensayo invitando al señor Zapata y al cura Chiriboga al convento de Santo Domingo, pero ha sido sin victoria ni eficacia.

La justicia humana es, pues, nuestro único refugio, nuestra única égida, nuestro único escudo, nuestra única esperanza.

Vamos a las elecciones atenidos a la honradez de los demás ciudadanos en primer término y atenidos al veredicto de la Corte Suprema en segundo término. En medio de las vicisitudes y episodios de las jornadas cívicas y de los escamoteos sombríos, ponemos siempre los ojos en la Corte Suprema. Y cuando no hay gobiernos que nos amparen y sí malandrines que nos hostiguen, nos asilamos también en la casa histórica de la Corte Suprema y llevamos allí nuestros papeles, nuestros funcionarios y nuestros votos.

El corazón de la patria se halla, en estos momentos, palpitante y angustiado sobre la mesa que auspiciará los análisis y las deliberaciones de este grave tribunal de vocales y fiscales.

Anteayer se abrieron para todos los ciudadanos del Perú las puertas de la Corte Suprema. Se abrieron ruidosamente. Se abrieron entre grandes expectaciones. Un conserje gritó a punto en que las franqueaba:

–¡Proceso de Canta!

Desde este momento las credenciales del señor Pedro Abraham del Solar, que tiene tan sonoros atributos bloquistas, y las credenciales del señor Carlos Aurelio León, que tienen tan flamantes atributos oposicionis-

tas, se encuentran en la balanza inexorable de la austera diosa de los ojos ciegos.

El señor León se ha presentado a la Corte con un acervo cuantioso de quejas y acusaciones. Toda su experiencia profesional de juez de primera instancia se ha cristalizado en su papelería sistematizada y mecánica. Tantos son sus documentos, que con ellos en las manos desfallecerán los relatores.

Y el Sr. Pedro Abraham del Solar se ha presentado a la Corte con sus libretas de conscripción militar, sus actas, sus votos, sus credenciales. Apenas si se han quedado en Canta sus autoridades.

Este proceso ocupará tal vez mucho tiempo a la Corte Suprema. Exhibe las complicaciones y las telarañas del tinterillaje criollo. Ostenta máculas que no sabemos si se borrarán o no se borrarán con la goma de Faber.

Viviremos interesantes momentos de ansiedades, de murmuraciones y de vaticinios aguardándolo.

Pero en una hora cualquiera saldrá a las calles un papel manuscrito y timbrado que nos dirá el fallo de la diosa de los ojos ciegos y la balanza inexorable.

El país está convencido de que allí, en la casa histórica a cuya invulnerabilidad quiso acogerse un día la Junta Escrutadora, están encerradas todas sus expectativas de justicia y de reparación.

Y el señor Pardo entretanto se sonríe ácidamente y esconde muy adentro el gesto torcido, orgulloso, amenazador y tonante.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VI–1917)

VOCES

Ultimos momentos

Caminamos hacia el veintiocho de julio, que es el día de los alborozos populares, de las iluminaciones, de las guirnaldas de papel, del Himno Nacional y de la instalación del Congreso. Antes nos van a dejar para siempre los restos de Monteagudo que no quieren pasar entre nosotros otro veintiocho de julio.

Vemos que acaso en el día de nuestro centenario se habrán ido al blanco panteón de los mausoleos los restos de todos los hombres heroicos.

Este veintiocho de julio que se avecina representa para todos los peruanos el regalo de un gabinete nuevo. El país acostumbra estrenar gabinete el veintiocho de julio, así como el honesto virote y el acucioso hortera acostumbran estrenar en ese día terno, zapatos y sombrero. Nada importa que el gabinete nuevo se inaugure antes del veintiocho de julio. De toda suerte se forma para que la república aguarde el veintiocho de julio con gabinete nuevo.

Entre este día diecisiete de junio que amanece y ese día veintiocho de julio que se aproxima están únicamente las audiencias de la Corte Suprema.

Llegaremos al veintiocho de julio sin darnos cuenta, como llegamos a todas las fechas en el Perú.

Pero tendremos inevitablemente la seguridad de llegar sin el gabinete del señor don Enrique de la Riva Agüero que le parece a la república un fraude del destino, una broma de la historia y una ironía del señor Pardo.

Aún no sabemos si el señor Riva Agüero se va con el señor García y Lastres, con el señor Puente, con el señor Sosa, con el señor Muñoz y con el señor Valera.

Y pensamos que si nos dejase al señor García y Lastres y al señor Puente por ejemplo, preferible sería que no se fuese del Palacio de Gobierno.

En verdad el señor Riva Agüero no es una persona ingrata. Lo es su

gabinete. Y lo es su gabinete no tanto por quienes lo constituyen sino porque es un gabinete del señor Pardo.

Por eufemismo nos hemos puesto a clamar todos los peruanos que se vaya el gabinete del señor Riva Agüero. Somos anodinos en el grito, anodinos en el ademán y anodinos en el anhelo.

Se irá el gabinete del señor Riva Agüero y no se habrá modificado el método del señor Pardo. El señorío de la voluntad del señor Pardo, versátil como una chica bonita y testaruda como una vieja beata, continuará oprimiéndonos y ahogándonos. El ministerio nuevo tendrá otro título y otro mote, pero será siempre un gabinete del señor Pardo, cualesquiera que sean los ilustres personajes llamados para reformarlo y remendarlo.

No es un gabinete del señor Pardo lo que ha cansado al país.

Son tan sólo las reticencias nacionales las que desde antes del cuatro de marzo, desde el día en que nosotros empezamos a hablarle al país en un papel impreso, han encendido este grito capcioso que no dice lo que quisiera decir:

–¿Hasta cuándo no se va este gabinete?

Porque a partir del momento histórico de las catilinarias, el grito exasperado de los pueblos ha sido siempre el mismo:

–¿Hasta cuándo?

(En *El Tiempo*: Lima, 17–VI–1917)

VOCES

Todo igual

Seguimos viviendo entre la huelga de tranvieros y la huelga de vocales de la Junta Escrutadora. Una de estas huelgas nos tiene sin tranvías y la otra nos tiene sin credenciales. Las dos suscitan la protesta, el clamor y la exasperación.

El gobierno del señor Pardo parece hasta ahora el padrino de las dos huelgas. Fraterniza con estos huelguistas. Y, para que no haya en las calles de la ciudad quienes los molesten, manda a todos sus gendarmes contra los huelguistas de Huacho.

Hay momentos en que nos preguntamos si nos está gobernando el señor Pardo o si nos están gobernando los huelguistas de los tranvías o los huelguistas de la Junta Escrutadora.

Pero respiramos luego en la atmósfera política la persuasión de que nos continúa gobernando el señor Pardo.

El pensamiento de que nos pudieran gobernar los huelguistas de la Junta Escrutadora nos llena de sensaciones risueñas el alma. Vemos en sueño al señor Zapata y al señor Chiriboga en la Presidencia de la República. Sentimos que sería una Presidencia de la República con dos caras y con cuatro manos. Y se nos antoja que el señor Zapata firmaría sus decretos en Chosica y que el señor Chiriboga los firmaría en un escondite.

Dentro del proceso de nuestras abstractas deducciones no es disparatado pensar que los vocales de la Junta Escrutadora pudiesen administrarnos y mandarnos como nos administra y nos manda ahora el señor Pardo.

Esos vocales nos han hecho sentir sonoramente la fuerza de su voluntad. Porque ellos no quieren que se proclame diputado al señor Prado, nos vamos a quedar sin proclamaciones y sin credenciales. Son luego dos hombres muy importantes. Basta su decisión para que la metropolitana provincia de Lima no tenga diputados. Ellos solos representan más que siete mil electores y más que siete mil libretas de inscripción militar.

Poseen la autoridad del veto electoral, el veto más interesante, más original, más nuevo y más extraordinario de todos los vetos acaso por su origen criollo y su timbre pardista.

Burlonas gentes malévolas afirman sonrientes:

–¡Este es un gobierno tan paternal que se solidariza con los huelguistas!

Y es que estas burlonas gentes malévolas pretenden soliviantar a la ciudad amortecida y hacerla gritar:

–¡Este gobierno se solidariza con los huelguistas de los tranvías! ¡Y se solidariza con los huelguistas de la Escrutadora! Pero no se solidariza con los demás huelguistas. ¡A los demás huelguistas les manda sus gendarmes, sus prefectos, sus sables, sus bayonetas y sus ametralladoras que disparan solas!

Asevera la ciudad, llena de convicción, que en el Perú para declararse en huelga se necesita estar previamente de acuerdo con el gobierno si el gobierno es del señor Pardo.

Enseguida vuelve la ciudad a cruzarse de brazos y a verse entre la huelga de tranvieros y entre la huelga de vocales de la Escrutadora.

Y nosotros sentimos que el ambiente se enferma de monotonía, de otoño, de neblina, de pardismo, de desazón, de miseria y de sombríos sentimientos inconfesables.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–VI–1917)

VOCES

Los que vienen

En este país vivimos siempre con los ojos puestos en los peruanos esclarecidos que están fuera. Acaso es porque tenemos una desesperanza muy honda y muy acendrada que hace que nos sintamos encerrados dentro de cuatro paredes sombrías y rodeados de hombres impenitentes e inconfesos. Acaso es porque tenemos el anhelo de un bien y de un apostolado que han de llegarnos de otras tierras.

Eternamente hay en todos nosotros un gesto de bienvenida.

Y pensamos eternamente también que cuando un peruano esclarecido vuelve a esta tierra es para gobernarla. No se nos alcanza que pueda ser para otra cosa. Tenemos la persuasión de que si no fuera para mandarnos nadie volvería.

Un día supimos que el señor Bentín, que es nuestro primer vicepresidente, se embarcaba de regreso a la patria. Era un día de duelo palpitante y aflictivo. Y brotó de todos los labios esta exclamación:

–¡El señor Bentín viene para reemplazar al señor Pardo!

Esta exclamación era un voto. Nada más que un voto. El país se engañaba. Nosotros se lo dijimos a tiempo desde estas mismas columnas.

Otro día nos anunciaron que el señor Felipe de Osma había salido de La Paz en viaje a Lima. Inmediatamente nos dijimos que el señor Osma sólo podía venir para gobernarnos aunque tuviese que ser en colaboración con el señor Pardo. No nos cupo la menor duda acerca de que el señor Osma venía para ser presidente del consejo de ministros, para fortalecer la administración vacilante de su primo y para dar enmienda o dirección al triste momento histórico que atravesamos.

Era el perenne sentimiento nacional sobre los peruanos que retornan a la patria. Los brazos del Perú se abrían con un ademán de bienvenida. Se aprestaban para el abrazo. Una vez más poníamos los ojos en un peruano ausente que se acercaba a nosotros.

Y nos preguntábamos llenos de esa obsesión que se ha arraigado en nuestras almas:

–¿Para qué puede regresar un peruano esclarecido si no es para gobernarnos?

Llegó el señor Osma y nos pareció que su continente era no sólo el de un ministro plenipotenciario del Perú y no sólo el de un primo hermano del Presidente de la República, sino también el de un presidente del consejo de ministros.

El pensamiento público de que el señor Osma venía para colaborar con el señor Pardo en el gobierno del Perú se ratificaba.

Se generalizaba este concepto:

–Un hermano del señor Pardo va a ser presidente de la Cámara de Diputados. Justo es que un primo hermano suyo sea presidente del consejo de ministros.

Pero he aquí que el señor Osma está desautorizando este pensamiento en la intimidad de sus tertulias y de sus entrevistas. El señor Osma niega que haya venido para ser presidente del consejo de ministros. Afirma que ha venido para regresar en seguida y señala la fecha de su partida próxima.

Aseveran sus allegados:

–¡Osma se vuelve a La Paz! Ha venido para volver. Pero no para volver de ministro sino de embajador. ¡No hay más!

El país siente que el alma se le cae al suelo.

–¿No es cierto entonces que haya llegado para gobernarnos?

Y responden los hombres de palacio:

–¡No es cierto! ¡Para gobernarnos se basta Pardo!

Política incaica

Ese renacimiento incaico de que hablábamos un día, latió, vibró y palpitó ayer. Y no fue en la música del señor Daniel Alomía Robles. Ni fue en la epopeya del gran guerrero enamorado Ollantay. Ni fue en el yaraví doliente. Ni fue en la momia santa. Ni fue en el quipo sabio.

Ya tenemos, además de música incaica, además de drama incaico y además de arte incaico, política incaica. Ha llegado de la provincia aborigen y serrana de Huarochirí un diputado que parece un amauta del imperio de Tahuantisuyo. Es el señor Tello, un hombre lleno de ciencia y talento, que se ha pasado la vida entre huacos y huacas y que ha salido de un museo para entrar de repente en nuestra política y en nuestro

parlamento.

Vino para aclamarle, para defenderle, para rodearle, para demostrar que ha votado por él y que le ha elegido diputado, toda la provincia de Huarochirí. Miles de hombres humildes que creen en su raza y que hablan en quechua desfilaron por las calles y se dirigieron a esa casa histórica donde se reúne todas las tardes la Corte Suprema y donde quiso reunirse un día la Junta Escrutadora.

Y puso la ciudad los ojos en estas gentes rústicas venidas a Lima en peregrinación cívica.

Y enseguida puso los ojos en el señor Tello que es desde ese momento el hombre del día.

Malignas y frívolas gentes metropolitanas se interrogaban entre sonrisas:

–¿Este es el pueblo que ha elegido al señor Tello? ¿Acaso ha elegido inca al señor Tello? ¿Tal vez el señor Tello va a ir a Palacio en lugar del señor Pardo?

El pueblo peregrino gritaba orgullosamente:

–¡El señor Tello es diputado! ¡Es nuestro diputado! ¡El diputado de Huarochirí!

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VI–1917)

VOCES

Ayer, veinte

Ha pasado ya ese día veinte de junio que el señor Pardo aguardaba lleno de ansiedades y desazones. Hace un instante sonaron las doce campanadas anunciadoras de que el veinte de junio se iba definitivamente. Esta madrugada fría y sombrosa en que escribimos es la madrugada del veintiuno de junio, que es un día absolutamente vulgar en el calendario de nuestra democracia.

Hasta ayer el pie del señor Pardo ha estado oprimiendo desesperadamente los papeles del proceso electoral de Lima. No ha consentido que la Junta Escrutadora los recoja y los examine. No ha dejado que se ponga sobre ellos uno nuevo y determinativo.

Es por eso que hoy amanecemos sin los dos nuevos diputados por Lima que habíamos creído elegir. Hoy no tenemos a quien felicitar ni a quien mimar. Hoy es ya superfluo y estéril el montón de papeles manuscritos y de papeles impresos que representa el conflagrado proceso electoral de esta provincia. Hasta las doce de la noche de ayer el pie del señor Pardo ha estado pisándolo inflexible y celosamente.

Así es el Perú.

Todos los bulliciosos habitantes de la metrópoli pudimos un día darnos a los más apasionados entusiasmos cívicos.. Todos los grupos y facciones políticas pudieron urdir sus concomitancias y alistar sus ardides y añagazas. Todos los automóviles y todas las victorias de la ciudad pudieron moverse para llevar y traer a los candidatos, a los propagandistas y a los pecheros de su corte de honor, cortejo o traílla. Pudo decir encendidos discursos el señor Prado. Pudo hacer sonoros y vibrantes ademanes el señor Torres Balcázar. Pudo agitarse en sagaces trajines el señor Miró Quesada. Pudo pegar en las paredes programas de dulce promisión el señor Balbuena.

Y, mas tarde, pudo todo este movimiento tornarse votos, escrutinios,

trapacerías, arrestos, tráfico, sinceridad y pecado, simultánea y abigarradamente.

El pie del señor Pardo basta para sujetar la marcha de tal conjunto de fervores, gritos, frases y gestos convertidos en cifras categóricas, en cifras majestuosas, en cifras severas y exigentes.

Probablemente el señor Pardo les preguntó a tiempo a sus cortesanos:

–¿Estos papeles pueden servirme para que sean diputados por Lima los ciudadanos que yo quiera?

Y probablemente sus cortesanos le respondieron:

–¡Estos papeles son unos papeles osados y rebeldes, señor! ¡Estos papeles no son maleables! ¡Estos papeles no son sumisos!

Desde ese momento el señor Pardo comprendió que era necesario invalidar todos los papeles del proceso electoral de Lima hasta que fuera posible aventarlos de un soplido a la calzada.

Y hoy veintiuno de junio una expiración colérica del señor Pardo se llevará probablemente volando los papeles que fueron un día para las almas ingenuas la expresión de la voluntad ciudadana.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VI–1917)

VOCES

Miramar excelso

Intermitentemente nos cuentan las gacetas cortesanas de la prensa que el señor Pardo ha ido de paseo a Miramar. Esta es siempre su primera noticia y también su noticia más trascendental. Y es la noticia que nos hace saber que Miramar sigue siendo el paraje de todas las complacencias y de todos los afectos de este señor Pardo que está en la Presidencia de la República y en el Palacio de Gobierno sin estar en los endurecidos corazones de las gentes de su pueblo.

Los áulicos palatinos que van en las mañanas a ver al señor Pardo y a persuadirse de que nos continúa gobernando, suelen encontrarse con este anuncio habitual y monótono:

–El presidente está en Miramar.

Empínanse los espíritus de las gentes curiosas para atisbar a través de las arboledas enjutas al señor Pardo y lo ven pasar velozmente en su automóvil entre un nimbo tornátil del humo de la gasolina y del polvo de la alameda.

Y tranquilízanse enseguida los espíritus de las gentes curiosas para esperar en cuclillas que la bocina del automóvil presidencial suene de nuevo en las calles anhelantes y abigarradas de la ciudad.

Esto es casi cotidiano.

El señor Pardo no tiene otro divertimiento, ni otra expansión, ni otro regalo mejores que el paseo a Miramar. Todas las mañanas se encuentra entre la disyuntiva de ir a Miramar o venir al Palacio de Gobierno. Y otorga de vez en vez su preferencia a Miramar.

Nosotros pensamos que al país no le molesta que el señor Pardo vaya a Miramar. Probablemente le molesta más que el señor Pardo venga al Palacio de Gobierno.

Y sentimos nosotros que el señor Pardo, a pesar de los sedimentos reaccionarios y orgullosos de su alma, es en algunas circunstancias

frecuentes un hombre de aficiones modernas. Si amara indeclinablemente las cosas tradicionales, no sería un gran señor que sale de paseo en automóvil sino un gran señor que sale de cacería a caballo. No haría una avenida ribereña abierta a todas las irrupciones prosaicas sino un bosque cerrado a la curiosidad y a la pólvora de los intrusos. Tendría caballos, perros y criados. Rico sería su cortejo, grande su traílla y buena su mesnada. De vuelta a sus dominios, los perros del señor Pardo podrían hacer presa de cualquiera de los hombres atrevidos que nos damos en cuerpo y alma a la empresa de ponerle reparos y hacerle malintencionadas apostillas a su gobierno.

Ocurre que en este punto de nuestra divagación una voz nos dice que sin que queramos advertirlo y sin que le valgan para aventuras y andanzas de cacería, tiene el señor Pardo traílla que nos amenace y nos hostigue.

Y entonces volvemos a la realidad de la cual nos alejamos a veces en transitorios ensimismamientos de nuestro espíritu y de nuestras manos sobre la máquina de escribir.

Y vemos correr en su automóvil al señor Pardo, que no es siquiera un presidente chófer, ni un presidente sportman, sino apenas un presidente que se pasea como un burgués neurasténico y vulgar...

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VI–1917)

VOCES

Viene el doctor Durand

En una de estas mañanas neblinosas o en una de estas tardes anodinas, tendremos que ir a darle la bienvenida al doctor Augusto Durand, que va a dejar transitoriamente la legación de Buenos Aires para volver a su sede de Lima.

No vamos a recibir en esta ocasión al caudillo que viene del exilio sino al diplomático que viene de la embajada. No al ciudadano que se fue por una persecución sino al ciudadano que se fue por un nombramiento. No al político que se llevó los dolores del ostracismo sino al político que se llevó las gracias y las mercedes del poder.

Estos tiempos de hoy no son los tiempos de ayer.

Y es lógico y es congruente con la mutabilidad de las cosas que el doctor Durand no regrese ahora como habría regresado antes acogido a los favores de una amnistía o de una conciliación.

Nuestra ciudad verá esta vez al doctor Durand saludado y servido por un edecán del Presidente de la República. Apenas si la vulgaridad de nuestros usos republicanos impedirá que el doctor Durand sea también saludado y servido por escoltas, mesnadas y cortes de honor.

Tal vez nuestro pueblo ingenuo e inocente se sorprenderá. Tal vez no le parecerá este doctor Durand embajador, el mismo doctor Durand caudillo de otros tiempos. Tal vez no se acostumbrará a verle socorrido y rodeado por hombres tácita y tradicionalmente palatinos y cortesanos.

No importa.

Este es un pueblo que quiere mirar eternamente iguales a todos los hombres y a todas las cosas. Es un pueblo gazmoño que se asusta ante las evoluciones. Es un pueblo huraño que se resiste a las reformas.

Nuestro deber para con este pueblo es mostrárnosle siempre nuevos, siempre distintos, siempre otros.

Tenemos que defendernos de la monotonía.

Hay almas vulgares que quisieran ver otra vez al señor Pardo enemigo del doctor Durand y al doctor Durand enemigo del señor Pardo. Estas almas anhelarían la sorpresa de que, en una de las mañanas neblinosas o en una de las tardes anodinas de la estación, el doctor Durand desplegara la bandera de la revolución en un tren de Chosica. Estas almas no se imaginan al doctor Durand diplomático sino únicamente al doctor Durand cabecilla. Estas almas creen que el doctor Durand no está en la legación de Buenos Aires tan bien como estaría en un vivac, en una quebrada o en un campamento.

Y no es por cierto que estas almas le deseen una revolución al señor Pardo.

Es que son unas pobres almas rutinarias que no se conforman con las mudanzas de la historia y que no saben que todo es sobre la tierra tornadizo además de perecedero.

El doctor Durand que es un hombre moderno comprende que ya pasaron los tiempos de los trenes revoltosos y de las montoneras alzadas. Siente que ya pasaron los años de su mocedad bizarra. Palpa el progreso de su madurez serena. Y, dándole la razón a nuestro ilustre señor don José Carlos Bernales, piensa seguramente que son más armoniosos y razonables los escarpines metropolitanos que las polainas campesinas.

Aquello de las empresas y aventuras sediciosas no es elegante, sobre todo desde que los métodos de conspiración han progresado y se han enriquecido con prodigiosos ardides y legendarias y avizoras prestancias.

Nosotros que estamos en el infantil período de los atrenzos rebeldes, de los ardimientos generosos y de los gritos destemplados, comenzamos a comprenderlo en este momento en que ponemos los ojos en el regreso repentino del doctor Durand, embajador, presidente de los liberales y grande y buen amigo nuestro y del señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VI–1917)

VOCES

En la balanza

El país se había habituado a ver de diputados por Huancayo al señor Ernesto Ráez y al señor Rodrigo Peña Murrieta. No porque el señor Ráez y el señor Peña Murrieta fraternizaran entre sí, sino porque fraternizaban en el corazón de la provincia de Huancayo. Dos veces salieron triunfadores juntos en una misma elección para ir luego a sentarse, lejos uno de otro, distanciados, separados, uno a la derecha y otro a la izquierda, en la Cámara de la doctrina del señor Ulloa, del cientificismo del señor Maúrtua y de la sonrisa del señor Manzanilla.

Médico el señor Ráez y médico el señor Peña Murrieta, huancaíno el señor Ráez y huancaíno el señor Peña Murrieta, verboso el señor Ráez y verboso el señor Peña Murrieta, apenas si se diferencian en que el señor Ráez ha sido Ministro de Hacienda y el señor Peña Murrieta no lo ha sido nunca.

Pero ocurre en cambio que el señor Peña Murrieta ha alcanzado la inmortalidad y el señor Ráez no la ha alcanzado todavía ni se da trazas para alcanzarla. El señor Peña Murrieta ha pasado a la historia del Perú con un pliego trascendental en la mano. Ha promulgado una de las reformas que la cronología salvará de la polilla de los anaqueles.

Hasta el momento en que se paró en la sala del Congreso para derogar un renglón del artículo 4º de la Constitución del Estado, no tuvo el señor Peña Murrieta título suficiente para superar al señor Ráez en el presente y en el porvenir.

Únicamente a partir de ese momento pudo el señor Peña Murrieta sentir las fruiciones excelsas de los agraciados en la lotería de la celebridad. Únicamente a partir de ese momento pudo el señor Peña Murrieta desdeñar al señor Ráez ex Ministro de Hacienda. Únicamente a partir de ese momento pudo el señor Peña Murrieta comprender que había nacido para destinos muy grandes y muy distintos de los del señor Ráez.

Y en estas elecciones de 1917 que llegan a la Corte Suprema tan llenas de crespón y tan llenas de luto, el corazón de la provincia de Huancayo halló irreconciliables al señor Ráez y al señor Peña Murrieta. Los hijos de Huancayo se dividieron. Pensaron que habiendo dos diputaciones no era posible que fuesen esta vez para el señor Peña Murrieta y para el señor Ráez. Comprendieron que el señor Peña Murrieta y el señor Ráez no querían ser diputados gracias a los mismos sufragios, a las mismas asambleas, a los mismos funcionarios y al mismo papel sellado.

Ayer la Corte Suprema abrió sus puertas a las elecciones de Huancayo.

Y el señor Peña Murrieta y el señor Ponce Cier pusieron sus credenciales en un platillo de la balanza de Themis y el señor Ráez y el señor Sánchez pusieron las suyas en el otro platillo.

Hubo entre las gentes una expectación muy grande. Se esperaba que el señor Peña Murrieta y el señor Ráez se vieran inmediatamente pico a pico. Se aguardaba la controversia con la ansiedad con que se aguardan las emociones dramáticas.

Pero ni el señor Peña Murrieta ni el señor Ráez hicieron la exposición de sus respectivas demandas. Habló por una parte el señor Ponce Cier y habló por otra parte el señor Tola. Callaban los médicos y entregaban al discernimiento de los abogados el examen de sus papeles.

Fue más tarde, a guisa de postre, de epílogo o de "llapa", que hablaron el señor Ráez y el señor Peña Murrieta.

El señor Ráez estuvo desabrido.

Y el señor Peña Murrieta estuvo sustancioso y rotundo.

Defendía sonoramente la honradez de su proceso electoral:

–¡Mis contribuyentes son contribuyentes de carne y hueso! ¡Mis credenciales son un dechado de higiene! ¡Mis elecciones rebosan salud!

Impugnaba vehementemente el proceso electoral adverso:

–¡En cambio, esos contribuyentes son unos contribuyentes incorpóreos! ¡Esas credenciales están anémicas! ¡Esas elecciones han nacido enfermas!

Apostrofaba al señor Eleazar Sánchez:

–¡Sánchez, diputado! ¡Esto parece el título de una película!

El tribunal supremo mordía severamente sus sonrisas.

Y luego el señor Sánchez se enfadó contra el señor Peña Murrieta para ponerle un punto final dramático a la audiencia.

En los platillos de la balanza inexorable de Themis se quedaron los papeles de los señores Ráez y Sánchez y Peña Murrieta y Ponce.

Y nosotros pensamos que a media noche harían asperges y conjuros sobre estos papeles las manos enguantadas de las mujeres bonitas que hace dos años amenazaron al señor Peña Murrieta en el nombre de la Santa. Madre Iglesia ofendida...

(En *El Tiempo*: Lima, 24–VI–1917)

VOCES

Feligresía inquieta

Ayer domingo, fiesta de San Juan Bautista y día de tradicionalismo criollo y de florecimiento de los "amancaes", sacudió nuestros espíritus de humildes feligreses cristianos una preocupación muy profunda y muy complicada.

Sonó para despertarnos, y para recordarnos que, mansas ovejas de la grey católica, debíamos oír la misa de nuestra parroquia, la campana alegre y cristalina del campanario más vecino.

Y nos dimos cuenta entonces de que nuestra parroquia era la parroquia de San Marcelo, la parroquia del cura Chiriboga, la parroquia un día abandonada por su señor y vigilada por hombres de la policía.

Nos consternamos.

El descubrimiento de que el cura Chiriboga era nuestro pastor nos estaba aguardando sigilosa y silenciosamente como una acechanza del cinema.

Y nos estaba reservado para la suave mañana de ayer en que en honor de San Juan florecerían los lirios silvestres de las lomas vecinas.

Salimos para persuadirnos de que inevitablemente era esta la calle del General La Fuente y para persuadirnos de que inexorablemente estábamos en la parroquia de San Marcelo.

Fuera de esta casa, frente a ella, mirándola desde la otra acera, sentimos el anhelo de dejarla para no seguir siendo feligreses del cura Chiriboga que tan mal nos enseña con el ejemplo, del cura Chiriboga que se esconde olvidándose de sus fieles, del cura Chiriboga que se empeña en ser un héroe de folletín político y de episodio bufo, del cura Chiriboga que se escapa de nuestras manos investigadoras que lo persiguen en automóvil, del cura Chiriboga que es dueño de un apellido célebre en la historia del señor Pardo, del cura Chiriboga que se hace letras de mano en la sombra con el Rasputín de nuestra corte criolla y advenediza.

Probablemente fue el diablo, quien, en medio de estos pensamientos, le hizo a nuestra conciencia la insinuación de que nos hiciéramos feligreses de la cercana iglesia metodista.

Rechazamos la tentación, pero seguimos abrumados por la amargura de nuestras dolorosas persuasiones.

Sentimos que no podríamos ir a la parroquia de San Marcelo a oír la misa del domingo, la misa del precepto divino, la misa de San Juan Bautista, la misa de los Amancaes, porque seguramente no íbamos a encontrar en su cátedra apostólica al pastor de nuestra grey y porque encontrarlo nos daría muchas grimas, aprensiones y zozobras.

Y volvimos la cara para hallar, preocupado como nosotros, en el umbral de su casona al señor Jorge Prado.

Como nosotros el señor Jorge Prado es buen cristiano, feligrés devoto y ahijado fervoroso de nuestra Santa Madre Iglesia. Como nosotros el señor Jorge Prado se asusta de que el cura Chiriboga sea su pastor. Como nosotros piensa en el remedio de dejar su casa y dejar el barrio para inscribirse en otra feligresía. Como nosotros ha oído, sobresaltado, la tentación del diablo para irse a la iglesia metodista.

El señor Jorge Prado y nosotros nos quedamos mirando mucho rato y reflexionamos en la tristeza pecadora del aprisco religioso en que vivimos.

Y nos preguntamos si éstos no serían también los sentimientos de toda la grey de San Marcelo y si las gentes de esta parroquia no pensarían en un éxodo...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VI–1917)

VOCES

Ambiente de temporada

Estamos ya sintiendo la proximidad de la temporada política.

En el Perú la política tiene temporada oficial como el tennis, como las carreras de caballos, como el cinema y como los días de recibo.

La temporada oficial de la política es la temporada parlamentaria. Puede durar solamente noventa días y puede prolongarse ilimitadamente. Ocurrirá, por ejemplo, lo primero siempre que sea Presidente de la República el señor don José Pardo y se sienta en malos trances y duros pasos.

Para ser solemne, esta temporada empieza el 28 de julio y se inaugura con las sonoridades de una parada militar.

Suele acontecer que la temporada oficial de la política es lánguida y descolorida y que fuera de ella surgen situaciones repentinas de hondo interés público. Pero siempre es la temporada oficial la que enciende todas las expectativas nacionales y todas las curiosidades metropolitanas. Y la que inquieta a los gobernantes. Y la que glosan los periodistas. Y la que agita a los partidos. Y la que quita paz y sosiego al comentario callejero. Y la que suscita enojos o alegrías. Y la que trae esperanzas o se las lleva. Y la que hace acaecederas todas las cosas buenas y malas. Y la que puede torcer o enderezar, hacer o deshacer, herir o curar y consolar o decepcionar, tan grandes son sus poderes y plenos sus señoríos.

Hoy vivimos todos con los ojos puestos en el veintiocho de julio y no por ardimiento patriótico sino por ansiedad política.

Vemos cercano el comienzo de la temporada parlamentaria y esto nos saca de quicio y nos llena de desazones. Deseamos febrilmente que se vaya de una vez este mes incoloro del veinte de junio, del cura Chiriboga, de la fiesta de San Juan y de los "amancaes". No movemos los ojos del almanaque. Y sentimos una prisa intensa por llegar al primer día de julio y por respirar su atmósfera de inquietudes y vórtices.

Y a usanza de la primavera que nos manda anticipadamente sus más audaces golondrinas, tiene también la temporada oficial de la política sus nuncios, sus embajadores y sus emisarios.

Son los diputados y los senadores, electos o postulantes, las golondrinas de la estación parlamentaria en estos años de elecciones, dualidades y análisis de la Corte Suprema.

Actualmente nuestra ciudad les está recibiendo incesantemente. Unas veces es el tren y otras veces es el vapor quien los porta. Y el que no trae indemnes sus credenciales, las trae acopladas con un pedido de nulidad para otras enemigas y taimadas, forjadas por diversos hombres, diversas asambleas y en diversos papeles.

El señor Pardo, este presidente sin tratamiento de excelentísimo, que se va a Miramar en las mañanas y corre en automóvil por las avenidas, tiene para todos los representantes que vienen, propietarios o suplentes, únicos o duales, nuevos o clásicos, el mismo amoroso gesto de bienvenida.

Sus edecanes están en las portadas y en las estaciones de la ciudad con los brazos abiertos y llevan en los labios un mensaje de felicitación para cada representante real o posible.

Hay ocasiones en que se equivocan y obsequian, miman y engríen a un provinciano sin credencial, sin elección y sin política, en quien creen ver continente y majestad de representante.

Asistiendo a estas escenas y atisbando en las maletas de los hombres que llegan para intervenir en la estación parlamentaria, se pasa la ciudad muy buenas horas, teje y desteje la tela de sus comentarios, sopla las pompas de jabón de sus mentiras traviesas, urde el castillo de su conjeturas y de sus suspicacias y baraja locamente los hombres, los papeles, las mentiras, los periódicos y los acontecimientos.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–VI–1917)

VOCES

Rumor inquietante

Glosado por la sonrisa metropolitana, socorrido por los alardes orgullosos de los áulicos del señor Pardo, aderezado por los donaires del humorismo criollo, dando volatines sobre las gentes, haciendo vereda de las azoteas y saturándose de las brumas y fríos de la estación, ha venido a nuestra estancia un rumor desconcertante y maligno.

No hemos querido recibirlo ni examinarlo. Lo hemos apartado de nosotros. Lo hemos aventado fuera. Y hemos cerrado y atrancado nuestra puerta para no verlo ni sentirlo y para no permitirle que amagase la tranquilidad de nuestra conciencia.

Pero este rumor nos ha asediado pertinazmente. Nos ha tocado el timbre. Nos ha golpeado la aldaba. Nos ha llamado por teléfono. No nos ha dejado paz ni sosiego.

Y, vencidos y sojuzgados por su persistencia, hemos tenido que consentirle el acceso a nuestra estancia, a nuestra mesa, a nuestros espíritus y a nuestros corazones.

El rumor desconcertante y maligno nos ha gritado entonces que el gabinete del señor don Enrique de la Riva Agüero se queda y no por contumacia del señor Riva Agüero, que es persona asequible y discreta, sino por empecinamiento y rebeldía del señor Pardo.

Para anunciar tal posibilidad inminente y tremenda han sonado en los círculos políticos, más que las voces de la suspicacia limeña, las voces de la autoridad palatina.

Ha sido el señor don Juan Pardo, este señor don Juan Pardo que a ratos nos parece más Presidente de la República que el señor don José Pardo, quien ha dicho lleno de las insufladas arrogancias de su hermano que el gabinete se queda para castigo de sus detractores, freno de las rebeldías, confusión de los hombres osados, alegría del Palacio de Gobierno y complacencia de las gentes cortesanas.

Todos habíamos dado un grito vehemente cuando supimos que el gabinete del señor Riva Agüero se marchaba.

Y el señor Pardo pensó que era un grito de placer, un grito de satisfacción, un grito de esperanza.

Probablemente más tarde, asistido por su consejo de familia y estimulado por el consejo sabio del señor don Juan, el señor Pardo ha comprendido que su gobierno daría una prueba de entereza, de vigor y de energía manteniendo en el Palacio de Gobierno a este gabinete del señor Riva Agüero que se aproxima a los umbrales del parlamento perseguido por terribles responsabilidades fiscales y políticas.

Nosotros hemos tenido un estupor profundo cuando, a media noche, ha visitado nuestra estancia el rumor de la última orientación de la veleta pardista.

Hemos sentido un calofrío.

Y nos hemos hallado resueltos dramáticamente a hablarle con una entonación muy grave y muy severa al país.

Pero inmediatamente hemos reaccionado.

Han vuelto a nuestros labios la sonrisa, a nuestro corazón la calma, a nuestro ademán la ponderación y a nuestro pensamiento el sosiego.

Y hemos pensado que el señor Pardo no nos quitará de los ojos ninguna buena esperanza ni ninguna dulce visión y que no nos hará otro fraude que el de impedir que el ventiocho de julio estrene este país un gabinete sin novedad e importancia como estrenan los niños una sonaja y los hombres grandes un chaqué

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VI–1917)

VOCES

Justicia para todos

Diríase que en el Palacio de Justicia de nuestra ciudad, vasta casona de dos puertas y muchas ventanas, ha resucitado, para compostura de los entuertos y yerros que nos afligen, el iluminado profeta de los psalmos, dulce lirida del Cantar de los Cantares, grande y buen amigo de la reina de Saba, amoroso creador del templo de Jerusalem y máximo juez de las viejas y de las nuevas edades.

Todos los pasos, todas las miradas, todos los pensamientos y todas las palabras del país se dirigen en estos momentos al Palacio de Justicia y penetran en él, ora por sus dos puertas, ora por sus muchas ventanas.

Van al Palacio de Justicia los diputados duales y los candidatos expoliados que llevan a la Corte Suprema sus demandas, sus acusaciones y sus ardides. Van al Palacio de Justicia los periodistas avizores y fisgones. Van al Palacio de Justicia los políticos del trajín cortesano. Van al Palacio de Justicia los abogados y los legisladores. Van al Palacio de Justicia los buenos y los malos, los pecadores y los virtuosos, los grandes y los chicos, los gobiernistas y los opositores, los que están en la gracia del señor Pardo y los que la han perdido, los que comen pan integral y los que comen pan blanco, los que leen este papel burlón y atrevido y los que leen los papeles tradicionales y experimentados.

Y va especialmente al Palacio de Justicia la política, la taimada señora que nos intranquiliza y nos desasosiega, la sombra sigilosa y aviesa que nos envuelve, nos enreda y nos conturba.

Abre sus puertas la Corte Suprema para que se entreguen a su análisis las elecciones. Y abre las suyas el Consejo de Oficiales Generales para que el señor Balbuena hable en el nombre del 4 de febrero y de los que sufren persecuciones de la justicia. Y también los juzgados y las fiscalías para que el señor Balbuena entre y salga con los persistentes papeles del proceso electoral de Lima.

Apenas si existe cosa que preocupe hoy la atención nacional y que no se desarrolle dentro del Palacio de Justicia.

No parece sino que todos los hombres de esta tierra estamos pidiendo a gritos justicia, justicia y justicia. Se siente que el país entero vive en trance de litigio judicial. Y se tiene a veces la rara sensación de que nos pudiéramos ahogar en papel sellado.

Laten a nuestro rededor muchos corazones anhelantes. Son los corazones de los diputados duales que la Corte Suprema puede deshacer de un soplo, tan frágiles han llegado a su recinto. Oyendo sus palpitaciones presurosas ponemos también nuestras miradas en el Palacio de Justicia y vemos que en sus patios y en sus umbrales hace antesala la ciudad.

Pasan, uno tras otro, el señor Solar, el señor León, el señor Peña Murrieta, el señor Ráez, el señor Pinzás, el señor Rizo Patrón, el señor Sánchez y el señor Ponce Cier y pensamos que de un momento a otro, tal vez dentro de algunas horas, va a salir a las calles el manuscrito fatal del fallo ansiado y temido.

Y descubrimos furtivamente en la fisonomía de la Corte Suprema una rápida sonrisa que mira a los candidatos y que tiembla sacudida por una voluptuosidad inocente y abstrusa...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–VI–1917)

VOCES

Doctrina y papeles

En la tarde de hoy en el nombre de San Pedro y San Pablo hubieran querido los espíritus mestizos de esta ciudad oír la palabra tónica y sedante del señor Maúrtua sobre el proceso electoral de Huacho.

Toda la sabia doctrina que el señor Maúrtua sustentó en la tarde de ayer, para deleite de nuestros furtivos ardimientos democráticos, habría sonado mejor en un día de fiesta nacional, así no fuera el de romántica evocación de los castizos tiempos del paseo a Amancaes sino de holgorio inocente de los pescadores y de las playas.

El señor Maúrtua no habría llevado todavía a la tribuna de la Corte Suprema las vibraciones de su análisis de la vida nacional. Su pensamiento científico se había divulgado solamente en los repentinismos resplandecientes del debate parlamentario y en las columnas cotidianas de una prensa organizada para la metempsicosis. Y teníamos ansiedad de sentir acumulados sobre un platillo de la balanza de Themis los argumentos diáfanos y rutilantes del señor Maúrtua.

Este mes de los "amancaes", del cura Chiriboga, de San Juan Bautista y de San Pedro y San Pablo ha dado a la ciudad la sorpresa de un discurso del señor Maúrtua que ha encontrado en una audiencia de la Corte Suprema libertad y estímulo para su comentario, su crítica y su concepto.

Viose ayer la Corte Suprema entre los papeles del señor Sayán y Palacios y la doctrina del señor Maúrtua. Entre aquellos papeles y esta doctrina se pasará muchas horas de meditación. Acaso más horas que las que lleva trascurridas entre los complicados papeles del señor Solar y del señor León.

Ha pedido el señor Maúrtua un voto de conciencia.

Y la ciudad ha recogido emocionada su petición.

–¡Un voto de conciencia!

Ha pensado enseguida que ésta parecía una demanda de la oposición.

Y le ha dado muchas vueltas entre las manos.

Nosotros no tuvimos la suerte de oír al señor Maúrtua. Nos quedamos dormidos no por cierto en la Corte Suprema sino en nuestra casa. Y cuando nos despertamos ya estaban de regreso en el centro de la ciudad los asiduos de la barra.

Abordamos a todos a la vez:

–¿Ya terminó el señor Maúrtua?

Y nos respondieron:

–¡Ya! ¡Elocuente! ¡Nítido! ¡Sustancioso!

Y nos agregaron:

–¡Ha pedido un voto de conciencia!

Escuchando a las gentes nos parecía escuchar al señor Maúrtua y reconstruíamos para nosotros su discurso. Hablábamos alto sin preocuparnos de los traseúntes y sin contestar los saludos. Pronunciábamos como el señor Maúrtua. Accionábamos como el señor Maúrtua. De vez en cuando nos interrumpíamos para aplaudirnos:

–¡Muy bien!

Nos parecía oír al señor Maúrtua:

–¡El señor Sayán y Palacios es un candidato orgánico a la diputación por Huacho! ¡Hace veinticinco años que aspira a esa diputación! ¡Veinticinco años estériles del señor Sayán y Palacios y venticinco años de monotonía para el sentimiento democrático de la provincia de Huacho!

Y saboreábamos sus conclusiones:

–¡Yo le pido a este tribunal un voto de conciencia! ¡No anhelo que escudriñe la mecánica del proceso! ¡El examen del detalle es secundario! ¡Olvidemos el detalle!

Pero, más tarde, una frase persistente del mismo señor Maúrtua nos llenó de turbaciones:

–Veinticinco años de candidato.

Vimos al señor don Emilio Sayán y Palacios, gran señor de nuestra república y príncipe popular de nuestra democracia, menos joven y menos lozano que en otros tiempos, dueño al fin de unas credenciales únicas, y sentimos que no había justicia en la demanda del señor Maúrtua.

Nos alzamos de un golpe para protestar de que el señor Maúrtua hubiese ido a la Corte Suprema para impugnar las credenciales del señor Sayán y Palacios.

Y levantamos los brazos al cielo y volvimos el rostro hacia el Palacio de Justicia para pedir también nosotros:

–¡Un voto de conciencia!

Pero no en el nombre de nuestra democracia.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–VI–1917)

VOCES

Viajero ilustre

Por el mismo camino del señor Montero y Tirado un día, del señor Villarán más tarde y del señor Payán, finalmente, ha emprendido viaje el ilustre mayorazgo de la familia Pardo.

Es el camino de los Estados Unidos, el camino del norte que señalara incautamente Pizarro en la yerma y pelada Isla del Gallo como el camino de la pobreza y de la derrota.

No habrá más en la historia quien repita la frase expresiva:

–Por aquí se va al Perú a ser ricos y por aquí se va a Panamá a ser pobres.

Pizarro ha fracasado definitivamente.

Todos los hombres del régimen quisieran ahora irse a los Estados Unidos. Hay cada mes un personaje nuevo que se va a la república del austero Wilson. Y suele ocurrir que las gentes se pregunten si algún día repentino y solemne no se decidirá también el señor Pardo que nos gobierna, a dejar el Palacio de Lima por el palacio de la embajada en Washington.

El país pensó en un principio que el señor Felipe Pardo se iría a los Estados Unidos de embajador, o de ministro plenipotenciario del Perú.

Hemos vivido desde hace algún tiempo con la sensación de que el Mayorazgo es por antonomasia nuestro representante en Washington. Hemos estado esperando su nombramiento día tras día. Y no hemos cesado de lamentar los atrevidos estorbos que se han sucedido atajándolo.

Grandes han sido las sorpresas nacionales al ver al señor Felipe Pardo, viajero esclarecido, sin nombramiento alguno de personero del Perú.

No concebíamos que el señor Felipe Pardo se fuese así, sorpresivamente, una tarde cualquiera, sin ceremonia y sin etiqueta, sin decoración y sin solemnidad, sin homenaje y sin obsequio.

Pero el señor Felipe Pardo ha querido asombrarnos.

Aseveran las gentes que en el espíritu del señor Felipe Pardo hay un

amor enamorado y profundo a los Estados Unidos. Aseveran que le aflige la nostalgia de la Quinta Avenida unas veces y de la Casa Blanca otras. Aseveran que Nueva York y Washington son las cosmópolis de sus más religiosas devociones. Aseveran que este viaje es un viaje personal, un viaje sentimental, un viaje romántico.

Nosotros prestamos nuestros acatamientos a estas aseveraciones.

Y nos inclinamos ante ellas.

Mas he aquí que las suspicacias metropolitanas nos rodean y nos sitian encarnizadamente. Estas suspicacias pretenden llenarnos el alma de sospechas. Se empeñan en poner en nuestro corazón la duda. Se obstinan en inquietarnos, en turbarnos y en emponzoñarnos.

Nos interrogan:

–¿Ustedes creen que el señor Felipe Pardo no se ha llevado a los Estados Unidos ninguna misión del gobierno?

Tenemos que asentir con la cabeza.

Y entonces las suspicacias nos hacen un tremendo coro de carcajadas.

No es el señor Peña Murrieta uno de esos representantes que subordinan a los intereses y exigencias de la política, no siempre lícitos y honestos, sus actitudes parlamentarias. Dentro de su disciplina partidarista y dentro de su lealtad inquebrantable al partido constitucional del cual es distinguido miembro, el señor Peña Murrieta ha sabido conducirse con altiva independencia en todas las ocasiones en que el deber le ha señalado un camino.

En la última legislatura, su voto acompañó al de la minoría en diversas trascendentales oportunidades sin que la inminencia de que el gobierno diera todo su apoyo a los opositores del señor Peña Murrieta en las elecciones fuera cosa que turbara la austeridad de su espíritu.

Hoy vuelve el señor Peña Murrieta a la Cámara de Diputados por espontáneo movimiento del pueblo de Huancayo, hostilizado por los elementos oficiales sustentadores de las candidaturas "marcadas" y la opinión se regocija con la ratificación que su triunfo ha obtenido en el alto tribunal al cual fuera entregado su análisis.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–VI–1917)

VOCES

Mes de julio

Estamos en el mes de julio.

Aunque el almanaque de la pared nos lo negara no podríamos dudarlo después de haber visto reunida alrededor de una mesa a la minoría de la Cámara de Diputados.

Esta primera sesión de la minoría que ha tenido cordial pretexto de homenaje al doctor Químper bastaba para decirnos que inevitablemente habíamos llegado al umbral del mes de julio, que inevitablemente nos encontrábamos dentro de los términos de la inmunidad parlamentaria, que inevitablemente estábamos en la inminencia de sonoros trances políticos y que inevitablemente el día de los alborozos patrióticos se aproximaba con presura.

Y en el momento que damos rienda suelta a nuestro comentario cotidiano sentimos, para mayor ahondamiento y mayor consumación de nuestras persuasiones, que la atmósfera ya es atmósfera del mes de julio, que el cielo es ya cielo del mes de julio, que la tierra es ya tierra del mes de julio y que todas las cosas se han tornado, como la fecha del almanaque, cosas del mes de julio.

El mes de julio se ha metido definitivamente en nosotros después de los acérrimos días que nos hemos pasado anhelándolo y aguardándolo para sujetamiento de las malacrianzas del señor Pardo, para mudanza de los métodos que han venido sojuzgándonos y oprimiéndonos y para desahogo de las amarguras y de las cóleras que hasta ahora no han podido verterse sino en unos cuantos papeles impresos.

Velozmente llegaremos a ese día veintiocho de julio en que se abren las puertas de la legislatura para que el Presidente de la República cuente todo lo bueno y calle todo lo malo que hizo.

Ya miramos, en son de apresto, más grande, más denodada, más firme y más decidida que nunca a la oposición de la Cámara de Diputados. Está

en su puesto –y en una fotografía del almuerzo al señor Químper lo vemos ahora mismo, –al Sr. Ulloa, grande, ilustre, majestuoso y rebelde siempre. Está también en el suyo –que en la fotografía es el puesto de honor–, el Sr. Químper, mimado, engreído y travieso como un chico. Está también, el señor Torres Balcázar a quien una de estas tardes haremos diputado por elección plebiscitaria. Está también el señor Secada, ácido y virulento en la apariencia pero bueno en el fondo como el pan blanco. Está también el señor Salazar y Oyarzábal cauto, avizor y redomado. Está también el señor Castro, don Enrique. Está también el señor Castro, don Juan Domingo. Están también varios otros, todos joviales, todos valerosos, todos contumaces.

Miramos luego, tras esta vanguardia inquebrantable y disciplinada de una mesa de banquete, a otros representantes que empiezan desde ahora a gritar su independencia, su rebeldía, su entereza.

Y nos convencemos de que el veintiocho de julio sorprenderá al señor Pardo con la blanca cabeza entre las manos. Pero siempre testaruda, siempre obstinada, siempre empedernida y siempre, por supuesto, del señor Pardo...

Más papeles

Sobre la austera mesa de la Corte Suprema dejaron ayer sus papeles, sus argumentos y sus palabras el señor Luis Alberto Arguedas y el señor José Letona.

El señor Luis Alberto Arguedas ha sido elegido diputado propietario por Abancay, lejana provincia de ese departamento de Apurímac, enlutado desde el asesinato del doctor Grau.

Y el señor Letona asevera que ha sido elegido diputado propietario por la misma provincia.

Amparándolo está la palabra del Sr. Pardo, gran elector de esta república criolla y de esta democracia empírica, como decía el señor Maúrtua.

Abancay entero declara que ha elegido al señor Arguedas. Abancay entero afirma que el señor Arguedas es el hijo de todas sus complacencias y de todos sus amores. Abancay entero grita que el señor Arguedas es su personero legítimo y único. Abancay entero hace protestas de que solamente ama al señor Arguedas y al señor Samanez Ocampo.

Pero el señor Letona se sonríe y saca de su maleta unos manuscritos que

son sus credenciales, sus actas y sus escrutinios.

Y el señor Arguedas, abismado, se entera de que ha habido también una elección favorable al señor Letona, una elección desarrollada probablemente debajo de la tierra, una elección invisible, una elección ignorada, una elección de la cual parece que no tenía noticia sino el señor Letona.

Un abogado inteligente, el señor Arias Schereiber, ha ido a decir desde una tribuna de la Corte Suprema todas estas cosas.

Y ha insinuado:

–¡Hace unos años el señor Letona trajo a la Corte Suprema unas credenciales idénticas! ¡También entonces el señor Letona había sido elegido diputado sin que la provincia electora lo supiese!

Todo el mundo se ha muerto de risa.

Y otro abogado inteligente, el señor Lino Cornejo, ha ido a decir desde una tribuna, con toda su convicción de persona que no ha oído a Abancay y que no ha visto a Abancay, que los papeles del señor Letona, papeles de la recaudadora, papeles del gobierno, papeles del prefecto y papeles del subprefecto, son efectivamente los papeles que expresan la voluntad de Abancay.

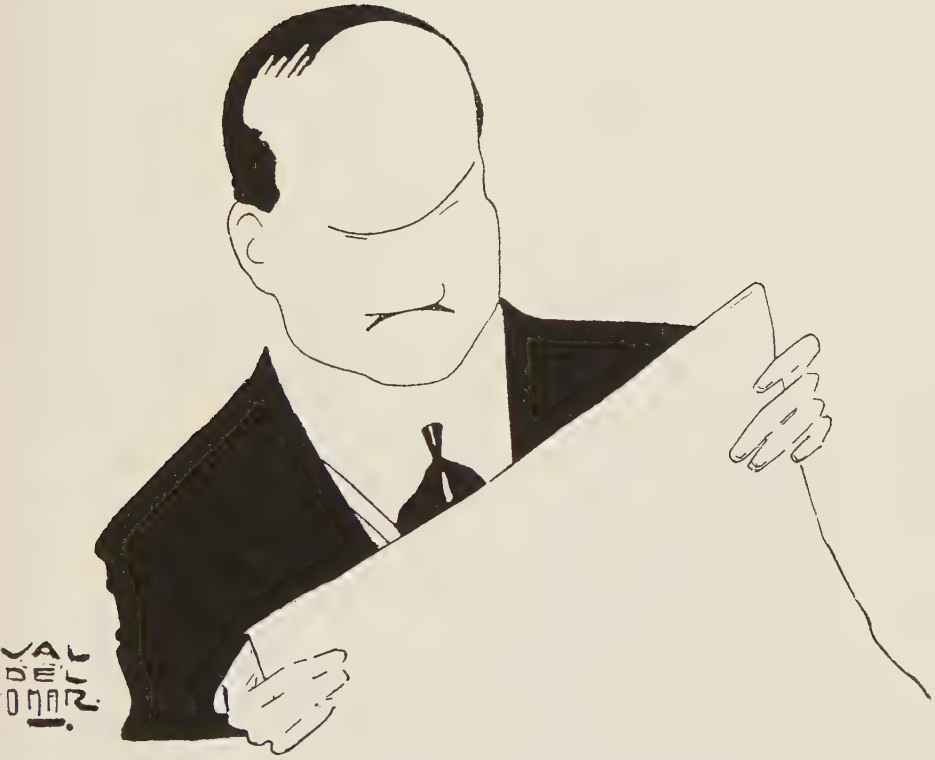
Y el señor Letona se ha parado para darle su fianza a la palabra del señor Cornejo.

Ha dicho enérgicamente:

–¡Yo soy el diputado de Abancay!

Y es que el señor Letona piensa que Abancay está tan lejos que no la ve nadie.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –VII–1917)



MANUEL VICENTE VILLARAN, jurista, parlamentario, en caricatura de Valdelomar.

RAFAEL GRAU, parlamentario, cuya desaparición trágica es motivo de comentarios de Juan Croniqueur.

VOCES

Postura inminente

El futurismo, que es muy chico pero muy porfiado, se ha devuelto a la circulación subrepticia, silenciosa y repentinamente.

Tundido y dolido le vimos un día. Aseveraba él que en tan triste estado le habían puesto los yangüeses de nuestra política. Desmentíanle las gentes que afirmaban que así le tenían sus desatinos y locuras. Reíase el país a caquinos. Y era el futurismo a guisa de un pobre caballero andante a quien las malas lecturas hubiesen apagado el cerebro y a quien las necias andanzas hubiesen abatido el cuerpo y deshecho la armadura.

Agitó a nuestra democracia el proceso electoral. Hubo hervores de jornada cívica en la ciudad metropolitana. Nos envolvió un torbellino terrible de papeles y de votos. Y permaneció entre tanto, invisible a todos los ojos, el futurismo maltrecho y compungido de la víspera.

Pero ahora, acogido como todo el Perú a la justicia de la Corte Suprema y prosternado ante la diosa de la balanza inexorable, hemos encontrado otra vez en el concierto de nuestra política al partido futurista.

Y día tras día hemos visto al señor Riva Agüero y a todo su partido sentarse en una banca de la sala de audiencias de la Corte Suprema.

Asombrados hemos hecho esta pregunta:

–¿Todos los candidatos reclamantes son acaso futuristas?

El futurismo nos ha respondido lleno de énfasis:

–¡Todos no! ¡Pero sí los más jóvenes, los más talentosos, los más fuertes!

Y entonces nos hemos dado cuenta explícita y definitiva de que el futurismo había cobrado fuerzas en los baños de Huacachina convertidos para él, viejo prematuro, en la fuente de Juvencia.

El futurismo, aunque parezca mentira, subsiste pues.

Ha tenido varios candidatos en las últimas elecciones.

Uno, el señor Tello. Otro, el señor Rizo Patrón. Otro, el señor Salinas

y Cossío. Otro, el señor Belaúnde.

Nada importa que el señor Tello piense que no ha triunfado por futurista sino por indio y por sabio.

El futurismo lo alza en brazos como a un niño y lo enseña como un símbolo de la vitalidad, del mérito y del poderío que está persuadido de poseer a pesar de todos los prejuicios nacionales.

Y el señor Riva Agüero, compartiendo la inquietud política de estas horas, se agita y se mueve.

No hace otra cosa que ir a la Corte Suprema en las tardes de las audiencias.

Y sin embargo se agita y se mueve.

Podría quedarse en su casa. Podría aislarse entre sus libros y entre sus recuerdos del inca Garcilaso. Y no lo hace. Va a la Corte Suprema y se exhibe en actitud de jefe de partido.

Mirando así sacudido, así desasosegado y así reanimado al partido futurista, no es posible poner en duda que de un momento a otro va a dar un grito. Un grito que será un manifiesto o un discurso. Mas un grito siempre.

Si el jefe del futurismo fuera el señor Durand de otros tiempos o si el señor Riva Agüero tuviera las bizarrías indomables de la mocedad del señor Durand, el grito inminente hoy del futurismo sería un grito en la quebrada.

Y nosotros nos veríamos gratamente obligados a contar los episodios, incidentes y desabrimientos de la aventura y de su secuela de amarguras y dolores.

Pero el futurismo es un partido prudente aunque joven y travieso. No es un partido de montoneras. No es un partido de sediciosos. Los juegos del futurismo son ingenuos e inofensivos. Jamás será necesario que la policía los vigile. Nunca darán que hacer a los soplones.

Y el grito que se nos ocurre va a lanzar el futurismo muy en breve no tendrá peligro ni amenaza para nadie.

Tan sólo sonará para que el país sienta que el partido futurista sobrevive y va en las tardes a la Suprema.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–VII–1917)

VOCES

Adiós, adiós

Todavía estamos con el pañuelo de los adioses en la mano.

Apenados y entristecidos, nos hemos dejado caer en el hospitalario sillón de nuestra estancia, pensando en las bienamadas personas que se han ido.

Hemos puesto los ojos en el impreciso punto del Sur para sentir la partida irremediable del señor don Felipe de Osma, y hemos puesto los ojos en el impreciso punto del Norte para sentir la partida irremediable del señor don Carlos Rey de Castro.

Y en seguida hemos visto alejarse también al maestro Alomías Robles y al poeta Bustamante Ballivián y hemos tenido la obsesión desesperante de que nos íbamos quedando solos poco a poco en este país del señor Pardo, del cura Chiriboga y de las jornadas cívicas.

Adiós para el señor Osma que se iba al Sur. Adiós para el señor Rey de Castro que se iba al Norte. Adiós para el señor Osma que regresaba a La Paz. Adiós para el señor Rey de Castro que regresaba a la guerra. Adiós en la tarde. Adiós en la mañana.

Nuestra ciudad vivió ayer un día de despedidas. Despedidas trascendentales y despedidas ordinarias. Una despedida grande fue la del señor Rey de Castro y otra despedida grande fue la del señor Osma.

Rituales despedidas de rituales procesos.

Gentío cortesano en la estacion de La Colmena. Apretones de mano. Promesas y galanterías. Carro extraordinario. Muelle de guerra. Botes, automóviles y marineros del resguardo. Cámara del vapor. Champaña. Abrazos. Y finalmente, trémulos pañuelos.

Nosotros hemos regresado a la imprenta hace mucho rato y aún tenemos el pañuelo en la mano.

Reflexionamos en que ayer no más vino el señor Osma a esta tierra y que ayer no más lo recibimos persuadidos de que venía para gobernarnos.

Vimos en su continente gravedad de presidente del consejo de ministros. Vimos en su ademán arrogancia de primo hermano del señor Pardo. Vimos en su sonrisa discreción de hombre que entra a Palacio para quedarse dentro.

Estábamos engañados.

No ha querido gobernarnos el señor Osma. No ha querido asociarse al señor Pardo en la empresa de mandarnos. No ha querido recoger la faja que le ofrecía el señor don Enrique de la Riva Agüero.

Y nos ha dejado.

También el señor Rey de Castro vino para ser gobierno. No para ser gobierno de la república sino para ser gobierno de un periódico tan grande casi como la república. Pero gobierno siempre.

No procedía, como el señor Osma, de La Paz, sino de Europa, que es como quien dice de la guerra.

Y aquí en Lima, sagaz con toda la sagacidad de sus bigotes, gentil con toda la gentileza de sus guantes plomos y circunspecto con toda la circunspección de sus chaqués severos, se hizo querer y aplaudir por la ciudad.

Habló bien del señor Pardo, recomendó este gobierno a la gloria, se sentó todas las noches en una butaca de primera fila de la Pavlova, compartió con nosotros la amistad del señor Balbuena y corrigió austeramente las pruebas de sus editoriales.

Pensaba el señor Rey de Castro, seguramente, que no era posible hacer algo más en esta tierra.

Y se hacía ilusiones.

El país lo ha vuelto a enviar a la guerra europea y le ha dado las gracias por sus servicios, tal como suele hacerse en los decretos palatinos.

Ha acontecido así que un mismo día ha sido de adiós para el señor Rey de Castro que llegó de la guerra y para el señor Osma que llegó de La Paz.

Uno estuvo en el Perú seis meses y otro estuvo en el Perú seis días. Uno fue llamado para gobernarnos desde un periódico y otro fue llamado para gobernarnos desde la presidencia del consejo de ministros. Uno se ha aburrido y otro se ha decepcionado.

Y los dos se han regresado, uno a la guerra y otro a La Paz, por igual camino, sin pena, sin dolor y sin lamento.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–VII–1917)

VOCES

Mundo mundillo

El mes de julio de ahora no es el mes de julio de aquella madrugada en que saludamos su advenimiento. Es un mes que se agita, que se conflagra y que se estremece. Bajo su epidermis está en hervor la política. En la atmósfera nacional aparecen terribles chispazos. Pasan ráfagas y vórtices alborotadores que intentan tumbarnos el sombrero. Y sentimos de rato en rato la impresión de que tenemos fiebre.

Hay trajín, hay inquietud, hay nerviosidad.

Todas las almas son sacudidas por la política que prende en ellas unas veces su calofrío y otras veces su calentura.

No es ya la vibración democrática del mes de mayo, sino una vibración intermitente y misteriosa, más consumada, más perturbadora y más profunda.

En el mes de mayo se aspira en las calles olor de jornada cívica. En este mes no se aspira nada. Apenas si clandestinamente hay una onda voraginosa que huele a azufre. En el mes de mayo se ve en la calzada la huella de las multitudes zambas. Y en el mes de julio no se ve en la calzada huella alguna, pero se tiene la obsesión de que sobre la calzada ha pasado el diablo.

Y en el diablo hay que pensar obligadamente en una hora en que todos los ciudadanos hablan de tentaciones.

Hemos hallado en una esquina a un constitucional y nos ha dicho:

–¡Me están tentando!

En otra esquina hemos hallado a un civilista y también nos ha asevera-do:

–¡Me están tentando!

Y en una confitería hemos hallado a un futurista que igualmente nos ha afirmado:

–¡Me están tentando!

Para el constitucional y para el civilista nuestra respuesta ha sido un silencio muy risueño.

Para el futurista no hemos podido prescindir de la réplica:

–¡Mentira! ¡A los futuristas no los tienta nadie! ¡Se tientan solos!

Y este constitucional y este civilista y este futurista nos han hecho su confesión, espontánea y fácilmente. Y no han tenido el tono del cristiano sobrecogido por el asedio del enemigo malo, sino el tono de la niña bonita requerida y solicitada a los veinte años. Y ha habido en su frase no turbación ni sobresalto sino placer y voluptuosidad. Indudablemente las tentaciones han cambiado. Y si no han cambiado las tentaciones, ha cambiado irremisiblemente el diablo.

Voces trashumantes afirman que entre nosotros el diablo no se llama actualmente don José Pardo sino don Juan Pardo. Mas siempre se apellida Pardo. Y siempre tienta a las almas aunque las mire en olor de santidad.

Ahora mismo, en este momento de la madrugada, sentimos que la ciudad está poblada de tentaciones trascendentales muy distintas de las cotidianas y vulgares tentaciones de la medianoche.

Y pensamos que inevitablemente el partido constitucional no puede dormir tranquilo.

El señor Pardo lo tiene asediado, rondado y requerido. Bajo sus balcones se pasan las horas los señores, los pajes y los mesnaderos del Palacio de Gobierno, tocando sus bandolines y entonando sus cantilenas enamoradas. Hora tras hora recibe el partido constitucional un billete fragante y apasionado que acaso concluirá amenazándolo dramáticamente con el suicidio lo mismo que en los ingenuos episodios de los muchachos. El partido constitucional, que es un partido militar, guerrero, denodado, marcial y bravo, se solivianta de vez en cuando contra estas solicitaciones y suena su espada.

Mas el señor Pardo y sus secuaces son testarudos, porfiados y pertinaces.

Y el partido constitucional oirá sus llamadas y sus ruegos sin tregua, sin interrupción, sin armisticio.

Aunque nada hará flaquear su voluntad fosca y recia.

Ni siquiera la voz galante y suave de don Juan que es muy don Juan para estas y otras empresas y aventuras.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–VII–1917)

VOCES

El último caso

Tras del señor Víctor Guevara andaba el diablo.

Era sagaz y perseverante el diablo en esta andanza tanto como en la seducción de los constitucionales, en el asedio de los civilistas, en el sitio de la Junta Escrutadora y en todas sus otras aventuras malignas y conquistadoras.

El señor Guevara no podía estar solo sin que se le apareciese el diablo. No podía estar acompañado sin que dentro del cuerpo del acompañante no empezase a fosforecer el espíritu malo. No podía hallar contento, paz, sosiego en ninguna parte el señor Guevara.

Si dormía, se le presentaban en sueños los emisarios del diablo. Si leía, las letras se volvian lenguas elocuentes que le tentaban. Si se bañaba, acontecimiento menos frecuente, dentro de la tina surgía el tentador para hacerle asperges y conjuros con el agua sobre la cabeza rebelde y aborigen.

San Antonio, el noble y austero anacoreta, fue menos tentado seguramente que el señor Guevara. Ningún santo varón del desierto se vio tan enamorado y amenazado.

El señor Guevara no tiene parangón con hombre alguno atacado así en la fortaleza de su ánima. Acaso únicamente podría comparársele con el cura Chiriboga.

El diablo de estos tiempos solicitó también, con ahínco y pertinacia, al cura Chiriboga. No respetó su traje sacerdotal, ni su calidad de párroco, ni su deber de pastor, ni su honestidad de ciudadano. Y un día el cura Chiriboga desapareció del mundo, robado tal vez en un carro de fuego.

Un mes hemos estado los hombres de esta ciudad hablando sin descanso del caso Chiriboga. Un mes hemos tenido para reírnos y para alborozarnos con él. Y ya empezábamos a sentir que el caso Chiriboga se envejecía. Anhelábamos un caso nuevo, un caso lleno de novedad, un caso que nos incitara a mejores comentarios risueños.

Y ha llegado el caso nuevo.

Es el caso del señor Guevara que ha sido sojuzgado y seducido también por las tentaciones del diablo.

Un caso que es más interesante, más consumado, más típico, más original, más alegre.

Vino el señor Guevara desde el Cuzco que está tan lejos, a horcajadas sobre el ideal de pedirle justicia a la Corte Suprema.

Había querido ser diputado por la lejana provincia de Paucartambo.Pero los amigos del señor Pardo le habían cerrado el paso. Los agentes del señor Luna le habían tundido. Las autoridades le habían menospreciado. Un día una terrible maza había estado a punto de caer sobre la cabeza aborigen del señor Guevara, que puso el grito en el cielo primero y en este periódico después.

Y el señor Guevara quería decirle todo esto a la Corte Suprema. Iba a llevarle sus papeles en una mano y sus argumentos en la otra.

Se proponía demostrarle que la elección del señor Luna era mala, vituperable y nula.

Reíase a carcajadas el señor Luna que es más diablo que el diablo.

Mas el pueblo cuzqueño se ponía trágico y estimulaba y ajochaba al señor Guevara para que pusiese las credenciales del señor Luna a los pies de la Corte Suprema. Sordos anatemas le cerraban el puño al señor Luna. Y el alma del Cuzco se venía por los aires tras el señor Guevara.

Apenas puso el señor Guevara los pies en Lima empezaron a tentarle. No le dejaban tranquilidad ni calma. Le turbaban y le volvían loco. Le escondían los papeles y le soplaban los argumentos. Y le abrían el cielo para que se regresase al Cuzco sin pasar por el severo recinto de la Corte Suprema.

El señor Guevara se defendía con las dos manos.

Valiente y denodado, corrió un día a la Caja de Depósitos y Consignaciones y le dejó sus quinientos soles y corrió inmediatamente a la Corte Suprema y le dejó su recurso.

Pero el diablo que, como ya hemos dicho, tiene entre nosotros nombre y apellido sonoros, no abandonó su empresa.

El señor Luna empezó a enamorar al señor Guevara. Se puso a su lado persistentemente. Lo paseó en victoria por el Jirón de la Unión. Lo llevó a comer a la criolla con ají y con vihuela. Se daba sin duda a la empresa de persuadirle de que era una buena persona y de que si en el Cuzco le tundieron no fue por su cuenta ni por la del señor Pardo.

Asombrábase la ciudad de estas intimidades anacrónicas entre el señor Guevara y el señor Luna. Los miraba con la boca abierta. Y tejía y destejía sus conjeturas sin dar con una que la pusiera tranquila.

Hasta antes de ayer todos vivíamos en Babia.

Y repentinamente y sorpresivamente hemos visto al señor Guevara, seguido por el señor Luna, correr a la Corte Suprema por su recurso y correr inmediatamente a la Caja de Depósitos y Consignaciones por su plata.

El caso Guevara ha sustituido en el comentario malévolo y regocijado de las gentes al caso Chiriboga.

Y nosotros no hemos podido hacer otra cosa que buscar al señor Luna y estrecharle una mano para decirle como en el teatro:

–¡Buena conquista!

Y para morirnos de risa.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–VII–1917)

VOCES

Política nueva

Sonó en la Corte Suprema un grito para nuestros perspicaces oídos metropolitanos.

–¡Viva la política nueva!

Totalmente asombrados, preguntamos:

–¿Cuál es la política nueva?

Y escuchamos entonces un muera:

–¡Muera la política vieja!

Miramos a las gentes que de esta suerte gritaban y supimos que eran los futuristas.

Y nos pusimos a pensar en que este partido futurista que tiene a la cabeza un apellido de sonoros timbres históricos y de viejos atributos aristocráticos, es el que sale a las calles para anatematizar el caciquismo, la antigualla y la tradición.

Un grande amigo nuestro, avisado y burlón, nos habló así:

–¡Éste es el partido de la democracia! ¡Y su presidente se llama don José de la Riva Agüero! ¡No hay congruencia entre el programa del partido y el apellido de su jefe que, para mayor democracia de los procedimientos, es jefe vitalicio!

Nos sonreímos.

Y nos dimos enseguida con toda el alma a escuchar al señor don Víctor Andrés Belaúnde, nuestro ilustre amigo, que no ha podido ser diputado arequipeño ni diputado castellano por las "vivezas criollas" del medio.

Hablaba el señor Belaúnde con todo el noble énfasis de su ademán y de su palabra:

–¡El señor Perochena es un cacique! ¡Pero no es siquiera un cacique de Castilla, sino un cacique de Aplao! ¡Es, pues, un representante del caciquismo! ¡Un representante de la política vieja! ¡Yo, en tanto, soy un

representante de la política nueva!

Tornaron a aplaudir las gentes de la barra:

–¡Viva la política nueva!

Se pusieron radiantes los futuristas.

Proseguía el señor Belaúnde, pródigo en argumentos, rico en pruebas, generoso en elocuencia:

–¡El señor Perochena no ha salido electo de un comicio popular sino de un consejo de familia! ¡No ha pretendido nunca alcanzar una elección! ¡Se ha contentado con simularla! ¡Y eso es lo que ha traído a la Cámara de Diputados y lo que yo pongo a los pies de la Corte Suprema! ¡Una elección que no es una asamblea! ¡Una asamblea que no intenta ser sino un quórum! ¡Un quórum cuya fecha no importa, cuya exactitud no inquieta y cuya autenticidad no preocupa! ¡Se piensa que un quórum de similor basta para hacer un diputado!

Susurraban las gentes festivas acotaciones:

–¡Estas credenciales del señor Perochena tienen muchos peros!

Y pensamos nosotros inmediatamente que el señor Perochena tiene hasta un pero en el apellido.

Más tarde, apagado el último aplauso al señor Belaúnde, hablaba el señor Perochena y no pronunciaba sino esta frase feliz:

–¡Yo no he podido traer a mis partidarios para que me aplaudan! El señor Belaúnde ha traído en cambio a esta sala a todo el partido futurista.

En este momento no era posible que las gentes respetasen la gravedad patriótica del instante ni la solemnidad del bautizo de la política nueva.

Estallaron en risas.

Y recorriendo la sala con la mirada repitieron la frase:

–¡Todo el partido futurista!

Pero luego la réplica del señor Víctor Andrés Belaúnde hacía nuevamente serias a las gentes y encendía otra vez el flamante grito:

–¡Viva la política nueva!

Todas fueron felicitaciones para el señor Belaúnde:

–¡Admirable!

Mas nosotros quisimos unir a nuestra felicitación un reproche, que fue éste:

–¡No ha llamado usted ni una vez castellanos a los de Castilla! ¡Esto es una inconsecuencia!

El partido demócrata se despereza.

Acaba de moverse. Ha estirado los dos brazos y ha respirado largo. No ha abierto los ojos todavía ni ha hablado tampoco. Pero ya ha demostrado a todos los hombres de poca fe que está vivo.

Dormía profundamente desde hacia mucho tiempo. Sus adversarios anhelaban que no se despertase más. Afirmaban que no estaba dormido sino muerto. Alejábanlo celosamente de todo rumor, de todo sacudimiento y de todo grito, para que siguiese inerte.

Había para los hombres de fe, para los demócratas persistentes, para los pierolistas históricos, la esperanza continua y pertinaz de que el partido de las gloriosas tradiciones se reanimaría y despertaría.

El sueño del partido demócrata era para el país una cosa de leyenda y una cosa de encantamiento.

En nuestros momentos infantiles y románticos, pensábamos los peruanos ingenuos que el partido demócrata estaba encantado. Nos alucinábamos con esta persuasión caprichosa e inocente. Jugábamos con ella. Y nos poníamos muy sentimentales a reflexionar en la aventura de ser los príncipes que desencantasen a esta bella durmiente de nuestra política.

No era más ni era menos el partido demócrata para los ciudadanos buenos de esta república criolla.

Pero era todo lo que podía hacernos falta como ideal, como ensueño, como ilusión y como promesa.

Un día llamamos a la alcoba en que dormía indefinidamente el partido demócrata. No nos respondió nadie. Volvimos a llamar inútilmente. Golpeamos la puerta. Golpeamos la pared. Golpeamos el cristal de la ventana. El partido demócrata no se despertaba.

Tentaron entonces nuestra paciencia los hombres malos:

–¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Está muerto!

Bajo la ventana de la alcoba inexpugnable y fría desfallecimos, imaginándonos que también a nosotros nos embrujaban y nos encantaban como al partido demócrata.

Mas reaccionamos.

Golpeamos otra vez la puerta, la pared y el cristal de la ventana. Gritamos desesperadamente. Y tocamos, finalmente, una trompeta apocalíptica y aguda como aquellas que en el día del juicio resucitarán a los muertos.

Y hace un instante que hemos aguaitado dentro de la alcoba y hemos tenido un atisbo consolador.

El partido demócrata se despereza.

Hasta ahora le han tenido encerrado, aislado, narcotizado.

No han podido matarlo sin embargo.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–VII–1917)

VOCES

En el exordio

El ardimiento político no nos deja sentir frío. Un sabio sincronismo ha juntado entre nosotros la estación política y la estación del invierno. La política nos enciende y el invierno nos enfría. La política nos exalta y el invierno nos apacigua. La política nos impele y el invierno nos sujeta.

Tenemos, pues, un elemento ponderador que no nos consiente enardecimientos imprudentes. Un elemento fiel, perenne, natural. Un elemento que a ratos, cuando nos vuelve a quicio, nos parece sobornado por el gobierno y seducido por los favores del presupuesto.

Coinciden hoy precisamente el fuego de una estación y el frío de la otra. Se turnan en nuestros espíritus la calentura y el calofrío. Un momento nos sojuzga la atmósfera política y otro momento nos sojuzga la atmósfera otoñal.

Nos acercamos simultáneamente al umbral ampuloso del Parlamento y al umbral enfermizo del invierno.

Y en toda vibración, en todo sonido, en todo desdeño y en todo sacudimiento, sentimos que este es un mes trascendental.

Ocho días no más han trascurrido desde el momento de la madrugada en que saludamos su albor y ya se han sucedido, desordenados y sorpresivos, acontecimientos ricos en emoción, en colorido y fragancia.

Ha enarbolado su bandera la política nueva; ha sido tentado por el diablo el señor Víctor J. Guevara; ha vuelto al seno de su periódico y de su partido el doctor Durand; ha salido de un rincón ignorado y sombroso un papel clandestino del cura Chiriboga; nos ha excomulgado con énfasis pardista el señor Garzón; ha sido consagrada la victoria democrática del señor don Emilio Sayán y Palacios, varón de engreídos timbres monárquicos; y han llamado a todas las puertas, austeras y libertinas, abiertas y atrancadas, puras y deshonestas, las tentaciones del enemigo malo que tienen fugitivo al señor Guevara y escondido al cura Chiriboga.

Y, además de estos sucesos ostensibles y sonoros, han ocurrido en los ocho días de nuestro comentario muchos sucesos silenciosos e imprecisos que son la esencia, la sustancia y el ánima del movimiento metropolitano.

Un automóvil que ha pasado con el señor Javier Prado y otro automóvil que ha pasado con un edecán del señor Pardo han sido siempre más significativos y reveladores que un acaecimiento de la crónica palatina.

Las cosas tenues, las cosas sutiles, las cosas completas e íntimas que no salen a la epidermis de papel de la publicidad, han sido persistentemente las que más han inquietado, turbado y agitado a las gentes buenas y malas, ingenuas y suspicaces, calladas y verbosas.

Y a nosotros también.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–VII–1917)

VOCES

Ocho millones

Para atajar todo desvío, apaciguar todo arrebato, aplacar todo enojo, suavizar toda destemplanza y cohibir todo ímpetu, es dueño el señor Pardo de un recurso más valioso, a su juicio, que los ardides, añagazas y trapacerías de la política criolla.

Cree el señor Pardo que los problemas políticos tienen siempre su mejor solución en la solución económica. Un gobierno con plata es, a su parecer, un gobierno fuerte y estable. No necesita ser un gobierno moral. Le sobra con ser un gobierno rico, así para su brillo en la historia como para su paz y sosiego cotidianos.

Fiel a este postulado, cuando el crimen del cuatro de marzo encendió una conflagración política, el señor Pardo pensó que saldría victorioso de tanto estremecimiento y tanta tormenta mediante el restablecimiento de la antigua escala de sueldos de los servidores del Estado.

Y hoy que se renuevan las expectativas inquietantes de la temporada parlamentaria, el señor Pardo vuelve a poner los ojos en la hacienda nacional. Va a sacar de ella el remedio de las perturbaciones políticas y de las turbulencias legislativas. Y encuentra en el superávit, una vez más, el broquel, la coraza, el escudo y el peto de su administración.

En el Banco Americano posee el gobierno del señor Pardo ocho millones de soles que serán, en las frases altisonantes e insufladas del mensaje, la única defensa, el único argumento y la única justificación de este pardismo que nos tiene atarazados y maltrechos.

Un grito ampuloso y sonoro del señor Pardo vibrará en el recinto del Congreso en la tarde del veintiocho de julio para entusiasmo convencional de los hombres de la claque y fascinación ingenua de los hombres sencillos:

–¡Tenemos ocho millones!

Ensayando este grito, preparando el ademán que lo subrayará y estu-

diando la pausa que le dará adorno y solemnidad, se mira a veces en el espejo el señor Pardo.

Vive persuadido el señor Pardo de que es poseedor de una sorpresa muy grande. Asístele la convicción de que asombrará y deslumbrará a todas las gentes. Y les dice a sus íntimos que esta "sorpresa", que es como una de esas inocentes "sorpresas" de las fiestas familiares, apagará las rebeldías latentes y desconcertará las rebeldías clamantes.

Es nuevamente la solución económica del problema político.

Acaso los suspicaces y redomados políticos de Palacio pongan en duda el éxito de la declaración triunfal y orgullosa del mensaje. Tal vez piensen que mejor es tentar a los civilistas reacios y tentar a los constitucionales resentidos. Pero seguramente se callan y dejan florecer en la amable tibieza de la estancia presidencial, como en un invernadero, la dorada ilusión del señor Pardo.

El anuncio del grito teatral en gestación, despierta ya alborozos y congratulaciones. Los amigos asiduos del gobierno le han tributado los primeros aplausos. Ha habido jocundas explosiones de entusiasmo en los ensayos íntimos.

No quiere más el señor Pardo.

Únicamente le preocupa candorosamente la reserva. En la divulgación clandestina de su proyecto ve un peligro. Le teme a las aguzadas malevolencias del humorismo metropolitano.

Y es por concitarlas y requerirlas, precisamente, que nosotros denunciamos el plan del señor Pardo y nos adueñamos del placer de avisarle al país que tenemos ocho millones de soles en el Banco.

Sólo que no podemos proclamarlo en el recinto del Congreso llenos de la autoridad majestuosa del señor Pardo, megalómano y *poseur*...

(En *El Tiempo*: Lima, 10–VII–1917)

VOCES

Todavía marciales

El diablo aventurero y enamorado no ha podido enternecer el corazón del partido constitucional. Esperaba hallarle blando cual corazón de colegiala. Tenía la esperanza de entrar en él lo mismo que en el corazón del señor Chiriboga y lo mismo que en el corazón del señor Guevara.

Pero el corazón del partido constitucional, si bien no es duro tampoco es incauto. Largo quebradero de cabeza ha de dar siempre a quien le ponga sitio. El partido constitucional no sufre aún chocheces ni reblandecimientos como tal vez creía el señor Pardo.

Ni genuflexo ni flaco ni lerdo han puesto al partido del sable y de las botas heroicas los luengos años y los malaventurados desabrimientos. Muy erguido, fuerte y vivo está. Sobran jóvenes fláccidos y adolescentes desteñidos que tendrán siempre que envidiarle su vitalidad y su perspicacia.

Y el señor don Juan de las tentaciones pardistas ha sufrido, por pobre avizoramiento y grave miopía, un desdeño y un desvío que presionan y deprimen su historia de conquistas y amores.

Silenciosamente se habían reunido, acaso en una sala, acaso en una catacumba, acaso en una sacristía, los hombres más esclarecidos del partido constitucional. No podía llegar a los umbrales de su recinto transitorio y misterioso la impertinencia de los periodistas. Estaban lejos de los sojuzgamientos, lejos de las curiosidades y lejos de las suspicacias. Parecía su reunión una de esas antañonas reuniones de conjurados.

Y, puesta la mano sobre la cruz del bizarro sable del general Cáceres, pronunciaron los constitucionales un voto de firmeza, de solidaridad y de tiesura.

Mas dimos nosotros con el secreto y, para enojo del diablo, se lo contamos a la ciudad con nuestras letras más gordas y en nuestras columnas más emocionantes y sonoras.

Todas las gentes se agitaron a nuestro anuncio.

Hirvieron los comentarios callejeros. Soliviantáronse los amigos del señor Pardo y echaron pestes de los constitucionales. Calentóse el ambiente antes frío y amortecido. Y, como en sus buenos tiempos legendarios, el partido constitucional empezó a ser el héroe del momento político.

Hasta este momento de la madrugada sigue de héroe.

Militar el ademán, hidalgo el continente y denodada la voz, nos dice a todos el partido de La Breña:

–¡Yo no me rindo! ¡Yo no capitulo! ¡Yo no me doy por vencido!

Se pinta un asombro ingenuo en los semblantes del pardismo que no esperaban estas virilidades.

Sale del Palacio de Gobierno una voz que dice:

–¡General, al orden!

Suena la voz llena de ímpetu, pero se arrepiente y se calla enseguida. Nuevamente se pone suave y aduladora. Se aproxima muy ceremoniosa al general Cáceres y vuelve a acariciarlo y arrullarlo. Intenta adormecerlo como la música fabulosa de las sirenas.

Nuestro don Juan regresa a la andanza conquistadora y ronda otra vez el balcón de sus pensamientos.

Y nos imaginamos nosotros que tras de la romántica celosía el partido constitucional le pide al cielo que llueva, que llueva muy fuerte, que llueva despiadadamente...

(En *El Tiempo*: Lima, 11–VII–1917)

VOCES

Días van, días vienen

Promedia ya este mes de la justicia suprema y de las tentaciones del pardismo.

Nos aproximamos al congreso y al veintiocho de julio. Estamos en el umbral de las juntas preparatorias. Nos rodean los corazones temblorosos de los ciudadanos que han puesto su suerte en las manos de la Corte. Sentimos que gradualmente se hacen más consumadas las desazones, las inquietudes y los estremecimientos metropolitanos.

Sólo hay un acontecimiento desconectado de esta actualidad de trapacerías y vivezas: el despertar del partido demócrata que ya se ha incorporado en la cama con los ojos muy abiertos y los nervios muy ágiles.

Todo lo demás es acercamiento del Congreso, quórum del Congreso, espíritu del Congreso y ruido del Congreso.

Nuestros malos gobiernos no se acuerdan del Congreso sino en estos momentos de su antesala en que le temen a las rebeldías y a las sorpresas.

Y el gobierno del señor Pardo es como todos nuestros malos gobiernos.

Nos dejó sin legislaturas extraordinarias para hacer las cosas a su amaño. Contumaz y engreído, no quería que hubiese más frenos y trabas que lo atajasen y cohibiesen. Hacíase autoritario y caprichoso como un niño a quien le diesen facultad para librarse de su aya.

Pero hoy el señor Pardo se asusta y piensa que este Congreso, desdeñado por él y sus parciales, puede ser un juez de sus travesuras, malacrianzas y deshonestidades.

Y el señor Pardo no quiere jueces.

Mira desde ahora a la Corte Suprema con ojos resentidos, rencorosos y enojados y jura que no permitirá que una nueva ley de elecciones tenga la flaqueza de entregar a los severos varones del tribunal la revisión de los procesos electorales.

Un representante es para el señor Pardo en estos momentos un juez

presunto. Sus tentaciones se mueven por eso para convertirlo en abogado de su política. Se pretende fabricar una mayoría bien disciplinada y bien fuerte de carpetazos y de simpatías.

En esto estamos. En esto amanecemos. En esto nos quedaremos dormidos.

Mañana nos despertaremos para preguntar si el señor don Juan Pardo ha vuelto a visitar al general Cáceres.

Tal vez nos responderán que sí y tal vez nos responderán que no.

El aspecto político nos parecerá probablemente un poco monótono, pero sentiremos en su entraña una palpitación nueva y acelerada que nos anunciará la inminencia de grandes acontecimientos.

Por ahora tenemos al señor don Juan Pardo en graves zozobras. No le basta ser don Juan para que le quieran. Hay en la Cámara de Diputados hurañeces y reticencias para su candidatura. Los votos se dispersan y se escapan como asustadizas liebres cuando sienten los pasos del pardismo que se acerca a ellos para enamorarlos.

Creíase antes que el señor don Juan Pardo sería un candidato inexpugnable e invulnerable. Aguardábase que apenas si habrían votos que se atreverían a hostilizarle. Fiábase en la fuerza, en el énfasis y en la eufonía de su nombre y de su apellido.

Mas en estos momentos se debilitan y se desordenan estos optimismos.

Abundan los reacios, los adversarios, los indecisos.

El señor Pardo que nos manda no acierta a comprenderlo y grita desesperadamente:

–¡Si es mi hermano!

Y a hurtadillas hay quienes se ríen de este grito y de su amargura.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–VII–1917)

VOCES

Hoy, trece

Hemos llegado al trece de julio.

Iremos esta tarde al Parlamento para ver si podemos ya tomarle el pulso a las mayorías del señor Pardo, para sentirnos otra vez en la intimidad amable del señor Manzanilla, para avizorar un sentimiento y expurgar un anhelo, para sonsacarle a la Cámara de Diputados una frase sobre nuestro don Juan criollo y para recordar a los que fueron y contar a los que serán.

En el nombre de Dios se inaugurarán hoy las sesiones preparatorias de las cámaras.

Estas sesiones preparatorias nos han parecido siempre interesantes. Son unas sesiones sin debate. Y son, un año sí y otro año no, unas sesiones trascendentales. Alrededor de ellas se agitan expectativas y se mueven ambiciones. Son mudas y sin embargo tienen auditorio y ocupan taquígrafos.

Hubo en el Perú un trece de julio terrible para el bloque.

Y aunque un trece de julio de esa magnitud no se repetirá mientras esté en las manos de la Corte Suprema el examen de las credenciales puras y de las credenciales deshonestas, esta fecha guarda su tradición, su espíritu, su mérito, su emoción y su entraña.

Es perdurablemente importante, como esos buenos señores de nuestra decoración republicana que valen hoy porque valieron un día.

No sabemos si esta tarde irá a la Cámara de Diputados el señor don Juan Pardo. Acaso empiece ya a acercarse a sus electores del veintisiete de julio. Tal vez espere leer sus nombres en los periódicos para persuadirse indirectamente de que son suyos, de que son sus parciales, de que son sus soldados.

Aviesas lenguas venían augurándole al señor Pardo:

–¡Una de estas tardes llevaremos sus credenciales a la Suprema!

Inquietábase don Juan, no porque no tuviera fe en sus papeles y en sus

votos, sino porque le llenaba de desazones la posibilidad de verse obligado a ir a la Suprema a decir, bajo su palabra de honor, que sus credenciales eran inmaculadas, que su popularidad en la lejana provincia de Carabaya era muy grande y que su nombre era devotamente amado por esas sencillas gentes indígenas.

Pero todo ha sido infundado y artificial y el señor don Juan Pardo es un diputado invulnerable, un diputado oleado y sacramentado, un diputado intangible.

Y puede ser que hoy mismo quiera sentir dentro del Palacio Legislativo que es el diputado por Carabaya y el candidato palatino a la presidencia de la Cámara.

Amanecemos con la misma atmósfera de tentaciones y de inquietudes con que anochecimos.

El ardimiento político ha continuado febril. Se ha perseverado en la seducción de las conciencias rebeldes. La intriga pardista se ha sutilizado más todavía. Es una onda aérea unas veces y soterraña otras.

Tras de los constitucionales y tras de los pradistas anda, pertinaz y cazurro, el pardismo para suplicarles, para intimidarles y para decirles que es su amigo fervoroso.

Se paran de rato en rato los constitucionales y los pradistas y le preguntan al pardismo:

–¿Y el gabinete Riva Agüero?

El pardismo exclama:

–¡Se va! ¡Se va inmediatamente! ¡Se va en cuanto ustedes lo manden! ¡Abran ustedes mismos la puerta de Palacio para que salga!

Insisten los constitucionales y los pradistas:

–¿Y todo lo que nos han tundido? ¿Y todo lo que nos han ofendido?

Entonces el pardismo se vuelve loco y piensa que se han acabado en el mundo la abnegación, la generosidad y la ternura.

Pero es su propio corazón quien se lo dice.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–VII–1917)

VOCES

Un año

En una madrugada como ésta, madrugada de Catorce de Julio, madrugada de la Bastilla, madrugada neblinosa y fría de invierno, le hablamos por primera vez a las gentes desde este papel impreso que andando los tiempos se ha hecho bandera, broquel y tizona.

Nosotros éramos entonces lo mismo que hoy, unos buenos chicos, sacerdotes intermitentes de la mala noche, escuderos de tal cual caballero andante cuya quimera nunca averiguamos, comentadores ora frívolos, ora graves, de las vulgaridades cotidianas, lectores burlones de los demás y de nosotros mismos y ahijados engreídos de la risueña malicia nacional.

Nos habíamos pasado los años delante de una máquina "Underwood" que era nuestra amiga, nuestra amada, nuestra confidente, nuestra madrina y nuestra intérprete. Escribiendo en ella nos habíamos reído muchas veces de los hombres y de las cosas y nos habíamos imaginado que su teclado se reía con nosotros. Vivíamos felices porque nos imaginábamos que había en nosotros algo de la máquina de escribir yanqui y disciplinada y en la máquina de escribir algo de nosotros, criollos y desordenados.

Y repentinamente nos encontrábamos delante de una máquina nueva.

Pero era siempre una máquina "Underwood" y nos pareció la misma de antes.

Nos dijeron gravemente en la madrugada de ese catorce de julio pasado:

–¡Vamos a hablarle al país! Pongámosnos muy serios.

Y nosotros escribimos a nuestra manera, un rato con el alma llena de risa y otro rato con el alma llena de sueños.

Miramos al Palacio de Gobierno y encontramos en él al señor Pardo. Nos dimos cuenta de que el señor Pardo era Presidente de la República. Y comprendimos entonces por qué estábamos hablándole al país y por qué teníamos que ponernos muy serios.

Y en esta madrugada que es para nosotros una madrugada de aniversa-

rio, de conmemoración y de efemérides, volvemos a ver en el Palacio de Gobierno al señor Pardo, más señor Pardo que hace un año, pero todavía Presidente de la República.

También volvemos a ver al señor Riva Agüero. Recordamos lo que le hemos gritado en un año entero y nace en nuestro ánimo una sorpresa muy honda al sentirle todavía colaborador del señor Pardo.

Preguntamos a gritos en un ímpetu que nos hace dejar la máquina de escribir:

–¿Toda la vida nos van a gobernar este mismo señor Pardo y este mismo señor Riva Agüero?

Vibra en nuestra interrogación exasperada un anhelo impreciso que transige con la sustitución de este señor Pardo por otro señor Pardo y de este señor Riva Agüero por otro señor Riva Agüero.

Nos responden:

–El señor Riva Agüero se va muy pronto.

Y ha sido tan grande la energía de aquella interrogación que nos sentimos sin fuerzas para preguntar si no se va también el señor Pardo.

Pensamos luego en nosotros.

Nos sentimos un poco desesperanzados, tundidos y fatigados por las realidades de esta democracia mestiza.

Hace un año éramos más optimistas, más alegres, más bulliciosos y más ilusos.

Teníamos a veces en el corazón la esperanza de que llegásemos a habituarnos al señor Pardo. Confiábamos en habituarnos con muchos otros hombres y muchas otras cosas más, persuadidos de que la atrición entraría en sus almas temprana o tardíamente y las purificaría de sus barraganías y concomitancias con el diablo.

Y hoy vemos desconsolados cuán seca, dura y aristosa es la contumacia de las cosas y de los hombres y palpamos su aspereza y su erizamiento espirituales.

Reflexionamos en que hace un año no era el horizonte tan sombrío ni el panorama tan yermo ni las inquietudes tan acendradas.

Hace un año no mataban aún a los ciudadanos ilustres en las serranías oscuras; hace un año ocupaba un asiento de la Cámara de Diputados, que ayer hemos visto acusadora y trágicamente vacío, el señor Grau; hace un año, a pesar de todos los convencionalismos, el gobierno gastaba lo que la ley le decía; hace un año no nos había traído el Sr. Pardo a esta gran feria abigarrada de las conciencias en la cual él es un postor todopoderoso que

suena la alcancía de su superávit; hace un año el señor Chiriboga era un manso y cazurro pastor de su grey cristiana; hace un año el señor Guevara era ya un hirsuto ostensible pero no era todavía un hirsuto moral; hace un año no se había anegado el Cuzco en la sangre de ciudadanos, ni se había anegado Huacho en la sangre de sus mujeres; hace un año las realidades peruanas eran menos penumbrosas y menos hoscas en la epidermis y en el ánima, en la esencia y en la figura, en la decoración y en la entraña.

No debíamos ser hoy nosotros los mismos de ayer.

Ha habido razón sobrada para que nuestro corazón se sature de hipocondría, de pesimismo y de hurañez.

Y han podido fracasar, extinguirse y esfumarse nuestros ideales, aspiraciones y quimeras.

Pero hay aún dentro de nosotros una fe pura como la de un anacoreta y fanfarrona como la de un gascón.

Una fe que es nuestro tónico, nuestra brasa, nuestra estufa y nuestro yelmo.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–VII–1917)

VOCES

En la sala provisoria

Ahítas y rebosantes nuestras almas sencillas de "marsellesa", de democracia y de evocación, llegamos ayer al Palacio Legislativo que nos parece hoy tan maltrecho, tan enfermo y tan desconcertado como este momento de nuestra historia.

Vibraba en nosotros un ardimiento revolucionario de Catorce de Julio que nos hacía imaginar que dentro del Palacio Legislativo encontraríamos a la Gironda.

Y nos engañamos.

No estaba por cierto la Gironda en el palacio legislativo. Eran el señor don Juan Pardo y el señor don Julio César Luna y otros señores semejantes o disímiles quienes allí se juntaban. Y no había bulla, ni controversia, ni enardecimiento, ni discursos.

Había, sin embargo, en esos instantes un vivo interés político.

Sorprendimos comentarios. Atisbamos gestos. Escudriñamos furtivas clandestinidades. Y nos olvidamos totalmente del Catorce de Julio, de la Bastilla y de la Gironda. Nuestro sentido común de criollos recobró su señorío. Volvimos a la percepción de nuestras realidades democráticas.

Un diputado nos dijo:

–¡Este va a ser todo un Catorce de Julio!

Y nos repitió la frase:

–¡Todo un Catorce de Julio!

Miramos al señor don Juan Pardo y se nos ocurrió que no había en su continente convencimiento de presidente de la Cámara de Diputados.

Y advirtiendo el paso discreto y aceitado del señor Salazar y Oyarzábal, tan avizor, tan cauto y tan perspicaz siempre, nos dimos cuenta de que en la entraña del minuto político había algo grave, algo inquietante y algo sigiloso y artero.

Pero rápidamente sentimos en la atmósfera una onda consoladora. El

señor Salazar y Oyarzábal se sonreía. El señor Peña Murrieta aparecía en un umbral con la majestad de un vencedor de la olimpiada. El señor Manzanilla se dejaba llevar del brazo por el señor don Juan Pardo.

Sonaba la campanilla del conserje y llegaban de la Plaza de la Inquisición las notas bizarras de una música marcial y republicana.

Todo fue después trámite rutinario y desabrido. Una credencial. Otra credencial. Otra credencial Y el señorManzanilla poniéndolas a la orden del día.

Vimos que se abrían las puertas del Parlamento para que penetrara el señor don Juan Pardo. Oímos algunos aplausos. Supimos que el señor don Juan Pardo era el primer diputado del último tercio apto para ocupar su escaño.

El señor don Juan Pardo el primero y el señor don Manuel Bernardino Pérez el segundo. Tal vez el único triunfo del gobierno en las elecciones de mil novecientos diecisiete.

Olvidando la audiencia de anteayer preguntamos:

–¿Y el señor Felipe Barreda y Laos? ¿El señor Barreda y Laos no es también diputado?

Nos respondieron:

–¡El señor Barreda y Laos ha sido atajado por el señor Dunstan en la Corte Suprema! ¡Ha traído unas credenciales con muchos entuertos y un "retuerto"!

Terminó la sesión rápidamente.

Salimos de la sala de los escaños. Tornamos a fijarnos en lo maltrecho, enfermo y desconcertado que está el Palacio Legislativo. Aguaitamos por una rendija la sala destruida. Pensamos en las desazones, grimas y nerviosidades que inspirara la trágica farola.

Nos dijimos, aprensivos y desasosegados, que era agorero que la Cámara de Diputados funcionase en el Salón de los Pasos Perdidos que en cualquier momento podría parecerle al país el salón de los malos pasos.

Y, además de malos, perdidos siempre...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–VII–1917)

VOCES

Atmósfera indecisa

Anda desorientado el comentario callejero. Vivimos a merced de una veleta. No hay un alma generosa que nos lleve de la mano o que nos señale siquiera el camino. Nos sentimos dentro de un laberinto silencioso y artero.

En estos momentos inciertos y tornadizos que exasperan los nervios, extenúan los espíritus y extorsionan los corazones, comprendemos y justificamos las peregrinaciones sorpresivas del señor don José de la Riva Agüero a lejanas y rústicas serranías. Nos explicamos las fugas en ferrocarril de este sonrosado caudillo de la política nueva, hostigado acaso por las monotonías del panorama metropolitano y ávido tal vez de llevar a sus discípulos humildes y palurdos las enseñanzas y las doctrinas que aquí no encuentran sino ingratitud y desvío. Y estamos a punto de irnos también a una comarca ingenua y apacible para ser en ella misioneros de la política del porvenir.

Necesitamos que este mes de julio corra más de prisa.

Mientras llega el veintisiete de julio, no habrá emoción intensa ni sacudimiento febril para nuestros nervios.

Todo será expectativa, expectativa y expectativa.

Verdad que a cada rato chisporrotea en la actualidad nacional una nota alegre y risueña.

Esta nota alegre puede ser el regreso del señor Manuel Bernardino Pérez, sazonado comentador del Arcipreste de Hita, a la Cámara de Diputados; puede ser un discurso del señor Celestino Manchego Muñoz en la Corte Suprema; puede ser cualquiera de las realidades o de las inminencias visibles o acontecederas.

Pero siempre será una nota muy chica para sustraernos a la expectación de las cosas sustantivas por difumadas y vagas que sean.

Nosotros querríamos, por ejemplo, amanecer con la dimisión del gabinete sobre nuestra anhelante mesa de periodistas políticos.

La dimisión del gabinete sabría estremecernos, ocuparnos y regalarnos pródiga y largamente. Escribiríamos una epístola de despedida para el gabinete dimisor. Haríamos un salmo o una profecía para el gabinete entrante. Mediríamos la catadura física y la catadura espiritual de los ministros nuevos. Reportearíamos a la ciudad sobre el momento democrático. Contaríamos, generosamente, cuántos eran los amigos del ministerio en el Parlamento. Echaríamos cálculos. Alentaríamos murmuraciones. Susurraríamos chismes.

Ni el señor Pardo ni el señor Riva Agüero nos consienten estas satisfacciones. Tenemos que vivir pendientes de un vaivén vulgar. Nos vemos obligados a glosar acontecimientos insustanciales y desteñidos.

El trajín pardista es siempre el mismo.

Y el asedio del partido constitucional se parece a uno de esos asedios históricos que duran obstinadamente.

El gobierno continúa aseverando lleno de jactancias:

–¡Ablandaremos el corazón de estos hombres! ¡Sojuzgaremos su rebeldía! ¡Domaremos su hurañez!

Mas el cuadro es siempre el mismo: la puerta del partido constitucional muy cerrada y el pardismo muy aferrado a su aldaba, aguaitando por el ojo de la cerradura y pidiendo hospitalidad, ora plañidera, ora enfáticamente.

Nada más.

Una situación que está reclamando a gritos una frase criolla del señor don Abelardo Gamarra.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VII–1917)

VOCES

El affiche pardista

El pardismo quiere recobrar todos sus señoríos tradicionales. Su Presidente de la República por antonomasia fue siempre el señor don José Pardo. Su presidente de la Cámara de Diputados por autonomasia fue siempre el señor don Juan Pardo. Y pues está en la Presidencia de la República el señor don José Pardo es preciso poner en la presidencia de la Cámara de Diputados al señor don Juan Pardo.

Esto no es revolucionario. El pardismo ama la tradición y el pasado. Son la tradición y el pasado quienes hacen candidato a la presidencia de la Cámara de Diputados al señor don Juan Pardo. Se trata solamente de la restauración de un derecho de nuestra aristocracia criolla y advenediza.

El señor don Juan Pardo no es el benjamín de los señores Pardo. Pero es su personero elegante y buen mozo de la política. Y es el más cauto y experimentado en los ardides del parlamentarismo nacional.

Algún día los cronicones cortesanos harán el elogio, la loa y el enaltecimiento de este gran señor que en la historia de nuestro Parlamento parecerá acaso un bienamado patriarca de la grey indígena y ciudadana de Carabaya.

Espera el país ese día para conocer y entender mejor sus aptitudes aún no divulgadas por los pregoneros de la gloria pardista ni glosadas por sus perspicaces comentadores ni sahumadas por sus rituales turibularios.

Apenas si sabemos hoy las gentes de esta tierra que el señor don Juan es flor y espejo de políticos peruanos, garzón encanecido en las empresas galantes y en las añagazas palatinas, histórico diputado de la provincia de Carabaya, técnico profesional de los tejidos de algodón y de otros varios tejidos, emersoniano paladín de nuestra burocracia decorativa y sonora, prototipo y dechado de la capacidad pardista y, sobre todo, buen hermano del señor Pardo que nos manda.

Nada más sabemos.

Y si algo más sabemos es tan trivial o tan escurridizo que nos lo callamos.

Asevera el comentario callejero que para el pardismo cada uno de los señores Pardo tiene personales y fisonómicas aptitudes. Han nacido para lo que son. Representan el cumplimiento de una intención providencial.

Tenemos que aceptar entonces que el señor don José Pardo ha nacido para Presidente de la República, el señor don Juan para Presidente de la Cámara de Diputados, el señor don Felipe para embajador en Washington, el señor don Luis para gerente de la fábrica de tejidos de "La Victoria" y el señor don Enrique para gobernador de las tierras y mesnadas de la familia.

Hay en la afirmación pública un convencimiento que anonada toda rebeldía. Oyéndola se piensa que este pueblo es fatalista y reaccionario. O que ha perdido la fe en la eficacia del esfuerzo.

El señor don Juan hace su camino a la presidencia de la Cámara de Diputados entre murmuraciones y entre sonrisas.

Pero no tropieza todavía con una oposición hecha nombre y apellido.

Nos dicen en las calles que esta oposición se concierta, se organiza y se entona en la oscuridad.

Y nosotros nos exasperamos porque en el fondo del alma queremos ver inmediatamente al señor don Juan en la presidencia de la Cámara de Diputados para que sean dos señores Pardo la fuente de nuestros comentarios, el acervo de nuestras alegrías y la llave perenne de nuestras carcajadas.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–VII–1917)

JOSE CARLOS BERNALES, carismático parlamentario.

GAONA, torero clásico, en apunte del lápiz de Quíspez Asín.

VOCES

El pecador furtivo

Sentimos que nuestra ánima traviesa y caprichosa está en viaje continuo del Cuzco a Lima y de Lima al Cuzco. Nuestra ánima anda trashumante en busca del señor Guevara desde el momento en que nos contaron que había pecado. Nuestra ánima está inquieta como una ardilla, vagabunda como una golondrina y tentada por la curiosidad como una adolescente..

Apenas nos dijeron que el señor Guevara se había ido al Cuzco sigilosamente para exonerarse de nuestras impertinencias y desazones corrimos al telégrafo para hablarle a nuestro corresponsal en el Cuzco.

Y le pedimos:

–Díganos usted con qué pie entrará en el Cuzco el señor Guevara. Fíjese bien en su cara. Observe el color de su traje. Cuéntenos si lleva un prendedor de quinto de libra en la corbata. Hágale un reportaje. Pregúntele si es ortodoxo, si cree en la eficacia del esfuerzo y si conoce de vista al cura Chiriboga. Cuide de que le retraten doblando una esquina y atravesando una calzada. Tómele el pulso y póngale la mano derecha en el corazón. Invítele una copa de pisco con cascarilla.

Estas y otras instrucciones le trasmitimos a nuestro corresponsal en el Cuzco, acucioso y solícito personero de "El Tiempo" en la ciudad incaica, aguardando que el señor Guevara llegase a su tierra con presura y sin tardanza.

Nuestro humorismo había fracasado en todas sus tentativas de reportaje al cura Chiriboga a quien hemos buscado hasta en los sótanos y en las azoteas de la ciudad con la linterna de Diógenes en la mano.

Y quería nuestro humorismo encontrar en el hacedero reportaje cuzqueño al señor Guevara la compensación del frustrado reportaje metropolitano al señor Chiriboga.

Pero he aquí que el señor Guevara nos ha defraudado.

Esperábanle en el Cuzco agresiva y enojadamente. Los ciudadanos

cuzqueños son gentes templadas y bravas. Guardan amante culto a la tradición caballeresca de su pueblo. Y son, como los viejos padres, inexorables con los malos hijos pecadores.

El señor Guevara no ha ido pues al Cuzco. No sabemos siquiera dónde está. Nos sentimos exasperados por el fracaso de este nuevo proyecto de reportaje malicioso y alborozado. Estamos a punto de volver a la persecución del cura Chiriboga, con todos sus riesgos, fatigas y erizamientos.

Hay gentes que nos inquietan:

–El señor Guevara se ha quedado en el camino.

Hay gentes que nos asombran:

–El señor Guevara se ha ido a hacer penitencia en el desierto.

Hay gentes que nos asustan:

–El señor Guevara se ha escondido bajo la tierra como un tímido y amedrentado topo.

No sabemos nada de la ruta del señor Guevara. Miramos al mapa y el mapa no nos dice ni un solo indicio. Tenemos a veces imprecisas tentaciones de buscar al Sr. Julio César Luna para preguntarle por el señor Guevara.

Y en esta vaporización del señor Guevara, extraña y subrepticia, vemos acentuada y consumada más aún la identidad del caso Chiriboga con el caso Guevara. Comprendemos mejor cómo el señor Chiriboga y el señor Guevara entran de bracero en la historia peruana. Nos damos cuenta de que el alma hirsuta del señor Guevara y el alma cazurra del señor Chiriboga son dos almas gemelas.

Y nos parece que en el umbral de la celebridad cómica y de la leyenda socarrona se dan estas almas románticamente un beso.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–VII–1917)

VOCES

Julio se acaba

Desperecémonos.

Tenemos que aguardar con el ánima muy despierta y los ojos muy vivos los últimos días del mes de julio. Estamos ya en el dintel de esos días. Y sentimos que la nerviosidad de la expectativa nos sacude y nos estremece.

Julio se acaba.

Y es en la agonía y en la inhumación de este mes trascendental donde están su sustancia, su esencia, su emoción, su aroma y su espíritu. Hasta el veintisiete de julio todo es sólo febril espera o intranquilizadora desazón. El veintisiete de julio únicamente empieza a latir, vibrar y ser este mes inquietante. Su enjundia política, su alarde patriótico, su fausto militar y su sonoridad callejera son el voraginoso y engalanado concierto de sus postrimerías.

Hasta estos momentos seguimos lo mismo que antes. Nosotros en esta casa del General La Fuente, y el ministerio del señor Riva Agüero en el Palacio de Gobierno. Pero todos sabemos que de repente va a dar un volatín funambulesco el ministerio.

Este ministerio desabrido y feo es todavía un enamorado fervoroso del Palacio de Gobierno. En cuanto nos aburrimos de él comenzamos a tirarle chinitas y a decirle procacidades para que se fuera. Y nos aburrimos de él apenas le tomamos el pulso, apenas le medimos la estatura y apenas nos dijo el oráculo lo malaventurado y trágico que iba a ser.

Sin embargo, tundido, atarazado, hostigado, aún vemos un poco reacio y otro poco contumaz al ministerio. Bosteza. Se estira. Finge que reflexiona. Y se pone una mano en la cabeza como si quisiera hacerle creer al país que la cabeza le sirve para algo.

Tentado está quién sabe de quedarse en el Palacio de Gobierno hasta el dieciocho de agosto para acompañar dos años justos al señor Pardo en su gobierno dislocado, extravagante y bufo.

El país está convencido de que todo puede caber en la cabeza de este ministerio, así tiene de vacía este ministerio la cabeza.

Pero en estos momentos nada casi nos importa el gabinete. Sólo nos interesa el Congreso. Esperamos ardiente y anhelantemente el Congreso. Parece que tuviéramos un anhelo muy angustioso de que se abrieran de par en par las puertas del Parlamento para hallar dentro de él socorro y tónico.

Sabemos que en el Parlamento vamos a encontrar sobre todo un infinito acervo de alegrías. Sabemos que en el Parlamento se va a vestir ora de chaqué, ora de poncho y ora de clámide helena la política nacional. Sabemos que en el Parlamento vamos a mirar una inagotable fuente de divertimiento y alborozo. Sabemos que en el Parlamento el señor don Manuel Bernardino Pérez, el señor don Juan Pardo y el señor don Julio César Luna van a armonizar lo grave y lo risueño, lo acérrimo y lo dulcísimo, lo luminoso y lo umbrío para regalo, expectación y goce nuestros.

Y es que la política criolla tiene su tinglado, su marco y su decoración leales y adecuadas en el Parlamento. Precisamente porque el Parlamento es transitorio y el gobierno perenne, lleva al Parlamento sus mayores arrebatos, sus mayores deliquios y sus mayores crisis. Y en el Parlamento su actuación es pública, franca, ostensible, mientras que en el gobierno su actuación es sigilosa, oculta y callada.

Además, estimula nuestros deseos de que llegue el veintiocho de julio la circunstancia de que nunca hemos vivido tanto tiempo sin Congreso. En esto encontramos también un motivo de rencor y de enojo contra el señor Pardo. El señor Pardo en comandita con el señor García y Lastres nos han dejado sin Congreso diez meses.

No queremos tomarle cuentas ni al señor Pardo ni al señor García y Lastres por habernos privado de dos legislaturas.

Nos basta con que permitan que vuelva a haber Parlamento.

Aunque para esto sea necesario que suba a la presidencia de la Cámara de Diputados el señor don Juan Pardo y sustituya al señor don José Matías Manzanilla.

Porque después de todo esta sustitución es perfectamente lógica, congruente y expresiva con los tiempos que nos están haciendo vivir los señores Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 24–VII–1917)

VOCES

Adios juventud

Tan malaventurados andan los tiempos que una de las más amables excelencias nacionales se está extinguiendo y fugando. Nosotros hemos tenido la pena de constatarlo. Y no queremos sufrir solos su aflicción.

Acaso el país no ha puesto los ojos últimamente en el semblante del señor Manzanilla. Si los ha puesto no se ha fijado en que la sonrisa, la clásica sonrisa del clásico "leader", ya no brilla ni resplandece como antes. Probablemente el país incauto y confiado ha creído encontrar siempre en el semblante del señor Manzanilla el mismo gesto plácido, perenne y luminoso. Y es por eso, sin duda, que el país no se desazona ni se inquieta.

Pero nosotros que tenemos ojos de ver, nosotros que sentimos que la juventud del señor Manzanilla es la juventud del Perú, nosotros que pensamos que la juventud del señor Manzanilla está en su sonrisa, nosotros que estamos resueltos a acometer la empresa de escribir el elogio y pronunciar el panegírico de esa sonrisa, nosotros que hemos oído nombrar desde que nacimos como cosa muy excelsa y esclarecida la sonrisa del señor Manzanilla, hemos advertido en un momento inquietante y hemos comprobado en otro momento trágico que el señor Manzanilla se está poniendo grave.

Tenemos a veces el propósito heroico de culpar al señor Pardo por esta extinción paulatina de la sonrisa del señor Manzanilla. Nos obsesionamos con la idea de que esta es otra tremenda responsabilidad del señor Pardo. Y nos exasperamos terrible y romancescamente contra el señor Pardo.

Y gritamos:

–¡El señor Pardo nos ha cambiado al señor Manzanilla! ¡El señor Pardo nos ha mistificado al señor Manzanilla! ¡El señor Pardo nos ha desnaturalizado al señor Manzanilla!

Y es que estamos persuadidos de que sólo las angustias, las grimas y las zozobras de este minuto histórico que nos está haciendo vivir el señor Pardo pueden haber vencido, sojuzgado y cohibido la eterna e inmanente

jovialidad del señor Manzanilla.

Estos enrarecimientos, estas morbideces, estas intranquilidades y estas crudezas del ambiente nacional son seguramente los orígenes aviesos del amortecimiento de la sonrisa que motivó tantos comentarios e inspiró tantas crónicas, los comentarios y las crónicas más interpretativos de la burlona fisonomía espiritual de la patria.

El infortunio que estamos llorando es uno de los mayores infortunios peruanos. Uno de los más grandes quebrantos recientes de esta república dolida y oprimida. Una de las desoladoras consecuencias de las conflagraciones políticas del período pardista.

Nos asalta repentinamente la tentación de ir a invocar la justicia de la Corte Suprema para que aplique su sanción a los culpables indirectos de la dura pérdida.

Pero nos ataja la idea de que el señor Manzanilla tendría una sonrisa para nuestra aventura. Una sonrisa que no sería la jocunda y ceremoniosa de otros tiempos, sino una sonrisa irónica y triste.

Una voz recóndita nos dice:

–¡Todo no es sino que la juventud del señor Manzanilla se acaba! ¡Y su sonrisa era su juventud!

Y nosotros nos defendemos de la capciosa y persuasiva influencia de esta voz. La refutamos bravamente. Nos sentimos más fuertes que nuestros desalientos y que nuestras amarguras para asirnos al optimismo ingenuo de que no es cierto que la juventud del señor Manzanilla se despide.

Corremos en busca del "leader" y estrechamos sus manos cordiales de maestro con nuestras manos efusivas de discípulos fervorosos. Queremos hacernos la ilusión de que la sonrisa del señor Manzanilla sigue siendo la misma. Y volvemos a decepcionarnos.

Vemos que, persistentemente, el señor Manzanilla está serio y está grave y está mustio.

Y, cuando recordamos que se va de la presidencia de la Cámara de Diputados para cederle su tradicional asiento al señor don Juan Pardo, todas nuestras esperanzas y todas nuestras consternaciones se multiplican y se exacerban, se enseñorean en nuestra ánima las melancolías del invierno. Sentimos la inclemencia de una intemperie acerba. Y, claudicantes y derrotados, le damos nuestro asentimiento a la recóndita voz acérrima que nos dice que todo no es sino la juventud que se acaba...

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VII–1917)

VOCES

Madrugada nerviosa

Pasan cosas tremendas.

Ya no somos los únicos que nos reímos del señor Pardo. Es también ese caudillo sustancioso y ponderado. Es también este senador sabio y locuaz. Es también aquel diputado diplomático y grave. Hasta los corifantes del señor Pardo se asocian clandestinamente a nuestras risas y a nuestras ironías.

Sólo nosotros cargábamos la fama de malévolos, de suspicaces, de acérrimos, de murmuradores y de rebeldes. No se quería entender que nosotros no éramos sino unos intérpretes de las malignidades, de las travesuras y de las malicias nacionales. No se quería sentir que nosotros no éramos sino los glosadores del acerbo humorismo público. No se quería creer que nosotros no éramos sino la válvula de todas las carcajadas de la política doméstica.

Nosotros nos hemos reído y nos seguiremos riendo por nuestra cuenta y por la de los demás.

Tal vez este gabinete exangüe y cansino del señor Riva Agüero se lleva al exilio algún resentimiento y algún enojo muy hondo contra nosotros. Piensa acaso que hemos sido los únicos que le hemos malquerido. Y nos guarda un rencor muy grande.

Y, si es así, hay en el resentimiento, en el enojo y en el rencor del señor Riva Agüero una injusticia muy grande.

Podemos decir que no ha existido en nosotros mala voluntad original para su gobierno. Su gobierno nos ha parecido tan sólo un gobierno anodino, vulgar y friolento. No hemos perdido nuestro tiempo en analizarlo. Y no lo hemos tomado en serio. Tampoco nos ha inquietado mayormente que se quedase o que se fuese.

Pero eran los hombres palatinos los que nos decían siempre:

–¡Este gabinete está perdido!

Nosotros nos sentíamos sugestionados y repetíamos:

–¡Este gabinete está perdido!

Y los hombres palatinos, buenos amigos nuestros, nos aseveraban:

–¡Este gabinete es muy malo!

Nosotros teníamos que pensar que evidentemente el gabinete del señor Riva Agüero era sin duda muy malo cuando sus mismos parciales y paladines eran quienes nos lo decían.

Es por eso que el proceso de la crisis ministerial no avienta ninguna culpa ni suscita ningún remordimiento para nosotros.

Somos inocentes.

Ahora se desentraña espontáneamente la realidad del momento histórico. Empieza a hacerse ostensible que todas las gentes piensan mal del señor Pardo. Se ve nítidamente que en torno del señor Pardo sólo se van quedando los consanguíneos, los afines, los liberales y los favoritos perennes del Estado.

Todavía no ha llegado el señor Pardo a su segundo mensaje y ya se están acabando los pardistas.

Mas el señor Pardo no lo siente.

Sus turibularios, sus cortesanos y sus pecheros lo aclaman y el señor Pardo piensa probablemente que todos son pardistas y que sus adversarios son unos cuantos réprobos, unos cuantos infieles, unos cuantos taimados y unos cuantos fementidos.

Y, sin embargo, el país ve que la elección de la mesa del Senado no sale del Palacio de Gobierno sino de la casona solariega del señor Prado y Ugarteche, que el partido constitucional y el partido civil están al partir de un confite muy lejos del señor Pardo, que en la sombra se mueven oposiciones hoscas e inquietantes y que el señor Pardo se está quedando solo con su capciosa y risueña alcancía del superávit que para él es a la par madrina y celestina.

Amanece así el veintisiete de julio.

En la atmósfera se siente enrarecimientos, zozobras, alarmas y estupores. Se escapan del Palacio de Gobierno cabos sueltos de un mensaje anónimo y especioso. Pasan automóviles y victorias que prenden suspicacias y recelos en los espíritus. Se mira extenuados y amortecidos los alardes del pardismo.

Y se piensa tanto en que en la intimidad del momento histórico se maduran acontecimientos muy grandes hasta que el acontecimiento de la crisis se apaga y se difuma en esta hora de una madrugada nerviosa y de un día de promisión.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VII–1917)

VOCES

Julio glorioso

Venimos de cantar el Himno Nacional en el Palais Concert. Venimos de asociarnos al alborozo trivial de la noche buena. Venimos de dejarnos deslumbrar infantilmente por los fuegos artificiales de la Exposición. Venimos de mezclarnos a la muchedumbre que en estos momentos vibra de ardimiento patriótico y de efusión festiva. Venimos de armonizar en una cena híbrida, promiscua, el honesto criollismo de los tamales con el rastacuerismo dorado del champán. Venimos de poner nuestras manos de periodistas en el corazón de la patria transfigurada y jocunda.

En esta madrugada todos los peruanos tenemos que sentir la felicidad de la efemérides nacional. Tenemos que olvidarnos de malaventuranzas e inquietudes, de angustias y zozobras, de amarguras y desolaciones. Tenemos que vivir un minuto de regalo, de holganza y de alarde.

Para nuestras multitudes de limpio corazón y ánimo sencillo la grandeza de la efemérides florece y rutila en la fugaz eclosión de luces, estallidos y colores de un "castillo". Basta para la alegría de los espíritus con las inocentes y fabulosas maravillas de la pirotecnia. Alucinadas por los fuegos artificiales todas las gentes sienten que el país está en un trance glorioso.

Humildes y medrosos, nosotros no sabemos sustraernos a estos sentimientos. Antes bien les abrimos los brazos. Nos damos a ellos con todo el corazón. Queremos regocijarnos con las demás gentes y pasearnos con ellas a pie o en automóvil. Y comprarnos como los chicos en un kiosco transitorio una banderita, una escarapela y un abanico de papel.

Vienen a nuestra estancia las voces de la política y nos solicitan:

–¡Este es el día del mensaje!

Protestamos nosotros:

–¡Es el día de la patria!

Sagazmente las voces de la política nos dicen:

–Bueno; el día del mensaje y de la patria.

Nos sonreímos entonces sin poder replicar que para nosotros es el día

Nos damos cuenta entonces de que tenemos un gabinete nuevo y de que ese gabinete está en el Palacio de Gobierno como estaba antes el gabinete del señor Riva Agüero.

Pero así mismo como del gabinete del señor Riva Agüero sabíamos que era un gabinete que no se iría así no más, del gabinete nuevo del señor Tudela y Varela sabemos ya que es un gabinete que estará en el Palacio de Gobierno sólo hasta una de estas tardes.

No le tenemos mala voluntad al gabinete del señor Tudela y Varela.

No.

Estimamos al señor Tudela y Varela. Y al señor Maldonado. Y al señor Flórez. Y al señor Escardó. Y al señor Arenas. Y al coronel La Fuente. Y recordamos todas las veces que nos han dicho que el coronel La Fuente es un coronel nuestro tal vez porque nuestra hoja es la hoja del General La Fuente.

Sin embargo, no podemos remediar nuestro convencimiento de que este ministerio es un ministerio precario, un ministerio desabrido, un ministerio lánguido, un ministerio híbrido.

Estamos seguros de que se caerá al suelo como cosa deleznable y frágil en el momento en que lo desee la travesura de los representantes que es muy grande y muy taimada.

El gabinete del señor Riva Agüero no se iba así se lo pidieran. Mas se lo perdonaban porque era el gabinete de un viejo. Los representantes pensaban mal del gabinete pero no se lo decían ni siquiera en una votación de carpetazos.

En tanto el gabinete del señor Tudela y Varela es el gabinete de un mozo. Y lo llevarán y lo traerán de una cámara a otra. Le tirarán de la lengua. Le echarán una zancadilla. El señor Tudela y Varela no se negará nunca a ir al Parlamento para conversar grave o risueñamente con sus amigos de las cámaras.

Estas expectativas domésticas del ministerio y del congreso hacen que recibamos con placer el regreso de los ardientes días de la política sin que la extinción de los días sonoros de la patria nos apene o nos conturbe.

(En *El Tiempo*: Lima, 31–VII–1917)

VOCES

Día primero

Este es ya un día vulgar.

Empezará hoy a ser ardiente y definida la temporada política. Entrará en sus horas de polémica y batalla. Iniciará esta tarde el Parlamento sus funciones de legislador. Comenzará a dar leyes y mociones. Votos sorpresivos y votos habituales. Votos tremendos y votos nimios. Votos sonoros y votos tenues. Y nos sentiremos en una república feliz y normal, dueña de tres grandes poderes activos, laboriosos y eficaces.

Vamos a tener puestos los ojos a un mismo tiempo en el Gobierno, en el Congreso y en la Suprema. Para los tres este minuto histórico es muy importante. Los tres están en la epidermis de papel de la actualidad. Los tres siguen su camino personal y privado. Los tres interesan a la política y a la opinión criollas. Raras veces una temporada política poseyó tanto interés como ésta. Jamás reunió el funcionamiento trascendental de los tres poderes públicos. Sólo el Congreso y el Gobierno llegaron a ser sacudidos simultáneamente por la nerviosidad política en las distintas fases de nuestra historia.

El Gobierno empieza haciéndose el chiquito para que le perdonen sus muchos pecados y yerros. Se queja de que lo fastidian y lo calumnian. Pide leyes que lo amparen como a un pobre menor de edad desvalido. Pone el grito en el cielo. Reclama que le aprueben pronto el presupuesto. Hace bulla. Habla de la patria. Y se arrodilla con las manos cruzadas sobre el corazón para que crean que es un santo.

Pero el país se sonríe.

Vuelve a sonar el grito inexorable de la responsabilidad suprema:

–¡Nos falta Grau!

Se calla el señor Pardo.

Y gritan desolados sus parciales:

–¡No hagamos política! ¡Estudiemos el presupuesto! ¡Seamos buenos!

¡Miremos el futuro! ¡Olvidemos el pasado y el presente!

Mas las gentes se aferran al presente y se aferran más todavía al pasado, en tanto que el señor Pardo quiere pasar como sobre ascuas sobre el presente y doblar para siempre la foja del pasado.

Gran error del señor Pardo.

En esta tierra nos preocupamos muy poco del presente, pero nos preocupamos mucho del pasado. La psicología nacional tiende alternativamente a la reminiscencia o al augur. Nuestro pueblo parece un pueblo de evocaciones y de adivinanzas. Cuando aquí no pensamos en el Centenario es seguramente porque estamos pensando aún en el 15 de mayo.

Por eso el señor Pardo está tan amenazado. Por eso el señor Pardo oye tantos gritos hostiles. Por eso el señor Pardo presiente tantas intenciones aviesas.

Y por eso empieza a hacerse el chiquito.

Para que le disculpemos el pasado ha ido al Congreso rodeado de un gabinete nuevo. De este gabinete nuevo ha hecho su escudo. Se ha desembarazado con grandes aspavientos del gabinete del señor Riva Agüero. Y lo ha aventado muy lejos como quien avienta un traje sucio.

Todo en vano.

Este gabinete nuevo, tan tierno, tan suave y tan cortés, no es más que una víctima.

Hasta ahora no le ha hecho ganar al señor Pardo un solo amigo más ni un solo enemigo menos. Antes bien ha aumentado los descontentos. Hay ya muchos rencores y muchos enconos flamantes contra el señor Pardo.

Cuentan las gentes que el señor Riva Agüero ha estado pensando porfiadamente en un manifiesto que lo dejará limpio de responsabilidades.

Y que el general Puente, aunque no piensa en otro manifiesto, anda por los corredores del Club de la Unión sonando su espada.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–VIII–1917)

VOCES

Estación que empieza

Está ya abierta la estación parlamentaria.

Luengos días, brumosos unos, claros otros, anodinos los demás, hemos estado esperando la llegada de esta estación parlamentaria. La hemos aguardado como aguardan los niños la noche de la Navidad. Ha habido en nuestros mansos corazones de peruanos el mismo anhelo inocente y puro.

Ayer hemos sentido inaugurada decisivamente la estación parlamentaria. Nada ha podido atajarla. Ha llegado a la manera de las eternas estaciones del año. Y nos ha parecido su advenimiento un suceso fuerte e inmutable como todos los sucesos del calendario.

Nos hemos preguntado seguramente los peruanos frente a las puertas abiertas de las cámaras:

–¿Por qué hemos anhelado tanto que llegase esta legislatura?

Este por qué ha vibrado en nuestros labios mucho rato con un vago y prematuro dejo de desesperanza.

Ya ha venido la legislatura que deseábamos. Ya hemos visto sus primeros gestos. Ya hemos atisbado sus intenciones iniciales. Ya nos hemos entregado al Parlamento para que haga lo que quiera de nuestras ilusiones y de nuestros pensamientos.

Pero todavía no hemos comprendido qué continuamos esperando. Antes esperábamos al Congreso. Ahora esperamos del Congreso. Todo empieza a parecernos un desenrollamiento perenne de esperanzas sucesivas y dinámicas.

Hemos estado ayer un rato en la Cámara de Senadores y otro rato en la Cámara de Diputados.

En la Cámara de Senadores, en el palacio histórico, grave, oscuro y severo, encontramos a nuestro ilustre señor don José Carlos Bernales. Viendo al señor Bernales en la presidencia del Senado tuvimos un momento optimista y confiado. Pensamos furtivamente que no habíamos

esperado en vano esta legislatura. Estrechamos efusivamente la mano de nuestro amigo. Y sentimos que el señor Bernales, presidente del Senado, era una compensación del señor don Juan Pardo, presidente de la Cámara de Diputados. Se nos iba el señor Manzanilla, pero nos quedaba el señor Bernales.

Y, sin embargo, abandonamos muy pronto la Cámara de Senadores para volver a la Cámara de Diputados. Esta cámara tiene imanados los espíritus de los periodistas parlamentarios. Es la cámara predilecta. Es la cámara de las grandes jornadas. Es la cámara del fuerte gesto del señor Ulloa, de la nítida palabra del señor Maúrtua y del gentil donaire del señor Manzanilla. Lejos de la Cámara de Diputados sentimos los periodistas su nostalgia invencible.

Regresamos, pues, a la Cámara de Diputados para quedarnos en ella.

Como llegábamos un poco desorientados tuvimos que hacer unas preguntas.

Interrogamos:

–¿Quién es el leader del gobierno?

Y nos respondieron:

–El gran leader, el supremo leader, el máximo leader es el señor don Juan Pardo.

Replicamos:

–Bueno. El señor Pardo es el gran leader. Pero es el leader mudo. ¿Quién es el leader portavoz? ¿O hay más de uno?

Nos explicaron:

–Hay dos muy buenazos. ¡Uno el señor Barreda y Laos y otro el señor Julio C. Luna!

Lo repetimos muchas veces para que no se nos olvidara y para sacarle a estos nombres aliados toda la sustancia y toda la entraña posibles:

–¡El señor Barreda y Laos y el señor Julio C. Luna! ¡El señor Julio C. Luna y el señor Barreda y Laos! ¡Los portavoces del régimen! ¡Y el leader grande, el señor don Juan Pardo!

En este punto nos callamos y alzamos los ojos para ponerlos en el cielo que es tan grande.

Pero arriba, sobre nosotros, no estaba el cielo sino la farola.

Y estaba nueva, presuntuosa, acaramelada, lechuguina y huachafa.

(En *El Tiempo*: Lima, 2–VIII–1917)

VOCES

Líder criollo

Buena obra del señor Pardo y grande ventura de la patria ha sido la devolución del señor Manuel Bernardino Pérez a la Cámara de Diputados. No una sino diez provincias debieron fundarse para que el ladino y obeso areopagita del umbral de Broggi tornase a ser diputado. Veinte legiones de pecheros debieron ser enviadas para asegurar la elección de tan sazonado glosador del Arcipreste de Hita.

El Parlamento peruano es el hogar legítimo del señor Pérez. El señor Pérez es la síntesis del Parlamento peruano. El ideal del Parlamento peruano. La palabra del señor Pérez es la palabra del Parlamento peruano. Oyendo y viendo al señor Pérez sentimos y comprendemos todo lo peruano que es. Y pensamos que el señor Pérez es por antonomasia un parlamentario criollo.

Ausente de la Cámara de Diputados el señor Pérez, estaba sin alma el Parlamento peruano. Parecía que el Parlamento no alentaba realmente en los palacios de la Inquisición sino allí donde el señor Pérez estuviese hilando la lana de oveja de sus raciocinios criollos y allí donde el señor Pérez anduviese requebrando a las mozas de partido.

Probablemente el señor Pardo se dio cuenta de esto. Tuvo mirada de zahorí para descubrir tan trascendente realidad nacional. E hizo de la nada una provincia para que el señor Pérez fuera su representante y volviese a ocupar un escaño.

Los accidentes de la elección del señor Pérez son a cual más jugoso y a cual más típico. La provincia que el señor Pérez representa tiene un mote de diminutivo. Cajamarquilla se llama y parece una ahijada de Cajamarca. Quiso el legislador posiblemente que el señor Villanueva senador de Cajamarca y el señor Pérez diputado de Cajamarquilla fuesen el prototipo, ejemplo, dechado, flor y espejo del senador y del diputado peruanos.

Y es la provincia de Cajamarquilla una provincia que ha puesto en las

manos del señor Pérez su corazón púber. En esto aparece el país dándole al señor Pérez una provincia virgen. Y el señor Pérez catando alborozado los regalos y excelencias de la rica y núbil dueña.

Un amigo mal intencionado nos ha dicho:

–¿El señor Pardo dándole al señor Pérez la personería de una provincia no se parece a don Quijote dándole a su escudero Panza el gobierno de la Ínsula Barataria?

Pero nosotros hemos protestado:

–No. Porque Sancho Panza estaba condenado al fracaso en la ínsula y el señor Pérez no está condenado al fracaso en el Parlamento. En el Parlamento no habrá un doctor de Tirteafuera que lo mate de hambre.

Y hemos pensado que el concepto de nuestro amigo proviene de que encuentra en la catadura y en el ánima del señor Pérez reminiscencias de la catadura y del ánima de Panza. Refranero como Panza es el señor Pérez. Y ladino como Panza. Y malicioso como Panza.

En la Cámara de Diputados el señor Pérez es el ánima de la legislación. El es como la Cámara y la Cámara es como él. El criollismo del señor Pérez es el criollismo de la Cámara.

Jamás será posible encontrar para nuestro Parlamento un hombre más representativo. Nunca tendrá nuestro criollismo un personero más auténtico y propio. Otros hombres tienen el defecto y el exotismo de sus ideales complicados. Y en el espíritu del señor Pérez los ideales se simplifican como en una fábula infantil e ingenua. El señor Pérez piensa cual el Arcipreste de Hita que "como dijo Aristóteles, cosa es verdadera..." Un criollo y, sobre todo, un parlamentario criollo no puede pensar más ni mejor.

Cazurro unas veces, locuaz otras, sanchopancesco siempre, el señor Pérez nos representa, nos encarna y nos personifica. Es positivamente nuestro, privilegiadamente nuestro. Es el líder criollo. Se engañan quienes creen que el señor Abelardo Gamarra es más criollo que él. El señor Gamarra es, dentro de su peruanismo, un hombre de ensueños y de quimeras. El señor Pérez es su antítesis. El señor Pérez vive en nuestra realidad socarrona y retrechera. No da hospitalidad en su corazón a fantasías e ilusiones. Se sonríe de todo. Vive feliz con su chaleco amarillo, con su corbata azul y con su hongo.

Nosotros querríamos pronunciar un discurso para decirle al país en la plaza de Acho todas estas cosas.

Hablaríamos a las gentes con nuestra sinceridad más sobria.

Y les diríamos:

–¡Amad al señor Pérez! Ved en él al Parlamento peruano. Sentid que su socarronería es la socarronería de todos nosotros. Comprended que su huachafería es también la huachafería de todos nosotros. Y no penséis que el Parlamento nacional tiene en el señor Pérez una decoración. Pensad como queráis. Pero pensad que más bien es el Parlamento nacional la decoración de este señor Pérez, diputado por Cajamarquilla y amigo del señor Pardo que nos manda...

Los viernes de don Juan

El viernes se vuelve más trascendental y más peruano cada día. Tenemos ya los viernes de moda del cinema y los viernes de recibo en la casa del señor don Juan Pardo. El viernes se enaltece y se glorifica en el calendario nacional. Y empieza a adquirir sonoro timbre de majestad y de aristocracia criollas.

Arduo problema sería acaso para el señor don Juan Pardo la elección de día favorito. El domingo le parecería demasiado cristiano y demasiado evangélico. El lunes le parecería demasiado plebeyo. El martes le parecería demasiado vulgar. Y el sábado le parecería el día del Presidente de la República.

Y desconocería sobre todo el señor Pardo la grandeza del día jueves.

Sin embargo, el jueves fue en la otra legislatura el día del señor Manzanilla. Y el jueves es un día jovial. El jueves es un día risueño. Parece un día luminoso y amable que interrumpe la monotonía de la semana adusta.

Pero así no querría entenderlo el señor Pardo.

Y del viernes hizo su favorito. Del viernes que es hasta en la eufonía de su nombre un día severo. Del viernes que evoca las austeridades ingratas de la cuaresma. Del viernes que es un día de vigilias y de ayunos. Del viernes que no posee en Lima más gracia que las tandas de moda del cinema. Una gracia por ende trivial y huachafa.

Han comenzado ya las crónicas sociales a ocuparse de los viernes de don Juan al lado de los viernes de tal o cual dama bonita y de tal o cual dama fea.

Anteayer fue el primer viernes de don Juan. Don Juan estuvo persuasivo y obsequioso. Regaló bien a sus visitantes. Tuvo sonrisas y amabilidades para todos. Imitó las gentilezas del señor Manzanilla.

Todos los representantes hablan y hablarán de este acontecimiento sustantivo y esencial de la legislatura.

Don Juan pensará que desde sus viernes ceremoniosos y plácidos legislará y gobernará al país.

Y tal vez don Juan tendrá razón en esto para gloria de sus viernes, del Parlamento y de la patria.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–VIII–1917)

VOCES

El mes de promisión

Hay languidez en el ambiente.

Este no nos parece el mes de agosto que nosotros esperábamos. Este no es todavía un mes voraginoso. Este no es todavía un mes inquieto. Este no es todavía un mes febril. Sentimos amortecimiento en las almas, amortecimiento en los semblantes, amortecimiento en los ademanes, amortecimiento en las palabras y amortecimiento en las cosas.

Tal vez es que el invierno tiene entumecida a la política. Acaso es que el frío paraliza los gestos y cohíbe los gritos. Quién sabe que la estación de las lluvias es más fuerte que la estación parlamentaria y la sojuzga y la arredra.

Todo puede ser.

Viejos y experimentados hombres nos dicen:

–Es que el mes de agosto principia. Es que la política necesita tiempo para encenderse y calentarse. Es que la temporada legislativa se parece a una zambra. Comienza fría y ceremoniosa. Poco a poco se anima. Y siempre acaba en la locura.

Pero nosotros somos jóvenes y somos vehementes.

Habríamos querido que el primero de agosto se iniciaran las jornadas tremendas. Grande habría sido nuestro entusiasmo si esta semana que se ha acabado hubiera tenido hervor, latido, sonoridad. Habríamos enloquecido de alborozo si ya hubiera experimentado su primera desazón el gabinete.

Nos dicen persuasivamente:

–Este es el momento de las genuflexiones mutuas y de los saludos recíprocos.

Y sentimos que así es irremediablemente.

Sólo que buscamos bajo esta lasitud y bajo este desmayo el indicio de acontecimientos silenciosos y de intenciones trascendentales. Se nos

Todos los representantes hablan y hablarán de este acontecimiento sustantivo y esencial de la legislatura.

Don Juan pensará que desde sus viernes ceremoniosos y plácidos legislará y gobernará al país.

Y tal vez don Juan tendrá razón en esto para gloria de sus viernes, del Parlamento y de la patria.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–VIII–1917)

VOCES

El mes de promisión

Hay languidez en el ambiente.

Este no nos parece el mes de agosto que nosotros esperábamos. Este no es todavía un mes voraginoso. Este no es todavía un mes inquieto. Este no es todavía un mes febril. Sentimos amortecimiento en las almas, amortecimiento en los semblantes, amortecimiento en los ademanes, amortecimiento en las palabras y amortecimiento en las cosas.

Tal vez es que el invierno tiene entumecida a la política. Acaso es que el frío paraliza los gestos y cohíbe los gritos. Quién sabe que la estación de las lluvias es más fuerte que la estación parlamentaria y la sojuzga y la arredra.

Todo puede ser.

Viejos y experimentados hombres nos dicen:

–Es que el mes de agosto principia. Es que la política necesita tiempo para encenderse y calentarse. Es que la temporada legislativa se parece a una zambra. Comienza fría y ceremoniosa. Poco a poco se anima. Y siempre acaba en la locura.

Pero nosotros somos jóvenes y somos vehementes.

Habríamos querido que el primero de agosto se iniciaran las jornadas tremendas. Grande habría sido nuestro entusiasmo si esta semana que se ha acabado hubiera tenido hervor, latido, sonoridad. Habríamos enloquecido de alborozo si ya hubiera experimentado su primera desazón el gabinete.

Nos dicen persuasivamente:

–Este es el momento de las genuflexiones mutuas y de los saludos recíprocos.

Y sentimos que así es irremediablemente.

Sólo que buscamos bajo esta lasitud y bajo este desmayo el indicio de acontecimientos silenciosos y de intenciones trascendentales. Se nos

ocurre que esta calma es un sistema malo. Pensamos que empiezan a desarrollarse graves sucesos sigilosos. Nos imaginamos que la procesión anda por dentro.

Muy intensa es la conflagración de sentimientos y de pasiones que existe en el Perú en estos instantes en que el señor don Amador del Solar regresa a la vida privada. Imposible es pues que se apague o se extenúe repentinamente. Existe una crisis hondísima. Una crisis que no va a ser solucionada con los billetes de a sol aunque bien lo quisiera el señor Pardo. Y también otros hombres que no son el señor Pardo.

Nuestro tropicalismo se solivianta porque no hay gritos y porque no hay estruendos. Nos creemos defraudados. Nos exasperamos.

Y es que somos demasiado impacientes.

Estamos en el período de las escaramuzas. Vivimos en una atmósfera de trincheras y de galerías subterráneas. Pero llegará muy pronto la hora de las batallas campales.

Allí está el partido civil con el señor Prado. Allí está el partido constitucional con el general Cáceres. Allí está el partido futurista con el señor Riva Agüero. Allí está la minoría. Allí está el señor Ulloa. Allí están todos, continuamos viviendo entre expectativas y nerviosidades.

Nada importa que haya transitorias tibiezas.

El mes de agosto es siempre un mes de promisión.

Aguardemos.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–VIII–1917)

VOCES

Espada de Oriente

También el general Puente ha vuelto a la vida privada. La vida privada ha comenzado a abrir sus brazos hospitalarios a los personajes del régimen. Primero para el señor don Enrique de la Riva Agüero y para el general Puente. Inmediatamente para el señor don Amador del Solar. La vida privada está llamando a su seno al pardismo.

Tenemos de rato en rato la tentación ingenua de dirigirle al país esta pregunta:

–¿Por qué no vuelve también a la vida privada el señor Pardo?

Pero nos ataja el temor de que todas las gentes nos respondan poniéndose un dedo sobre la boca.

Y volvemos a pensar en el general Puente.

Sentimos que el retiro del general Puente no tiene la misma fisonomía del retiro del señor de la Riva Agüero y del retiro del señor Solar. No es un retiro silencioso. Es un retiro solemne. Es un retiro con banquete. Y es un retiro con discursos.

Esto es muy peruano.

Había que agasajar al general Puente. No porque el general Puente hubiese comprometido la gratitud del país, sino porque se iba del ministerio. Era preciso ser generoso con él. Era necesario darle una amnistía social. Era indispensable tomar con él una copa de champaña.

El país no se preocupa nunca de estas cosas.

Apenas si pueden sugerirle una interrogación en el presente caso:

–¿Por qué se retira a la vida privada el general Puente?

Él mismo se dará la respuesta:

–Porque ya no es ministro y porque ya no es senador.

Evidente.

Un personaje peruano que no es ministro y que no es senador, tiene que retirarse a la vida privada. Sea por fallo de la Suprema o por fallo del Presidente de la República, la consecuencia es idéntica. La vida privada es el supremo refugio de los personajes peruanos.

Unas veces la despedida ritual posee una decoración subjetiva: el manifiesto. Otras veces posee una decoración objetiva: el banquete. Otras veces es callada e imperceptible. Entonces parte el corazón de pena.

Y hay una diferencia más entre la despedida del general Puente y la despedida del señor de la Riva Agüero y del señor Solar. El general Puente no es ya ministro. No es ya senador. Pero siempre es general. Ha perdido la cartera y ha perdido la senaduría. Pero le queda la espada.

El general Puente se va, pues , a su hogar con una espada en la mano. Una espada de general. Una espada señorita. Una espada púber. Y una espada que por ser joven debe ser una espada inquieta.

El comentario de las gentes metropolitanas tiene tangencias pertinaces con una espada.

–Esta es una espada venida de Oriente como los reyes magos.

–No, porque el Oriente de esta espada no es el Oriente de la leyenda sino el Oriente del Perú.

–La espada del general Benavides vino así mismo del Oriente peruano.

–¡Así mismo, no! ¡Vino de una aventura fluvial!

–¡También esta espada tiene una aventura fluvial en su historia!

Y se pierde en inducciones y deducciones el comentario de las gentes metropolitanas.

Plancha sonora

La "plancha" es un acontecimiento legítimamente criollo. Tan criollo como el señor Manuel Bernardino Pérez. Tan criollo como la "causa". Tan criollo como nuestro parlamento.

Pocas cosas hay más acaecedoras y risueñas en este país. La "plancha" es entre nosotros casi cotidiana. Unas veces es la "plancha" policial. Otras veces es la "plancha" política. Otras veces es la "plancha" periodística. Otras veces es la "plancha" romántica. "La plancha" es múltiple. Expuestos están a ella así el personaje ilustre y avizor como el incauto y desorientado virote.

Y la ciudad ama la "plancha". Le debe sus risas más francas y sus alborozos más categóricos. La busca enamoradamente en todos los rincones de la casualidad. La llama durante sus momentos pertinaces de aburrimiento. La solicita, la invoca, la demanda.

Ayer hubo una "plancha" grande.

Honestos trabajadores desenterraron una vieja caja de hierro bajo las

ruinas del Palacio Arzobispal. Corrió la noticia de casa en casa y de esquina en esquina. Se llenó el Palacio Arzobispal de gentes curiosas. Perdieron la ecuanimidad los periodistas. Se alborotaron las autoridades.

Una onda de placer sacudió a la ciudad como si todas las gentes se sintieran repentinamente felices, como si hubieran bajado sobre la tierra las complacencias del cielo y como si las almas estuvieran ahítas de gracia y bienaventuranza.

Esa caja de hierro contenía algo. Ese algo era un tesoro. Ese tesoro es un tesoro fabuloso.

Tal pensaron los trabajadores honestos del sorpresivo hallazgo. Tal pensaron los funcionarios de la policía. Tal pensaron los dignatarios de la Iglesia.

El prefecto trazó una línea heroica en torno de la caja de hierro.

Y monseñor Phillips, el favorito ilustre del señor Pardo y del Arzobispado, el Rasputín de nuestra corte advenediza, hizo una declaración prudente:

–¡Este tesoro es de la Iglesia!

Y agregó:

–¡De Nuestra Santa Madre Iglesia!

Pero, a pesar de esta declaración dogmática, se suscitó la controversia. Una voz aseveró que el tesoro era de los honestos trabajadores que lo habían descubierto. Otra voz sostuvo el derecho insuperable del Estado. Otra voz sonó en nombre de los herederos de Orueta.

Nuestro Rasputín movió la cabeza. Pensó que todas esas voces se equivocaban. Comprendió cuán pocos eran los poseedores de la verdadera sabiduría. Sintió que resucitaban los tiempos milagrosos de la Iglesia.

Y a punto y sazón de estos raciocinios y estos pensamientos, se produjo la "plancha".

No había dentro de la caja de hierro tesoro alguno. Manos aviesas habían escondido allí un producto farmacéutico para hacerle "réclame". La ciudad había sido burlada. Nuestro Rasputín era tan falible como la más humilde criatura de la tierra.

Sin embargo, nadie se impacientó, nadie se soliviantó, nadie se molestó.

El señorío de la "plancha" gobernó el ánima burlona y frívola de la ciudad.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–VIII–1917)

VOCES

Fastidio cotidiano

Estas sesiones de la Cámara de Diputados están enfermas de tristeza. Son normales y serenas, muy normales y muy serenas, tan normales y tan serenas que no nos parecen sesiones de la Cámara peruana. Las sentimos anacrónicas. Las sentimos inverosímiles. Las sentimos extrañas.

Vamos todas las tardes a la Cámara de Diputados en pos de una sorpresa, de una emoción, de un vértigo, de un apóstrofe. Llevamos siempre una esperanza. Tenemos perennemente una expectativa. Nos aferramos a nuestra confianza en la jovialidad eterna de la Cámara de Diputados.

Y todas las tardes salimos defraudados del Palacio Legislativo.

Ayer sentimos la necesidad categórica de pronunciar una protesta. Estuvimos a punto de pedir la palabra en la estación del acta para dejar constancia de las encolerizadas apostillas que queríamos ponerle por cuenta del sentimiento nacional. Nos pusimos de pie resueltos a hablar.

Pero supimos reportarnos a tiempo.

Y la que hubiera querido ser una protesta sonora tuvo que ser solamente una queja flébil.

–¡Señor! ¡Señor! ¡Señor! ¡Estas sesiones son lamentables! ¡Estas sesiones son lánguidas! ¡Estas sesiones son desabridas!

Encontramos enemigo el pensamiento del señor Balbuena:

–¡Perdón! ¡Ustedes se engañan! ¡Estas sesiones son buenas!

Nosotros insistimos desolados:

–¡Estas sesiones son lamentables! ¡No tienen sonoridad! ¡No tienen ardimiento! ¡No tienen pasión!

E inclementemente sonrió el señor Balbuena:

–¡Bien! ¡Hay legislación! ¡Hay orden! ¡Hay serenidad! ¡Admirable! ¡Esto es lo que la patria requiere!

Nos callamos.

Aguardamos en vano un gesto, un ademán, un grito. Nos exasperamos viendo tan cordial y tan asequible en la presidencia al señor don Juan Pardo. Pensamos que los diputados se habían propuesto matarnos de aburrimiento.

Unicamente el señor Maúrtua quiso hacernos un furtivo regalo de su ironía. Habló el señor Maúrtua sobre el proyecto del billete. Y dijo así:

–¡Tenemos aquí una ley que debía parecer una ley europea y que es siempre una ley criolla! ¡Está llena de desconfianzas, de recelos y de temores! ¡Es una ley suspicaz! No confía en el éxito. Presiente el fracaso. Nuestros legisladores no la han concebido contemplando la normalidad financiera sino contemplando la patología financiera. Aclimatamos una reforma en nuestro suelo. Pero preferimos siempre a la reforma pura una reforma híbrida. Y le damos nuestros miedos, nuestros desalientos y nuestras malicias.

Mas fue muy breve el señor Maúrtua.

Prontamente abandonó el discurso y volvió a darse en alma y cuerpo a su escaño.

Acaso sintió los mismos desabrimientos y las mismas lasitudes que sentimos nosotros cuando tenemos que escribir sobre estas vulgaridades nacionales persistentes, monótonas e incorregibles.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–VIII–1917)

VOCES

Legislación risueña

Sin el señor Pérez, diputado por Cajamarquilla, ya nos habríamos muerto de aburrimiento, de tedio y de fastidio. Ya nos habría sojuzgado la tristeza del invierno. Ya nos habría asaltado el propósito de retirarnos a la vida privada. Ya nos habríamos persuadido de que la vida política del Perú se apagaba y se desteñía para siempre.

Pero el señor Pérez es el antídoto de las penas y de los desconsuelos. El señor Pérez es la risa. El señor Pérez nos recuerda que este país es el mismo de antes. El señor Pérez nos distrae de pensamientos graves y de reflexiones torturadoras.

No hay ánima que resista la influencia hilarante de la palabra, del ademán y del concepto del señor Pérez. El señor Pérez nos parece en esto un personaje de zarzuela. En cuanto el personaje de zarzuela se presenta en el escenario se ríe todo el mundo. En cuanto el señor Pérez pide la palabra, la Cámara y la galería tienen un murmullo risueño.

Y oyéndole y viéndole las gentes no saben pronunciar sino una exclamación empañada en risa:

–¡Este Pérez ¡Este Pérez tan "tremendo"!

Interviene en la eficacia cómica del decir y la traza del socarrón y sanchopancesco diputado el zarzuelismo de su nombre. Manuel Bernardino Pérez es por antonomasia un nombre de zarzuela. Su mención trae inmediatamente el recuerdo del "terrible Pérez". Y el título de diputado por Cajamarquilla tiene también una fisonomía legítima de sainete sandunguero y pícaro.

El señor Pérez siente su popularidad y su fama. Comprende su rol en la historia del Perú. Sabe bien lo que representa y lo que significa en el parlamento peruano. Conoce cuál es la llave de su celebridad y de su éxito.

Es desde tal punto de vista un hombre que posee perfecta conciencia del deber.

Y es por esto que le miramos festivo en la iniciativa, festivo en la opinión, festivo en el recuerdo, festivo en el reproche, festivo en el ademán. Nunca es tan festivo el señor Pérez como cuando se pone serio. Hasta ahora no le hemos visto trágico. Probablemente nos moriríamos de risa si de tal guisa le viéramos.

No exageramos.

El país entero saborea la comicidad de la facundia criolla del señor Pérez. El comentario metropolitano glosa cotidianamente sus actitudes. Y jamás se ha reído del humorismo del señor Pérez como en presencia de sus proyectos para que se le ponga límites a la ciudad y para que los edificios se construyan cediendo dos metros a la acera.

Evidentemente estos proyectos del señor Pérez no son circunspectos. El señor Pérez los ha concebido ingeniosamente para tomarles el pelo a los legisladores. Se trata de una socarronería maliciosa del leader criollo.

Así lo han entendido las gentes metropolitanas y nos han dicho:

–¡Ponerle límites a la ciudad sería como ponerle límites al señor Pérez!

Y nos ha parecido atinado el concepto.

El más ladino de los proyectos es el del ensanche de las calles. El señor Pérez no va a conseguir ensanche alguno haciendo que los edificios futuros se internen dos metros. El objetivo del señor Pérez es distinto. El señor Pérez, como buen peruano, es partidario del "recoveco". Y lo que pretende el señor Pérez es que la ciudad se llene de "recovecos". El señor Pérez haría de estos recovecos unas veces capilla parlamentaria, otras veces cátedra política y otras veces confesionario galante.

El señor Pérez pensaría entonces que ésta era una ciudad ideal.

Pero los legisladores van a tener seguramente la inclemencia de atajar risueñamente ambos proyectos del señor Pérez. Nos van a dejar sin límites y sin "recovecos". Y vamos a vernos obligados a lamentar que no haya en cada miembro del parlamento un señor Pérez, diputado por Cajamarquilla.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–VIII–1917)

VOCES

Dos generales

Egoístas, maliciosas y sórdidas criaturas, nos aprestábamos alborozadas a asistir a un debate sensacional entre el general Abrill y el general Puente. De vuelta a la vida privada el general Puente había lanzado al azar un venablo. Y este venablo había herido y soliviantado al general Abrill.

Nosotros sentíamos inminente un torneo. El general Abrill se había cuadrado. El general Puente se cuadraría. Hablaría el general Puente. Replicaría el general Abrill. Tras una carta vendría otra. Los periodistas les daríamos hospitalidad solícita y acuciosa en nuestros papeles impresos. Y les pondríamos nuestras apostillas y nuestras glosas jocundamente interesados en enardecer el debate y en saber lo que no sabíamos.

Pero he aquí que mientras el general Abrill es un varón imprudente e impetuoso, el general Puente es un varón cauto y ponderado.

Ha exclamado el general Puente:

–¿Vamos a entrar en una polémica dos generales de brigada?

La exclamación del general Puente ha tenido un eco sonoro:

–¡Dos generales de brigada!

Y, alentado por el eco de sus palabras solemnes, el general Puente ha exclamado enseguida:

–¿Vamos en entrar en una polémica pública dos ex ministros de guerra?

El eco ha persistido grave e intenso:

–¡Dos ex ministros de guerra!

El general Puente ha pronunciado luego esta conclusión majestuosa:

–¡Imposible!

Y ha tenido la intención de añadir creyendo que aún era ministro y que lo interpelaban:

–¡Pasemos a sesión secreta!

Toda la ciudad se ha llenado de asombros. Se han encogido medrosas las expectaciones. Se han arredrado los comentarios.

Exclamaciones maquinales y admirativas han vibrado reiteradamente en los labios metropolitanos:

–¡Dos generales de brigada! ¡Dos ex ministros de guerra! ¡Dos grandes hombres de la república! ¡Dos figuras de nuestra historia!

Cándidos e ingenuos fuimos quienes esperamos de tales personajes pública y franca controversia. No alcanzábamos a comprender la altitud de estos hombres. Nos ateníamos inocentemente a la imprudencia temeraria del general Abrill. Eramos unos consumados ignorantes de las supremas categorías y de las máximas cumbres nacionales.

Dos generales de brigada no pueden discutir un trascendente asunto histórico en cartas abiertas. Este no sería un expediente digno de ellos. Y si dos generales de brigada están impedidos de tal polémica vulgar y vituperable más tienen que estarlo dos ex ministros de guerra.

Estas columnas de los periódicos se han hecho para los pobres cronistas del acontecimiento cotidiano, para los humildes críticos del problema público, para los artistas, para los literatos, para los políticos, para los internacionalistas, para todos los ociosos pobres diablos que vivimos enamorados de la expresión escrita pueril, plebeya y miserable.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–VIII–1917)

VOCES

Banquete y presente

Estamos en el umbral de otro banquete y de otros discursos. Probablemente este banquete y estos discursos no van a encender inquietudes ni controversias. Pero van a tener siempre la misma fisonomía sustanciosa y típica.

El país se ha dado cuenta de que no podía dejar sin homenaje y sin agasajo al señor don Aurelio García y Lastres que ha regresado también a la vida privada. Ha comprendido el deber abstruso de que el señor García y Lastres tenga una despedida sonora que se compadezca con su valimiento. Ha abierto los ojos solícitamente a la contemplación de la traviesa figura del ex Ministro de Hacienda.

No era posible que el señor García y Lastres volviese silenciosamente a su hogar y a su bufete del banco. El señor García y Lastres ha manejado durante dos años la hacienda peruana. Ha adquirido, pues, título profesional de ministro. Ha creado intereses y ha concitado esperanzas en torno suyo. Ha sido amo de favores, mercedes y milagros.

Verdad es que el señor Pardo le puso en el gobierno de nuestras finanzas para demostrarle al Perú que sabía elegir siempre esclarecidos, ingeniosos y afamados hacendistas. Y que ahora sus malaventuras le tenían aventado del Palacio de Gobierno y tundido por las críticas nacionales.

Pero en el Perú un ministro cesante es un ministro inminente. Versátil es la fortuna y cambiadiza la política. Una despedida puede convertirse en una reaparición. El ministerialismo peruano es porfiado, persistente y duradero.

Todo esto pide y determina el banquete al señor García y Lastres.

Sabemos que el banquete no tendrá sólo brindis. Tendrá así mismo un presente. Un presente que será tal vez una estatua, un tintero, una medalla, un bajorrelieve, un caballo o un aeroplano. Acaso habrá en este presente la intención de un símbolo del superávit.

Nosotros pensamos que el banquete al señor García poseerá una nota personal y expresiva. En él no se comerá otro pan que el pan integral. Presentarle al señor García y Lastres un pan distinto, sería echar al olvido la obra más grande de su administración. Sería desdeñar explícitamente su más genial iniciativa. Sería negarle al pan integral un momento suntuoso y trasmisorio de auge y apogeo.

El pan integral será forzosamente el aderezo, la gala y el adorno del banquete. El banquete está en camino de ser, más que una fiesta para el señor García y Lastres, una fiesta para el pan integral. Promete revestir intensa significación histórica.

Sólo sabría hacerle falta un mensaje de adhesión de Mr. Mac Adoo si Mr. Mac Adoo no fuese un olvidadizo y un desagradecido.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–VIII–1917)

VOCES

Los sábados

El viernes es del señor don Juan Pardo presidente de los diputados y el sábado es del señor D. José Pardo Presidente de la República. Ambos días tienen pues sabor, espíritu, fisonomía, aderezo, enjundia, decoración y adorno de días nacionales. Avance más nuestra historia y el señor Manuel Bernardino Pérez pedirá que se les declare días de la patria.

El comentario callejero ha aseverado:

–¡El señor don Juan Pardo nos va a legislar desde sus viernes y el señor don José Pardo nos va a gobernar desde sus sábados!

Tan mala es nuestra fortuna que no está en lo cierto el comentario callejero. No es posible que un señor Pardo nos legisle sólo desde sus viernes y otro señor Pardo nos gobierne sólo desde sus sábados. No somos dueños de tal buena ventura ni de tal gracia. En verdad un señor Pardo nos legisla todos los días y otro señor Pardo nos gobierna todos los días también. El viernes es para el uno un día de amistad, de audiencia y de concierto. El sábado es para el otro un día de etiqueta, de merced y de oporto y galletitas.

Siete días hay en la semana y no menos de dos podían ser para el señor Pardo. De los cinco sobrantes ha elegido uno para su festejo y holganza el señor Durand. Y así sucesivamente, uno por uno, nos irán quitando nuestros personajes todos los días de la semana. Gracia inefable será que nos dejen el domingo tan monótono, tan lánguido, tan infantil y tan huachafo.

Tentaciones tenemos de hacer el elogio del sábado. Pero nos apartamos y nos defendemos de ellas. Si el sábado es para la Biblia sagrada el día en que Dios descansó y para la historia del Perú el día en que el señor Pardo obsequió a los legisladores, es así mismo el día abigarrado y tumultuoso de los jornaleros, de los virotes, de los ritos protestantes, de los holgorios baratos y de las sensualidades cotizables.

No podemos pues dedicar nuestras alabanzas al día sábado. Mucho tiene de sublime, pero mucho tiene igualmente de grosero. Y lo sublime en el día sábado es abstracto y celeste en tanto que lo grosero es ostensible y palpitante.

Y son tan vehementes nuestros convencimientos que en estos instantes de la madrugada sentimos que nos alejamos a prisa del sábado y que se lo dejamos para siempre al señor Pardo, al Palacio de Gobierno, a su yantar suntuoso, a su "eleven o'clock tea", a su tertulia, a sus genuflexiones y a sus cortesanías...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–VIII–1917)

VOCES

Rimbombos de primavera

Ya ha hablado para la patria, para la historia, para la inmortalidad, para el cielo y para la Tierra el señor don Felipe Barreda y Laos. Ya hemos escuchado el latido de su corazón. Ya hemos contado las pulsaciones de su espíritu. Ya hemos fijado su fisonomía intelectual. Ya hemos medido el talle, el aliento, el alcance y el vuelo del ilustre joven del pardismo.

Este debate de la instrucción tan expresivo, tan interesante y tan entretenido ha sido el debate de estreno para el señor Barreda y Laos. El señor Barreda y Laos se encuentra, pues, en el momento de los aplausos emocionados y de las felicitaciones efusivas. Y se halla al mismo tiempo en el momento de los comentarios.

La crítica está recogiendo una por una sus palabras. Y las está desentrañando, cotejando, descomponiendo.

Una, dos, tres veces ha hablado el señor Barreda y Laos. Sus discursos han sido sonoros. Han entusiasmado a las gentes sencillas de la galería. Han entusiasmado también a las gentes trascendentales de los escaños. Nosotros nos hemos quedado mirando muy atentamente al señor Barreda y Laos y a su auditorio, sin perder nuestra ecuanimidad y sin perder nuestro silencio.

Nos han interpelado:

–¿Ustedes no aplauden? ¿Ustedes no se exaltan? ¿Ustedes no se impresionan?

Y nosotros nos hemos sonreído.

No hemos hablado para no soliviantar a las gentes y para no alarmarlas con nuestros repentinismos y nuestras displicencias.

Pero nos hemos sonreído ácidamente.

El señor Barreda y Laos ha llevado a la Cámara de Diputados la retórica ingenua de la juventud universitaria. Ha llevado también su arrogancia y su pardismo. Ha llevado igualmente su aristocracia y su ampulosidad.

Aguardábamos nosotros algo más.

Para glosar los problemas nacionales con tan inocentes lirismos, con tan insufladas arengas, con tan pueriles imágenes y con tan cursis alegorías, no valía la pena que el señor Barreda y Laos hiciera un viaje a Cajatambo, no valía la pena que Cajatambo hubiera sido quitado a Ancash y dado a Lima, no valía la pena que se hubiera hecho tales aspavientos de admiración y de homenaje al talento, al donaire y a la facundia del ilustre joven del pardismo.

En honor del señor Barreda y Laos han quemado los turibularios del señor Pardo sus más nobles y aromosas resinas, han sonado jubilosas campanas y han vibrado fervientes panegíricos.

Apenas si se ha hecho olvido de la solemnidad religiosa de un tedéum y de la solemnidad criolla de un banquete.

Y allí está el señor Barreda y Laos haciendo crujir el pedestal de los ditirambos y exponiéndose a los pensamientos profanos de la gente atrevida.

El señor Barreda y Laos continúa siendo un universitario. Es consumadamente universitario, sonoramente universitario, enardecidamente universitario, admirablemente universitario. El parlamento le parece acaso un congreso estudiantil. Y pone en sus discursos por eso una romántica entonación de primavera escolar.

Habla así el señor Barreda y Laos:

–¡Yo he visto a este pueblo en la sima del Dolor! ¡Yo lo he visto herido de muerte! ¡Yo lo he visto en el abatimiento de la agonía! ¡Era, señores diputados, la evocación de Laoconte! ¡Y, sin embargo, este pueblo ha sabido luego erguirse, abrir las alas y ascender al cielo para impetrar la piedad de los dioses! ¡Y la piedad de los dioses ha bajado sobre este pueblo hecha luz, hecha amor y hecha aurora!

Esto enardece a las gentes de las galerías. Esto hiperestesia la complacencia de las gentes de los escaños. Esto enorgullece al pardismo.

Bueno.

Nosotros no podemos hacer otra cosa que encogernos de hombros y abrirle paso al advenimiento procesional y suntuoso de la oratoria huachafa y de la grandilocuencia culterana.

Y, además, obsequiarle al pardismo todos los privilegios, todas las gracias y todos los honores de la gloria incipiente de su joven ilustre.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–VIII–1917)

VOCES

Sancho protesta

Traviesas y risueñas criaturas nos envían a nombre del burlado gobernador de la Ínsula Barataria la muy sazonada carta que damos enseguida. Piensan tales criaturas que toman de esta suerte la defensa del escudero Panza. Y nosotros nos haríamos solidarios de sus pareceres y aseveraciones si estuviésemos seguros de que no esconden mala intención alguna contra el señor Manuel Bernardino Pérez, que es quien las ha inspirado y motivado.

Una sola apostilla tenemos que ponerle a este escrito. Nosotros no hemos dicho precisamente que en el señor Manuel Bernardino Pérez se reproduzca Sancho Panza. Hemos dicho que hay en la catadura y en el ánima del señor Pérez reminiscencias de la catadura y del ánima de Sancho. Y que el señor Pérez es refranero como Sancho y socarrón como Sancho y ladino como Sancho.

Nada hemos dicho para dar resentimiento ni enojo al insigne escudero. Muchos respetos le guardamos para hacerle agravios o crearle sobresaltos. Y hay en estos leales convencimientos nuestros algún sentimentalismo patriótico, pues a nuestro juicio los hijos de Sancho abundan en esta tierra de bromas, suspicacias y malicias.

Esta es la carta:

Señores Redactores de "Voces":

Válgame Dios para desembarazarme de la desazón que me ha causado que ustedes me achaquen semejanza con el señor don Manuel Bernardino Pérez o se la achaquen a él conmigo. Que yo no acepto así no más parecidos y afinidades ni conmigo ni con mi rucio aunque bien sé lo muy humildes, desnudos y miserables que él y yo hemos nacido.

Maltrecha y desfigurada ha andado comunmente mi fama en tanto que la de mi señor don Quijote ha crecido más cada día. Sin justicia ni discreción alguna las alabanzas a mi amo han traído siempre aparejadas

burlas y menosprecios para mí. En más se ha tenido a Rocinante que a este escudero acucioso, leal y sufrido. Y si de mí han hecho las gentes tanto escarnio y tanta befa, descomunales son el olvido y el desdeño que han hecho de mi paciente y esforzado rucio.

Porfiadas tentaciones de hablarles a las gentes en mi descargo y hasta en mi elogio me han asaltado. Escribientes propicios para atender mis razones y escribirlas han existido en esta y anteriores edades y en esta y anteriores civilizaciones. Pero siempre ha prevalecido en mí una de las mayores virtudes que tuve para ser bien visto y aún famoso y que no fue otra que la suma modestia. Tal como en la Ínsula Barataria no quise que se me antepusiese ni añadiese dones que jamás tuve en la vida inmortal, he preferido sufrir callado las contumelias y los vituperios terrenales de los admiradores de Don Quijote.

Para sujetamiento de los desahogos de estas gentes en contra mía no ha sido motivo atendible su amor a Don Quijote. Les recordara yo con mucho fundamento para confundirlas el sabio refrán de que quien adora al santo adora la peana mismamente. Y les dijera que quienes tanto obsequio hacen al caballero, alguno pudieran hacer al criado que le acompañó, le acorrió y le sirvió en todo trance, soportando con él caídas, molimientos y penurias. Mas prefiero callarme, que el buen callar fue siempre mi ciencia, y veo en todo esto una prueba de lo destornillada que tienen las gentes la cabeza.

Don Quijote y yo fuimos uno solo para que nos molieran los desalmados. Sin embargo dos y no uno somos para que nos califiquen y juzguen a él sublime y a mí asaz vituperable. Estas son sinrazones que yo le dejo al cielo como buen cristiano para que él las comente y resuelva.

Del señor don Manuel Bernardino Pérez he tomado muchos y muy puntuales informes para ver en qué tiene su asiento la semejanza que conmigo le descubren ustedes y sus amigos. He averiguado minuciosamente su vida y andanzas. Y me he despojado de toda vanagloria a fin de descubrir si Pérez podría llamarse Sancho y Sancho llamarse Pérez.

Realizado este expediente he venido en conocimiento de que no hay en el señor Pérez, en su historia, en su talle ni en su numen, cosa alguna que consintiera identificarle conmigo y hallar en él un legislador peruano hecho a mi imagen.

Si dentro de la envoltura del señor Pérez alentara un ánima gemela de la mía, posible sería que el señor Pérez tomase en cualquier momento por suyas mis empresas y de legislador se trocase en escudero y rodase por el

mundo tras otro don Quijote caballero asnalmente. Bien saben ustedes que tal aventura no acometería nunca el señor Pérez por grande quebranto que le sobreviniera a su inteligencia.

En la cabeza del señor Pérez nunca tuvo acomodo el ideal de gobernar una ínsula. Si lo tuvo no provino del santo contagio de una locura hidalga y maravillosa. Le place al señor Pérez hacer leyes pero no aplicarlas ni sufrirlas. Y así le tienen ustedes un rato de legislador y otro rato de abogado, oficio éste que induce a muchas demasías y temeridades.

Cierto estoy de que el señor Pérez no ha querido en su vida, que ya es larga, ser, por ejemplo, subprefecto de provincia alguna. Para él se ha creado una provincia, mas no con el objeto de que la gobierne y padezca los desabrimientos y angustias de hacerlo sino con el objeto de que la represente en una asamblea muy ricamente arrellanado y oportunamente pagado y socorrido.

Punto por punto les haría a ustedes el retrato cabal del señor Pérez, así en lo tocante a su traza como a su ánima, hasta dejar bien establecido y aclarado que cuan lejos está él de mí de él estoy yo. Se apodera de mí, cohibiéndome sabiamente, el temor de caer en murmuración y maledicencia o por lo menos en coyuntura para ello. Esto traba mi lengua y me hace hallar más discreto el retrato de mis propias virtudes, prestancias y singularidades. Desentráñese así de lo que ya dejo dicho de mí mismo el retrato del señor Manuel Bernardino Pérez con quien me han comparado ustedes para sacarme de quicio y meterme en cavilación y apuro.

Varón honesto y recatado fui ante todo. Como tal hube casamiento a su sazón y oportunidad y me hice padre de familia honrada y limpio de corazón. Labradores fueron mis padres y labrador fui yo por servirles y continuarles. Y de labrador hubiera muerto si mi amo don Quijote no me hubiera tentado para acompañarle en su aventura y tener parte en su gloria y provecho. De ardides y añagazas de abogados no supe sino de sentenciar y juzgar en conciencia. Tal cual me aconsejó don Quijote no fui codicioso ni mujeriego. Jamás anduve en barraganías ni hube mudanza de placeres. A punto en que comprendí que para gobernar reinos no había nacido, dejé la ínsula que me fuera obsequiada y salí de ella tan pobre como en ella entré. Y no me llamé Sancho Panza por ladino, por refranero y por obeso sino por ser Sancho Panza y por haberme portado según mi leal saber y entender en el servicio de mi señor don Quijote.

Nadie sabe ni sabrá apreciarme con más derecho que don Quijote que más justiciero hidalgo no hubo ni habrá en todas las edades. Pues bien,

recordado ha de ser que por don Quijote fui bien querido y mejor premiado. Me dio el gobierno de una ínsula como me lo tuvo prometido. De la discreción con que me comporté llegó hasta él noticia inspirándole alabanzas muy cordiales y generosas. Y siempre me tuvo el gran caballero favorable y gracioso predicamento.

¿Piensan ustedes que don Quijote habría enaltecido al señor Pérez como me enalteció a mí? ¿Piensan ustedes que le habría dado el gobierno de una ínsula? ¿Piensan ustedes que siquiera le habría convidado a seguirle de escudero?

Tal vez el señor Pérez de existir en aquellos tiempos hubiera sido ventero y de los menos hospitalarios si no yangüeses de los que a don Quijote más maltrataron y tundieron porque su entendimiento no les permitió ver lo buena y cristiana que era su ánima y lo bienintencionado y hermoso que era su corazón.

Hombres a la vez obesos, ladinos y refraneros habrá muchos en el mundo y esto no les hace semejarse a mí en lo oculto ni en lo visible. El ser obeso, ladino y malicioso no es ser Sancho Panza. A lo sumo será ser D. Manuel Bernardino Pérez.

Reparen en que para apartarse de mi modo de ser el señor Pérez no es labrador sino abogado y catedrático; no es casado y hogareño sino célibe y de los de más taimada contumacia; no es cristiano y religioso sino descreído y blasfemo; y si de cabalgar es amante muy aficionado no es por cierto un asno la su cabalgadura.

Sírvame lo dicho que no es mucho para mi defensa y buena fama. Sírvame así mismo para conservarme eternamente horro de comparaciones, que no las quiero ni comedidas ni descomedidas y sírvame para mi servicio y para el del prójimo, pues en lo que llevo expresado he hecho algo así como declarar los linderos, las fronteras y los aledaños de mi traza y de mi talle para prevenir a su tiempo invasiones y conquistas.

Criado de ustedes,

Sancho Panza.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–VIII–1917)

VOCES

Nos aburrimos

Amanecemos enfermos de monotonía y de fastidio. Sentimos enrarecida la atmósfera nacional. Encontramos tediosa nuestra estancia. Y palpamos la desolación inmensa de no tener un solo acontecimiento sonoro que ponga su nerviosidad en nuestro espíritu y en nuestra máquina de escribir.

Persiste la languidez en todas las cosas y en todas las ánimas. Persisten los bostezos. Persisten los amortecimientos. Persisten las lasitudes. Estamos en un momento de murmuraciones clandestinas y de chismes furtivos. El comentario callejero ha perdido su énfasis y se ha vuelto cuitado y pusilánime en la entonación.

Y tendríamos que desesperarnos y desconsolarnos acerbamente si el comentario callejero se hubiera ya quedado no únicamente sin vibración sino también sin malevolencia.

Pero alguna compensación había de darnos la vida.

Si bien el comentario callejero es silencioso y es sosegado, es al mismo tiempo más malicioso y más acérrimo que nunca. Desazonadas las gentes por la tranquilidad actual se zahieren, se hincan y se calumnian entre ellas mismas. Y la maledicencia se convierte en un deporte emocionante.

Esta es la fisonomía del momento histórico.

Parece que después de las agitaciones e inquietudes del mes de julio los espíritus se han sentido unánimemente fatigados y agotados. Ha empezado un período de transición para la política casera. Un período que no representa, por supuesto, una solución sino a lo más una tregua.

El país ha hecho un mal negocio con el cambio de gabinete. Lo comprende ahora que es muy tarde para remediarlo. El gabinete del señor Riva Agüero le evitaba al país aburrimientos. En momentos en que el ambiente se serenaba y el enardecimiento se extinguía había siquiera un grito posible:

–¿Hasta cuando no se va este ministerio?

En este grito se condensaban múltiples y diversos sentimientos. Era un grito sintetizador de sensaciones dispersas. Era un grito de protesta contra los dos primeros años de la administración del señor Pardo. Era un grito que no valía tanto por lo que declaraba como por lo que escondía.

El nuevo gabinete ha ahogado esos gritos. Sin embargo subsisten los sentimientos que lo inspiraban. No han desaparecido las cosas que eran la esencia y la entraña de ese grito. Únicamente se han quedado sin expresión y sin intérpretes.

En cambio para el país no significa nada la mudanza de gabinete. El señor Tudela y Varela en la presidencia del consejo de ministros del señor Pardo es para las gentes un gobernante igual al señor Riva Agüero. Las gentes piensan sin discrepancia que el ministerio es desabrido e incoloro. Más aún, piensan que es malo. Si no quieren decirlo todavía a gritos es porque les parece muy descortés hacerlo tan temprano.

Espera el país que el ministerio del señor Tudela y Varela comience a envejecerse. Anhela que este envejecimiento se inicie muy pronto. Sabe que puede declararse súbitamente acaso antes de que el gabinete cumpla un mes de vida.

Y nosotros nos vemos obligados a someternos a estos conceptos nacionales y a aguardar que la política torne a soliviantarse y a excitarse.

Mientras tanto pensamos llenos de nostalgia en el señor don Enrique de la Riva Agüero que salió del Palacio de Gobierno para que entrara el señor don Francisco Tudela y Varela, pero siempre parece ser ministro del señor Pardo...

(En *El Tiempo*: Lima, 16–VIII–1917)

VOCES

En el cenit

El Perú debe darse cuenta de que el día de hoy es un día trascendental. Estamos en el dieciocho de agosto. Vivimos un momento de besamanos y de unción. Promedia ya el período del señor Pardo. Asistimos al segundo cumpleaños de su gobierno. Y tenemos que enviar nuestra tarjeta de felicitación y cumplido al Palacio de Gobierno porque allí está el señor Pardo que nos manda.

Nos asevera el calendario que hoy hace dos años que el señor Pardo gobierna al Perú por segunda vez. Tenemos que creerle al calendario. Pero en nuestras ánimas y en las demás ánimas desorientadas de esta tierra existe la obsesión de que el señor Pardo nos ha gobernado toda la vida.

Y es que en casi todas las páginas de la historia del Perú nos parece encontrar una reminiscencia del señor Pardo. Esta república da la impresión de haber sido administrada perennemente por un señor Pardo. Y poniendo los ojos en su crónica no es posible creer que llegamos al segundo año del señor Pardo sino al centésimo año del señor Pardo.

Pensamos que esa es una persuasión nacional. El país probablemente ve en el Palacio de Gobierno al señor Pardo y se persuade de que se va a quedar para siempre en él. Se convence de que si alguna vez el señor Pardo se aleja del Palacio de Gobierno para buscar el arrullo, la brisa y el sosiego de la Costa Azul, será siempre para regresar nuevamente al Palacio de Gobierno, así suenen en su puerta para despedirle los golpes taimados de los guijarros de la ingratitud peruana.

Este señor Pardo que no es siquiera el Mayorazgo sino tan sólo el Segundón de los Pardo y Barreda empezó a mandarnos en un día igual al día que en estos momentos amanece. Debía haber entrado al Palacio de Gobierno el veinticuatro de setiembre. Pero no sabemos si por buenaventura suya o por buenaventura de la patria se adelantó su exaltación al mando. Buenaventura suya si fue para que ascendiera más temprano.

Buenaventura de la patria si fue buenaventura suya. Este último será el concepto de los cronicones cortesanos y a ellos queremos someternos y ajustarnos.

Soñaron los hombres ingenuos que el señor Pardo subía al gobierno para reconciliarnos y para apaciguarnos. El señor Pardo nos lo había prometido. Sólo que era porque el señor Pardo estaba seguro de que todos nos volveríamos uno en reverenciarle y alabarle y de que todos nos juntaríamos para servirle y quererle. Aguardaba el señor Pardo que el Perú se convertiría en una vasta mesnada de cortesanos y de pecheros.

Pero en esta tierra hay gentes asaz revoltosas y atrevidas. Gentes que no se deslumbran con la majestad del señor Pardo y su cortejo. Gentes que se ríen del insuflamiento de sus actitudes. Gentes que no creen en la predestinación inobjetable del señor Pardo para la Presidencia de la República. Gentes que tienen otras devociones y otros cultos para los cuales son más o menos fieles. Gentes que no se avienen con el señorío del apellido Pardo y Barreda.

El país no ha sabido hacerse un concierto de voluntades obedientes y disciplinadas. La esperanza del señor Pardo ha fracasado. No ha habido conciliación ni ha habido apaciguamiento. A pesar de que el señor Pardo es el amo de un superávit que sirve para cotizaciones penumbrosas no está a su alcance el sojuzgamiento de todas las conciencias. Existen profusas y acendradas rebeldías. No todas son clamantes e impávidas. Las más son silenciosas y discretas. Pero de toda suerte se llaman rebeldías.

Dos años del señor Pardo en el Palacio de Gobierno no han valido la adquisición de la felicidad de la patria. Han servido únicamente para desazonarnos y confundirnos más de lo que estábamos. Y han tenido la extraña virtud de antojársenos no dos años cabales y equitativos sino dos años luengos y desmesurados.

Grande es nuestro pecado al decirlo en este día dieciocho de agosto. Incurrimos en delito de lesa cortesía que a los ojos de un régimen de aristocracia advenediza tiene que ser el delito más grave y punible. Hoy todo debía ser congratulaciones y ditirambos. Debíamos andar muy lejos de la osadía y de la audacia. Y el país debía mostrarse muy unido y muy concorde en la armonía festiva de un besamanos unánime.

Justo y acertado es tener en consideración que un cumpleaños no es en verdad un aniversario alegre. Un cumpleaños indica un año más. Un año más indica un año menos.

Aseveran los genuflexos cortesanos que el gobierno del señor Pardo

está en su cenit. Es muy cierto. Pero es muy cierto así mismo que el cenit va a advertirle al señor Pardo que ha comenzado a atardecer para su gobierno. La mañana de este período presidencial ha concluido ya. Hemos llegado al mediodía. Y, tarde o temprano, vendrá el ocaso. El ocaso nublado, triste, senil y umbroso...

(En *El Tiempo*: Lima, 18–VIII–1917)

VOCES

"Signos" de los tiempos

Estos billetes provisionales que van a inundar el país hoy o mañana, son un gesto expresivo de la psicología del pardismo. Se ve en ello un método de amo de latifundio. Revisten fisonomía legítima de procedimiento criollo. Revelan que el señor Pardo gobierna la república como gobernaría un fundo.

En estos billetes descubren las miradas perspicaces ostensibles afinidades e interesantes parentescos. Comprenden que su genealogía es la misma genealogía de las "fichas" de los fundos. El señor Pardo y el señor Maldonado los han denominado "signos litografiados". Eufemismos maliciosos del señor Pardo y del señor Maldonado.

Los "signos litografiados" del señor Pardo son más que unos signos ingenuos. Para las gentes avizoras son una avanzada del billete del Estado, una tentativa sintomática del pardismo y una malaventura agorera e inquietante. Acaso estas son únicamente suspicacias de las gentes. Pero evidentemente es positivo que el pardismo nos está poniendo en las manos su billete, sumándolo al billete de los bancos. El billete de los bancos ha sido la puerta por la cual ha empezado a escurrirse el billete del pardismo.

El pardismo es capcioso y cuitado en bautizar sus actos. Tal como intentó desfigurar la prórroga del presupuesto, escondiéndola dentro de una circular del señor Heráclides Pérez, intenta ahora desfigurar sus "fichas" llamándolas no "fichas" ni billetes, sino "signos litografiados". Muy avezado es el régimen en las sinuosidades del casuismo criollo.

Hablan las gentes que comentan habitualmente los ademanes administrativos del señor Pardo y de sus colaboradores:

–El señor Pardo ha inventado el billete de cinco centavos. No se le había ocurrido a ningún gobierno ni a ningún banco del mundo emitirlo hasta ahora. El señor Pardo es el inventor del billete mínimo.

Están en lo justo las gentes que de esta suerte razonan. El señor Pardo

ha ideado el billete más chico del mundo. Tal vez le entusiasmará la originalidad de su iniciativa y nos hará pasar del billete de cinco centavos al billete de un centavo. Este sería el "record" máximo del billete mínimo. El nombre del señor Pardo adquiriría nuevos atributos de inmortalidad y de fama.

Aseveran también las gentes:

–El país sintió la inminencia del billete del Estado desde el día en que el señor Pardo entró al Palacio de Gobierno. ¡Hay que creer en la intuición de los pueblos! ¡Hay que creer en sus corazonadas! ¡Hay que creer en sus presentimientos!

Y vuelven a estar en lo cierto las gentes. Efectivamente desde que vió el país en el gobierno al señor Pardo tuvo la imprecisa sensación de que reaparecían los tiempos del billete sospechoso. Los hombres del régimen hacían protestas de austeridad para calmar las desazones y las malicias nacionales. Pero el país continuaba asustado e intranquilo.

Ahora se siente toda la justicia de las desconfianzas. Silenciosa y embozadamente el pardismo nos ha desviado del billete bancario hacia su billete. Los "signos litografiados" son el papel del pardismo. El papel que las gentes temían y sospechaban.

Y es que este papel de litografía que va a inundar la nación nos dice una vez más cuál es el espíritu del régimen y nos hace sentir una vez más que nos están administrando no hombres de Estado sino hombres de latifundio.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–VIII–1917)

VOCES

Bajo la epidermis

Empezábamos a aguardar que Santa Rosa de Lima, la dulce y todopoderosa señora de esta ciudad indolente, perezosa y risueña, terminaría haciendo el esclarecido milagro de que el Perú se volviese un armonioso concierto de mestizos hermanados por el amor al Sr. Pardo y embelesados por la música resonante de un discurso del señor Barreda y Laos.

Antes no habríamos querido suponerlo. Teníamos la persuasión de que vivimos más perturbados y más intranquilos que nunca. Estábamos persuadidos de que la paz y la concordia nacionales sólo existían en la epidermis del momento histórico. Y también en los papeles de los ditirambos mercenarios.

Sin embargo, ya había comenzado a verter su enervamiento en nuestras ánimas la pertinacia de la aseveración pardista de que este país se habia sosegado repentinamente.

Tan grande milagro no íbamos a atribuírselo de ninguna manera al señor Pardo y ni siquiera a su superávit. No es posible esperar del señor Pardo un milagro tan valioso y tampoco de un superávit. A pesar de que un superávit posee ostensiblemente una fuerza persuasiva que no posee personalmente el señor Pardo, sobre todo si es un superávit administrado por las manos del señor Pardo.

Había que pensar, pues, en el cielo. Había que pensar en la Divina Providencia. Había que pensar en Santa Rosa de Lima, bienamada patrona de esta tierra y nobilísima doncella del florilegio cristiano.

Santa Rosa de Lima, condolida acaso de las malaventuras nacionales y de los malos pasos del señor Pardo, había extendido sus manos misericordiosas sobre el Perú para que su centenario fuese una divina efusión de ternuras y complacencias.

Tal íbamos a concluir pensando.

Pero repentinamente se renuevan dentro de nosotros, más contumaces

que ayer, nuestros arraigados escepticismos. Ya no creemos en un prodigio de Santa Rosa de Lima. Santa Rosa de Lima no puede proteger a un país que ha dejado partir del gobierno a un tan rendido devoto suyo como el señor don Enrique de la Riva Agüero. Santa Rosa de Lima no se preocupa del señor Pardo a pesar de que el señor Pardo se imagina que la tienen enamorada su talle y su gallardía. Santa Rosa de Lima no posee noticia del señor don Felipe Barreda y Laos ni de sus discursos aunque de vez en cuando las imágenes oratorias del señor Barreda y Laos suben hasta el cielo.

No estamos quietos íntimamente. No podemos estarlo. No lo hemos estado en momento alguno.

Ha bastado para que nos convenzamos una vez más de la persistencia de la zozobra peruana que pongamos los ojos primero en el besamanos del señor Pardo y después en los papeles litografiados del señor Pardo.

Hechos unos sonámbulos les hemos preguntado a las gentes para saberlo mejor:

–¿Por qué le están haciendo genuflexiones al señor Pardo?

Y las gentes nos han respondido naturalmente:

–Porque el gobierno del señor Pardo ha cumplido dos años.

Esta frase nos ha aclarado el entendimiento y la hemos repetido y glosado:

–¡Dos años! ¡Entonces le faltan dos años más al gobierno del señor Pardo! ¡Entonces el señor Pardo ha llegado sólo al promedio de su administración! ¡Entonces nos va a mandar dos años más!

Inmediatamente se han ahogado en nuestras ánimas todas las sensaciones de concierto y de armonía. Hemos tornado a sentir que este concierto y esta armonía palpitan únicamente en la epidermis. Hemos tornado a pensar con nuestros escepticismos.

En la entraña del momento histórico hay inquietudes y hay desazones. Se han apagado algunos enardecimientos de la política. Se han serenado algunas belicosidades del Parlamento. Se han calmado algunas hiperestesias del país. Pero en el mismo alarde con que el pardismo proclama el sosiego de la república se siente una angustia recóndita e imprecisa.

Y no hay sino que arañar la epidermis del momento para comprobarlo.

(En *El Tiempo*: Lima, 20–VIII–1917)

VOCES

Desde el destierro

En una esquina, en el umbral de su imprenta o en un papel impreso vibra todavía la voz del señor Torres Balcázar. El señor Pardo ha podido desterrar del Parlamento al señor Torres Balcázar. Pero no ha podido desterrarlo del Perú. Y si el señor Pardo condenara al exilio al señor Torres Balcázar, desde el exilio vendría la palabra del señor Torres Balcázar a poner una nota sonora y valiente entre las apatías, los amortecimientos y las delicuescencias de la lasitud criolla.

El señor Pardo no quiso que el señor Torres Balcázar volviese a ser diputado. Ni la provincia heroica de Bolognesi ni la provincia metropolitana de Lima debían elegirle ni aclamarle. Parecía que personalmente se alzaba el señor Pardo para cerrarle al señor Torres Balcázar la puerta de la Cámara de Diputados. El país pensará que es una grave responsabilidad del señor Pardo la de haber evitado la reelección de un parlamentario tan valioso. Pero tendrá que pensar que es también un triunfo del señor Pardo.

De vez en cuando, en medio de alguna sesión lánguida, tibia y desmayada ponemos nosotros los ojos en dos escaños vacíos de la Cámara de Diputados. Uno es el escaño vacío del señor Grau. El otro es el escaño vacío del señor Torres Balcázar. Uno es el escaño vacío de la provincia de Cotabambas. El otro es el escaño vacío de la provincia de Bolognesi.

Sentimos entonces que estos dos escaños vacíos son dos acusaciones. Sentimos que esos dos escaños vacíos son dos protestas. Sentimos que esos dos escaños vacíos son dos apóstrofes. Mas sentimos al mismo tiempo que esos dos escaños vacíos son, para el señor Pardo, para la actualidad y para el diario de los debates dos escaños vacíos, irremediablemente vacíos, definitivamente vacíos, eficazmente vacíos.

Pensamos que en ese escaño del señor Torres Balcázar se quedó atajado, tundido, diseccionado y molido para siempre el presupuesto de 1917. El presupuesto que debió ser un presupuesto del señor García y

Lastres pero que acabó siendo un presupuesto del señor Heráclides Pérez.

El señor Torres Balcázar no era un hombre solemne. No era un hombre trascendental. No era un hombre histórico. Era apenas el señor Torres Balcázar. Un ciudadano sencillo, risueño, burlón y gordo. Su fisonomía era una fisonomía criolla. Su continente era un continente jocundo. No había en él majestad catedrática ni didacticismo vanidoso ni altisonancia insuflada ni gravedad protectora y consejera.

Sin embargo, el señor Torres Balcázar sabía siempre armonizar su palabra con la naturaleza de las situaciones parlamentarias. Era oportuno. Era ameno. Era ingenioso. Era denodado. Era accesible. Era discreto. Si le faltaba solemnidad y si le faltaba trascendentalismo, le sobraban perspicacia, viveza, agilidad, facundia, malicia, perseverancia y aliento. Su oratoria era una oratoria diáfana, vigorosa y enérgica. Su énfasis no era presunción sino entusiasmo.

Tal el señor Torres Balcázar parlamentario. Tal el señor Torres Balcázar adversario del señor Pardo. Tal el señor Torres Balcázar legislador. Tal el señor Torres Balcázar intérprete de oposiciones inteligentes y sensatas.

Y ahora el señor Torres Balcázar es el mismo de ayer. Su denuedo es el mismo. Su convencimiento es el mismo. Su entereza es la misma. Aún le vemos ponerse de pie para apostrofar al pardismo.

En estos momentos la voz de nuestro amigo es todavía una admonición y una protesta.

No importa que no pueda vibrar sino en una esquina, en el umbral de su puerta o en un papel impreso.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–VIII–1917)

VOCES

El diapasón parlamentario

Desde el primer momento, la perspicacia pública descubrió que este debate de las inspecciones de instrucción, tan administrativo, tan científico y tan idealista, tenía una gran trastienda política. Baldía fue la protesta enardecida y lírica del señor Barreda y Laos. Baldío el esfuerzo diplomático y risueño de los liberales. Las gentes llenaron las galerías del Palacio Legislativo anhelantes e inquietas.

No se engañan jamás las gentes limeñas. Se les dirá perezosas. Se les dirá abúlicas. Se les dirá indolentes. Se les dirá despreocupadas. Pero no se les dirá por ningún motivo ingenuas.

El presentimiento metropolitano ha sido justificado.

Para comprobarlo no hay sino que dirigir la mirada al Palacio Legislativo, al estucado e inconcluso palacio de la farola lechuguina, donde persiste todavía el debate de las inspecciones de instrucción porque hay veinte opiniones que se arañan, que se contradicen y que se embrollan.

El señor Barreda y Laos ha sacado la siguiente cuenta con los dedos de las manos:

–¡Existen múltiples opiniones distintas! ¡Opinión mía, una! ¡Opinión del gobierno, dos! ¡Opinión del señor Maúrtua, tres! ¡Opinión del señor Ulloa, cuatro! ¡Opinión del señor Castillo, cinco! ¡Opinión del señor Pérez, seis! ¡Opinión del señor Secada, siete!

Tal el estado de la discusión.

El señor Pardo se siente totalmente neutral en la presidencia de la Cámara de Diputados. Intimamente se regala con la prolongación del debate. Sus incidentes le interesan y le refocilan. Instiga con sus complacencias discretas la heroica pertinacia de las objeciones.

Y los liberales se exasperan y gritan los señores Sayán y Palacios o el señor Pinzás:

–¡Este proyecto debe aprobarse! ¡Si es malo se le reformará mañana!

¡Pero no hay que aplazarlo ni posponerlo! ¡Hay que aprobarlo ahora mismo!

En esto nos quedamos dormidos y en esto nos despertamos.

Discurso del señor Ulloa, consejero, persuasivo, paternal y solemne. Discurso del señor Pérez, dicharachero, anecdótico, pintoresco y alegre. Discurso del señor Barreda y Laos, resonante, alegórico, universitario y primaveral. Discurso del señor Secada, ululante, porfiado, acérrimo y quejumbroso.

Se conciertan y se interponen los discursos para atajar el proyecto de los liberales.

Y se enciende una discusión tremenda sobre el problema trascendental de la instrucción pública en el Perú.

Para nosotros este debate de las inspecciones de instrucción es el debate que ha elevado el diapasón parlamentario. Es el debate que ha promovido las primeras controversias vehementes. Es el debate que ha sacado de quicio a los representantes sosegados y ecuánimes. Es el debate que ha marcado los primeros pasos sigilosos de las aspiraciones a la sucesión presidencial.

Tuvimos ayer, por obra de este debate, un momento sonoro y vibrante en la Cámara de Diputados.

El señor Solar, muy nervioso, se echó a clamar:

–¡Nada de transacciones! ¡La mayoría manda! ¡Yo voto con la mayoría cualquiera que sea el sentido de su voto! ¡Pido que se clausure el debate!

El señor Pérez le puso nombre al pedido del señor Solar:

–¡Esta es una moción de guillotina!

Y la Cámara entera repitió la palabra:

–¡Guillotina! ¡Guillotina! ¡Guillotina!

Sentimos entonces que el ambiente legislativo se agitaba y se enardecía definitivamente, aunque ya no vibraba en la Cámara de Diputados la voz de prócer del señor Torres Balcázar.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–VIII–1917)

VOCES

Agosto termina

Entre los hosannas a Santa Rosa de Lima, el divino y uncioso sahumerio, el enamorado panegírico y la mística evocación, se despide de los peruanos este mes de agosto que se anunció tan preñado de inquietudes, de sacudimientos y de conflagraciones.

Santa Rosa de Lima se lleva al mes de agosto envuelto en la cauda de su gloria. Se lo ha quitado a las turbulencias de la política. Se lo ha arrebatado a las irrespetuosidades del comentario callejero. Se lo ha disputado a las nerviosidades de los debates parlamentarios. Este mes de agosto ha sido de Santa Rosa y para Santa Rosa.

El señor Pardo presenció ayer, desde un balcón del Palacio de Gobierno, el paso de la procesión de Santa Rosa. Tenía a su lado al jefe de la Iglesia peruana. Y aunque no tenía también a nuestro Rasputín criollo, pensaba probablemente el señor Pardo que estaba allí, en un balcón del Palacio de Gobierno, el Perú entero. El Perú en un balcón. Y sobre él Santa Rosa de Lima bendiciéndolo y obsequiándolo.

Insensiblemente llegamos hoy al 25 de agosto. Mañana será veintiséis. Uno de estos días será treintaiuno. El mes de agosto se irá para siempre sin un estremecimiento, sin un latido, sin un clamor.

Acaso tan sólo tendrá este mes una nota sonora: la de nuestra ruptura con Alemania.

Desde que no está en el Palacio de Gobierno un príncipe belga, el Perú ha empezado a pensar en que todo el mundo vive en guerra. Se ha sentido marcial y heroico. Ha dirigido una mirada enojada al rubio país del Káiser y de los submarinos.

No sabemos nosotros si Santa Rosa de Lima interviene en este repentinismo. Pero nos inclinamos a creer que no. Santa Rosa de Lima es seguramente pacifista. Tan pacifista como lo es el Papa. Tan pacifista como lo es posiblemente nuestro Rasputín criollo.

Aunque en verdad la ruptura del Perú con Alemania no va a ser para el Perú la guerra sino la paz.

Pero la paz con todos los énfasis, con todos los ardimientos, con todos los alborozos, con todas las altisonancias y con todas las gallardías de la guerra. Y sin ninguna de sus amarguras, ninguna de sus angustias, ninguna de sus asechanzas y ninguno de sus desabrimientos.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–VIII–1917)

VOCES

Independientes todos

En este país paradójico todos los ciudadanos somos independientes. Independientes los ministros. Independientes los diputados. Independientes los senadores. Independientes los periodistas. Uno de estos días vamos a ser noticiados de que también el señor Pardo que nos manda es independiente.

Acaba de ponerse de pie en la Cámara de Diputados el señor don Manuel Bernardino Pérez para aseverar:

–¡Yo soy independiente! ¡Más independiente que todos! ¡Yo no tengo concomitancia alguna con el señor Pardo! ¡Yo no soy gobiernista!

Cuantos pensábamos que el señor Pérez era pardista estábamos pues engañados. El Sr. Pérez nos ha dicho que estábamos en un error muy grande. El señor Pérez no es pardista. El señor Pérez es independiente.

Ser independiente en el Perú es no pertenecer a ningún partido, a ningún círculo, a ninguna secta. Es ser un papel en blanco. Es ser un hombre libre de mote político. Es obrar de acuerdo con un programa personal y único. Es ser en fin independiente a la manera criolla.

Un independiente tiene su aptitud sustantiva en su programa personal. Como es un programa suyo puede ser un programa quebradizo y maleable. El independiente jamás lo publica, jamás lo enuncia, jamás lo declara. Lo tiene guardado como un tesoro dentro de su espíritu. Y es en efecto su tesoro aunque no es precisamente el tesoro de su espíritu.

El día en que los independientes peruanos quisieran hacer un partido sería el suyo el partido más numeroso del Perú. Pero es imposible tal partido. En no ser partidarios definidos de ninguna idea y de ningún hombre está la independencia de nuestros ciudadanos.

Un independiente puede ser lo mismo amigo del gobierno que amigo de la oposición. Su independencia le permite ser una u otra cosa y seguir siendo independiente que es lo esencial. Le permite tener una norma para

su actitud de hoy y otra norma para su actitud de mañana. Le permite estar en los aledaños de todos los partidos sin estar dentro del registro de ninguno.

Y es que aquí los ciudadanos piensan que ser miembro de un partido o de un círculo o de una secta es hacer política. Y en este país paradójico ocurre que nadie quiera hacer política. Le hemos tomado a la política una aprensión criolla. La política nos parece inevitablemente mala. Y nos sirve para echarle la culpa de todos los quebrantos de la patria.

La política es en nuestro discernimiento de mestizos la responsable de los males y de las congojas del país. La política es responsable de los desastres y de los fracasos nacionales. La política es la responsable de que los hombres se corrompan y se pierdan.

Huyendo de la política tienen los ciudadanos que declararse y sentirse independientes.

Entonces pueden entrar como el señor Barreda y Laos a la Cámara de Diputados para gritar:

--¡En el umbral de este recinto debemos dejar nuestros amores y nuestros desamores políticos y personales!

Una frase así, bien fuerte, pronunciada con entonación solemne, entre dos admiraciones sonoras, enciende siempre el aplauso de los independientes de los escaños y de los independientes de las galerías.

Y sobre todo le da al que la pronuncia la persuasión de que en realidad es independiente.

Estamos de fiesta

En honor a Santa Rosa de Lima, a la embajada argentina o al festivo humor que mueve en estos momentos a la ciudad, no quiso sesionar ayer la Cámara de Diputados.

El Senado, la cámara grave y conservadora, había hallado discreto no sesionar. Muy feo habría sido que la Cámara de Diputados sesionase en día en que el Senado no lo hacía. Esperábamos pues nosotros, glosadores habituales de las jornadas parlamentarias, que no sesionase ayer la Cámara de Diputados. Era preciso que no hubiese quórum. Absolutamente preciso.

Aconteció lo que nosotros aguardábamos. No hubo quórum. Pensaron los diputados que no era lógico intercalar entre el día feriado de Santa Rosa y el día feriado del precepto católico un día de trabajo, grosero, impertinente y prosaico.

Una sesión parlamentaria en la tarde de ayer habría roto la serenidad de este momento histórico en que todo es glorificación unciosa y enamorada de Santa Rosa de Lima cuando no es himno devoto y ardoroso de sur–americanismo, de cordialidad y de cortesanía...

(En *El Tiempo*: Lima, 26–VIII–1917)

VOCES

Brindis, ceremonias, ternuras...

El momento histórico nos impone silencio a los glosadores risueños de las vulgaridades cotidianas. No se siente la respiración de la política. El parlamento aumenta los días feriados del calendario. El gobierno se viste de frac. Y todo el país piensa en la necesidad de observar una compostura muy majestuosa y muy atildada.

No es un momento oportuno para que nuestra voz suene. Es un momento ceremonioso y solemne. Es un momento grave y sonoro. Es un momento efusivo y entusiasta. Vivimos entre los hosannas a Santa Rosa y los obsequios a nuestros gentiles huéspedes argentinos. Todo es brindis, genuflexiones y abrazos o panegíricos, cantigas y salmos.

Gentes perspicaces, buenas entendedoras de las intimidades peruanas, nos dicen que en un gobierno del Sr. Pardo la solemnidad es orgánica. El Sr. Pardo no puede pasar por el mando del país sin pompas y sin faustos. Una administración suya trae aparejados dos o tres centenarios, dos o tres fechas magnas, dos o tres visitas trascendentales.

En este segundo período del señor Pardo hemos tenido el centenario de Bolognesi y el centenario de Santa Rosa. No sabemos si algún otro centenario está por allí aguardándonos. Pero sí sabemos que el señor Pardo sueña con ser presidente del Perú en los días del centenario de la Independencia.

Acaso el señor Pardo cree que su destino en la Tierra es presidir al Perú en su gran centenario.

Un pueblo vestido de gala y en la actitud de un brindis no puede dejar de ser un pueblo feliz. Un pueblo entusiasmado por el champán no puede sentirse un pueblo pobre ni un pueblo desgraciado. El señor Pardo razona así probablemente. Y quisiera por eso que el Perú estuviera eternamente de fiesta y de etiqueta.

No queremos averiguar si el señor Pardo tiene ideas personales sobre

la felicidad y la alegría. Tampoco queremos preguntarnos por qué abstruso sincronismo los gobiernos del señor Pardo coinciden siempre con instantes de solemnidad y de ceremonia. Estamos persuadidos de que el comentario nuestro no se aviene con las ternuras y efusiones de estos días. Comprendemos que es un comentario profano e impertinente.

Y este convencimiento es precisamente lo que nos solivianta. Tenemos que olvidarnos de las realidades criollas para pensar en el alborozo de la patria. Tenemos que transigir con un instante de tregua y de armisticio para las nerviosidades domésticas. Tenemos que serenar nuestras ansias de emoción y de sacudimiento.

Si ponemos los ojos en el Palacio de Gobierno buscando al señor Pardo hallamos al señor Pardo totalmente majestuoso y solemne dentro de la importancia de su frac. Y como el señor Pardo está el señor Tudela y Varela. Y el señor Durand. Y el señor Bernales. Y el otro señor Pardo presidente de la Cámara de Diputados. Y todos los hombres ilustres y enaltecidos de esta tierra.

Y si apartamos los ojos de la Tierra para ponerlos en el cielo hallamos también de fiesta al cielo porque todas las trompetas de los ángeles cantan la gloria de nuestra gran santa mestiza.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–VIII–1917)

VOCES

Las sonrisas

En la tribuna periodística de la Cámara de Diputados todavía se dice agudezas, todavía se hace caricaturas, todavía se alienta murmuraciones y todavía se atisba intimidades. El señor Pardo le ha dado nueva ubicación y la ha separado de los escaños parlamentarios y de la mesa verde de los taquígrafos. Y naturalmente aún no se ha aclimatado la tribuna periodística en sus nuevos escaños altos y seccionados. Pero el festivo humor y la malicia alborozada no han abandonado sus cuartillas, sus lápices ni su espíritu.

Desde la tribuna periodística se comenta siempre tal prendedor de quinto de libra y cuales medias blancas, tal dije de huairuro y cual corbata colorada, tal dialéctica memorista y cual discurso universitario, tal ademán consejero y cual cabeza pelada, tal entonación pastosa y cual aspaviento estridente.

El periodismo se sonríe perennemente en la Cámara de Diputados desde sus pupitres escolares severos.

Y tiene en todo momento un calificativo para la voz, para el gesto, para el pensamiento y para la fisonomía íntima y ostensible de cada diputado.

Analizando las sonrisas de los diputados a su manera han quedado escritos en colaboración los siguientes conceptos:

–La sonrisa del señor Manzanilla es sustantiva, personal, maestra y organizada.

–Sobre todo es clásica.

–La sonrisa del señor Pérez es obesa, redonda, ladina, criolla, adiposa e impávida.

–Positivamente tiene sabor de mazamorra.

–La sonrisa del señor Juan Pardo es presidencial, civilista, incolora y presuntuosa.

–Es la sonrisa de un don Juan de cincuenta años que se va poniendo

calvo y miope.

–La sonrisa del Sr. Ulloa es sagaz, persuasiva, grave y redomada.

–Y dogmática.

–La sonrisa del señor Maúrtua es inglesa, disciplinada, mesurada, principista y displicente.

–Es la única sonrisa posible en un parlamentario con chaqué plomo y buenas maneras, elegido legislador en un país de mestizos bulliciosos y mal educados.

–La sonrisa del señor Uceda es escolástica, ponderada y honesta.

–Además es evidentemente pedagógica y digna de un varón de costumbres cristianas y discretas.

–La sonrisa del señor Químper es despreocupada, maliciosa y traviesa.

–Define a un abogado rentista, anticlerical y célibe que tiene buena suerte en las carreras y en los negocios.

–La sonrisa del señor Borda es nerviosa, dorada, limeña e insinuante.

–Y totalmente expresiva de un ciudadano poseedor de condecoraciones españolas.

–La sonrisa del señor Balbuena es locuaz, sistemática, republicana y discípula de la sonrisa maestra del señor Manzanilla.

–Es también la de una persona que por ningún motivo se pondría escarpines.

–La sonrisa del señor Secada es rica y fosforescente.

–Y explosiva.

–La sonrisa del señor Solf y Muro es serenísima, ponderada, prístina y extrasutil.

–Inspira el convencimiento de que el señor Solf y Muro no intervendrá en una revolución.

–La sonrisa del señor Salazar y Oyarzábal es doctoral, aceitada y académica.

–Revela a un ciudadano orgánicamente parlamentario.

La sonrisa del señor Samuel Sayán Palacios es áspera, agrietada, estridente y jurídica.

–Es la sonrisa de un diputado a quien se le ha caído totalmente el pelo.

–La sonrisa del señor Pinzás es jadeante, liberal, capciosa y cansina.

–Es al mismo tiempo un tanto aborigen y otro tanto hermenéutica.

–La sonrisa del señor Barreda y Laos es universitaria, burguesa, neurasténica, retórica y engomada.

–Es la sonrisa de un joven que se ha sacado siempre el primer premio

de su clase.

De estas y otras maneras son estudiados los legisladores de la Cámara joven

Es una eclosión de extravagancias juguetonas.

Y un derroche de adjetivos complicadamente especiosos y legítimamente periodísticos.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–VIII–1917)

VOCES

Atmósfera turbada

Ya ha trepidado el edificio mentiroso de la tranquilidad peruana. Ha fracasado esa concordia de similor que urdían especiosamente las manos del pardismo. El país ha vuelto a inquietarse y a agitarse dentro del recinto retocado de la Cámara de Diputados y bajo la farola lechuguina de los estremecimientos imprevistos y de los cabrilleos versátiles.

El grito del señor Pérez ha sido el grito que ha conmovido y ha soliviantado a las gentes. Súbitamente el señor Pérez ha tenido la travesura de sacar de quicio a la oposición. Ha hablado del presupuesto. Y ha dado disforzados manotazos sobre su carpeta resuelto a impacientar a los diputados de la minoría tremenda.

En las galerías las gentes se han quedado estupefactas.

Y se han preguntado:

–¡Pero el señor Pérez no es tan pardista! ¡Pero el señor Pérez no es el leader de la mayoría!

No se les alcanza a las gentes que un diputado pardista suscite debates y encienda incidentes. Una imprudencia de este estilo pueden aguardarla del señor Barreda y Laos que atesora aún en su alma tantos ímpetus universitarios. Pueden esperarla también del señor Julio C. Luna a quien tiene tan interesado este complejo debate de la instrucción que acaso sólo preocupa más al señor Pedro Moreno.

Mas el señor Pérez es un hombre de experiencia. Es un hombre de malicia. Es un hombre de «peso» dentro del concepto criollo y sobre todo dentro de su calificativo preciso.

Temerario es que en instantes de solemnidad y de ternura nacionales el señor Pérez haya pecado para decirle a la minoría:

–¡Este año no harán ustedes de las suyas! ¡Este año aprobaremos sin debate el presupuesto! ¡Este año estoy yo en la Cámara de Diputados!

Discretos amigos del gobierno se han soprendido también del repentino

arranque del señor Pérez.

Y han exclamado angustiadamente:

–¡Por Dios, Pérez!

El señor Pérez, arrellanado en su sillón, ni siquiera les ha oído y ha seguido haciéndoles muecas burlonas a los diputados de la minoría.

Nosotros hemos aplaudido entusiasmados al señor Pérez desde nuestros escaños de la galería diplomática. Hemos comprendido alborozados que el ambiente parlamentario se reanimaba definitivamente. Hemos agradecido el gesto del señor Pérez al despertar las nerviosidaes dormidas.

Hasta nosotros han venido las protestas de los hombres asombrados por la postura del señor Pérez.

Nos han gritado:

–¡Parece que Pérez se hubiera asociado á la oposición!

Y nos han preguntado con ansiedad:

–¿No saben ustedes si Pérez se habrá vuelto enemigo del señor Pardo?

Y nos han dicho inmediatamente:

–¡Tanta sagacidad, tanta mesura y tanta cortesía de don Juan, perdidas en un momento!

Pero nosotros nos hemos sentido defensores del señor Pérez.

Y hemos aseverado:

–¡El señor Pérez no es un desleal, no es un mal intencionado, no es un socarrón malévolo! ¡Ustedes pensaban que el señor Pérez sólo sabía provocar cóleras! ¡Ustedes pensaban que el señor Pérez era la Mancini del parlamento! ¡Él ha querido probarles que también puede ser la Sarah Bernhardt! ¡Ustedes pensaban que el señor Pérez era sólo un refranero cómico! ¡Él ha querido evidenciarles que sus refranes pueden llevar también a la tragedia!

E impresionados por la unción religiosa de estos días de agosto hemos pronunciado, llenos de ardimiento fervoroso, el panegírico del señor Pérez, diputado de Cajamarquilla.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–VIII–1917)

VOCES

Tarde mixta

El parlamento continúa animándose. Hubo ayer una sesión secreta. Entre nosotros las sesiones secretas son sintomáticas. Y en este momento tienen que serlo más todavía, porque para algo se halla el Ministro de Relaciones Exteriores en un trance solemne e histórico.

La sesión fue mixta. Cabeceada la llamó el señor Abelardo Gamarra. Hasta las cinco y media de la tarde funcionó la Cámara con las puertas abiertas. Desde las cinco y media funcionó con las puertas cerradas.

En su escaño angular y recatado reapareció el señor Ruiz Bravo para entrar en acción inmediatamente. Señaló con el dedo la crisis de las subsistencias y le preguntó a la Cámara de Diputados qué había hecho para aliviarla. Y presentó un proyecto que es el primer jalón hacia el abaratamiento.

Transcurrió así, muy suavemente, la sesión pública. Un pedido. Otro pedido. Otro pedido. Constatamos que el señor Urbina no ha amnistiado todavía a los frailes de Huanta. Advertimos que no ha amenguado su pertinacia anticlerical y regionalista.

Y salimos al Salón de los Pasos Perdidos para dejar a solas a los diputados con el señor Tudela y Varela.

El señor Tudela y Varela entró a la Cámara totalmente persuadido de que el país tenía puestos los ojos en su figura. Estaba asistido de su secretario. Y llevaba bajo el brazo los papeles trascendentales de la cancillería.

En los pasillos había curiosidades:

–¿Terminará hoy la sesión secreta?

–¿Nos habremos decidido a declararle la guerra al Káiser?

–¿Nos incautaremos de los barcos alemanes?

–¿Qué tal Ministro de Relaciones Exteriores sería Clovis?

–¿Por qué no se lo preguntamos a él mismo?

–¿Intervendrá en el debate lo mismo que ayer, instigado por su invencible verbosidad, el señor Pedro Moreno?

Y en la sala de sesiones el señor Tudela y Varela hacía luego una exposición sonora de nuestros negocios extranjeros y de nuestras controversias con Alemania.

Se iniciaba la discusión con serenidad, con ponderación y con cordura. Frases discretas del señor Tudela y Varela. Frases importantes del señor Ulloa. Dúplica del señor Tudela y Varela.

Pero la fatalidad acechaba desde la farola impertinente y burlona.

En los momentos en que el señor Tudela y Varela decía que iba a hacer luz en el debate, la luz eléctrica del salón se apagaba repentinamente y la Cámara entera exclamaba:

–¡Nos hemos quedado a oscuras!

En las tinieblas sonaban voces más o menos audaces y más o menos risueñas.

Una voz afirmaba:

–¡A oscuras nos quedamos casi siempre!

El señor don Juan Pardo anunciaba con una entonación llena de contrariedad:

–¡Se suspende la sesión para continuarla el viernes!

El señor Tudela y Varela pedía:

–¡Un fósforo! ¡Un fósforo para recoger mis papeles!

Y el señor Ruiz Bravo encendía el fósforo que iba a alumbrar a la cancillería.

(En *El Tiempo*: Lima, 30–VIII–1917)

VOCES

Fallo nacional

En el Palacio de Justicia los graves varones de la Corte Suprema siguen haciendo y deshaciendo diputados y senadores, sembrando en unas almas la alegría y en otras la decepción, mandando a la cárcel a los funcionarios deshonestos, escrutando y tamizando las vivezas criollas y componiendo los entuertos de nuestra capciosa y mercerizada democracia.

En las manos de estos graves varones estaban las credenciales del señor don Mariano H. Cornejo, maestro de oradores, de universitarios y de retóricos, en honor de quien dijimos hace meses que era no un senador puneño sino un senador nacional.

Nuestro amigo el doctor Víctor Andrés Belaúnde había ido a una tribuna de la Suprema a hacer la exégesis de la elección y de la senaduría del señor don Mariano H. Cornejo.

Y había hablado más ó menos así:

–¡Yo no quiero estudiar los papeles del señor Cornejo! ¡Creo doctrinariamente que por ser del señor Cornejo son buenos! ¡Y pienso que lo mismo deben creer ustedes! ¡Si en Puno no ha habido elección, si estos papeles son malos, si se han cisionado los contribuyentes, tengamos en cuenta que el señor Cornejo ha sido aclamado por todo el Perú! ¡El señor Cornejo es un senador nacional!

El señor Molina y el señor Pacheco Vargas, senadores por Puno también, habían sentido tentaciones de protestar contra el señor Belaúnde.

Y el señor Balbuena, abogado del señor Pacheco Vargas, había querido interrumpirlo:

–¡Perdón! ¡Tal vez el señor Cornejo ha sido elegido por el Perú! ¡Pero el señor Pacheco Vargas ha sido elegido por Puno! ¡El señor Cornejo es acaso un senador nacional! ¡Pero el señor Pacheco Vargas es sólo un senador puneño! ¡Perdón!

El señor Beláunde persistió ardorosamente:

–¡Repare el tribunal supremo en que el señor Cornejo es un senador nacional!

Pero los graves varones de la Suprema se sonreían y el señor Belaúnde se sentía desahuciado en el argumento fundamental de su defensa. La Suprema se negaba a pronunciar un voto romántico. Ponía de lado los atributos sonoros del señor Cornejo. Y extendía sobre una mesa sus papeles para barajarlos, analizarlos y pesarlos.

Exasperábase el distinguido orador futurista.

Y nos decía:

–¡Un fracaso de Cornejo sería un fracaso de nuestra democracia! ¡Tenemos que proclamar que Cornejo ha sido elegido legal e intachablemente! Porque si ni Cornejo puede ser bien elegido en el Perú, ¿quién podrá serlo? ¿Qué quedará para nosotros?

Mas los papeles del señor Cornejo han sido buenos. La Suprema ha declarado que el señor Cornejo es un senador de Puno. Tan sólo no ha podido declarar al mismo tiempo que es un senador del Perú. El concepto principista y abstracto del señor Belaúnde ha salido en derrota. El país ha tenido que someterse al severo criterio jurídico del tribunal.

Anoche pensaría apenado el señor Belaúnde:

–¡Este fallo no es completo!

Y el señor Cornejo, que es en el Senado una decoración orgánica y en la Universidad un sociólogo con quevedos y hongo, le respondería al señor Belaúnde:

–Ya ve usted, Victor Andrés, la falta que le hace al Perú el jurado...

(En *El Tiempo*: Lima, 1–IX–1917)

VOCES

Estamos en setiembre

Estos días cambiadizos de setiembre nos han hecho entender que ha concluido ya el momento histórico de las efusiones de cortesía sud–americana y de los himnos a la gloria de nuestra gran santa mestiza. Vivimos nuevamente dentro de nuestras modalidades caseras. Hemos sido devueltos a nuestra vulgaridad cotidiana y doméstica. Y el señor Pardo se ha quitado el frac para continuar gobernándonos desde su escritorio metálico o desde su automóvil corredor.

Pasadas las ceremonias y extinguidas las ternuras, tornan a recobrar su señorío criollo la murmuración, la mentira y la suspicacia. La política recobra su actividad. Nos sentimos una vez más en la intimidad de un hogar muy grande y más o menos conflagrado y revuelto.

El señor Tudela y Varela le ha aseverado á la Cámara de Diputados que la política de la cancillería es una política sensata, prudente, cauta y honesta. Es una política de la cancillería que consiste, si no nos equivocamos, en no hacer nada. Piensa nuestra cancillería que la inacción evita el error. Un hombre que se cruza de hombros podrá ser un hombre ocioso pero no será por ningún motivo un hombre que proceda mal.

Somos, pues, dentro de este criterio pardista, un país que aguarda los acontecimientos. No contribuimos en lo absoluto a su desarrollo. Nos ponemos al margen de las luchas y de las nerviosidades universales. Nos quedamos extáticos e indolentes para no comprometernos.

Entusiásmanse las gentes enamoradas de la molicie nacional.

Y gritan:

–¡Eso es sensato, efectivamente! ¡Eso es prudente! ¡Eso es cauto! ¡Eso es honesto!

Pero otras gentes se soliviantan.

Y protestan:

–¡No! ¡Eso es que el Perú observa una política exterior igual a la política

casera de sus ciudadanos cazurros! ¡Espera que las situaciones se esclarezcan y se liquiden para hablar y para intervenir! ¡Esconde sus opiniones! ¡Esquiva sus pensamientos! ¡Reserva sus propósitos!.

El señor Tudela y Varela conceptúa que el Perú debe estar en acecho de las situaciones. No debe insinuar nada. No debe proponer nada. No debe hablar nada. Le conviene ser con los demás y consigo mismo totalmente diplomático. Y le interesa seguir viviendo anestesiado.

El pardismo tiene el mismo convencimiento del señor Tudela y Varela que es carne de su carne y sangre de su sangre.

Y se pone de pie para pronunciar esta frase:

–¡Voto de confianza!

Mientras tanto el señor Tudela se sonríe persuadido de que ha ido al Parlamento únicamente para que le den un voto de confianza que sea su tónico, su estímulo y su sosiego.

Diputación forzosa

También la Corte Suprema tiene de vez en cuando sus socarronerías. Parece que el señor Pérez le diera su inspiración y su enjundia. Y se siente que los graves varones del Palacio de Justicia han perpetrado una travesura.

En estos momentos toda la ciudad está comentando, alborozada y risueña, el fallo pronunciado por la Corte Suprema en el proceso electoral de Cajabamba. Es el fallo más original de todos los fallos. Es un fallo paradójico. Es un fallo humorista. Es un fallo asaz interesante.

El señor Sisniegas había ido a la Corte Suprema a decirle:

–Malos funcionarios y peores ciudadanos de la provincia de Cajabamba han hecho diputado propietario al señor Málaga Santolalla. Me han hecho al mismo tiempo diputado suplente. Han intentado instigarme así al silencio. ¡Pero yo soy un hombre incorruptible! ¡Yo le afirmo a la Corte Suprema que el señor Málaga Santolalla no es diputado propietario por Cajabamba! ¡Y le afirmo sobre todo que yo no soy diputado suplente! ¡La elección del señor Málaga Santolalla es nula! ¡La elección mía es también nula! ¡Yo renuncio a estas credenciales impuras!

Acaso el señor Sisniegas tuvo al hablar de esta suerte la persuasión de que iba a asombrar al Perú. Acaso esperó que se encendiesen todos los entusiasmos y admiraciones indispensables para levantarle un monumento y hacerle héroe nacional. Acaso calculó que la Corte Suprema no iba a

buscar más pruebas de la invalidez de la elección del señor Málaga Santolalla.

Mas he aquí que la Corte Suprema le ha dicho al señor Sisniegas:

–Usted es diputado suplente por Cajabamba.

Se ha alarmado el señor Sisniegas y ha insistido:

–¡Yo no soy diputado suplente por Cajabamba! ¡Yo le pido a la Corte Suprema que anule mis credenciales! ¡Yo me espanto ante la idea de entrar a la Cámara de Diputados con esos papeles pecadores!

Y la Corte Suprema ha fallado inapelablemente:

–¡El señor Sisniegas es diputado suplente por Cajabamba! ¡Su elección es buena! ¡Sus credenciales son mejores! ¡Y como el señor Sisniegas ha pedido la nulidad de su propia elección ha perdido su depósito de 50 libras!

Ha estallado en la ciudad una risa muy sonora.

Y todas las gentes han declarado a un tiempo:

–¡Esto parece un fallo de Salomón!

Y nuestro gran amigo el señor don Oscar Víctor Salomón, que está en actitud perenne de dar una conferencia al aire libre, ha hablado así lleno de modestia:

–¿A qué Salomón se refieren ustedes? ¿A mi hermano Alberto o a mí? ¡Ha de ser a mi hermano Alberto porque yo no soy jurisconsulto sino cónsul!

(En *El Tiempo*: Lima, 5–IX–1917)

VOCES

El señor Sotil

Todos los despreocupados y burlones criollos que vivimos en este país gobernado por el señor Pardo nos habíamos olvidado ya de su mensaje del veintiocho de julio. El señor don Víctor Oscar Salomón, que es tan pertinaz en sus preocupaciones, había hallado tema nuevo aunque menos trascendental para sus conversaciones cotidianas. Acaso el mismo señor Pardo había dejado de pensar en los aplausos de las galerías populares del Congreso, pobladas el 28 de julio por los ciudadanos de pelo ensortijado que vivan al señor Balbuena y al gobierno, como dice el señor José María de la Jara y Ureta.

Sin embargo existía en el Perú un hombre que estudiaba y comentaba todavía el mensaje del señor Pardo. Este hombre no era el ilustre universitario joven del pardismo, señor don Felipe Barreda y Laos. No era el señor don Víctor Criado y Tejada que tiene en Paruro fama de «egregio ciudadano», según un telegrama. No era el favorito de la Iglesia y del Estado, monseñor Phillips, nuestro Rasputín criollo. No era finalmente el señor don Juan de la Cámara de Diputados. Era el señor don Domingo Sotil, diputado suplente por la provincia del Cerro de Pasco.

El señor Sotil ha publicado en la tarde de ayer una carta sobre el mensaje del señor Pardo. No le ha parecido al señor Sotil que ha pasado ya el momento de hablar del mensaje. Por lo menos ha pensado que era de urgencia categórica para la salud de la patria el conocimiento de su opinión.

Leyendo ayer la carta del señor Sotil y saboreando sus elogios al señor Pardo, nos preguntábamos:

–¿Sólo ahora habrá concluido de leer el señor Sotil el mensaje del señor Pardo?

Y nos quedábamos perplejos sin sabernos dar una respuesta.

Más tarde vinieron á nuestra estancia unas tras otras las gentes de la

ciudad que nos visitan habitualmente y nos dijeron:

–¡Ha hablado el señor Sotil! ¡Ha afirmado que el mensaje del señor Pardo es bueno! ¡Ha ofrecido seguirlo analizando!

Suponían las gentes de la ciudad que nos daban una noticia muy grande.

Y repetían incesantemente esta exclamación emocionada:

–¡El señor Sotil!

Pero inmediatamente el comentario risueño envolvió en sus sonrisas aciduladas y bromistas la carta del señor Sotil.

El señor Balbuena nos interrogaba:

–¿Por qué no le hicieron ustedes oportunamente un reportaje al señor Sotil?

Y nosotros le respondíamos:

–¿Por qué el señor Sotil no ha dicho en un discurso todo lo que ha dicho en una carta?

Para que el señor Balbuena nos replicase:

–¡El señor Sotil no es orador! ¡Es publicista solamente! ¡Acaba de revelarse! ¡Estaba escondido en la sierra como una humilde violeta!

Nosotros sentíamos que esta última frase del señor Balbuena semejaba una frase del señor Barreda y Laos.

Y recorríamos la ciudad para recoger la sensación producida por la carta del señor Sotil, la resonancia del gesto del señor Sotil, el pensamiento del país sobre el señor Sotil, el eco de la voz del señor Sotil, todo lo que se refiriese al señor Sotil cuya opinión sobre el mensaje del señor Pardo no parece que hubiera salido de Lima sino que hubiera venido en el tren de la sierra ....

(En *El Tiempo*: Lima, 6–IX–1917)

VOCES

Inminencia electoral

Estamos nuevamente viviendo dentro de un proceso electoral

Este proceso no se llama un proceso electoral político. Se llama un proceso electoral municipal. Pero en todos los espíritus existe el convencimiento de que tiene más de político que de municipal.

No sabemos todavía si este proceso va a traer alborotos, jornadas cívicas, carreras en automóvil, trajines, secuestros, prisiones y cohechos. Aún no podemos darnos cuenta de su fisonomía. No conocemos siquiera la intención del señor Pardo. Sólo nos consta que el señor Pardo no puede aguardar el desenvolvimiento del proceso municipal sin intención alguna.

Hace mucho tiempo que nos vienen anunciando que los liberales quieren adquirir en el gobierno de la ciudad el mismo predominio que han adquirido en el gobierno de la nación. Están puestas sus miradas en la alcaldía. El recuerdo de los días democráticos de mayo les ha hecho pensar que un candidato político salido de la alcaldía es obligadamente un candidato vencedor.

Nosotros hemos interrogado así a los liberales:

–¿Acaso pretende ser alcalde de Lima el señor Balbuena?

Y los liberales nos han respondido sonriéndose:

–¿Ustedes creen que el señor Balbuena es el único grande hombre del partido liberal?

Y no han querido decirnos más.

Tentaciones porfiadas de lanzar un candidato sensacional a la alcaldía ha habido entre nosotros. Hemos pensado varias veces en el señor Maúrtua. Hemos pensado otras tantas en el señor Ulloa. Hemos pensado así mismo en el señor Manuel Prado Ugarteche a quien tenemos deseos de ver en trance de candidato.

Pero hemos comprendido que no es empresa fácil animar a nuestros ciudadanos ilustres a ser en estos momentos candidatos a la alcaldía.

Si el señor don José Carlos Bernales pudiese ser elegido alcalde de Lima ya habríamos insinuado nosotros su candidatura. Ya sería el señor Bernales un candidato unánime. Ya estaría recibiendo felicitaciones anticipadas. Pero el señor Bernales es gerente de la Recaudadora. Y es presidente del Senado. Apenas le falta ser presidente de la República.

Además no ponemos mucho empeño en buscar un candidato nuestro, porque anhelamos ver de candidato al señor don Augusto Durand. A fuerza de verle de ministro plenipotenciario y a fuerza de verle de periodista hemos ido perdiendo la costumbre de sentirlo candidato. Y eso no está bien. El señor Durand, así su espíritu se desvíe de vez en cuando hacia la diplomacia o hacia el periodismo, es siempre un candidato latente.

Para que el proceso electoral municipal sea interesante nos basta pues con que el señor Durand sea candidato a la alcaldía. No necesitamos más. Si de algún núcleo organizado o de algún concierto espontáneo nace otro candidato, pensaremos que únicamente se ha acentuado el interés del proceso.

Una candidatura o dos candidaturas como la del señor Durand crearán en Lima un ambiente animado. Habrá inquietudes. Habrá nerviosidades. Habrá desfiles en victorias. Habrá clubes y habrá entusiasmos.

Y habrá para nosotros el supremo regalo del espectáculo de nuestros grandes fervores ciudadanos y nuestras grandes agitaciones democráticas.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–IX–1917)

VOCES

Tengamos fe

Ya ha salido de la Cámara de Diputados, con un voto de confianza en el bolsillo, el señor don Francisco Tudela. Para que la Cámara le diera ese voto fue el señor Tudela a hablarle de la patria, de la guerra europea, de la solidaridad panamericana y del presidente Wilson. Y la Cámara no podía ser descortés con un presidente de Gabinete que es al mismo tiempo diputado muy insigne y muy civilista.

El voto de confianza al señor Tudela no ha sido exactamente un voto de confianza. Ha sido más bien un voto de simpatía. Un voto de simpatía o un voto de gracia. En virtud de este voto la Cámara deposita su fe en la capacidad y en el patriotismo del señor Tudela. No le aplaude. No le felicita. No le elogia. Lo alienta y lo guapea.

No era posible que se produjese en el parlamento un voto distinto. Como no tenemos fuerzas ni ganas de enmendar el presente apenas si nos queda el recurso de fiar en el futuro. Resolvemos fiar en el señor Tudela, fiar en el señor Pardo, fiar aunque sea en nosotros mismos.

Si el parlamento peruano pudiera pronunciar un voto de fe en la Divina Providencia, sería éste su voto máximo, su voto supremo y su voto más sincero. Pero nuestra buena Constitución, que hace jurar de rodillas á los presidentes y á los representantes, no le permite al Parlamento decir que fía en el Cielo. Y por eso el Parlamento tiene que decir que fía en el gobierno.

El señor Tudela quiere conservar al país en sus «statu quo» eternos y medrosos. Esquiva todo plan, toda tendencia definida, toda orientación resuelta. Piensa que es también él mismo un canciller de «statu quo». Armoniza sus ideas con las ideas de burgués sosegado y automovilista que gobiernan el alma del señor Pardo. Concilia sus ideales con todos los ideales y concilia sus actos con todas las conveniencias y con todos los consejos. Le impone al país una diplomacia estática.

Sin embargo, la Cámara de Diputados no ha podido dejar de ser buena, no ha querido desesperar demanda, y le ha dado un voto de confianza que lo entone y lo anime.

La Cámara ha querido ser totalmente optimista.

Y ha exclamado:

–¡Tengamos fe en el señor Tudela!

Y ha repetido su exclamación así:

–¡Tengamos fe! ¡Tengamos fe!

Posiblemente la Cámara de Diputados ha pensado que la fe hace milagros. Ha sentido que en este país necesitamos de un milagro para no ser infelices ni desgraciados. Ha comprendido que sólo la fe puede salvarnos porque sólo la fe puede obrar un prodigio en nuestro favor y en nuestra gracia.

Nosotros aguardábamos este enternecimiento optimista y generoso de la Cámara de Diputados. La Cámara de Diputados no podía hacer otra cosa ni pensar de otra manera ni razonar de otra suerte. Después de oír al señor Tudela, su destino era levantar los ojos al Cielo y ponerlos después en el señor Tudela y en el señor Pardo.

No ha habido, pues, para nosotros asombro alguno.

El señor Borda tenía que sentirse optimista. El señor Pérez tenía que sentirse optimista. El señor Escalante tenía que sentirse optimista.. La Cámara entera tenía que sentirse optimista así mismo, hasta en el corazón patriarcal y en la actitud consejera del señor Ulloa.

Pero sí ha sido para nosotros una sorpresa la de ver optimista al señor Secada. No podíamos esperar a que el señor Secada se pusiese tan cristiano y tan creyente. No podíamos esperar que el señor Secada hiciese un acto de fe. No podíamos esperar que el señor Secada, que no confía en Dios, llegase a confiar en los hombres...

(En *El Tiempo*: Lima, 8–IX–1917)

VOCES

Zapata, senador

Un fallo de los grandes varones de la Corte Suprema le ha franqueado las puertas del Senado de la República al coronel don Ernesto Zapata. Protegido por este fallo que será su yelmo y su broquel entrará el señor Zapata á la Cámara del señor don José Carlos Bernales. Y se arrodillará a los pies del señor Bernales, como si reverenciase sus esclarecidos escarpines, para jurar por los Santos Evangelios que velará por el cumplimiento de la Constitución del Estado. Golpearán sus carpetas en son de aplauso varias manos que guardan aún el calor de las ovaciones al señor Cornejo.

Tan sólo el pensamiento ilustre y el voto prócer del gran señor don Germán Leguía y Martínez han sabido negarle su gracia al señor Zapata. Entre dispensarle una merced al señor Zapata y perseverar en el amor a sus austeros principios, el señor Leguía y Martínez no ha vacilado. Y ha vuelto a pronunciar una opinión doctrinaria, sabia y majestuosa.

Las gentes de la ciudad han venido a expresarnos su resentimiento con la Corte Suprema.

Y nos han dicho:

–Vamos donde el señor Lanatta para condolernos con él de lo que ha pasado.

Pero nosotros hemos querido contradecir á las gentes de la ciudad. Hemos opuesto a su queja nuestra alegría. Y las hemos llenado de asombros hablándoles así:

–¡Se engañan ustedes! ¡Los graves varones de la Corte Suprema han procedido divinamente inspirados! ¡Han obrado con prudente socarronería! ¡El señor Leguía y Martínez ha estado muy intransigente! ¡Mediten ustedes en que abrirle al señor Zapata las puertas del Senado ha sido cerrarle las puertas del Correo! ¡El señor Zapata senador, no le molesta al país! ¡El señor Zapata, director de correos, sí le fastidia y desazona! ¡La Suprema ha hecho senador al señor Zapata únicamente para que el señor

Zapata no vuelva a ser director de Correos!

Una persuasión luminosa y repentina nos ha movido á razonar de esta suerte. Las lamentaciones de las gentes de la ciudad nos han permitido advertir el verdadero sentido del fallo de la Suprema. Y hemos tenido la satisfacción de desentrañar una burlona realidad criolla.

En verdad, si el señor Zapata no hubiera llegado a ser senador, habría pensado inmediatamente en regresar a la dirección de correos y telégrafos. El señor Pardo posiblemente se habría apresurado a servir sus deseos. Y si el señor Pardo no hubiera querido proceder así, el señor Zapata acaso habría llegado al extremo de inducir al país a una revolución para asumir dictatorialmente la Dirección de Correos cual en la madrugada famosa del cuatro de febrero.

El Senado representa la jubilación del señor Zapata como director de correos. Se olvidará para siempre del correo el señor Zapata. Sentirá que su hogar no es ya el correo sino el Senado. Legislará. Votará. Discutirá. Se sentará lejos del señor Lanatta. Y admirará la elegancia inglesa del señor Bernales.

Y, mirándole de senador, el país se convencerá de que el señor Zapata definitivamente ha dejado de ser director de Correos y se convencerá así mismo de que ya no es posible que en una madrugada cualquiera decida volver á serlo...

(En *El Tiempo*: Lima, 9–IX–1917)

VOCES

Alta política

Sentado en el grave sillón de la presidencia del Senado, delante de una campanilla y de un reglamento, el señor don José Carlos Bernales se está haciendo el hombre más importante del momento histórico. Bajo su imperio el Senado se ha vuelto una cámara de decisiones solemnes y de pensamientos avanzados. Y ha comenzado a ser una alta Cámara. La cámara de los lores peruanos como diría el señor don Oscar Víctor Salomón.

Tienen todas las gentes la sensación porfiada de que el señor Bernales ha revolucionado al Senado. Su talle, su palabra, su elegancia y sus escarpines han determinado que la Cámara de Senadores no sea ya solamente la colegisladora de la Cámara de Diputados. El señor Bernales ha hecho que el Senado se convierta en la cámara hacia la cual converjan las miradas más atentas del país.

Mientras tanto se diría que el señor don Juan Pardo ha envejecido a la Cámara de Diputados. No importa que el señor Elguera haya exornado suntuosamente la sala de la Cámara y haya puesto los escaños bajo el amparo risueño de una farola lechuguina y alechugada. No importa que el señor Ríos haya seguido poniendo a los papeles de la Cámara el sello abracadabrante de sus tres erres. No importa que el señor Serdio haya imitado sistemáticamente las amabilidades orgánicas del señor Manzanilla. No importa que el señor Balbuena haya permanecido en su escaño de diputado suplente, ni que el señor Manuel Bernardino Pérez haya regresado a la Cámara para representar una provincia con mote de diminutivo. La Cámara de Diputados se envejece inevitablemente por obra del señor don Juan Pardo, a pesar de todas las galanterías y prestigios de un donjuanismo tradicional. Se envejece tanto la Cámara de Diputados , que no parece sino que estuviera en su presidencia el señor don José Pardo que nos manda, o el señor don Juan Clímaco Bendezú que es mandado.

Viendo el envejecimiento de nuestra Cámara predilecta, sintiéndolo irremediable hasta en el envejecimiento del señor Secada que nos parecía eternamente joven, advirtiendo abulias y displicencias acendradas en las almas de los ilustres señores Maúrtua, Manzanilla y Ulloa, nosotros mismos hemos sido ya asediados por la tentación de dejar la tribuna periodística de la Cámara de Diputados para irnos al Senado. Y es que hemos hallado cada día más triste y cambiado nuestro viejo y vibrante hogar de la Cámara joven.

El viernes tuvimos la impresión de que los propios diputados, aburridos de su Cámara, la dejaban para siempre y se iban al Senado. Era la tarde del discurso del señor Cornejo. Los diputados entraban a su palacio y lo abandonaban enseguida.

Y nos tentó el señor Balbuena:

–¡Vámonos al Senado a oír al señor Cornejo!

Asentimos :

–Vámonos al Senado...

El señor Peña Murrieta, que es recalcitrantemente diputado, protestaba a la sazón del desbande general:

–¡Todos se van a pasar al Senado!

Y al ver que también nosotros, fidelísimos cronistas de la Cámara joven, nos íbamos con el señor Balbuena, quiso hacernos un reproche apenado y preguntó:

–¿También ustedes se pasan?

Respondimos con una excusa cobarde:

–Nos lleva el señor Balbuena donde el señor Cornejo....

Y el señor Peña Murrieta nos contradijo:

–¡Yo creo que el señor Balbuena los lleva más bien donde el señor Bernales!

Una vez más sentimos la persuasión de que era el señor Bernales quien rejuvenecía y transformaba al Senado. Nos preguntamos a nosotros mismos si realmente iríamos nosotros al Senado por el señor Bernales y no por el señor Cornejo. Nos confundimos tanto, que no supimos esclarecer nuestro sentimiento y concluimos pensando que más que a escuchar al señor Cornejo íbamos a ver al señor Bernales. Y adquirimos el convencimiento caprichoso de que el señor Cornejo hablaba únicamente en servicio del señor Bernales.

Más tarde nos entusiasmábamos con el arrebato retórico del señor Cornejo. Vibrábamos con el señor Cornejo. Alzábamos los ojos al éter

infinito con el señor Cornejo. Nos paseábamos a través de las edades con el señor Cornejo.

Pero repentinamente el discurso del señor Cornejo nos hacía pensar nuevamente en el señor Bernales. El nombre del señor Bernales recobraba todo su señorío en nuestras ánimas y en nuestros corazones. Sentíamos que el hombre de ese instante no era el señor Cornejo sino el señor Bernales aunque no era el señor Bernales quien estaba pronunciando el discurso.

Es que el señor Cornejo había dicho:

–¡Hubo una vez en el Perú un gran presidente del Congreso!

Todos habían gritado:

—¡Don Ramón Castilla!

El señor Cornejo había proseguido:

–Este gran presidente del Congreso llenó de gloria al Perú en otra hora magna.

Nosotros sentimos inmediatamente la necesidad categórica de olvidarnos del señor Cornejo para mirar al señor Bernales.

Y nos persuadimos de que el señor Bernales se sonreía íntimamente y pensaba:

–¡Castilla, un gran presidente del Congreso! ¡Bernales, otro gran presidente del Congreso!

Y exclamamos:

–¡Además, Bernales es el nieto de una heroína! ¡Si no es un Mariscal como Castilla, es por lo menos descendiente de una Mariscala! ¡Y qué Mariscala!

(En *El Tiempo*: Lima, 10–IX–1917)

VOCES

Debate persistente

En la tarde de ayer sentimos una vez más la porfía inextinguible del debate sobre las inspecciones de instrucción. Volvimos a comprender la imposibilidad de poner punto final a este debate si no intervienen las fuerzas milagrosas de la Providencia. Tornamos a darnos cuenta del entusiamo pedagógico de la Cámara de Diputados.

El país entero piensa ya que este debate es inagotable. En la tarde vulgar en que lo puso sobre la mesa del Parlamento el celo del señor Castillo nadie pudo vaticinarle una duración tan grande. Inesperadamente la Cámara se aficionó al tema de la instrucción nacional. Y se hizo el debate desmesurado como una película folletinesca e intermitente como una terciana.

Aguardábamos en la tarde de ayer que el señor don Juan Pardo levantase la sesión de la Cámara de Diputados cuando reapareció en la deliberación de los legisladores el asunto de la instrucción. Tuvimos una impresión profunda y desconcertante. Quedamos anonadados. Hubimos miedo de que, abrumada como nosotros, se viniese abajo la farola.

Pronunciamos una interrogación desesperada:

–¿No habíamos dejado ya restablecido el inspectorado de instrucción?

Una voz despiadada nos respondió:

–Sí; pero todavía no lo hemos organizado. ¡Todavía no hemos discutido el proyecto del señor Ulloa! ¡Todavía no hemos discutido el proyecto del señor Castillo! ¡Todavía no hemos discutido el proyecto del señor Revilla! ¡Todavía no hemos discutido las cien adiciones y sustituciones que han surgido en el transcurso de este debate!

Hicimos otra pregunta anhelante:

–¿Irá a pronunciar un nuevo discurso el señor Barreda y Laos?

Y fue entonces la voz del propio señor Barreda y Laos la que nos contestó.

El señor Barreda y Laos había empezado un discurso más:

–Pues bien, señor presidente...

Y el señor don Juan Pardo se ponía muy serio.

Afortunadamente dio al debate su nota sabrosa la palabra ladina del señor don Manuel Bernardino Pérez.

En momentos en que la discusión languidecía y en que la fatiga armonizaba las opiniones, el señor Pérez intervino risueñamente para revolver los pensamientos y renovar las complicaciones.

Habló así el señor Pérez:

–¡Ya todos han abandonado sus pareceres! ¡Ya el proyecto del ejecutivo está completamente desamparado! ¡Unos cuantos días han bastado para modificar los conceptos!

Protestaron algunos diputados:

–¡Es que nos hemos puesto de acuerdo!

Mas se irguió rebelde el señor Pérez:

–¡Yo no estoy de acuerdo con nadie!

Se rió la Cámara.

Y preguntó el señor Pérez:

–¿Insisten ustedes en hacer un inspectorado a la italiana?

En este punto y sazón del debate sonaron las ocho de la noche. El señor Pardo comprendió que el problema de la instrucción era un laberinto. Sintió aterrado que la Cámara había perdido en este laberinto el hilo de Ariadna. Y agitó la campanilla de la presidencia lleno de pesimismo y de tristeza.

(En *El Tiempo*: Lima, 11-IX-1917)

VOCES

Nuestra neutralidad

Estamos a punto de arrepentirnos totalmente de habernos quejado algunas veces contra el señor don Enrique de la Riva Agüero, gentilhombre peruano y principe belga, varón de noble virtud y gallardo continente y caballero de cortesanas exquisiteces. Empieza a enseñorearse en nuestra conciencia un arrepentimiento muy acendrado por haberlo motejado acérrima y malignamente. Se abre paso en nuestra ánima una compunción muy contrita por haber unido el nuestro a los clamores que sonaron en el Perú para pedir que se fuera del Palacio de Gobierno quien es dueño de tantas prestancias y tantos merecimientos.

En estos momentos en que las opiniones sobre la política internacional del Perú se definen y se aclaran, sentimos la persuasión absoluta de que no ha sido en modo alguno el señor Riva Agüero el diplomático germanófilo que nos hacía responder a la procacidad alemana con genuflexo comedimiento. El señor Riva Agüero no ha sido el responsable de los eufemismos y timideces de la cancillería. El señor Riva Agüero no ha sido el partidario de la neutralidad peruana a todo trance y a todo precio.

Sólo el señor Pardo es el porfiado autor de la política internacional que tan tundida y maltrecha ha dejado la palabra ardorosa y elocuente del señor Cornejo. Sólo el señor Pardo es el partidario de esa neutralidad obstinada.

Injustamente se soliviantaban las gentes para exclamar levantando las manos al cielo:

–¡Este Riva Agüero!

Y más injustamente pronunciaban esta frase exasperada y clamante:

–¡Hasta cuándo va a ser presidente del consejo de ministros!

El señor Riva Agüero no nos gobernaba. Nos gobernaba el señor Pardo. Nos gobernaba entonces como nos gobierna ahora. No era mejor ni peor que este gobierno del señor Tudela y Varela el gobierno del señor Riva Agüero. Era y es siempre únicamente el gobierno del señor Pardo.

Fuerzas superiores e invencibles han cohibido ya el empecinamiento neutralista del señor Pardo. Se ha transigido con el deber de asociarnos a los pueblos de América presididos por los Estados Unidos. Se ha abandonado determinadas ideas absurdas de imparcialidad. Se ha convenido en que es indispensable que le exijamos á Alemania una reparación muy amplia por la ofensa a nuestro pabellón.

Y se ha declarado:

–¡Nos solidarizamos con los Estados Unidos!

Pero se ha mantenido el empeño de no romper con Alemania. Se ha conservado la esperanza de que puede ser posible mancomunarse con los Estados Unidos permaneciendo neutral con Alemania.

Ostensible es que el gobierno del señor Pardo ha llegado a todas estas transacciones muy a pesar suyo. El gobierno del señor Pardo habría querido continuar durmiendo el sueño de su neutralidad inflexible. No era el señor Riva Agüero quien sujetaba ni entrababa la entereza de la cancillería del Perú.

El inventor de la neutralidad y de la solidaridad simultánea es el señor Pardo. El amigo del Káiser es el señor Pardo. El admirador de las grandezas y solemnidades de la corte alemana es el señor Pardo.

El día en que el Perú rompa definitivamente con sus propósitos neutralistas, presionado por una gran coalición de intereses y de sentimientos, el señor Pardo pensará que ha sido derrotado y evocará tristemente la hora lejana de su entrevista con el Káiser bajo el cielo legendario de su rubia Alemania...

(En *El Tiempo*: Lima, 12–IX–1917)

VOCES

Gesto de burgomaestre

Está otra vez en Lima, saboreando su metropolitanismo y gustando su monotonía, el doctor don Augusto Durand. Ha llegado en un tren de la sierra. En un tren que le habrá evocado acaso aquel épico tren en que partió un día para dejar a oscuras a la ciudad y al señor Pardo.

Una vez más nos hemos persuadido de que el doctor Durand se transforma. Se extingue en él para siempre el caudillo. Se esfuma el caballero andante de los breñales y de las cumbres. Se borra el revolucionario de las osadas aventuras y de las sonoras empresas. Ya no vibran en el alma del señor Durand los ímpetus tumultuarios de otra edad. La madurez ha vencido a la juventud, la ponderación ha vencido a la nerviosidad, la mesura ha vencido a la inquietud.

Viendo hoy al doctor Durand, oyéndole y estudiándole, se olvida uno a ratos de que es el jefe del partido liberal o se comprende que el partido liberal no es ya por ningún motivo el partido del grito de Chosica, el partido de la federación y el partido de la brava cabalgadura, del histórico poncho y de las denodadas botas.

El doctor Durand quiere ser cada día más diplomático. Su continente de hoy no es el continente de ayer. Se empeña en ser el continente no sólo de un ministro plenipotenciario sino también el de un embajador.

Más que político el doctor Durand es en estos momentos diplomático. Trasitoriamente deja de ser diplomático para ser periodista, porque está convencido de que el capítulo de sus días de periodista será el capítulo más interesante de su biografía. Pero estas escapadas del doctor Durand de la diplomacia al periodismo son fugaces y breves. No duran más de lo que es prudente que dure una atención banal en un hombre de majestuosa altura.

Y después de haber sido diplomático el doctor Durand no retornará a la política violenta y acérrima. Se entregará al metropolitanismo. Se dará a la función más elegante y distinguida. Se hará alcalde de Lima. Paseará por

nuestras avenidas pavimentadas dentro de un automóvil muelle, rutilante y charolado.

Hasta antes de ayer no teníamos la certidumbre de que el doctor Durand aspirase a la alcaldía de Lima. Abrigábamos dudas. Sentíamos indecisiones. Nos imaginábamos que el doctor Durand no deseaba todavía transigir con el ambiente democrático y bullicioso de una jornada electoral. Suponíamos que le agradaba más conservarse dentro de la serenidad de la diplomacia.

Y repentinamente hemos hallado en el mismo doctor Durand la confirmación de su candidatura a la alcaldía de Lima. No hemos hablado con el doctor Durand. Sólo le hemos visto. Pero le hemos visto con escarpines.

Pensábamos nosotros que los escarpines eran en la política nacional un atributo exclusivo del señor don José Carlos Bernales. No concebíamos que personaje alguno de nuestra política tuviera el mismo derecho que el señor Bernales para ponerse escarpines. Creíamos que en el señor Bernales eran los escarpines lo que en el señor Manzanilla la sonrisa. Una cosa personal y fisonómica.

Indudablemente este convencimiento nuestro era también el convencimiento del país. El país veía en los escarpines del señor Bernales una expresión externa de su personalidad. Veía más en estos momentos en los escarpines del esclarecido presidente del Senado: veía su candidatura a la Presidencia de la República.

Es posible que el doctor Durand se haya inquietado ante esta aparición tácita e implícita de la candidatura del señor José Carlos Bernales a la Presidencia de la República.

Tal vez se le ha ocurrido desautorizar el valor de los escarpines como indicio de candidatura presidencial, usándolos igual que el señor Bernales. Acaso se ha persuadido de la eficacia de los escarpines y de su trascendencia persuasiva y sagaz. Quién sabe ha pensado que es para él de necesidad categórica que el señor Bernales no le aventaje en nada, ni siquiera en el uso persistente de los escarpines. O probablemente ha supuesto que el señor Bernales es bienamado en el Perú por ponerse escarpines y no por ser el señor Bernales.

No pretenderemos desentrañar la intención del doctor Durand al iniciarse en una usanza tan gentil y donairosa. No nos empeñaremos en escrutar un acontecimiento de tanto relieve en la biografía del ilustre jefe de los liberales.

Y es que para nosotros los escarpines del doctor Durand tienen una

significación única: la de que confirman y expresan su candidatura a la alcaldía de Lima.

Un candidato a burgomaestre no puede ser un burgués vulgar sino un gentleman y, sobre todo, no puede dejar de usar escarpines.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–IX–1917)

VOCES

El favorito sueña

Más inquieto que nunca, más insinuante que nunca, más acucioso que nunca y, sobre todo, más pardista que nunca, está en estos momentos monseñor Belisario Phillips, el engreído favorito de la Iglesia y del Estado, el amoroso confesor del gobierno y del cabildo metropolitano, el persuasivo Rasputín de nuestra corte advenediza y de nuestros palacios híbridos, mestizos e incoloros.

No han querido tres o cuatro votos reticentes y porfiados del cabildo metropolitano que monseñor Phillips sea el Vicario Capitular de la Arquidiócesis. Monseñor Phillips ha sido derrotado por monseñor Ballón. Una acendrada expectativa de nuestro Rasputín ha fracasado.

Pero ha persistido la vibración misteriosa de las voces eclesiásticas que preconizan la candidatura del señor Phillips al Arzobispado de Lima. El señor Phillips no ha dejado de ser candidato al noble sillón apostólico. El nombre del señor Phillips ha seguido sonando en los comentarios familiares y en las tertulias ciudadanas.

Una opinión muy autorizada dice:

–¡Monseñor García Irigoyen!

Otra opinión sonora afirma:

–¡Monseñor Drinot y Piérola!

Otra opinión fervorosa insinúa:

–¡El Padre Mateo Crawley!

Y la malicia callejera miente:

–¡El Partido Liberal tiene un gran candidato! ¡Don Wenceslao Valera!

Pero siempre la última voz, una voz ignorada, una voz anónima, una voz extraña, asevera gravemente:

–¡Monseñor Phillips!

Las miradas de la ciudad asedian al señor Phillips. Lo interrogan. Lo vigilan. Lo acechan. Lo escudriñan. Pretenden entrar dentro de su ánima de favorito. Se empeñan en investigar si es el ánima de un candidato. Y sólo constatan que el señor Phillips es hoy tan amigo del señor Pardo como ayer.

Salen de los ángulos de la ciudad rumores repentinos:

–¡Ya el señor Phillips tiene un voto más! ¡Ya el señor Phillips ha ganado otro prosélito! ¡Ya el señor Phillips ha adquirido una nueva adhesión!

Y parece que el señor Phillips se sonriera humilde, mansa e inofensivamente en tanto que sus colaboradores secretos saturan el ambiente metropolitano de sugestiones, de presagios y de augurios.

Vienen a nuestra estancia gentes amigas que nos dicen:

–¿No saben ustedes que el señor Phillips es candidato al Arzobispado?

Estas gentes se quedan muy asombradas cuando nosotros les respondemos para desconcertarlas:

–¡No lo sabíamos!

Y se multiplican sus asombros cuando les preguntamos:

–¿Es cierto que el señor Phillips es candidato al Arzobispado?

Nosotros nos ponemos muy perplejos al oírles contestar que sí.

Y es que nosotros somos leales adversarios de esta candidatura. Lo somos no porque el señor Phillips sea amigo del señor Pardo, no porque el señor Phillips sea pobre en merecimientos, no porque el señor Phillips haya salido de un presbiterio en vez de salir de una ermita, de un desierto o de una catacumba. Lo somos porque no queremos que el señor Phillips pierda en la historia peruana su rol de favorito, de coadjutor y de confidente.

Desde el día en que los hombres del pardismo nos dijeron enorgullecidos de la devoción del señor Phillips:

–¡Es nuestro Rasputín!

Nosotros nos sentimos enamorados de esta revelación de que existe en nuestra metrópoli, entre la Iglesia y el Estado, aconsejando a unos y confesando a otros, un personaje de prestigios misteriosos y de calladas influencias.

Y en estos momentos estamos persuadidos de que el señor Phillips se ha equivocado. Creemos que se ha olvidado de la trascendencia histórica de su papel de favorito. Pensamos que se ha dejado seducir por las tentaciones de las glorias y de los fastos solemnes. Y nos exasperamos por que vemos en trance de desnaturalización a uno de los personajes más expresivos, interesantes y sustanciosos de la actualidad criolla.

Nos habíamos engañado. El doctor Durand ha dejado de ser el caudillo inquieto y trashumante de otros tiempos. Pero aún no se ha puesto escarpines. Los escarpines son todavía el atributo personal y fisonómico del señor don José Carlos Bernales. Su uso pertenece siempre por antonomasia al gentilhombre del Senado.

Probablemente nuestra persuasión de que el doctor Durand es candidato a la alcaldía de Lima generó en nosotros otra persuasión: la de que el doctor Durand no podía ser candidato a la alcaldía de Lima sin ponerse escarpines. Tan luego como vimos al doctor Durand pusimos los ojos en sus pies. Y nos convencimos de que el doctor Durand tenía escarpines.

Pero acabamos de constatar que hemos estado en un error. Nos hemos encontrado con el doctor Durand y nos hemos convencido de que no usa escarpines. No los ha usado nunca. Tampoco los usa su hermano don Juan, quien así mismo no los ha usado jamás.

El ilustre jefe de los liberales nos ha dicho:

–¡Soy el mismo de antes!

Y nos ha sonreído con la más amable de sus sonrisas. Nosotros no hemos sabido darnos cuenta de si ha sido la suya su sonrisa de diplomático, su sonrisa de periodista, su sonrisa de jefe de los liberales o su sonrisa naciente de alcalde de Lima. Tan sólo hemos estado ciertos de que ha sido una sonrisa del doctor Durand.

El doctor Durand ha querido demostrarnos totalmente que andábamos equivocados. Nos ha obligado a comprobar que no intenta modificar su fisonomía ni su talle. Nos ha desmentido explícitamente. Y nos ha confundido en nuestro amor propio de periodistas veraces y circunspectos.

Nosotros hemos palpado nuestro engaño poniendo nuestras manos en un pie del doctor Durand

Y hemos tenido que decirnos:

–No. El doctor Durand no se parece al señor Bernales.

Y el señor don Juan Durand, el dilecto explorador de la historia aborigen y el sabio panegirista de la autoctonía quechua, nos ha afirmado:

–¡Tampoco yo me he puesto en mi vida escarpines!

Nosotros nos hemos repetido silenciosamente:

–¡Tampoco se ha puesto escarpines don Juan Durand, a pesar de que es secretario del Senado!

Hemos venido luego a nuestra imprenta para escribir esta rectificación.

La hemos escrito seguros de que destruíamos una inexactitud nuestra. Ha desaparecido en nosotros toda idea de que el doctor Durand altere su traje y su aderezo.

Sólo que hemos tenido la tentación porfiada de salír en busca del doctor Durand para hacerle una extravagante profecía:

–¡Perdón, doctor! ¡Usted se pondrá escarpines en lo futuro! ¡Usted está destinado a usar escarpines! ¡Nosotros únicamente nos hemos anticipado a un acontecimiento de su muy noble y muy esclarecida historia!

(En *El Tiempo*: Lima, 17–IX–1917)

VOCES

San Lunes

Mientras el señor don Juan Pardo agradecía ayer los cumplidos y los homenajes por su cumpleaños, mientras le envolvía un halo luminoso de felicidad, mientras le sonreían las complacencias del cielo y de la tierra, mientras recibía los mensajes de amor de la enamorada provincia de Carabaya y mientras florecían en su ánima los más vigorosos optimismos, nosotros íbamos de pasillo en pasillo, de escaño en escaño y de diputado en diputado para averiguar cuál de los santos de la historia cristiana era el santo patrón del Don Juan de nuestra corte mestiza.

Teníamos ansia de saber si el señor don Juan Pardo había nacido bajo la advocación de San Juan Bautista, el divino precursor, el que bautizó al Mesías con las aguas del Jordán, el que encendió un anhelo mórbido en el espíritu de Salomé y el que dió al poema de Oscar Wilde el son trágico de la voz profética de Yok'Kanaam.

Suscitaba asombros y perplejidades nuestra curiosidad extravagante así en los hombres graves como en los hombres risueños del Parlamento.

Pero nosotros persistíamos en nuestra investigación.

Abordábamos al señor Balbuena:

–¿Será el santo patrón del señor Pardo San Juan el precursor? ¿Será San Juan Evangelista, el bien amado discípulo, el profeta alucinado del Apocalipsis? ¿Será San Juan Crisóstomo, el gran maestro de la Iglesia, el sumo dechado de los oradores cristianos? ¿Será San Juan de la Cruz, el dulce poeta de la soledad sonora? ¿Será San Juan Damasceno? ¿Será San Juan de Dios?

Y nos respondía el señor Balbuena, lleno de sonrisas:

–¡Perdón, amigos míos! ¡Yo no soy un calendario! ¡Diríjanse ustedes al Año Cristiano! ¡Diríjanse ustedes al señor Sánchez Díaz que es un diputado con fisonomía latente de obispo! ¡Diríjanse ustedes al señor Secada si no quieren dirigirse al señor Sánchez Díaz! ¡O diríjanse ustedes al mismo señor don Juan Pardo! ¡Vayan ustedes a felicitarlo! ¡En estos momentos lo está cumplimentando el señor Fariña! ¡Le está preguntando

si es verdad que llega a los cincuenta y nueve años! ¡Y vean ustedes! ¡El señor Pardo protesta!

Dejábamos al señor Balbuena por el señor Secada.

Y el señor Secada nos aseveraba:

–¡El santo patrón del señor Pardo es San Juan el profeta del Apocalipsis!

Y el señor Morán nos sostenía:

–¡El santo patrón del señor Pardo es San Juan de la Cruz, el poeta de la soledad sonora!

Y el señor Pérez, que no es versado en historia eclesiástica, nos decía:

–¡El santo patrón del señor Pardo es San Juan Tenorio!

Y el señor Salazar y Oyarzábal nos orientaba:

–¡Jóvenes amigos! ¡Vean ustedes el calendario! ¡Vean ustedes el almanaque! ¡Documéntense ustedes ampliamente! ¡Sí, sí, sí, amigosss míossss!

El consejo del señor Salazar y Oyarzábal nos gobernó ampliamente. Nos dirigimos a un calendario. Demandamos el 17 de setiembre. Y el 17 de setiembre nos dejó sorprendidos. No era el día de San Juan alguno. Era el día de San Sócrates. El señor don Juan Pardo había nacido bajo la advocación de San Sócrates.

Nos dimos a gritarlo:

–¡El señor Pardo ha nacido en el día de San Sócrates!

Mas pronto nos callamos.

Sentimos que esta advocación de San Sócrates no era la que le cuadraba al señor Pardo. Pensamos que más apropiada era la advocación sostenida por el señor Pérez: la de San Juan Tenorio. Nos persuadimos de la ineficacia y de la ignorancia de los calendarios y de los almanaques.

Y sólo después de luenga meditación, puestas nuestras miradas en la cifra del calendario, nos alborozamos.

Además de 17 de setiembre era lunes y el lunes nos había sugerido este concepto:

–¡El santo patrón del señor Pardo es un santo criollo, un santo peruano, un santo muy nuestro! ¡No es San Juan Tenorio! ¡Es San Lunes! ¡El señor don Juan Pardo ha nacido bajo la advocación de San Lunes!

Carta del Sr. Phillips

Monseñor Phillips nos ha enviado un carta sustanciosa, evangélica y cristiana. Es una carta que nos dice que el señor Phillips no ha querido ser

Vicario Capitular y que el señor Phillips no ha querido ser siquiera secretario del Arzobispado. Y es una carta que de adversarios nos trueca en aliados del señor Phillips.

La entonación del señor Phillips, la palabra del señor Phillips y el pensamiento del señor Phillips nos llenan de contento. El señor Phillips comprende la trascendencia del rol de Rasputín que le asignaron orgullosamente los hombres del pardismo. Habla, siente y acciona amorosamente. Y tiene un ademán manso y humilde de monje uncioso y tierno.

–¡Yo habría querido ser un cura de aldea!– exclama el señor Phillips.

Y cruza sus brazos apasionados sobre su pecho de favorito.

Y finalmente nos asevera:

–¡Yo no pretendo ser arzobispo de Lima! ¡Yo soy un pobre cura! ¡Yo soy un pecador!

Lamentamos no disponer de tiempo, de espacio ni de tranquilidad para glosar con grande elogio la carta del señor Phillips. Por ella sabemos que el señor Phillips conserva su personalidad interesante. Por ella nos convencemos de que el señor Phillips continuará siendo el favorito de la Iglesia y del Estado. Por ella nos enteramos de que el señor Phillips se enseñoreará más cada día en el corazón del Perú por el amor, sólo por el amor, únicamente por el amor.

Persuasiva y dulcemente el señor Phillips nos hace nuevamente sus prosélitos, sus partidarios y sus aliados. Nos desarma. Nos serena. Nos enamora. Su gesto y su frase sabrían adquirir hasta la confianza y el favor del señor Secada.

Así nos habla en una epístola que recogerá la historia blanda y devotamente:

Lima, 17 de setiembre de 1917.

SS. RR. de "El Tiempo".

Muy señores míos:

Bajo el rubro "El favorito sueña", se ocupa de mí "El Tiempo" de esta mañana. Habla de una derrota mía, de una victoria de Mons. Ballón, y, atribuyéndome pretensiones al arzobispado, asevera que me he dejado seducir por las tentaciones de las glorias y de los fastos solemnes.

Esto me obliga a dirigirles la presente, para manifestarles que la única lucha que he sostenido en estos días, ha sido con mis amigos para persuadirlos de que no debían fijarse en mí para la Vicaría Capitular, y no pretendieran echar sobre mis débiles y ya fatigados hombros, nueva carga. El triunfo ha sido mío.

El Iltmo. Mons. Ballón no ha salido victorioso sino vencido: su humildad ha tenido que ceder ante la voluntad de sus compañeros que por segunda vez le han encomendado el gobierno de la Arquidiócesis. Hacer otras suposiciones es injurioso a él, que por propia experiencia conoce cuán punzantes son las espinas del cayado pastoral.

Cuanto a mis supuestas pretensiones al solio arzobispal, repito lo que en ocasión reciente escribí a ustedes: no tengo ambiciones personales de ninguna clase y menos si estas son prematuras, como lo serían en el caso presente.

Es tanta la responsabilidad de los que gobiernan; son tantas las cualidades que debe tener un Prelado para desempeñar debidamente sus delicadas y trascendentales funciones; y me siento tan desprovisto de ellas, que sería temeraria osadía el pretender asumirlas. Por esto, hace tiempo, que tengo formal propósito de no aceptar el gobierno de ninguna diócesis. No todos hemos nacido para pastores de la iglesia: en ella Dios ha hecho "a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores", y a cada uno da las gracias correspondientes al ministerio a que se les ha destinado.

No estoy más inquieto que nunca, sino más tranquilo; ni sueño con quimeras. Mi sueño cuando estudiante fue ser cura de aldea o ejercer mi ministerio al lado de los desvalidos, como capellán de un hospital. Envidiaba a los párrocos que cumplían abnegadamente su dulce ministerio entre los sencillos campesinos, dedicando al estudio el tiempo que les deje libre el ministerio: y a los heroicos misioneros que, soportando privaciones y sacrificios indecibles, consagran sus energías al servicio de Dios y de la Patria en nuestras selvas montañosas.

No me fue dado satisfacer mi deseo, porque el Iltmo. Mons. Tovar, desoyendo mis excusas, me llevó a la secretaría arzobispal y desde entonces he participado, hasta hace pocos días, en el gobierno de la Arquidiócesis– a pesar de mis reiteradas instancias para retirarme–, obligado por un doble vínculo: obediencia al Prelado y gratitud al Padre bondadoso que acabo de perder y que todos lloramos.

Engolfado así, desde los primeros años de mi sacerdocio, en ocupaciones que absorbían todo mi tiempo y toda mi actividad, no he podido realizar mis deseos de dedicarme a profundizar en ninguno de los ramos de las ciencias eclesiásticas, reducido a conocimientos superficiales. Ahora creo llegada la hora de satisfacer ese legítimo anhelo, y poder de ese modo ejercer mejor el magisterio que desde hace 19 años desempeño en el

Seminario.

Tal vez mi aceptación reciente del Cargo de Vicario General del Arzobispado haya dado lugar a atribuirme otras aspiraciones. Pero no hay tal. Esa aceptación me fue impuesta en excepcionales circunstancias por un deber de lealtad y gratitud.

Cuando, desde antes de mi viaje a Roma, en honrosísima comisión, algunos señores capitulares insinuaron al Iltmo. señor Arzobispo mi nombramiento de Vicario General, mi voluntad fue el único estorbo para el nombramiento; cuando al confiárseme el encargo de hacer la visita pastoral de la Arquidiócesis, se me ofreció ese nombramiento, para que pudiera practicar esa visita con más autoridad, no acepté el ofrecimiento; cuando a principios de este año, nuestro llorado Prelado me ofreció la Vicaría General como un honor y una recompensa a los servicios que creía había prestado a la Iglesia, decliné el honor y rehusé con tenacidad sus generosos ofrecimientos, proponiéndole el nombramiento de otra persona, prometiéndole que yo colaboraría al lado del que nombrase, quienquiera que él fuese, con la misma decisión y buena voluntad con que lo venía haciendo. Su Sa. Iltma. no aceptó esta propuesta y prefirió no hacer nombramiento alguno y seguir en las responsabilidades del gobierno de su iglesia.

Pero, cuando, víctima ya de la enfermedad que nos lo ha arrebatado y conociendo la proximidad de su muerte, me pidió, con suplicante imperio que aceptara ese cargo, para darle tranquilidad en los últimos días de su vida, vencí mi repugnancia, incliné la cabeza y obedecí.

Lo que había rechazado resueltamente cuando se me presentaba como un honor y un premio, lo acepté con resignación, cuando se me impuso como un sacrificio, sacrificio en aras de la tranquilidad del santo anciano que dirigió mis pasos, con solicitud paternal, desde que ingresé en el Seminario; que tuvo siempre por mí, ya como rector de ese establecimiento, ya como Prelado de la Arquidiócesis, especial predilección y marcadísima deferencia; y que depositó en mí su absoluta confianza y me hizo su colaborador principal desde que inició su gobierno.

Estas circunstancias especialísimas no existen ahora. Además, me ha herido tan profundamente esta inconmensurable pérdida de la iglesia peruana (que nadie mejor que yo puede avalorar), que mi espíritu se halla conturbado y falto de fuerzas, y hoy más que nunca, me hallo incapacitado para atender, con la serenidad debida, las necesidades de la administración arquidiocesana, y quiero buscar lenitivo a mi dolor, en el estudio y en la

oración, lejos del bullicio y disipación que ocasionan los altos puestos.

Como las personas que no conocen mi insuficiencia, al ver mi nombre tan llevado y traído en las columnas de ese diario, pueden creer que algo valgo, les suplico que no vuelvan a ocuparse de esta supuesta e improbable candidatura. Ya que ustedes se confiesan leales adversarios de ella, yo me declaro aliado de ustedes en esta campaña, en la que seguramente nuestro triunfo será fácil.

De ustedes, atento servidor.

Belisario A. Phillips.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–IX–1917)

VOCES

Vacilando

En la frágil y oscilante memoria de los mestizos de esta tierra había empezado a borrarse el recuerdo del último proceso electoral de Lima que está todavía insoluto y que durante largos días sacudió a la ciudad y a los campos, preocupó a las almas metropolitanas y rurales, sacó de quicio al señor Pardo, estremeció y conturbó nuestra democracia y encendió artículos, manifiestos, arengas, discursos y controversias.

Somos tan olvidadizos que ya comenzábamos a acostumbrarnos a la idea de que en esta ciudad y en estos campos no había existido ninguna inquietud democrática en los días de mayo y de que nada había alterado la ecuanimidad y la paz de nuestro metropolitanismo indolente y apacible.

Pero repentinamente nos ha sorprendido la noticia de la violenta resurrección del proceso electoral de Lima y nos ha dominado la persuasión de que este proceso ha estado sólo dormido. Los hombres del pardismo lo han tenido narcotizado hasta ahora. Mas no han podido sepultarlo.

En el umbral de la Cámara de Diputados aguarda un momento propicio para su reanimación el proceso de las grandes emociones. No se atreve aún a ocupar la atención de los legisladores. Se asusta ante la proximidad de los debates y de los carpetazos. Su espíritu vive poseído por el miedo y por la incertidumbre. Y a nadie inspira más grimas y desazones que al señor don Juan Pardo. El señor Pardo sabe que el debate de las diputaciones por Lima va a desencadenar en la Cámara, hoy sosegada, cordial y serena, ciclones y tempestades. Piensa que ha contraído grandes deberes en favor de la concordia nacional. Y, dado a estas reflexiones, toma un aire muy convencido y muy trascendental de hombre solemne.

En los escaños y en las galerías el proceso de Lima suscita ansiedades y expectaciones. Produce nerviosidades traviesas. Origina comentarios y sonrisas. Y promueve clamores.

Vibran ya voces atrevidas que desafían a los hombres del pardismo:

–¡A ver! ¡Ese proceso de Lima! ¿No hay quien lo ponga a la orden del día? ¡A ver!

El señor don Juan Pardo se torna entonces muy serio y muy suplicante y levanta los ojos a la farola para pedirle un milagro.

Y la ciudad entera, que es tan juguetona, repite en coro las voces aisladas de las galerías:

–¡A ver! ¡Ese proceso de Lima!

En estas vacilaciones, en estas incertidumbres y en estos aplazamientos estamos desde el día en que la Cámara de Diputados se reunió por primera vez. El proceso de Lima es una brasa que nadie quiere tocar. Únicamente ha habido un diputado que la ha cogido y la ha soplado heroicamente. Ha sido el señor Químper. Y la Cámara entera ha sufrido calofríos pavorosos al ver al señor Químper tan denodado y tan valiente.

Del señor Químper dicen los diputados taurófilos que cuantas veces se le ha ocurrido le ha llegado a la cara al toro y le ha tirado la montera.

Nosotros sólo sabemos que lo cierto es que el señor Químper, puesto de pie en su escaño, le está gritando permanentemente a la presidencia de la Cámara:

–¡Ni mis amigos ni yo le tenemos miedo al proceso de Lima!

Y que el señor don Juan Pardo se siente a punto de no volver a su asiento presidencial mientras el señor Criado y Tejada, por ejemplo, no se haya sacrificado en la hoguera de sus abnegaciones ofreciéndose al cielo en holocausto por la redención del derecho del sufragio...

(En *El Tiempo*: Lima, 21–IX–1917)

VOCES

Primavera

Aunque no se han alborozado los universitarios, ni ha habido victorias que paseen a la juventud por el jirón de la Unión, ni han sonado voces de jornada cívica, ni ha cantado al Sol ningún poeta, ha anunciado ya el calendario el advenimiento de la primavera para esta tierra de indolentes mestizos gobernada por el señor Pardo y protegida desde el cielo por una criolla mística, enamorada, santa y bonita.

Todavía no sabemos si habla de nuestra buena o de nuestra malaventura este advenimiento de la primavera sin festejos, sin cohetes, sin discursos, sin desfiles, sin himnos, sin estudiantes, sin trovadores y sin gritos. Únicamente sentimos que sin la aseveración del calendario, en cuya rectitud y honradez debemos creer, no habríamos podido darnos cuenta exacta y oportuna de que había empezado para nosotros la primavera.

Vemos tan amortecidas, tan lánguidas y tan enfermas todas las cosas y todas las almas que estamos a punto de pensar que para nosotros no se ha acabado aún el mes de agosto, ese mes de las lasitudes y de las murmuraciones, ese mes de las solemnidades y de los fastos, ese mes de los desmayos y de las abulias que está palpitando hasta ahora.

El calendario peruano, un calendario con el escudo nacional, el retrato del señor Pardo, el permiso de la Iglesia Católica y la bendición del arzobispado, nos dice desde un testero de la estancia:

–¡Ya ha llegado la primavera!

Salimos entonces a la calle para buscar la primavera que, según el calendario, ha venido para alegría de los universitarios, deliquio de los poetas, soliviantamiento de la pubertad y reinado del Arcipreste de Hita en los labios catedráticos y socarrones del señor don Manuel Bernardino Pérez.

Pero pasa en un automóvil el señor Pardo y, a pesar de que pasa en automóvil, no miramos en él primavera sino envejecimiento y otoño.

Vemos al señor Pardo desmejorado y marchito. Advertimos que se han ido de su espíritu, de su fisonomía y de su gesto la gallardía y el ímpetu de otrora.

Análogas sensaciones tenemos si pasa luego el señor Concha. En el señor Concha se han borrado ya todos los atributos de presidente del Centro Universitario que antes resplandecían inmanentes. También el señor Concha se ha envejecido. Si no hubiera presidido un congreso estudiantil podríamos suponer que jamás había sido estudiante. Y ni aún secretario del señor Pardo de otros tiempos parece el señor Concha. Apresuradamente está adquiriendo trazas de diputado. Y de diputado de la mayoría.

Momentáneamente sentimos una nota joven en la voz del señor Seguín que ha venido de Arequipa y que grita:

–¡Gentes de Lima! ¡Somos los hombres del Sur! ¡Somos el Cuzco incaico, Puno nevado y Arequipa revolucionaria! ¡Somos también el Madre de Dios. Somos, por ende, de la fortaleza de Sacsayhuaman, el lago Titicaca y el volcán Misti! ¡Y siendo todo esto no queremos sino la descentralización!

Mas esta nota joven se apaga enseguida.

Y la voz del señor Seguín nos anuncia luego desengañada:

–Me voy la semana entrante en un vapor directo...

Inmediatamente pasan delante de nosotros el señor don Rafael Villanueva, ruinoso y fosilizado; el señor don Manuel Bernardino Pérez, lerdo y obeso; el señor don Wenceslao Valera, arzobispal y plenipotenciario; el señor don Emilio Sayán y Palacios amojamado y zancudo; el señor don Belisario Phillips, nuestro favorito, «poseur» y risueño; y el señor don Felipe Barreda y Laos, didáctico y doctoral.

Pensamos ansiosamente en el señor Manzanilla y el señor Manzanilla pasa en victoria pero con levita y tarro. Invocamos al señor Balbuena y el señor Balbuena pasa, pero en automóvil burgués y charolado. Y ni aún llega hasta nosotros para entretenernos la nerviosidad fosforescente y anticlerical del señor Secada. El señor Secada pasa, pero por la acera del frente y con una prisa tremenda y sin mirar nuestra casa que se está volviendo para él una ascua roja, imprudente y temeraria.

Comprendemos que así no es posible pensar en la primavera. Para rejuvenecernos y alegrarnos no suena siquiera la palabra displicente del señor Maúrtua, ni se pone escarpines el señor Augusto Durand, ni le declara la guerra a Alemania el señor Tudela y Varela, ni publica un

manifiesto el señor José de la Riva Agüero, ni se decide a ser alcalde el señor don Manuel Prado, ni reaparece en la política el talle elegante del señor Aspíllaga, ni se suma a la lista de candidatos a la presidencia de la República el señor Criado y Tejada que acaba de presidir la Cámara de Diputados en el Nombre de Dios Todopoderoso.

(En *El Tiempo*: Lima, 24-IX-1917)

VOCES

Responsos

No sonora y apasionada sino piadosa y compasiva sonó ayer en la Corte Suprema la palabra del Sr. D. José María de la Jara y Ureta. Fue el señor de la Jara y Ureta a la Suprema para ponerle un epitafio a las credenciales de senador por Cajamarca del señor Villanueva. Y no quiso que el suyo fuese un epitafio inclemente y acerbo sino un epitafio mesurado y generoso.

Discreta fue la entonación del señor La Jara, ponderado su ademán, sonora su frase y breve su oración. El apóstrofe vibrante, el arresto elocuente y la imprecación gallarda no dieron esta vez al discurso del señor La Jara su matiz ni su musicalidad. El señor La Jara habló con una entonación funeraria de responso y con un gesto religioso de réquiem.

Explicaba así su presencia en la tribuna de la acusación:

–Yo ni siquiera habría venido aquí si no tuviera el deber de pedir sanciones y demandar penas. Tampoco solicitaría que se impusiese castigos si no fuese indispensable para evitar que en el próximo proceso senatorial de Cajamarca reaparezcan las impurezas y las lacerías que invalidan este que, tundido y deforme, llega a los pies del tribunal. ¡Pero la amenaza de la reincidencia, el anuncio de la conspiración y la porfía de la contumacia, me obligan a presentarme en esta tribuna para entregarle a la Suprema los documentos que denuncian los fraudes, las mentiras y los vejámenes!

Oían las gentes al señor La Jara y se preguntaban:

–¿Y el señor don Rafael Villanueva? ¿Por qué no ha venido también el señor Villanueva? ¿Dónde está el señor Villanueva?

Tenían las gentes la esperanza de que apareciese de pronto en la sala el señor Villanueva para contradecir al señor La Jara.

Pero estaban en un engaño.

Anticipadamente sabíamos nosotros que el señor Villanueva no iría a

la Suprema para defender sus credenciales ni para impugnar las del señor León.

Tan sólo no sabíamos, ni podía ocurrírsenos, que sería el abogado del señor Villanueva el señor Mariano Iberico Rodríguez, comentador de Bergson, prosélito del señor Riva Agüero y exegeta de "El Dolor Pensativo".

Estábamos ingenuamente persuadidos de que el personero del señor Villanueva sería el señor don Manuel Bernardino Pérez, diputado por Cajamarquilla. Era un convencimiento profundo en nosotros éste de que el señor Pérez no podría ser sustituido acertadamente en la defensa del señor Villanueva. Únicamente en el pensamiento y en la frase del señor Pérez habrían hallado amparo y solidaridad sinceros y adecuados los papeles de senador por Cajamarca que le ha traído al señor Villanueva el correo del señor Pardo.

Grandes hubieron de ser, pues, nuestros asombros cuando el señor Iberico Rodríguez, joven, universitario y futurista –y por lo tanto uno de los devotos de la "política nueva" que proclamara un día el señor Belaúnde–, se puso ayer de pie para loar los ardides, las añagazas, las vivezas y las mentiras de la política vieja. De la más vieja de todas nuestras políticas.

(En *El Tiempo*: Lima, 26-IX-1917)

VOCES

Prócer burlón

En los días ya lejanos en que vibraban en la Cámara de Diputados apóstrofes y acusaciones, era una amenaza tremenda la trágica farola de los estremecimientos agoreros y de los crujidos pavorosos. Temblaban su armazón y sus cristales cuando las imprecaciones del señor Secada eran todavía imprecaciones. Y poblaba de miedos las ánimas de los representantes en los momentos en que se hablaba de ella como se habla de truculentas historias misteriosas en las asustadas vigilias de los niños.

Sobre las cabeza híbridas y abigarradas de los diputados la farola era una irónica y risueña simulación de la espada de Damocles. Los diputados atisbaban en su semblante secretos cambios y ocultas modalidades. Y se guarecían bajo los arcos laterales que son hoy el umbral de acarameladas mamparas.

El señor Elguera sustituyó esa farola trágica con una farola alegre, plácida y alechugada. No hizo una farola solemne sino una farola frívola. Aunque puso graves inscripciones en la cristalería clara y jocunda, quiso que la fisonomía de la farola no fuese por ningún motivo una fisonomía adusta y severa. Prefirió que fuese una fisonomía huachafa.

Pero es muy socarrón el espíritu del señor Elguera. Pensó probablemente el señor Elguera que no era posible que el salón de la Cámara de Diputados se quedase sin una sola amenaza gravitante y taimada. Algún riesgo, alguna inquietud, alguna desazón debía persistir en el salón de sesiones de los diputados.

Y acaso un día, después de haber dejado listo para el funcionamiento parlamentario el salón histórico, el señor Elguera miró la noble escultura de Agurto que proyecta la gloria de los próceres sobre el estrado del presidente y de los secretarios y sobre la tribuna barnizada y desierta.

El señor Elguera comprendería en ese momento que los yesos del artista Agurto habían adivinado su intención. Se sonreiría con la más alborozada

y maliciosa de sus sonrisas. Dejaría de ser presidente de la comisión del centenario para ser totalmente Barón de Keef y amigo y confesor del mercader Soria.

Y ha sido así como más tarde, en medio de la tranquilidad laboriosa de la legislatura, ha tenido la Cámara de Diputados una sorpresa. A la amenaza de la farola ha reemplazado la amenaza del alto relieve de Agurto. Al peligro del cristal ha sustituido el peligro del yeso.

Un brazo de San Martín, el brazo preclaro que alza la bandera del Perú en el alto relieve, ha empezado a fatigarse y a dolerse. Dicen algunos varones malignos del Parlamento que el brazo del héroe se ha cansado de sostener la bandera. Pero nosotros, que no hemos deseado entrometernos en el ánimo de San Martín, nos hemos limitado a constatar que su brazo va a desplomarse de repente sobre el estrado de la presidencia.

Nuestro diputado por Lima el señor Químper, que es un perpetuo enamorado de la travesura y de la mataperrada, ha llenado de turbación el alma del señor don Juan Pardo:

–¡Mire usted a San Martín! ¡Va a dejar caer el puño sobre la «mesa»!

El señor Pardo ha puesto los ojos en la escultura y ha intentado rectificar al señor Químper.

–¡No será únicamente sobre la «mesa»! ¡Será sobre toda la Cámara!

El señor Químper, asistido por la verdad más absoluta, ha insistido:

–¡Sobre la «mesa» no más!

Pero el señor Pardo ha dicho entonces:

–Bueno. ¡La «mesa» representa a la Cámara!

Desde ese instante el señor Pardo no ha dejado de pensar en el puño indignado del prócer en yeso. Ha abandonado dos veces la presidencia para que la ocuparan el señor Balta y el señor Criado y Tejada. Se ha convencido de que el ademán de San Martín es inquietante e insólito. Y se ha aterrado ante la idea de que el puño gravitante tenga la intención aviesa de achatarle el rostro donjuanesco cual achataría otro puño menos famoso en remotos tiempos el rostro de juez de paz del señor Carrillo...

(En *El Tiempo*: Lima, 27–IX–1917)

VOCES

Setiembre 30...

Un amanecer saturado de tedio y una cifra redonda del calendario nos han hecho sentir que el mes de setiembre se acaba. Sin advertirlo hemos llegado al último día de este mes que ha trascurrido con tanta vulgaridad y tanto desabrimiento. Apenas si para darle vibración y trascendencia ha empezado la primavera, se ha ido a Buenos Aires el doctor Augusto Durand, le hemos mandado a Alemania un ultimátum de ocho días y ha clamado acusadoramente la minoría, gobernada por el pensamiento y por el ademán del señor don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal, varón de denodadas devociones y de porfiados amaneramientos.

Cuando expiró el mes de agosto entre las sonoridades y los fastos del centenario de nuestra gran santa mestiza, nosotros pensamos que ese mes anodino y pálido no había sido el que habíamos aguardado desde que empezaron para la república los días de inquietud y de desasosiego. Nos persuadimos de que el mes de agosto se había burlado de las expectativas nacionales. Y comprendimos que los hombres de la política criolla habían pasado el mes de agosto como sobre un ascua aunque sabían su tibieza, su desmayo y su apocamiento.

Entonces volvimos los ojos angustiados al mes de setiembre. Setiembre tenía que resarcirnos de decepciones y de amarguras. Setiembre tenía que darnos lo que agosto nos había negado. Setiembre tenía que encender en las ánimas reacias y en las ánimas medrosas la candelilla del ardimiento político. Setiembre tenía que sacudirnos con los prodromos febriles de una lucha municipal conturbadora. Setiembre tenía que traernos en sus días transaccionales la sorpresa apetecida de la guerra con Alemania. Setiembre tenía que soliviantar a estas gentes enamoradas de la emoción, del estremecimiento y de la grima.

Y en estos momentos en que setiembre se va, en que alborea su póstuma madrugada y en que lo personifica en el calendario la desvaída foja final su día treinta, nos volvemos a decir que setiembre también nos ha engañado.

No han sido sus pasos vibrantes y estruendosos sino amortiguados y débiles. No han sido sus acaecimientos sensacionales y sonoros sino desteñidos y miedosos. No han sido sus voces cálidas y fuertes, sino intermitentes y vacilantes. Setiembre nos ha dicho explícitamente que a pesar de intermitentes palpitaciones, estamos anestesiadas las gentes de esta república.

Es verdad que ha puesto una nota intensa en los momentos amortecidos en que vivimos el grito de acusación de los diputados de la minoría que han querido que se esclarezca definitivamente por qué está vacío el escaño del señor Rafael Grau, sin acordarse de que los esclarecimientos no se avienen con los hábitos nacionales.

Pero, además de ese grito, nada ha habido que impresione y sacuda al país, que agite el comentario callejero, que requiera la glosa de los periodistas ni que responda a las expectativas que en todas las ánimas habían suscitado las promesas de setiembre.

Ni siquiera la renovación municipal va a poseer ruidos de jornada cívica. No obstante que va a dirigirla el doctor Curletti, que fue insigne billinghurista, la jornada cívica será seguramente proscrita de su proceso y de su secuela. Sin lucha y sin contradicción la ciudad y el doctor Curletti se proponen sustituir al metropolitano y diminuto señor Miró Quesada con el campesino y corpulento señor Larco Herrera. Parece que la ciudad había resuelto hacer su burgomaestre a un personaje venido de Buenos Aires. Y de Buenos Aires, como el doctor Durand, había venido el señor Larco Herrera.

Así termina el mes de setiembre.

El parlamento no ha tocado aún el presupuesto a pesar de las prisas de nuestro Sancho de similor el señor Manuel Bernardino Pérez. El proceso electoral permanece en el umbral de las deliberaciones legislativas. El problema de las subsistencias amontona sus conflictos en las cohibidas conciencias de los representantes. Y vuelve a presentarse para el parlamento la necesidad de convocar a un congreso extraordinario.

Finalizada la legislatura ordinaria tendremos que declararla incolora y amorfa y, prosiguiendo en el desenrollamiento de nuestras ingenuidades, tendremos que poner todas nuestras fracasadas expectativas en la legisla-

tura nueva, si el señor Heráclides Pérez consiente que la haya y si la eficacia de los superávit del señor Pardo no lo impiden para asegurar la salud y la felicidad de esta patria que tiene en el alma del señor Barreda y Laos un altar con cadenetas, quitasueños y oriflamas de papel...

(En *El Tiempo*: Lima, 30-IX-1917)

VOCES

El consejero

Luengos años hace que las suspicacias nacionales descubrieron que el ánima burguesa del señor Pardo necesitaba siempre del aliento, el estímulo y la sugestión de un ánima fuerte, consejera, aritmética y sapientísima. Desde el día en que el señor Pardo empezó a gobernarnos por segunda vez el país supo que el señor don Aurelio García y Lastres iba a ser el confidente, el coadjutor y el amigo de la nueva administración. Y el señor Pardo dio al señor García y Lastres el Ministerio de Hacienda para acentuar la pesuasión nacional de que el señor García y Lastres era el hombre en quien ponía todas sus complacencias.

Sin el taimado riesgo de los desvíos parlamentarios, sin la asechanza capciosa de las interpelaciones, sin las hiperestesias periódicas de la neurosis legislativa, el señor García y Lastres habría sido Ministro de Hacienda del señor Pardo hasta el último día de su mandato.

Nada hubiera importado que el señor García y Lastres no hubiera sido en el ministerio sino lo que la frase sutil y gráfica del esclarecido señor Maúrtua moteja una buena ama de llaves. Más que Ministro de Hacienda era ama de llaves lo que asentaba al gobierno del señor Pardo. Ama de llaves con cicaterías sistemáticas y larguezas clandestinas. Pero ama de llaves que juntase en una alcancía los centavos que su redomada viveza le sisase a los cálculos del Parlamento.

Jamás la indulgencia del señor Pardo le amnistiará al Congreso la grave responsabilidad de haber sido para el señor García y Lastres la amenaza permanente de un voto descortés. Por rendidos y devotos que sean los acatamientos que le haga hoy el Congreso a la voluntad del señor Pardo, siempre quedará en el espíritu del señor Pardo un recóndito sedimento de este enojo. El señor Pardo, que quiso probarle al país que de cualquier bufete comercial podía sacar a un nuevo señor Leguía, no alcanza aún a explicarse por qué las gentes del Parlamento no le han guardado al señor

García y Lastres los mismos respetos que al extraordinario estadista de su primera administración.

Sin embargo para el señor Pardo es siempre un confesor y un consejero el señor García y Lastres. No es ya su Ministro de Hacienda. Pero va continuamente a Palacio a absolver las consultas del señor Pardo, a compartir sus cuitas, a escuchar sus quejas, a resolver sus vacilaciones, a saber sus ensueños y sus expectativas. Y está a salvo de hostilidades y de agravios del Parlamento. Nadie puede importunarle, fastidiarle ni contradecirle.

Todos los días los cronistas palatinos consignan entre los nombres de los visitantes del señor Pardo el del señor García y Lastres. Invariable y habitualmente reciben el anuncio de una conferencia entre ambos varones eminentes y trascendentales. Esta conferencia representa para ellos una noticia cotidiana.

De vez en vez, al dictárseles el apellido del señor García y Lastres, preguntan por travesura los cronistas palatinos:

–¿Don Nicanor?

Para que les respondan enérgicamente:

–¡Don Aurelio!

Y mientras tanto el país pone los ojos en la figura pequeña, enjuta y burocrática del señor García y Lastres para ver si en el gesto y en el talle del exministro se revelan su ufanía y su contento por el rol misteriosamente porfiado que le ha concedido el Sr. Pardo en este momento de la historia peruana.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –X–1917)

VOCES

Juventud, divino tesoro

Sin jornadas cívicas, sin zambos capituleros, sin vivas ni mueras, sin cierra puertas ni balazos, sin gendarmes, sin protestas, sin aprehensiones, sin alborotos, sin discursos, sin secuestros, sin presbíteros taimados, sin pisco ni cerveza y sin apelación a la Suprema, han elegido su maestro los desorientados jóvenes de esta tierra que aman la raza, que creen en la primavera y que se ponen escarapelas en la solapa.

Estas buenas personas, tan amables, tan alegres y tan simpáticas, simiente de diputados, poetas, preceptores y subprefectos, almácigo de entusiasmos y de fervores inauditos, legión de enemigos personales de la psicología aunque admiradores rendidos del doctor Deustua, acervo de energías fosforescentes y bulliciosas y hogar de la travesura y de la mataperrada, han pensado que necesitaban un director, un caudillo, un maestro que les presidiese y les enseñase y les pusiese en concierto y les llevase a la tierra prometida.

Por mayoría de votos, han hecho su pastor al señor Javier Prado y han venido a llamar a las puertas de su casona solariega que está en la misma acera en que está la casa de nosotros, la alarmante acera que no quiere ya pisar el señor Secada.

Y he aquí que el señor Prado ha visto irrumpir en sus salones penumbrosos y afelpados, turbar la serenidad de sus cuadros, de sus huacos y de sus antigüedades y alterar la paz de su retiro a los jóvenes de la Universidad que se han empeñado en arrancarle a "la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido". El museo del señor Prado ha temblado al sentir el hálito iconoclasta de la juventud. Y los honestos japoneses de su servidumbre han comprendido que los jóvenes estudiantes iban a buscar un tónico en la energía de su señor.

Trascendentales e ilustres varones han sido los candidatos de la juventud al elevado puesto discernido democráticamente al señor Prado. El

candidato de honor ha sido el gran señor don Augusto B. Leguía que ha estado siempre tan lejos de toda intención de ser confesor o pontífice de los universitarios. El candidato de las devociones tumultuarias ha sido el preclaro señor don Manuel González Prada. El candidato de las simpatías y de los amores del señor Pardo ha sido el altísimo abogado señor don Manuel Vicente Villarán. El candidato de otros anhelos ha sido el senador nacional don Mariano H. Cornejo. El candidato de los demás ha sido nuestro excelente y amado amigo el señor don Víctor Andrés Belaúnde.

Pero a pesar de nuestro acatamiento a todos estos personajes peruanos y a pesar del contento que nos causa que el señor Prado añada a sus títulos de presidente del partido civil, de rector de la Universidad, de profesor de energía y de excelso anticuario el título novísimo de maestro de la juventud, nosotros nos hemos sentido obligados a pronunciar algunas lamentaciones y a reprocharles a los jóvenes algunos olvidos.

Hemos clamado primero:

–¿Por qué no ha votado nadie por el señor Pardo que nos gobierna, que ha sido catedrático y rector de la Universidad y que es dueño de tantos millones de superávit?

Confundidas han quedado las ánimas de los universitarios y aterrados los señores Quesada.

Hemos clamado después:

–¿Por qué no ha votado nadie por el señor Manzanilla que es flor y espejo de la juventud, de la primavera y de la poesía?

Hemos clamado enseguida:

–¿Por qué no ha votado nadie por el señor don José de la Riva Agüero que es presidente del futurismo y vicario del Inca Garcilaso en la edad en que vivimos y en las edades venideras? ¿Por qué no ha votado nadie por el señor Felipe Barreda y Laos que es tan denodadamente universitario, tan típicamente universitario, tan terriblemente universitario? ¿Por qué no ha votado nadie por el señor don Carlos Concha que en sus mejores días acaudilló a los estudiantes, se puso escarapela en la solapa, presidió huelgas y protestas y fue tundido por los sables y por los caballos comisionados para volver a quicio a la juventud enardecida?

Y nos hemos callado momentáneamente para pronunciar más tarde el más exasperado de todos nuestros clamores, el que más ha soliviantado nuestra ánima, el que más nos ha sacudido y emocionado:

–¿Por qué no ha votado nadie por el señor don Manuel Bernardino Pérez?

Una sola excusa no han podido darnos los jóvenes a quienes de esta guisa hemos interpelado.

Y nosotros les hemos gritado para abrumarlos:

–¡Ustedes no comprenden que el señor Pérez es lo más peruano, lo más criollo, lo más nuestro que tenemos! ¡Ustedes no saben que al señor Pérez le levantará la posteridad un monumento! ¡Ustedes no sienten que el señor Pérez dejará en el Perú más tradición que los tamales y que los anticuchos! ¿Por qué no ha habido quienes sufraguen por el señor Pérez? ¿No ven ustedes que hasta para el obispado de Puno ha merecido votos el señor Pérez? ¡Ay de ustedes, jóvenes, si no hacen arrepentimiento, atrición y penitencia por este olvido!

Y la juventud se ha apartado de nosotros, castigada por nuestra reprensión, en tanto que nosotros hemos empezado a apostrofarnos a nosotros mismos, que también somos jóvenes, desorientados e ingenuos, por no haber ido a la Federación de Estudiantes a votar por el señor Pérez que es en esta tierra un patriarca socarrón, mestizo, ladino y, sobre todo, peruano...

(En *El Tiempo*: Lima, 2–X–1917)

VOCES

Nuestro aliado

En esta conflagrada hora del ultimátum, de la juventud, de la primavera, de la raza y del doctor Javier Prado, han venido a sacudir, soliviantar y estremecer el ánima de la ciudad las ternas que el señor Pardo y el señor Flores le han mandado al Parlamento para que escoja arzobispo de Lima.

El arzobispado que inquieta y desazona hoy a las gentes es en realidad un arzobispado trascendental. Es el Arzobispado de Santo Toribio de Mogrovejo. Es el arzobispado del ruinoso palacio histórico. Es el arzobispado lleno de la gracia, de la santidad y de la bienaventuranza de la divina criolla Santa Rosa a cuyos pies todos nos hinojamos enamorada y unciosamente.

Y este arzobispado adquirió para las gentes una importancia nueva a partir del momento en que el altísimo favorito de la Iglesia y del Estado, monseñor Belisario Phillips, hizo alianza con nosotros para salir vencedor en la batalla contra las misteriosas fuerzas que se habían concertado para poner en su mano el cayado que había de hacerle nuestro buen pastor, nuestro apóstol y nuestro caudillo.

Pensaba la fervorosa grey peruana que el señor Pardo respetaría la voluntad de monseñor el favorito y no le pondría en las ternas. Pensaba que el nombre del beatísimo varón no volvería a sonar entre los nombres de los candidatos al Arzobispado de Lima. Pensaba sobre todo que si el señor Pardo lo colocaba en las ternas no sería sin consignar también en ellas a los prelados de más elevados títulos y más grandes señoríos.

Pero he aquí que nuestra grey se engañaba. El señor Pardo la ha sorprendido con unas ternas en las que los prelados son seis pero los candidatos parecen solo dos: uno el señor Lissón, obispo de Chachapoyas, y otro el señor Phillips, secretario del arzobispado.

Han preguntado asombradas las gentes de la feligresía nacional:

–¿Y monseñor García Irigoyen? ¿Y monseñor Drinot y Piérola? ¿Y monseñor Holguín? ¿Y el padre Mateo Crawley?

El Ministro de Justicia ha salido del Palacio de Gobierno y ha pasado

raudamente en su automóvil.

Y las gentes han sentido no la inminencia de que el partido liberal traslade al señor Valera, de la legación de La Paz al Arzobispado de Lima, sino la inminencia de ser fotografiadas por el señor Ministro de Justicia o de ser troceadas por su automóvil.

Más tarde se han reanudado los clamores de nuestro pueblo cristianísimo que se ha visto instado una vez más a rebelarse y a protestar contra el señor Pardo:

–¿Acaso el señor Pardo piensa hacer arzobispo a un hermano suyo? ¿Acaso el señor don Juan Pardo que es tan don Juan y tan su hermano? ¿Acaso el señor don Manuel Bernardino Pérez que no ha podido ser siquiera obispo de Puno?

Y así, apresuradamente, han ido exasperándose los clamores.

Nosotros nos hemos apartado de ellos para pronunciar esta interrogación resignada:

–¿Va a ser arzobispo de Lima monseñor Lissón?

Y cuando hemos aguardado que nos dijeran que sí nos han alarmado con estas palabras:

–¡Monseñor Lissón está muy lejos! ¿No saben ustedes que monseñor Lissón es obispo de Chachapoyas?

Entonces hemos tenido que pensar inmediatamente en el Rasputin de nuestra corte advenediza:

–¿Y monseñor Phillips?

Y nos han respondido gravemente:

–¡Monseñor Phillips está en Lima! ¡Es el secretario del Arzobispado! ¡Es el favorito del Palacio de Gobierno! ¡Es un varón muy sabio, muy persuasivo, muy humilde y muy cauto! ¿No conocen ustedes a monseñor Phillips?

No hemos querido continuar oyendo estas insinuaciones. Hemos venido de prisa a nuestra casa. Hemos sentido la necesidad de desmentir tanta suspicacia de la ciudad. Hemos gritado:

–¡Monseñor Phillips no quiere ser arzobispo! ¡Monseñor Phillips sólo aspira a un curato de aldea! ¡Monseñor Phillips ha hecho alianza con nosotros para librarse de fastos, de honores y de vanidades!

Y desde ese instante estamos aguardando que monseñor Phillips nos auxilie, nos acorra y nos fortalezca.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–X–1917)

VOCES

Métodos criollos

Veinte comisiones y cien subcomisiones han recibido el encargo de librar a esta tierra de las asechanzas aviesas y acérrimas del hambre. Fea y descarnada como el señor don Emilio Sayán y Palacios, el hambre es un enemigo que nos ronda y nos atisba. Y no podemos pedirles a los graves varones de la Suprema que nos exoneren de este enemigo y le apliquen pena acerba y durísima como a un funcionario contumaz y deshonesto.

El método nacional de las comisiones es el anestésico de todas nuestras angustias, de todos nuestros dolores y de todas nuestras aprensiones. No nos turbará ni nos exasperará nunca un problema mientras estemos en aptitud de nombrar una comisión. Una comisión calma y tranquiliza la mayor nerviosidad peruana. Sobre todo cuando es una comisión capaz de dividirse en diez subcomisiones.

Cuando sintieron las gentes que la vida había encarecido con exorbitancia y demasía, solicitaron del gobierno un remedio o un alivio siquiera. Pensaron ingenuamente que habían puesto al gobierno en un trance tremendo. Pero inmediatamente hubieron de comprender que se engañaban. El gobierno organizó una comisión, otra comisión y otra comisión. Y si arreciaban los clamores de las gentes el gobierno nombraba una comisión nueva.

Tuvieron las gentes que persuadirse de que debían aguardar las sesiones del Congreso. Se imaginaron que pactaban un armisticio con el hambre. El Parlamento iba a ser un tribunal de arbitraje.

Y el Parlamento ha venido a llenar de decepciones y de asombros el ánima del pueblo. Ha hecho lo mismo que el gobierno. Ha nombrado dos comisiones. Una comisión de diputados y una comisión de senadores. Luego estas comisiones se han juntado en una comisión mixta. Mas enseguida se han subdividido en seis comisiones. Subcomisión de arroz y de menestras. Subcomisión de pasto y de fósforos. Subcomisión de carbón

y de azúcar. Subcomisión de yucas y de camotes. Subcomisión de trigo y de harina. Subcomisión de manteca y de aceite.

Vivimos esperando del Congreso una solución y el Congreso sólo ha producido una comisión. Esta comisión tampoco ha producido una solución todavía. Ha producido en cambio seis subcomisiones. Afortunadamente estas subcomisiones son unipersonales. No será posible, pues, que a su vez se subdividan.

Pero en el nombramiento de las subcomisiones ha mostrado la gran comisión mixta de senadores y diputados un extraordinario acierto. Ha revelado un espíritu humorista, travieso y juguetón. Y ha anegado en contento el comentario metropolitano.

Se han preguntado unas a otras las gentes de la ciudad:

–¿Por qué han designado al señor Secada para la subcomisión de yucas y camotes?

Hemos intervenido nosotros para iluminarlas:

–¡Unicamente dos subcomisiones le cuadraban al señor Secada! ¡Una la de yucas! ¡Y otra la de fósforos!

Se ha reído entonces la ciudad y ha aseverado:

–En verdad que el señor Secada se parece a una yuca.

Y más tarde la ciudad ha puesto los ojos en el señor don Emilio Sayán y Palacios, el paradojal príncipe demócrata, y ha exclamado:

–¿Por qué han nombrado al señor Sayán y Palacios para la subcomisión de manteca y aceite? ¡Si el señor Sayán y Palacios es muy seco y muy enjuto!

Hemos intervenido afirmativamente:

–Además el señor Sayán y Palacios es un gentilhombre. Y la manteca y el aceite son artículos asaz groseros y plebeyos.

Y finalmente hemos tenido que pronunciar una protesta que se está haciendo en nosotros una protesta orgánica:

–¡Falta en la comisión de subsistencias el señor don Manuel Bernardino Pérez! ¡Falta nuestro Sancho de similor! ¡Falta nuestro gran hombre representativo y peruanísimo! ¡Ya no sólo se olvidan del señor Pérez los universitarios! ¡También se olvidan de él los diputados! ¡No comprenden que esto de las comisiones es muy criollo! ¡Y no ven que las viandas nacionales se han quedado sin personero!

(En *El Tiempo*: Lima, 4–X–1917)

VOCES

Santo risueño

Quiso el día de ayer ser un día de trascendentales emociones parlamentarias y quiso también ser un día de alborozada primavera, de jocundo Sol y de rubia alegría. Nos preguntamos nosotros sorprendidos si era el día de la raza o el día de la juventud. Pensamos que les estaría hablando a los garzones de la Universidad su novísimo buen pastor el doctor Javier Prado. Sentimos que habían descendido sobre la ciudad todas las gracias, todos los favores y todas las complacencias de la santa criolla a quien la huachafería nacional llama nuestra paisana.

Y en esta casa nos hablaron así:

–¡No se celebra hoy la fiesta de la raza! ¡No se celebra tampoco la fiesta de la juventud! ¡Pero sí se celebra la fiesta del señor Manzanilla!

Avivóse nuestra memoria remisa y desidiosa.

–¡Entonces hoy es el 5 de octubre! –exclamamos.

Y constatamos en el calendario que era el 5 de octubre. Volvimos a enterarnos así mismo de que era el día de San Plácido, mártir, y de los santos Froilán y Atiliano, obispos, en el año cristiano. Y tornamos a comprobar que el señor Manzanilla había nacido en un día de primavera además de haber nacido en Ica, la afortunada tierra de los pámpanos dionisiacos y de las "tejas" peruanísimas.

Tuvimos tentaciones de salir a las calles y arengar al pueblo de esta suerte:

–¡Gentes metropolitanas, displicentes y perezosas, este es el día de una gran efemérides! Hoy cumple años el señor José Matías Manzanilla, el leader de la sonrisa clásica, el maestro del señor Balbuena, el hijo predilecto de Ica, el legislador del riesgo profesional, el sabio varón de quien os vienen hablando todos los perodistas de la ciudad desde hace luengos años. El santo patrón del señor Manzanilla es san Plácido. La placidez del señor Manzanilla, la espiritual placidez que es en él ora

sonrisa, ora ademán, ora cortesanía, ora silogismo, es un don providencial, un don del destino, un don del cielo, un don milagroso. Y nació el señor Manzanilla bajo la influencia de Libra que es el símbolo de la Justicia. Esta es, pues, la fiesta de un hombre simultáneamente eutrapélico, justo, iqueño y bloquista. Esta es la fiesta de un hombre que siempre se ha sonreído. Esta es la fiesta de un hombre de prestancias, merecimientos y virtudes altísimas. ¡Amad, obsequiad y festejad a este hombre ilustre, gentes metropolitanas, displicentes y perezosas!

Pero venció la intención nuestra de hablarle de esta guisa al pueblo el convencimiento de que la ciudad no habría menester de nuestro consejo, de nuestra instigación ni de nuestra arenga para rodear de actos de devoción al señor Manzanilla, a pesar de que el señor Manzanilla no es ya el leader de los ardimientos sonoros y de las grandilocuencias sensacionales sino un ciudadano esclarecido que se aburguesa, se calla, se pierde y se sonríe.

Buscamos al señor Manzanilla para cumplimentarle y le encontramos en nuestro camino. Le dijimos una galantería a trueque de diez galanterías suyas. Intentamos infructuosamente vencerle con nuestros homenajes. Sus homenajes fueron mucho más numerosos, rápidos, gentiles y caudalosos.

Para tenerle siempre amenazado por la sensación de un reportaje, le dijimos:

–¡Cuentan los diarios que ayer estuvo usted en una reunión en la casa del señor Juan Pardo!

Y nos respondió el señor Manzanilla:

–Eso prueba que los diarios están siempre muy bien informados! ¡Eso habla de la exactitud y de la puntualidad del periodismo limeño!

Nosotros nos quejamos de él:

–¡Oh, doctor! ¡Entonces usted asiste a las reuniones privadas y no asiste a las sesiones del Parlamento! ¡Entonces usted pronuncia discursos en secreto y no habla una palabra en público!

Y se excusó el señor Manzanilla:

–Me hallo un tanto enfermo. Sólo en las mañanas estoy bueno. En las tardes mi salud y mi ánimo se resienten. Y las sesiones del Parlamento son en las tardes. ¡Si fueran en las mañanas!

Derrotados por la cortesanía suma y máxima del señor Manzanilla nos apartamos de él pensando en la indolencia de los diputados que no cambian la hora de las sesiones.

Andando, andando, andando, llegamos al umbral de la imprenta del señor Torres Balcázar. Allí estaba el señor Torres Balcázar, siempre gordo, siempre pujante y siempre burlón. Allí estaba el señor Torres Balcázar en mangas de camisa.

Abordamos al señor Torres Balcázar:

–¡Hoy es el santo del señor Manzanilla! ¡Póngase usted el saco! ¡Vaya usted a felicitarlo!

Mas el señor Torres Balcázar quiso asombrarnos y anonadarnos y nos interpeló con su entonación más enfática:

–¿Todavía admiran ustedes a Manzanilla? ¿Después de que se ha hecho el leader de una incorporación festinatoria?

Respondimos:

–¡Todavía!

Y pusimos los ojos en el suelo para no afrontar la mirada desdeñosa del señor Torres Balcázar, soliviantado contra nuestra flaqueza, que nos gritaba:

–¡Yo prefiero a Balbuena!

(En *El Tiempo*: Lima, 6–X–1917)

VOCES

Asamblea entusiasta

Bajo la presidencia, el auspicio, el favor, el gobierno y la protección del Sr. D. José Carlos Bernales se reunieron ayer en el teatro Municipal las gentes poderosas y las gentes humildes de esta ciudad que quieren hacer alcalde al Sr. D. Víctor Larco Herrera, amo de rico latifundio, varón de exuberante salud y ciudadano de constantes y sensacionales larguezas.

Otra vez hemos sentido la predestinación del señor don José Carlos Bernales para presidirnos. Nos ha presidido el señor Bernales en la histórica sesión de Congreso en que ha hablado el pensamiento esclarecido de los señores Maúrtua y Ulloa y ha mandado la palabra insuflada del señor Tudela. Nos ha presidido el Sr. Bernales en la entusiasta asamblea en que hemos decidido que el señor Larco Herrera higienice, barra, riegue, pinte, cepille y acicale nuestra ciudad. En sólo tres días ha tenido que presidir el señor Bernales dos muchedumbres y dos actos solemnes.

Probablemente nos presidiría el señor Bernales desde la alcaldía si no nos presidiese también desde la gerencia de la Recaudadora, porque parece que el señor Bernales ha venido al mundo para presidirnos. Presidenciales son siempre sus sueños, presidencial su continente, presidencial su gesto, presidencial su frase y presidenciales sus escarpines. El señor Bernales es en suma un individuo orgánicamente presidencial.

Tenemos que declarar que, puesto que ha presidido su proclamación el señor Bernales, la candidatura del señor Larco Herrera será una candidatura feliz y dichosa. El señor Bernales es para ella un padrino de bautizo y de confirmación más o menos. Y un padrino como el señor Bernales es para cualquier ahijado una garantía y un seguro contra desventuras, desabrimientos y tribulaciones.

Un burgomaestre apadrinado por el señor Bernales posee una aptitud original para hacer la felicidad de la metrópoli. No importa que sea un burgomaestre venido de los campos. Su energía le servirá precisamente

para corregir los pecados, enmendar los entuertos y purificar las conductas. Su pujanza abrirá los surcos. Y su diligencia campesina sembrará en ellos la buena y virtuosa simiente.

Piensan los partidarios de la candidatura del día, que la elección del señor Larco Herrera esconderá este significado: una inyección de savia rural en el organismo metropolitano. Aseveran que los hombres de la ciudad están anémicos y débiles. Enaltecen a los hombres de los campos. Y escogen para la alcaldía de Lima a un hombre que es un dechado de salud, de vigor, de voluntad y de honradez.

Hubo ayer en la asamblea del teatro una eclosión fervorosa de estos sentimientos del ánimo de la ciudad. Mimaban y engreían las gentes al señor Larco Herrera. Pronunciábanle discursos y dábanle vivas.

Y se preguntaban entre ellas:

–¿Por qué no le ponemos al señor Larco Herrera un mote bonito y moderno? ¿Por qué no le decimos el rey del azúcar, por ejemplo? ¡El rey del azúcar, sería un título muy democrático y muy elegante!

Y se entusiasmaban:

–Ya está: ¡el rey del azúcar!

Mas tarde desfilaban las gentes por las calles.

Y nosotros observábamos:

–¡Los directores de la renovación municipal son todos médicos! ¡Miren ustedes! ¡El doctor Lauro Curletti! ¡El doctor Baltazar Caravedo! ¡El doctor Guillermo Angulo y Puente Arnao! ¡El doctor Sebastián Lorente y Patrón!

Nos explicaban entonces:

–¡Claro! ¡En Lima estamos unánimemente enfermos! ¡Vamos a elegir alcalde por eso a un hombre sano de cuerpo y alma!

–¿Y los médicos?

–Para el vecindario...

Trance solemne

Estamos en un momento trascendental de nuestra historia. Hemos roto nuestras relaciones con Alemania, la grande y rubia nación del general Von Bernhardi. Nos hemos asociado a los Estados Unidos. Le hemos dado sus pasaportes al señor Perl. Hemos sacado a la patria de su sosiego perezoso y desvaído. Somos ya un país con filiación política en la gran contienda que tiene perturbada a la humanidad.

Los testarudos hombres que nos mandan habían pretendido que el Perú fuese en la política universal lo que son nuestras gentes en la política doméstica: independiente. Les asustaba la idea de que el Perú se inscribiese en uno de los partidos en lucha. Les enamoraba en cambio la resolución de que el Perú guardase su independencia.

–El Perú es imparcial –aseveraban.

Y añadían:

–¡El Perú es muy chico!

Pero lentamente se han persuadido de que el Perú no podía ser independiente. No podía serlo, sobre todo, por ser muy chico. Su pequeñez le obligaba a renunciar a sus propósitos de abstención. Y era tanta su pequeñez que no le consentía elegir partido. Estaba el Perú forzado a seguir al caudillo de los países débiles, flacos, mutilados y tundidos.

Un acontecimiento tan interesante como el de la ruptura con Alemania ha tenido que agitar a la ciudad. Para la nerviosidad criolla ha sido la ruptura una novedad emocionante. La frase del señor Ulloa nos ha invitado al recogimiento. Hemos comprendido que ha empezado para el país un momento grave y tremendo.

Sin embargo, el buen humor limeño ha defendido sus fueros. El comentario metropolitano ha vuelto a rebosar de alborozo, de picardía y de travesura. Nos hemos burlado, como de costumbre, de nosotros mismos.

Todavía se habla apasionadamente en la ciudad de la gran sesión del viernes en que quedó decidida y ratificada la ruptura. Se habla para glosar las palabras y los ademanes del altísimo señor Maúrtua. Se habla para reír de las angustias y de las desazones del señor Tudela y Varela. Se habla para lamentar el enmudecimiento de los rimbombos universitarios y huachafos del señor Barreda. Y se habla especialmente para investigar por qué el señor don Mariano H. Cornejo no quiso pronunciar el discurso supremo de la sesión memorable.

Tanto nos había dicho el señor Cornejo de la guerra universal, de la legendaria Francia, de la pundonorosa Inglaterra y de los maravillosos Estados Unidos que aguardábamos justificadamente que el señor Cornejo fuese el hombre de la sesión del viernes.

Grandes hubieron de ser, pues, nuestros asombros, cuando el señor Cornejo profirió esta frase insólita en un orador sistemático:

–¡No es la hora de los discursos!

Malignos amigos nuestros le ponían a esta frase una apostilla sutil:

–¡No es la hora de los discursos porque el señor Cornejo no ha

preparado ninguno!

Es cierto que habló siempre el señor Cornejo. Pero muy brevemente. Y no para que rompiésemos con Alemania en gracia a los ideales. Habló para buscar una conciliación entre los ideales de Mr. Woodrow Wilson y las realidades del señor Tudela y Varela. Era que los ideales significaban en esos momentos un riesgo para el señor Tudela y Varela.

Es así como estamos ahora de adversarios de Alemania y de aliados de Estados Unidos, sin que el señor Cornejo haya amenizado este acontecimiento con las musicalidades sonoras del infinito azul, del éter insondable, del Calvario y del Tabor de Francia, y de otras personalísimas transacciones de su positivismo de catedrático de sociología con su idealismo de orador plebiscitario como dice el señor Maúrtua.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–X–1917)

VOCES

Especialistas

La ingenua travesura de los periodistas que hemos hecho del inconcluso y tornátil palacio de la Cámara de Diputados nuestro hogar tardecino querría dirigir y gobernar en la legislatura venidera la organización de las comisiones parlamentarias.

Avizora, perspicaz y maliciosa es esta travesura. Ha sabido investigar la especialidad estricta de cada diputado. En algunos ha hallado sólo una especialidad conocida, vulgar y ostensible. Pero en otros ha hallado una especialidad oculta, recóndita e íntima. Y ha sido entonces cuando su averiguación y su análisis han sido afortunados y dichosos.

Pensamos nosotros que se podría precisar así la especialización de algunos diputados:

–Especialidad clásica, personalísima y legendaria del señor Manzanilla es la sonrisa. Especialidad imitativa del señor Balbuena es la risa. Especialidad patriarcal del señor Ulloa es el consejo. Especialidad religiosa del señor Borda es el billinghurismo de sus votos. Especialidad científica del señor Maúrtua es el buen gusto. Especialidad histórica del señor Secada son la teología y los cánones eclesiásticos. Especialidad fisonómica del señor don Juan Pardo es su donjuanismo político. Especialidad criolla del señor Abelardo Gamarra son los picantes. Especialidad sanchopancesca del señor Pérez son los refranes. Especialidad huanuqueña del señor Pinzás son los chalecos blancos. Especialidad latente del señor Luna son las ciencias políticas. Especialidad indígena del señor Manuel Jesús Gamarra son los huairuros. Especialidad aristocrática del señor Chaparro son los prendedores con quinto de libra. Especialidad facultativa del señor Peña Murrieta es la metáfora médica. Especialidad apostólica del señor Uceda es la pedagogía. Especialidad romántica del señor Criado y Tejada es su fervor palatino. Especialidad persistente del señor Químper son los pedidos burlones y aflictivos. Especialidad matemática del señor Balta son

los ferrocarriles. Especialidad regional del señor Moreno es la viticultura. Especialidad jurídica del señor Carrillo son los fallos de menor cuantía. Especialidad humilde del señor Miranda son las bellas artes.

Agrupadas estas especializaciones encontramos en el Congreso un conjunto de colores tan trascendental, huachafo y cambiadizo como el de la farola alechugada.

Día de óbolos

Vivimos ayer un día de óbolos.

La Pro–Marina quiso que el homenaje de los peruanos al recuerdo de Grau y de Angamos no fuese únicamente un homenaje sentimental. Pidió un homenaje práctico. Un homenaje que expresase la intensidad de nuestro patriotismo.

Y esta erogación tuvo para los espíritus un significado solemne. Persistía en ellos la emoción del momento majestuoso en que rompimos nuestras relaciones con Alemania. Vibraba aún la palabra dramática del señor Ulloa que nos invitó al recogimiento. Dentro de este recogimiento había tocado nuestro patriotismo la invocación de la Pro–Marina.

Hemos tenido que pensar ayer en la patria con unción y con ardimiento. Nos hemos persuadido de que el azúcar, el algodón, el cobre y la plata le darán a los fondos de la defensa militar una suma de los beneficios que la guerra universal les ha obsequiado. Hemos sentido que el requerimiento de la Pro–Marina ha solicitado a los peruanos en una hora propicia.

Y cuando por las calles hemos visto ambular, graciosas y marciales, a las"girl–scouts" hemos querido decirles:

–¡No pidan ustedes centavos! ¡Este es ya un país de millonarios!

Y, como nosotros, ha pensado la Pro–Marina que un millonario puede servir a la patria mejor que una "girl–scout". Aunque la "girl–scout" sea bonita.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–X–1917)

VOCES

Día feriado

Nuestra buena ciudad de voluptuoso, abigarrado y complejo mestizaje tuvo ayer ánimo festivo y fisonomía solemne. Se juntaron en una sola fecha, en un solo día y en una sola efeméride los faustos de la raza, de la juventud y de la primavera para alegría de los universitarios, fiebre de las muchedumbres, adorno de los balcones, contentamiento de los niños, conflagración de los carruajes, felicidad de la patria y apostolado del doctor don Javier Prado y Ugarteche. Y unas por la juventud, otras por la primavera y todas por la raza latinoamericana, se alborozaron las gentes de esta ciudad de Santa Rosa, de los turrones, de los temblores y del señor don José Pardo.

Bajo el auspicio y la presidencia de un Sol falaz, hubo en las calles cristianas de Lima, dichosa feria de huachaferías, inefable concierto de criollismos, suntuosa procesión de alegorías y de símbolos, marcial emjambre de estudiantes párvulos y de estudiantes adultos, heroica evocación de las carabelas, feliz holganza de los ideales y sudoroso florecimiento de los sentimentalismos.

Quisieron nuestras ánimas de fieles mestizos glorificar muy apasionadamente el recuerdo del bienaventurado almirante de las carabelas que descubrió para el señorío de los reyes católicos de España estas tierras más o menos tropicales, más o menos nerviosas y más o menos melancólicas. Y quisieron también festejar la primavera que ha llegado para darnos el regalo de sus luces, la llama de sus deseos, el amor de sus flores y la sazonada fruta de un discurso del novísimo maestro de la juventud que era entre nosotros desde hacía mucho tiempo un sabio profesor de energía.

En la cúspide de las alegorías hallaron dosel y acomodo las damas más aptas para decorarse con los atributos de la libertad, complementados por un gorro frigio y un continente muy majestuoso y muy grave. Tras los pabellones de raso agrupáronse y organizáronse los niños y las niñas, los

"boys" y las "girls". En las aceras y en las bocacalles tuvieron jadeantes y traviesos deliquios las apreturas y las colisiones.

Mirando el desfile oímos nosotros de repente un grito:

–¡Allí viene don Quijote!

Preguntamos ansiosamente:

–¿Dónde está don Quijote?

Nos enseñaron al gentil hidalgo, caballero en un rocinante de palo, que avanzaba muy desvaído, muy ramplón, muy venido a menos y muy confuso sobre una plataforma de automóvil.

Y exclamamos nosotros muy desolados:

–¿Y Sancho Panza? ¿Por qué no está también Sancho Panza? ¿Por qué han sacado a don Quijote sin escudero?

Malignamente nos respondió el vulgo insólito:

–¡El doctor don Manuel Bernardino Pérez está parado en el umbral de Broggi!

Pero entonces nosotros nos sentimos fuera de quicio, nos indignamos de que la multitud incomprensiva y zafia no supiera entendernos, nos dirigimos al cielo para buscar quién nos oyera, nos soliviantamos con toda la sinceridad, toda la pasión y todo el fuego posibles, y nos callamos saboreando el desabrimiento, la malaventura y el fracaso de que en esta tierra llevasen en procesión a Don Quijote y se olvidasen de Sancho Panza y de su asnillo.

Y elevamos nuestro espíritu perecedero y humilde al espíritu inmortal y famoso del gobernador de la Ínsula Barataria para suplicarle:

–Padre nuestro, perdónalos...

(En *El Tiempo*: Lima, 13–X–1917)

VOCES

La santa alianza

Monseñor Belisario Phillips, el ilustre favorito de la Iglesia y del Estado y nosotros, los cronistas de una hoja pecadora, tenemos en estos instantes el contento y el placer de haber salido vencedores en una noble empresa que juntos y mancomunados acometimos en el nombre de la humilde doctrina cristiana y por la gracia del divino rey poeta que, aburrido de sus faustos, de sus amores y de sus voluptuosidades, sintetizó la filosofía de su hastío y de su aburrimiento en la bíblica y meláncolica frase "¡Vanidad de vanidades! ¡Todo es vanidad!"

No habrá en estos instantes sobre la tierra ánima más dichosa que las nuestras, ni corazón más jubiloso que nuestros corazones, ni semblante más triunfal y complacido que nuestros semblantes. Monseñor Phillips y nosotros sentimos que los generosos bienes del cielo han descendido a nuestros pechos para honesta felicidad de quienes tan bien hemos sabido vencer las solicitaciones y las celadas arteras de una tentación. Y por eso vierten nuestros labios el santo zumo de un bienaventurado regocijo.

Pública y sencilla alianza hicimos monseñor Phillips y nosotros para combatir los imprudentes empeños que habían hecho del favorito un candidato poderoso e insinuante al arzobispado de Lima, el muy famoso arzobispado de Santo Toribio de Mogrovejo.

Habíamos clamado nosotros:

–¡No queremos que monseñor Phillips sea arzobispo de Lima! ¡No queremos que sea sino nuestro Rasputín! ¡No queremos que nos desnaturalicen y mistifiquen a este sustancioso personaje de nuestra actualidad criolla!

Y habíamos asumido una actitud guerrera:

–¡Somos leales y resueltos adversarios de la candidatura de monseñor Phillips al arzobispado de Lima!

Amorosa y unciosamente nos había hablado entonces monseñor Phillips:

–¡Yo también soy adversario de mi candidatura! ¡Yo me uno a ustedes

para luchar contra ella! ¡Unidos venceremos!

Vinculadas por el lazo de una alianza solemne quedaron la muy hidalga casona del arzobispado donde mora monseñor Phillips y la muy plebeya casa de este diario donde moramos quienes escribimos para alborozo de algunos, desazón de otros y refocilamiento de los demás.

Y la alianza, así concertada y pactada, venció definitivamente en la reciente reunión del congreso en que fue elegido Arzobispo de Lima monseñor Lissón, pastor virtuoso, varón pacientísimo y sacerdote esclarecido, que ha sido exaltado al gobierno espiritual de los peruanos no por divulgación ni acatamiento de las gentes a sus excelencias y a sus bondades –recatadamente exhibidas en las selvas y entre los salvajes–, sino por la voluntad del señor Pardo que no ha querido que se cumpliese la voluntad ciega de la Arquidiócesis sino la suya sapientísima y avizora.

Pero he aquí que aún nos falta a monseñor Phillips y a nosotros un favor apetecido devota y piadosamente por el ánima pura y cristiana del ilustre favorito quien ha pronunciado memorables palabras de humildad y beatitud, ha expresado su anhelo de ser cura de aldea y ha dicho su aversión a las mercedes falaces de la gloria perecedera. ¡Todo es vanidad!

Tal como vino en nuestra ayuda monseñor Phillips para evitar que los votos del Congreso lo eligiesen arzobispo, sentimos ahora nosotros el deber de ir en ayuda de monseñor Phillips para que se haga su buen deseo y para que se le desembarace de la pesada carga de las responsabilidades y de los honores del gobierno de la Arquidiócesis que con tanta repugnancia hubo de aceptar en servicio de la Iglesia.

Reanudamos nuestra alianza con monseñor Phillips ya no para que se cumpla nuestra aspiración sino para que se cumpla la suya. Nos apresuramos a socorrerle y asistirle. Y le pedimos desde hoy al nuevo Arzobispo de Lima que no se continúe contrariando la voluntad de monseñor Phillips y que se le mande de una vez al curato más pobre, a la feligresía más descuidada, a la tierra más penosa y hostil.

Allí donde la grey sea desobediente y remisa, allí donde la miseria sea desoladora e incurable, allí donde la peste sea constante y dolorosa, allí donde las ovejas anden descarriadas y perdidas, allí donde María Magdalena la hetaira y Saulo el fariseo estén aún esperando la hora de la conversión, allí quiere ir monseñor Phillips.

Y así sea.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–X–1917)

VOCES

Ánima en pena

La palabra del señor don Alberto Ulloa no siempre es solemne, consejera, grave y patriarcal. Sabe también ser burlona y risueña. Sabe así mismo ser acérrima y aguda. Intermitentemente, al margen de los debates, el gesto del señor Ulloa suele transformarse dando asidero y auspicio a la travesura furtiva de su concepto. Y entonces el señor Ulloa no se yergue con las manos enfundadas enérgicamente en los bolsillos del saco abotonado: se sonríe con una sonrisa muy suya que no es la sonrisa galana del señor Manzanilla sino una sonrisa suspicaz y maliciosa que el señor Ulloa subraya acariciándose con la mano varonil la barba un tanto mefistofélica.

La malaventura del señor Sánchez Díaz quiso el jueves pasado que el sagaz y sonriente diabolismo del gran periodista conturbara y afligiera el ánima del manso y untuoso prelado. Una frase del Sr. Ulloa tiene desde entonces desolado, inquieto y fuera de quicio al señor Sánchez Díaz. Y el señor Sánchez Díaz no logra liberarse todavía de la sugestión atormentadora y acerba de la frase del señor Ulloa.

Había aseverado el señor Sánchez Díaz en la sesión de Congreso en que fuera elegido pastor de la grey peruana el Sr. Lissón, que la Santa Sede no era gobierno, que la Santa Sede era sólo la Santa Sede y que la Santa Sede no poseía sino una buena y dulce autoridad espiritual.

El señor Sánchez Díaz, teólogo y eclesiástico fidelísimo al Papado, había coincidido pues con el señor don Manuel Bernardino Pérez, hereje impenitente y porfiado.

Y, terminada la sesión, el señor Ulloa se lo advirtió al señor Sánchez Díaz para verter en su evangélico e ingenuo espíritu la amarga gota que le ha puesto en desazón, en insomnio y en desconsuelo infinitos y torturadores.

–¡Señor Sánchez Díaz! –dijo el señor Ulloa–. ¡Ha pronunciado usted una afirmación herética! ¡Ha negado usted el gobierno temporal del Papado, ese gobierno que por estar encerrado dentro del Vaticano no deja

de ser gobierno para los leales tratadistas de Nuestra Santa Madre Iglesia! ¡Confiésese usted señor Sánchez Díaz! ¡Está usted en pecado mortal!

Protestó debilmente el señor Sánchez Díaz:

–¡No, señor!

Pero confundióse enseguida. Una turbación honda, una grima acendrada, un pesar abrumador se apoderaron del señor Sánchez Díaz. La voz del señor Ulloa seguía vibrando en su conciencia, como si fuese la voz acusadora de los santos concilios, para hacerle comprender que había caído en los lazos de la tentación del demonio.

Y desde ese momento vive desolado, asustado y oprimido el señor Sánchez Díaz. Ya no hay reposo para su espíritu ni goce para su corazón. Ya ni el púlpito ni el reclinatorio ni el breviario le dan contentamiento ni placer. Ya no le ofrecen paz ni satisfacción ni la oración misericordiosa ni el yantar suculento ni el lecho honesto y mullido.

Oye inexorable la voz del señor Ulloa que lo alarma y lo desasosiega:

–¡Está usted en pecado mortal! ¡Si no se arrepiente usted la Iglesia lo arrojará de su seno como a un hijo rebelde! ¡El primer acto de Monseñor Lissón será excomulgarlo!

Y mientras sufre estas angustias el ánima del señor Sánchez Díaz, habla así por las calles el señor don Manuel Bernardino Pérez, ufano de su vieja herejía, ufano de haber tenido un voto para el Arzobispado, ufano de su sibaritismo criollo y ufano de sus malandanzas y refocilamientos:

–El señor Sánchez Díaz no es un pecador inconsciente! ¡Es un sacerdote más que se alza contra las leyes caducas de la Iglesia! ¡Es un reformista! ¡Podría decirse que es nuestro Martín Lutero!

Y, arrellanado en su sillón, el ilustre señor Ulloa se ríe acariciándose la barba mefistofélica

(En *El Tiempo*: Lima, 15–X–1917)

VOCES

Aires de primavera

Los próvidos, sabios y acuciosos campos de su latifundio han rejuvenecido al señor don Antero Aspíllaga. En ellos ha convalecido el señor Aspíllaga de los desabrimientos y malaventuras de la vida política. Y los nobles placeres rurales han borrado del corazón, del ánima, del ademán y del semblante del esclarecido azucarero la huella dolorosa de los agravios atrevidos de la multitud versátil e histérica.

Nuevamente es el señor Antero Aspíllaga un gentilhombre civilista de grácil talle, de atildado traje y de galante flor en la solapa. Ya ha recobrado sus aptitudes pretéritas de candidato a la Presidencia de la República tan maltratadas y oscurecidas por las osadías plebeyas de las jornadas billinghuristas. Ya ha tornado a ser lo que la prensa peruana denomina un distinguido hombre público. Ya ha reconstruido su vieja e hidalga calidad de Aspíllaga, de don Antero y de leader.

Cayaltí ha sido para el señor Aspíllaga no sólo una hacienda solícita. Ha sido más o menos una fuente Juventa. En su paz solariega, en su hospitalidad campesina, en su ambiente geórgico el señor Aspíllaga ha sentido que renacía su antigua personalidad aristocrática tundida por las veleidades de esta democracia de mestizos.

Y ha acaecido que habiéndose ido a Cayaltí marchito y viejo, ha regresado de Cayaltí lozano y trascendental.

Viéndolo reincorporado a la actividad metropolitana el comentario callejero ha envuelto al señor Aspíllaga en sus previsiones y en sus vaticinios risueños.

Han sonado porfiadas voces:

–¡El señor Aspíllaga está otra vez en el camino de la Presidencia de la República!

Y ha habido aseveraciones:

–¡El señor Pardo lo alienta! ¡El señor Pardo lo estimula! ¡El señor Pardo

lo mueve! ¡El vínculo civilista une al señor Pardo con el señor Aspíllaga!

Pero el señor Aspíllaga se ha defendido amablemente de las insinuaciones ciudadanas. Ha sostenido en obstinadas protestas su alejamiento de la política doméstica. Ha negado su posibilidad presidencial como niegan las niñas bonitas, y también las niñas feas, sus amores.

Y ha elegido una frase favorita:

–¡Yo estoy muy tranquilo! ¡Muy sereno! ¡Muy ecuánime!

El señor Aspíllaga ha querido cristalizar en estas palabras su oposición a que se resucite su pasada candidatura a la Presidencia de la República.

Y se ha enamorado de la exactitud y elegancia de su importante afirmación:

–¡Yo estoy muy tranquilo! ¡Muy sereno! ¡Muy ecuánime!

El convencimiento del señor Aspíllaga se ha convertido también en el convencimiento de sus hermanos. El señor don Ramón y el señor don Baldomero han comprendido cuán discreta y cauta es la negativa del señor de Cayaltí. Y pasa ahora que toda la familia Aspíllaga se ha sistematizado alrededor de un mismo concepto sobre la posición de su ilustre mayorazgo.

Asedian las gentes al señor don Ramón:

–¡Don Antero es un candidato incontrarrestable!

Y el señor don Ramón burla tales baldíos esfuerzos para sonsacarle una confesión:

–¡No es cierto! ¡Antero ha venido de Cayaltí muy tranquilo! ¡Muy sereno! ¡Muy ecuánime!

Tientan entonces al señor don Baldomero:

–¡Don Antero será el próximo Presidente de la República!

Y protesta el señor don Baldomero solidarizado con la intención de su insigne hermano.

–¡Imposible! ¡Antero está muy tranquilo! ¡Muy sereno! ¡Muy ecuánime!

Acaso para mancomunarse más inquebrantablemente ambos hermanos celebran de vez en vez un coloquio así:

–¡Qué tranquilo ha vuelto Antero! ¡Qué sereno! ¡Qué ecuánime!

–¡Qué tranquilo! ¡Qué sereno! ¡Qué ecuánime!

Y tal vez al cambiar esta impresión ni siquiera se sonríen los prudentísimos señores de Cayaltí.

(En *El Tiempo*: Lima, 17–X–1917)

VOCES

Retiro temporal

Ambulando por los pasillos y por los salones de la Cámara de Diputados empezamos a sentir en estas aburridas tardes de los ferrocarriles la acérrima y desoladora nostalgia de la frase, del hongo y de la risa del señor Balbuena. No hallamos en esos pasillos ni en esos salones un diputado que sepa verter alborozos en nuestra ánima tan sabiamente como el señor Balbuena. Y acabamos creyendo que el señor Balbuena se ha ido de la Cámara para afligirnos y para compelernos a pensar en él y a escribir sobre él sin descanso.

No llegamos jamás a conformarnos viendo ocupado por el señor don Gregorio Durand el escaño del señor Balbuena. Para nosotros el señor don Gregorio Durand es, por supuesto, el propietario del señor Balbuena. Pero es así mismo un hidalgo mayorazgo provinciano que no debía abandonar su casona ni su latifundio de las sierras para transigir con la democracia plebeya de la ciudad.

Baldío es que el señor Pinzás, obeso, jadeante y germanófilo, nos invite a reemplazar el trato del señor Balbuena con el trato del señor don Gregorio Durand mientras el señor Balbuena ande ausente del Parlamento.

Nos defendemos, fieles al señor Balbuena, de las insinuaciones taimadas del señor Pinzás que nos aconseja una perfidia:

–¡No, señor Pinzás! ¡No queremos ser amigos del señor don Gregorio Durand! ¡No le perdonamos que haya venido a sentarse en el escaño del señor Balbuena!

Razona así el señor Pinzás:

–El señor Durand no ha desalojado al señor Balbuena. El señor Balbuena ha evacuado su asiento. Y entonces lo ha ocupado el señor Durand. ¡El señor Durand es muy buena persona!

Mas nosotros insistimos:

–¡Es que nosotros preferiríamos ver vacío el asiento del señor Balbuena!

Y somos sinceros.

Desde el avieso día en que el señor Balbuena salió de la Cámara para que entrase en ella el señor don Gregorio Durand ha comenzado a oprimirnos una angustia muy honda. Se ha enseñoreado en nuestro espíritu la obsesión de que el señor Balbuena no podrá volver a la Cámara mientras el señor Durand esté en ella. Nos hemos persuadido de que es imposible la presencia simultánea del señor Balbuena y del señor Durand en la Cámara del señor don Juan Pardo y del señor don Manuel Bernardino Pérez.

Grande y denodado esfuerzo hacemos nosotros para librarnos de estas misteriosas y porfiadas sugestiones. Nos decimos que el señor Balbuena y el señor Durand pueden estar juntos no sólo en una rama del Parlamento sino en cualquier otra rama menos hospitalaria y menos vigorosa. Tratamos de convencernos a nosotros mismos de que son vanos nuestros miedos y absurdas nuestras inquietudes.

Y hasta nos repetimos las últimas palabras del señor Balbuena desde la ventanilla de su automóvil:

–¡Yo volveré a la Cámara una de estas tardes! ¡Cuando menos se lo espere el país! ¡Yo soy muy amigo de las sorpresas! ¡Yo me he ido de la Cámara únicamente para darles a ustedes una alegría: la de volver!

Pero ni siquiera la aseveración del señor Balbuena serena nuestra ánima que sigue acongojada por el temor de que se pase una legislatura sin el señor Balbuena.

Y es que desde el umbral de su imprenta, el señor Torres Balcázar, más socarrón que nunca, nos dice con todo el énfasis de un hombre en mangas de camisa:

–¡Atiéndanme ustedes, jóvenes líricos y apasionados! ¡Balbuena no volverá a la Cámara de Diputados sin mi permiso! ¡O sin el de su propietario por lo menos!

(En *El Tiempo*: Lima, 19–X–1917)

VOCES

El diputado estudiante

No es un alma burguesa y ventral la que vive hospedada dentro de la gordura, la rubicundez y la elegancia del señor don Carlos Borda. No es el alma de un burócrata perezoso y mestizo. No es el alma de un rentista flaco ni obeso. No es el alma de un "entalladito" azucarado y delicuescente. Es un alma lozana, donosa y primaveral que se ha enamorado de la bizarría y de la bohemia estudiantiles.

Maliciosos y socarrones ciudadanos han acometido la innoble empresa de desfigurar la virtualidad universitaria del señor Borda, aseverando que el señor Borda va a la Universidad sólo para ser doctor y que el señor Borda no sería universitario si por otra vereda pudiese llegar a la posesión de uno, dos o tres grados académicos.

Y entonces la ciudad, que de suyo es malintencionada y burlona, ha empezado a dispensarle al señor Borda el título de doctor. El diputado limeño ha sido objeto de una conjuración unánime de las muchedumbres metropolitanas. Todas las gentes se han empeñado en llamarle doctor, sin clemencia y sin piedad.

Nosotros mismos, vencidos por las sugestiones callejeras, saludamos así al señor Borda en la tarde de ayer:

–¡Buenas tardes, doctor!

Consternóse el señor Borda:

–¡También ustedes!

Intentamos nosotros arrepentirnos sin ventura:

–¡Perdón, doctor!

Y nuestro grande y buen amigo, dolido y apenado, prorrumpió en estas y otras atribuladas quejas:

–¡Yo no soy doctor! ¡Yo no soy siquiera bachiller! ¡Yo no soy sino estudiante! ¡Comprendan ustedes que yo estoy en la Universidad no por ser doctor sino por ser estudiante! ¡La Universidad es para mí una milagrosa

fuente cuyas linfas me devuelven la juventud! ¡A la Universidad me ha llevado no un móvil rutinario sino un móvil idealista y sentimental! ¿Por qué desnaturalizan mi intención y mi anhelo?

Tan acerbas y desoladas lamentaciones y protestas del señor Borda nos tienen sinceramente conmovidos. No tornaremos a decirle doctor ni aun cuando comience a serlo. Nos pondremos de hinojos ante los profesores del señor Borda para que sazonen y alegren su vida universitaria aplazándolo en los exámenes. Porque el día en que termine el señor Borda sus estudios y abandone los claustros de la casona protegida por la divina advocación de San Carlos y de su toro, su espíritu sufrirá la más honda aflicción y la más desesperada tristeza.

Y, transitoriamente, queremos exonerar al señor Borda del oneroso gravamen de un título oscurecido, pidiéndole a los hombres de la ciudad:

–¡No le digan doctor al señor Borda! ¡El señor Borda no es sino estudiante y le da sumo contentamiento serlo! ¡El señor Borda no es sino el señor Borda, además de estudiante, de diputado y de billinghurista!

(En *El Tiempo*: Lima, 20–X–1917)

VOCES

Las sesiones finales

Aquellos sabios versos de Jorge Manrique que dicen cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando; aquellos sabios versos que han vertido en nosotros su honda melancolía; aquellos sabios versos que nos recuerdan las palabras del rey poeta en el Eclesiastés en cuyo nombre hicimos alianza con monseñor Belisario Phillips; aquellos sabios versos que jamás han turbado la felicidad inglesa del señor don Oscar Víctor Salomón; aquellos sabios versos de la rica armonía y del profundo sentir no se han apartado de nuestros labios ni de nuestro corazón durante el discurso de esta legislatura que empezó en medio de la ansiedad y de la esperanza y se acaba en medio del olvido y del desengaño.

Aguardaba la república una legislatura emocionante y trascendental, una legislatura què sacase de quicio hasta al ánima beatísima y prudentísima del señor Uceda, una legislatura que quebrase el ritmo primaveral de los estudios universitarios del señor Borda, una legislatura que diese fama y nombradía al señor don Juan Pardo y al señor don José Carlos Bernales, una legislatura que dejase desmayado y exhausto el sensorio nacional.

Tuvimos nosotros, por mandato de las mayorías populares, que hacer nuestra tal expectativa. Creímos también que la lasitud criolla iba a ser vencida por las explosiones de una conflagración política. Y esperamos al veintiocho de julio con la misma nerviosidad que todos los peruanos.

Pero, más tarde, cuando sentimos que prevalecía la pereza, que triunfaba la tolerancia, que se extendía el desgano, que se enseñoreaba la abulia, comprendimos que la legislatura no saldría de su sosiego y de su mansedumbre hasta el día de su punto final. Pensamos que era una legislatura persuadida de la inutilidad del esfuerzo, sojuzgada por el pesimismo y gobernada por la certidumbre de sus noventa días efímeros.

Aseveraban las gentes para engañarse a sí mismas:

–¡Ya van a encenderse las sesiones!

Y nosotros movíamos la cabeza:

–¡Esta legislatura se acaba!

Nos refutaban:

–¡Si todavía faltan sesenta días!

Y nosotros permanecíamos encastillados en la incredulidad.

Vagando por un pasillo o por el Salón de los Pasos Perdidos buscábamos a veces una palabra que relajase y debilitase nuestros convencimientos escépticos.

Pasaba el señor Manzanilla marchito, pálido, desvaído, con traje negro, con hongo cabritilla, con corbata granate...

Y nos decía:

–¡Estoy un poco enfermo! ¡Me hace daño el "sereno"! ¡Me hace daño el trabajo!

Nosotros le extorsionábamos el alma:

–¡Es que se va la juventud! ¡Es que se va la sonrisa!

Protestaba el señor Manzanilla:

–No. La juventud no me deja. ¡La sonrisa tampoco!

Y se sonreía exclamando:

–¡La clásica sonrisa!

Mas nosotros sentíamos que la sonrisa del señor Manzanilla no era ya la misma de antes, ni la juventud del señor Manzanilla era la juventud que fue.

Y pasaba el señor Ulloa:

–¿Están ustedes buenos? ¡Felices ustedes! ¡Ustedes apenas tienen veintiún años! ¡Si tuvieran ustedes cincuenta!

Y se alejaba el gran periodista con todo el aire de un hombre en quien se envejecen el gesto batallador y la entonación optimista.

Y pasaba el señor Maúrtua, muy correcto dentro de su traje plomo, muy comedido en su saludo y muy inteligente en su frase.

Sin entusiasmo le preguntábamos sólo para hacerle un homenaje discreto:

–¿Va usted a hablar esta tarde?

Y el señor Maúrtua nos respondía:

–¡Para qué!

Más conciso, más breve, más nítido y más expresivo que nadie, el señor Maúrtua ahondaba y consolidaba con su palabra, con su gesto y con su displicencia nuestra sensación de la legislatura.

Y todo era así en el inconcluso y tornátil Palacio Legislativo.

Ahora advertimos en las sesiones de la Cámara de Diputados la fisonomía de las sesiones finales. Prisa en los secretarios. Flojera en los representantes. Trascendencia en el señor Ricardo R. Ríos.

De rato en rato es inteligible la voz del señor Parodi o la voz del señor Carrillo. Nos enteramos entonces de que cada proyecto representa un anhelo y una demanda. Un diputado pide una pila. Otro diputado pide una campana. Un sobreviviente pide premio. Un indefinido pide pago. Una viuda pide goce.

Nos alzamos nosotros para interrogar imprudentemente a un diputado:

–¿Y el debate de Lima? ¡El debate tremendo, el debate amenazador, el debate sumo!

Y el diputado nos responde:

–¡Esta legislatura se acaba! ¡A ver la otra!

(En *El Tiempo*: Lima, 21–X–1917)

VOCES

Sansón criollo

No recordamos en qué hora bienaventurada nos fue dado descubrir que la pujanza y la bizarría del señor don Juan Manuel Torres Balcázar se asentaban y se nutrían principalmente en el hábito de ponerse en mangas de camisa, que parecía revelar una predestinación misteriosa del gran ciudadano.

Recordamos únicamente que era largo el quebradero de cabeza que venía causándonos el estudio de la virtualidad nacional de un hombre en mangas de camisa. Teníamos muy visto que así las gentes de famoso como de humilde meollo solían entre nosotros desembarazarse de la americana para adquirir o desarrollar la plenitud de sus aptitudes mentales. Y estábamos persuadidos de que los peruanos sentíamos en la americana, y aun en el chaleco, un estorbo para el libre vuelo de nuestro discernimiento.

Y recordamos, así mismo, que el día en que comprendimos que el señor Torres Balcázar en mangas de camisa era implícitamente superior al señor Torres Balcázar con americana y al señor Torres Balcázar con chaqué, resolvimos callar discretamente tan valiente atisbo de la secreta y desconocida fuerza de nuestro buen amigo.

Pero ahora necesitamos desahogar nuestro pecho y confesar nuestra adivinación porque acabamos de constatar, dolidos y consternados, que el señor Torres Balcázar ha perdido su noble cualidad criolla aconsejado seguramente por gente malintencionada y socarrona.

En el umbral de su imprenta, burlón siempre, gordo siempre y redondo siempre, hemos hallado al señor Torres Balcázar, a quien buscábamos para que se holgara momentáneamente nuestro espíritu con el regalo de un feliz y ladino coloquio. Mas hemos sufrido la inesperada pena de ver al señor Torres Balcázar libre de la americana opresora pero envuelto en un kimono tácitamente evocador de la indumentaria matinal de una matrona obesa.

Nos hemos aterrado:

–¿Se ha puesto usted esa clámide exótica a insinuación del señor Manzanilla?

Y el señor Torres Balcázar nos ha respondido:

–No.

Le hemos preguntado luego:

–¿Se la ha puesto usted entonces a insinuación del señor Balbuena?

Y el señor Torres Balcázar nos ha vuelto a contestar:

–No. ¡Absolutamente no!

Y nos ha interrogado enseguida:

–¿Acaso piensan ustedes que yo no tengo iniciativa personal?

Nosotros no hemos sabido replicarle. Nos hemos callado oprimidos por la desolación de ver al señor Torres Balcázar claudicante y transfigurado. Le hemos dejado en el umbral de su imprenta seguros de que se había despojado de los atributos sustantivos de su personalidad.

En esta estancia, abrumados por el dolor, nos decimos en estos momentos que se ha repetido entre nosotros el caso del bíblico Sansón. Sansón rapado ha encontrado su equivalente en el señor Torres Balcázar con "polca" japonesa. Sólo existe una diferencia: la de que Sansón fue pelado por una fementida y el Sr. Torres Balcázar, que es un ciudadano honesto, no ha sido víctima de fementida alguna.

Y estamos seguros de que ahora no podrá atajar el señor Torres Balcázar la entrada del señor Balbuena a la Cámara de Diputados. Porque evidentemente la eficacia de un hombre en mangas de camisa es muy superior a la eficacia de un hombre con kimono.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–X–1917)

VOCES

Noventa días

Descansa ya en paz la legislatura inaugurada bajo el auspicio de los escarpines del señor don José Carlos Bernales; descansa ya en paz la legislatura otorgada por el donjuanismo gentil del señor don Juan Pardo; descansa ya en paz la legislatura en que el Parlamento peruano ha recuperado a su personaje representativo, el señor don Manuel Bernardino Pérez; descansa ya en paz la legislatura que ha merecido el favor histórico de la incorporación del señor don Julio C. Luna; descansa ya en paz la legislatura de las lasitudes, de las vacilaciones y de las incertidumbres; descansa ya en paz la legislatura del solemne voto internacional; descansa ya en paz la legislatura que ha nombrado sumo sacerdote de la Iglesia peruana a monseñor Emilio Lissón, pastor de grandes virtudes y nobles andanzas, que tiene para gobernarnos el cristiano título de haber catequizado a muchos salvajes...

Noventa días parlamentarios han trascurrido sin otro momento grave y trascendental que el de nuestra ruptura con Alemania. Después todo ha sido fatiga, pereza y languidez en la Cámara de las nerviosidades y de las conflagraciones. Nasalidad del señor Carrillo, rimbombos del señor Barreda y Laos, eutrapelia del señor Químper, esplín del señor Secada, deserción del señor Balbuena, ausencia del señor Torres Balcázar, amaneramiento del señor Salazar y Oyarzábal, bohemia del señor Borda, silencio del señor Solf y Muro, pastosidad de señor Barrós, refranería del señor Pérez, afeminamiento de la farola y gravitación del puño de un San Martín de yeso sobre la cabeza de nuestro señor don Juan Pardo, pontífice, caudillo y maestro de este desvaído concierto.

Apenas si dos o tres veces se ha parado el señor Maúrtua para pronunciar una frase interesante, sustanciosa y cristalina, aunque algo displicente. Apenas si dos o tres veces ha reasumido la entonación sonora de sus briosos tiempos el señor Ulloa. Apenas si en las horas finales de la

legislatura el señor Manzanilla ha renovado su esfuerzo de legislador del trabajo para sentirse el mismo de otros tiempos a pesar de su cansancio, de su influenza, de su palidez, de sus años, de su hongo cabritilla y de su corbata granate.

Y apenas si en un fugaz momento tumultuoso de una sesión secreta se ha alzado, persuadido de su calidad hijodalga, el señor don Emilio Sayán y Palacios, el paradójico príncipe de nuestra democracia de mestizos, para gritarnos que tenemos en los Sayán una casta esclarecida y famosa.

Este grito orgulloso del señor don Emilio Sayán y Palacios suena todavía dentro de nuestro espíritu confundido y humilde:

–¡Nosotros somos los Sayán! ¡A los Sayán nada los arredra! ¡A los Sayán nada los intimida!

Y, pensando en que el señor don Emilio Sayán y Palacios se siente todo lo enjuto y todo lo genuflexo que se necesita para ser gentilhombre, repetimos su exclamación religiosamente:

–¡Los Sayán!

Pero más tarde nos olvidamos del señor Sayán y Palacios, de su principado ideal y de su diputación por Huacho, de la congestión legislativa de las sesiones terminales, del luengo y desarticulado debate ferrocarrilero, de la provincia de Concepción que ha sido y del departamento de Chota que no ha podido ser.

Y llegamos a esta madrugada de un día veintisiete de octubre, bostezando y diciéndonos que han terminado noventa días para que empiecen cuarenta y cinco. Que no debían empezar.

(En *El Tiempo*: Lima, 26–X–1917)

VOCES

El señor del centenario

En nuestra mansa y desabrida ciudad de mestizos, bajo la dulce bendición de Santa Rosa, no sólo nos aburríamos nosotros los comentadores, fervorosos unas veces y desganados otras, de los pobres acontecimientos domésticos. Se aburría también el señor don Federico Elguera, varón de sazonado entendimiento, escritor de criollo donaire, ciudadano de aptitud orgánica para la alcaldía, traductor de "Papá Lebonnard", pontífice de la estética metropolitana y divulgador de la filosofía palurda, del refrán sanchopancesco y del gracejo aldeano de un mercader de quesos, papagayos y aceitunas. Se aburría tanto el señor don Federico Elguera que había resuelto marcharse y dejarnos a nosotros sin Barón de Keef y al mercader Soria sin el uncioso glosador de su pensamiento de empírico redomado.

Todavía la ciudad no ha comprendido la gravedad de este suceso. Probablemente no se ha dado cuenta aún de que el señor don Federico Elguera va a sustituir sus risueñas ocupaciones de organizador de las fiestas del Centenario por las graves ocupaciones de ministro del Perú en Colombia. O tal vez piensa la ciudad que el señor Elguera puede seguir dirigiendo nuestros aprestos para el Centenario lo mismo desde Bogotá que desde Lima.

El señor Elguera se había ido convirtiendo en el símbolo del Centenario. Todas las gentes se habían desembarazado en él de las inquietudes y de las molestias de preparar a la república para la gran fiesta. Y habían empezado a consustanciar al Centenario con el señor Elguera tan íntimamente que solían decir de él cuando pasaba por las calles:

–Allí va el Señor del Centenario.

Y a partir del día en que fue nombrado Presidente de la Comisión del Centenario, el señor Elguera empezó a envejecerse. No era ya el señor Elguera lozano y vigoroso de sus días de burgomaestre, de periodista o de

Barón de Keef. Era un señor Elguera cansino, desvaído y apagado que se encorvaba y encanecía. Era un señor Elguera agobiado por la carga solemne de los cien años de la historia del Perú independiente. Era un señor Elguera transfigurado en patriarca de esta ciudad perezosa y amortecida. Era un señor Elguera obligado a enamorarse de los aforismos del primer ventero ladino.

Pero era así mismo un señor Elguera connaturalizado e identificado con la existencia limeña, un señor Elguera que no podía abandonarnos, un señor Elguera que estaba condenado a vivir bajo nuestro cielo desteñido, a respirar nuestra atmósfera anestesiante, a beber nuestra agua bacilosa, a comer nuestro pan unas veces integral y otras veces "pinganillo" y a ser un señor Elguera eternamente nuestro y típicamente nuestro.

Nosotros sentíamos que el señor Elguera se avenía con estos destinos pero sin contento, sin placer y sin entusiasmo. Apenas si había en él resignación y obediencia. Le veíamos fastidiado, tedioso y versátil.

Sólo en el arreglo del Palacio Legislativo hallaba acaso una distracción entretenida. Iba al Palacio Legislativo todas las tardes. Una tarde para que hiciesen un muro y otra tarde para que lo deshiciesen. Una tarde para que pusiesen un cristal y otra tarde para que lo quitasen. Una tarde para que abriesen una ventana y otra tarde para que la cerrasen. El señor Elguera estaba perennemente descontento de su obra.

Entraba al salón de las sesiones y anunciaba una iniciativa:

–¡Aquí hace falta una tribuna!

Y más tarde, delante de la tribuna ordenada, exclamaba arrepentido:

–¡Para qué sirve una tribuna!

El día en que el Palacio Legislativo inició su funcionamiento, el señor Elguera y sus albañiles se sintieron desalojados por los representantes. El señor Elguera perdió el teatro de sus pasatiempos, el hogar de sus humorismos, la cancha de sus juegos, el palenque de sus travesuras y el recinto de sus holganzas, Y probablemente entonces se acentuó en su ánima socarrona y fatigada el aburrimiento.

Y ahora el señor Elguera está en el trance burgués de sus preparativos de viaje, sin que la ciudad se estremezca ni se alarme y hasta sin que nos preguntemos quién va a ser para nosotros en adelante el Señor del Centenario, el Barón de Keef y el sabio periodista que alimente y nutra el pensamiento nacional con el pensamiento de un vendedor de papagayos...

(En *El Tiempo*: Lima, 27–X–1917)

VOCES

Inquietudes domésticas

El sistema nervioso de la ciudad ha empezado a sentir los sacudimientos del trance electoral. Magüer nos acaudilla y nos preside en esta jornada renovadora el doctor Curletti, asistido por sabios doctores alienistas, vamos a padecer siempre las molestias del criollismo democrático. Ya se respira en las calles el hálito del tumulto. Ya se confabulan en los suburbios los clubes profesionales. Ya vibra el grito agrio de la zambocracia.

Aguardábamos nosotros que todas las energías metropolitanas se concentrasen en la casa del doctor Curletti que, por ser la casa de un médico, garantizaba la higiene y la limpieza del esfuerzo cívico. Y así ha sido. Las energías nobles, las energías sanas, las energías bien intencionadas han hecho su hogar de la casa del doctor Curletti en homenaje al anhelo fervoroso de que la municipalidad venidera sea una municipalidad personalmente aseada.

Mas no han sabido guardar silencio, discreción y recato las gentes zafias y palurdas que dan a las elecciones metropolitanas, en todos los tiempos, el colorido sórdido y plebeyo de sus demasías mercenarias. No se han conformado estas gentes con la idea de su abstención prudente. Para desasosiego de la ciudad se han juntado y concentrado en grupos bulliciosos y amenazadores que pretenden influir en los resultados de la renovación municipal.

También hay gentes honestas pero equivocadas y ambiciosas entre las que se asocian y se coaligan para intervenir en las elecciones. Estas gentes son buenas y candorosas. Pero están desequilibradas por la autosugestión de su capacidad y de su trascendencia. Y entre ellas hay quienes creen que basta ser un menestral cumplido para participar del gobierno de la ciudad; y así mismo hay quienes creen simplemente que basta haberse sistematizado en el uso del chaqué o que basta haber sido fiscal de una sociedad de auxilios mutuos o que basta haber pronunciado un discurso en una velada

literario–musical o que basta haberse solidarizado con el pensamiento más adefesiero de la lectura mas ramplona.

Alarmada vive la ciudad de la multiplicación progresiva de las candidaturas. No son menos de trescientas las que andan exhibidas aunque ya desacreditadas. Las hay de barrio, las hay de calle, las hay de casa de vecindad. Y entre sus prosélitos se discute listas y se construye planes como si el gobierno de la ciudad debiera ser organizado en asociaciones versátiles, desorientadas y enfermizas de la gente perezosa, de la gente analfabeta y de la gente acéfala.

Aparecen así mismo las candidaturas sintomáticas de personajes fosilizados de la vida nacional. Estas candidaturas suelen hacerse *réclame* en hojas sueltas. Y piensan recomendarse a la consideración pública retratándose con levita cruzada, bastón, guantes y otros aditamentos huachafos.

Y entonces clama asustado el comentario callejero:

–¿Pero esta no va a ser una municipalidad de especialistas? ¿Pero esta no va a ser una municipalidad nueva, moderna y científica?

El doctor Curletti y los sabios doctores alienistas que lo asisten y secundan le hacen señas a las gentes para que se tranquilicen y se sosieguen. Les dicen que este proceso municipal es un proceso metódico. Les aseveran que las palpitaciones porfiadas y morbosas del criollismo son inevitables. Les prometen que ellos sabrán enmendarlas y neutralizarlas.

Sin embargo, la ciudad no se calma ni se serena porque siente que pasan por las calles los primeros hálitos de la jornada cívica, que nos amenaza nuevamente el señorío de los virotes de alquiler, que reacciona la política del "pisco", de la cerveza y del garrotazo y que en los arrabales se organizan consorcios de cabezas ensortijadas o hirsutas disciplinariamente vacías...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–X–1917)

VOCES

Lunes parlamentario

En día lunes ha reanudado sus sesiones y sus esfuerzos el poder legislativo. El día lunes es el día aborrecido por toda la gente perezosa de la Tierra. El día lunes es el día que engendró la idea de la primera huelga. El día lunes es el día que recuerda a los asalariados la opresión del trabajo. Acaso los excelentes ciudadanos del Congreso han tenido ayer la misma impresión del bracero que recibe el amanecer del lunes, rencoroso, anarquista y malcontento.

En el nombre de un decreto del señor Pardo, que pudo transustanciarse en una circular del señor Heráclides Pérez, abrieron una legislatura más el señor don Juan Pardo y el señor don José Carlos Bernales, pronunciando la frase ritual de la liturgia parlamentaria.

Una legislatura extraordinaria da la sensación de una temporada chica. Tal como la legislatura ordinaria es la temporada oficial de la política, las legislaturas extraordinarias son las temporadas anexas, las temporadas menores, las temporadas que dependen en este momento histórico del gesto saturado de esplín del señor Pardo.

Suele acaecer que estas temporadas menores sean más interesantes, agitadas y ruidosas que la temporada oficial. Cuando ellas empiezan, los diputados y los senadores han perdido ya parte de la solemnidad, de la ponderación y de la mesura que se enseñorean en sus ánimas el 28 de julio. Sienten intenciones traviesas y entusiasmos insólitos.

Y es por esto que la república espera siempre con ansiedad las legislaturas extraordinarias. Sabe que van a ser más nacionales, más peruanas, más criollas y más sustanciosas. Sabe que el Parlamento, que durante las legislaturas ordinarias sobrepone a su iniciativa la iniciativa del gobierno, en las legislaturas extraordinarias piensa invariablemente que la iniciativa propia es mejor que la iniciativa ajena.

Esta legislatura extraordinaria ha encendido múltiples expectativas. No

porque sea una legislatura convocada para ocuparse de treinta y ocho problemas de la vida nacional dentro de sus treinta y ocho sesiones probables, sino porque es una legislatura destinada a restablecer en el Parlamento el debate acérrimo y la atmósfera guerrera.

Para proveer a la comenzada legislatura de un atributo personal, típico y risueño, el señor don Manuel Bernardino Pérez ha renovado su indumentaria. Usa ahora un traje verde, un sombrero verde, una camisa rosada y una corbata grosella que sobran para hacer del señor Pérez el punto de convergencia de las admiraciones mestizas. Y es tan agresivo el verde de su traje y de su sombrero, tan apasionado el rosa de su camisa, tan aldeano el grosella de su corbata tiesa, rectangular y hierática y tan inusitada toda esta tricromía de ensalada criolla, que hay que suponer que el señor Pérez se ha vestido así en obediencia a una trascendental consigna política o a un repentino anhelo de evolución y de remozamiento.

Y además esta legislatura ha servido para llenar de alborozo al señor don Carlos Borda, nuestro universitario amigo de la dorada bohemia, del monóculo con aro, de los guantes amarillos y de la orden de Doña Isabel la Católica.

El señor Borda presentó el año pasado cuarenta proyectos escritos en papel románticamente celeste para batir el record de la abundancia en la iniciativa. Tenía averiguado que jamás se había sometido al Parlamento tal copia y tal volumen de proyectos. Y vivía engreído de este record.

Momentáneamente lo alarmó la convocatoria del señor Pardo. Vio una enumeración interminable de proyectos. Y los contó de prisa y con angustia. Diez. Veinte. Treinta. Treinta y ocho. Al llegar a esta cifra el señor Borda lanzó un grito que repite hasta ahora en todas partes:

–¡Treinta y ocho proyectos no más son los del gobierno! ¡Y no son suyos! ¡Los míos fueron cuarenta! ¡Y totalmente míos!

Sólo que a veces le responden:

–Pero en papel celeste...

(En *El Tiempo*: Lima, 30–X–1917)

VOCES

Rieles y durmientes

Agarrados de las manos regresarán a la Cámara de Diputados el señor Baldomero Maldonado y el señor Héctor Escardó y Salazar. Macizo, curtido y provinciano el señor Maldonado. Y ambos, así el señor Maldonado como el señor Escardó y Salazar, muy honestos ciudadanos de sobrias intenciones y buenos modales.

Luengo ha sido el debate ferrocarrilero que ha llevado a la Cámara durante varias tardes de la legislatura ordinaria al señor Escardó y Salazar y al señor Maldonado. Luengos también serán los debates que los lleven ora a la Cámara de Diputados y ora a la Cámara de Senadores en el discurso de esta legislatura que se inicia. El proyecto sobre La Brea y Pariñas, el proyecto sobre los yacimientos petrolíferos y el proyecto sobre la sanidad obligarán a estos prudentes funcionarios a seguir visitando el Parlamento para darle luces como mejor conviniese al prevalecimiento de su política, a la felicidad de la patria y al lustre de la administración del señor Pardo.

El destino quiere que el señor Escardó y Salazar y el señor Maldonado vivan durante los cuarenta y cinco días de la temporada extraordinaria en permanente contacto con el Congreso. Quiere que hagan del recinto mozo de los diputados y del recinto hijodalgo de los senadores su hogar tardecino. Quiere que le consagren al Parlamento nacional las aburridas horas de las tandas vermouth.

No sabemos qué más querrá el destino, que en el Perú es por supuesto un destino criollo, del señor Escardó y Salazar y del señor Maldonado. Apenas si sabemos que los quiere guardar por mucho tiempo de colaboradores, asistentes y consejeros del señor Pardo. Piensa seguramente el destino, y lo piensa de consuno con el señor Pardo, que el señor Escardó y Salazar y el señor Maldonado son gente más cauta, más discreta y más medida que el señor García y Lastres y que el señor Sosa.

Y, magüer el uno es flaco y el otro grueso, magüer el uno es liberal y

el otro no lo es, magüer el uno no es huanuqueño y el otro lo es, existe alguna semejanza entre el señor Escardó y Salazar Ministro de Fomento y el señor Maldonado Ministro de Hacienda. Una recóndita semejanza no es una semejanza entre las personas sino una semejanza entre los ministros. El señor Escardó y Salazar dentro de su casa con pijama y zapatillas no se parece en nada al señor Maldonado dentro de la suya, con saco caqui, pañuelo de pallacate y gorra escocesa. Pero el señor Escardó y Salazar en su escritorio de secretario de Estado y el señor Maldonado en el suyo sí se parecen y muy íntimamente son dos funcionarios del mismo corte mesurado y tranquilo.

Para acentuar este parecido entre ambos ministros hay también un motivo secundario. Tanto el señor Maldonado como el señor Escardó y Salazar tienen en sus ministerios a un señor Pérez. Es decir tienen el apellido más terrible y encarnizado de todos los apellidos administrativos del Perú. El señor Pérez del señor Maldonado es el señor Heráclides Pérez de la prórroga del presupuesto y padrino y ejecutante de muchos hechos memorables. Y el señor Pérez del señor Escardó y Salazar es el señor Pérez Figuerola. Varón indomable, sagaz y cazurro aunque adiposo, que es dueño de poderosas y secretas influencias en el gobierno de la república.

Y bajo la alechugada farola de la Cámara de Diputados la semejanza de los dos buenos ministros ha llegado hasta la consustanciación cuando sentados el uno junto al otro, vinculados por la misma prudencia y la misma cautela, han encabezado y dirigido el entusiasmo ferrocarrilero de los representantes.

Y han dicho que la política de esta administración que nos anestesia y apacigua es una política de rieles y de durmientes, pero que en el Perú no podemos disponer de rieles sino apenas de durmientes...

(En *El Tiempo*: Lima, 31–X–1917)

VOCES

Primero de noviembre...

Aquesta buena ciudad de perezosos mestizos va a elegir sus concejales en los cristianos días de todos los santos y de los fieles difuntos que son los días de las peregrinaciones al panteón, de los responsos y de las cruces, de las resurrecciones de "Don Juan Tenorio" y de la fiesta de la muerte.

El grito del virote, el hálito de la jornada cívica, la efusión del pisco y de la cerveza, el trajín del carruaje mercenario, todo el fervor ciudadano de la zambocracia, turbarán, pues, la paz y la solemnidad evocadoras y piadosas de estos días destinados otrora al recuerdo de los muertos y al negocio de las vivanderas, muy leales servidoras de la gula criolla.

Después de depositar su voto en el ánfora de latón de una mesa receptora irán las gentes a depositar su corona en el nicho del difunto bienamado. Después de ponerse bajo el auspicio del doctor Lauro Curletti irán a ponerse bajo el auspicio de todos los santos. Después de cooperar al tumulto democrático del sufragio irán a cooperar al tumulto religioso de la conmemoración.

Amanece la ciudad más desorientada que nunca, más confundida que nunca y más irresoluta que nunca. Organízanse listas de candidatos a las concejalías de hora en hora. Una sale de la casa del señor don José Carlos Bernales. Otra sale de la imprenta del señor Durand. Otra sale de los barrios de Abajo el Puente. Otra sale de los barrios de La Victoria. Otra sale de los barrios de la Cerámica. Y todos hallan el patrocinio, el favor y la protección de la pródiga firma del doctor Curletti, quien suscribe listas lo mismo que recetas.

Inocua ha sido la actividad del consorcio bienintencionado de los higienistas y de los oradores reunidos bajo la presidencia del doctor Curletti. Baldío ha sido su esfuerzo. Estéril ha sido su inquietud.

Un mes de conchabamientos y de discursos no ha bastado para que de la casa del doctor Curletti saliese una lista de candidatos verdaderamente

destinada a darle a Lima una municipalidad nueva, moderna, aseada y científica.

Mal hizo evidentemente el señor Pardo en no hacerse el elector de la municipalidad de Lima y en dejarnos cancha libre. Si del Palacio de Gobierno hubiera salido una lista, tendríamos siquiera en estos momentos una lista definitiva. Nosotros, para apartarnos del vulgo, la silbaríamos. Y no nos sentiríamos envueltos en este desorden caótico de ambiciones, de deshonestidades y de incongruencias. Habría por lo menos silbidos. Habría también risas. Y habría finalmente aplausos. No sería esta madrugada tan anodina, tan indecisa y tan neblinosa.

Agitados por la aspiración, ora amortecida y declinante, de que en la municipalidad venidera –ya que va a haber gentes con prendedor de huairuro, gentes con dije de libra y guarpadelo, gentes con camisa rosada y corbata grosella, y gentes con levita cruzada y guantes plomos–, haya también higienistas que limpien las calles, barran los techos y nos alivien de morbosidades, preguntamos a gritos:

–¿Y van a ser concejales el doctor Baltazar Caravedo y el doctor Sebastián Lorente?

Nos responden:

–Tal vez; sólo que ellos no quieren.

Y nosotros entonces replicamos:

–¡Pero si son los médicos nacidos para gobernar a esta ciudad! ¡Son médicos de locos!

(En *El Tiempo*: Lima, 1º –XI–1917)

VOCES

Bostezando...

Nos aburrimos.

Dentro de esta ciudad enferma y dentro de sus cercanías grises y pálidas, bajo este cielo neblinoso donde parece que se hubiera enseñoreado para siempre el esplín de los ojos amortecidos del señor Pardo, entre estas gentes anestesiadas que esperan la venida de un Grande de España, el señor don Juan Belmonte, y en esta recatada calle que ayer no más vio pasar en hombros de la multitud a nuestro excelente amigo el señor don Jorge Prado, vivimos nosotros actualmente sin emoción, sin alegría, sin fervor, sin estremecimiento y sin voluntad.

Sentimos desabrimiento en todas las cosas, en todos los hombres y en todos los sucesos. Y sentimos lasitud en la atmósfera enrarecida que respiramos y sentimos fastidio en los semblantes de los hombres cuyo trato habemos y sentimos tibieza en la política a que asistimos.

No importa que el gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar haya recobrado su apostura de paladín en mangas de camisa y haya renunciado totalmente al uso falaz de una polca japonesa. No importa que la democracia y la huachafería metropolitanas hayan tenido dos días de holganza y de refocilamiento, dos días de automóviles con banderas y de música de "cachimbos", dos días de pisco y de malandanzas. No importa que el señor don Manuel Bernardino Pérez, nuestro Sancho de similor, se haya vestido de verde lechuga y se haya decorado con una corbata grosella que es el destello más criollo del momento histórico. No importa que así vestido y adornado haya querido besar los pies de la gentilísima Norka Rouskaya, pensando tal vez en que de existir en aquestas edades el señor don Quijote habría puesto en ella todas sus complacencias y la habría hecho la señora de sus pensamientos para acometer en su nombre las mayores locuras y las más gloriosas empresas. No importa que el señor don Lauro Curletti sea aún el más perfecto hacedor de conciliaciones y

remiendos.

Nosotros hallamos siempre descolorida, delicuescente e inodora esta actualidad en que se han juntado la renovación municipal, el congreso extraordinario y la conmemoración de los fieles difuntos y de todos los santos.

Vemos todavía en la Cámara de Diputados al señor don Héctor Escardó y Salazar y al señor don Baldomero Maldonado, tan disímiles como personas y tan semejantes como ministros de la segunda administración del señor Pardo. Vemos aún a los graves varones de la Suprema, el más alto tribunal de la nación, haciendo diputados o deshaciéndolos. Vemos en su automóvil corredor y raudo al señor don José Pardo que también huye aburrido de la ciudad y se va al campo pelado, yermo y polvoriento de los balnearios.

Preguntamos por preguntar algo:

–¿Permanece muy firme el gabinete del señor don Francisco Tudela y Varela?

Nos dicen maquinalmente:

–Muy firme...

Y preguntamos con desaliento:

–¿Y el proceso de las diputaciones por Lima?

Nos responden entonces:

–Quién sabe...

Así vivimos.

Tenemos tentación de alzarnos airados para protestar de que el señor Pardo no haya prescindido del congreso extraordinario y no nos haya favorecido nuevamente con la generosa merced de una circular del señor don Heráclides Pérez. Ya que no podemos lamentar una malaventura queremos quejarnos de no poder lamentarla. Pero también para dar este grito nervioso nos sentimos débiles y desganados.

Y bostezamos no más.

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XI–1917)

VOCES

Acto de contrición

Tenemos un asombro muy grande y muy acendrado.

Pero no es porque hayamos asistido a un estremecimiento nervioso de nuestra buena ciudad asustadiza; ni es porque hayamos asistido a una crisis de la fantasía criolla; ni es porque hayamos asistido a las quejas flébiles de un señor que tiene cotidianamente actitudes y entonaciones de plañidera; ni es porque hayamos asistido a una disertación de don Alejandro de Vivanco M. sobre las danzas de Isadora Duncan cuya fama debe haber llegado hasta las selvas vírgenes del Madre de Dios; ni es porque hayamos asistido a tanto alboroto, a tanto aspaviento y a tanto rimbombo.

Es por un acontecimiento más valioso, más sorpresivo, más sustantivo, más típico, más peruano y más trascendental. Es porque estamos viendo al señor don Manuel Bernardino Pérez, a pesar de su traje verde, a pesar de su camisa rosada, a pesar de su corbata grosella, a pesar de su dije de guardapelo, a pesar de todo lo que es en él jocundo y luminoso, en el trance de un arrepentimiento que es una claudicación o de una claudicación que es un arrepentimiento.

Este señor Pérez tan nuestro, tan nacional y tan abogado ha sido siempre un admirador sistemático de las artistas. Verdad es que las mujeres del teatro que hubieron el trato y recibieron el homenaje del señor Pérez no fueron nunca sino bailarinas de castañuelas, de pandereta y de "olé mi niño" o coristas de zafios modales y labios cotizables. Pero ya fueron bailarinas o artistas en el comentario callejero y en la frase del señor Pérez.

Tales andanzas diéronle al señor Pérez una bien ganada fama de don Juan de bastidores, de camarines y de rejas. Representaron el atributo máximo de su personalidad. Fueron su adorno, su gala, su decoración y su ornato.

Y he aquí que insólitamente el señor Pérez se ha erguido en el Club Nacional, en el Parlamento y en la Beneficencia, para maldecir de Norka

Rouskaya que es una artista joven, bonita, sazonada y graciosa.

Toda la ciudad se ha llenado de estupor:

–¡Pero este no es ya el señor Pérez!

Y ha habido interrogaciones:

–¿Acaso el señor Pérez se ha vestido de negro? ¿Ha renunciado tal vez al traje verde? ¿Se ha quitado por ventura la camisa rosada?

No ha habido quien responda.

Sólo la voz del señor Pérez ha continuado sonando envejecida, tortuosa y lerda para tundir a la bella dama a quien un día quiso aproximarse para expresarle su acatamiento, su reverencia y su genuflexión espiritual.

Y nosotros queremos decirle a la ciudad, a esta ciudad aprensiva, a esta ciudad conturbada, a esta ciudad sacudida, que el señor Pérez se siente ya muy viejo y empieza ya a ponerse contrito, arrepentido y penitente.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–XI–1917)

VOCES

Diapasón guerrero

Vivíamos sin emoción y sin ruido en esta buena ciudad donde el señor don Manuel Bernardino Pérez es todavía un tenorio teórico de camisa rosada y medias blancas, donde el señor don Alejandro de Vivanco M. dogmatiza sobre éticas y estéticas, donde hay espíritus que se regalan con el vals de la Duquesa de Bal Tabarin y se aburren con el Claro de Luna de Beethoven, donde matiza el invierno una carretita de maní y sazona el verano un heladero de D'Onofrio, donde la aspiración de la jarana no se aparta del pensamiento individual y colectivo y donde se organiza el comentario público en la coctelera del vermouth cotidiano.

Nos desesperábamos pidiéndole al cielo un acontecimiento sensacional que nos sacudiese y nos conflagrase.

Y he aquí que el cielo ha sido tan bueno, tan próvido y tan misericordioso, que ha derramado sobre esta ciudad, antes amortecida y lánguida, la merced de grandes sorpresas y sonoros sucesos.

Si ponemos los ojos en el señor Pardo, lo vemos desasosegado por la suerte de su proyecto de emisión de billetes, magüer se distrae honestamente con la música de Wagner y la música de Verdi. Si ponemos los ojos en el Parlamento, lo vemos estremecido por el debate ruidoso del proceso de Lima que tiene hasta ahora en mangas de camisa al gran ciudadano señor don Juan Manuel Torres Balcázar. Si ponemos los ojos en la prensa, la vemos preocupada aún por la aventura de la dulce señora Norka Rouskaya, de quien quiso hacer el señor don Manuel Bernardino Pérez la dama de sus pensamientos. Si ponemos los ojos en el señor don José de la Riva Agüero, lo vemos en el atrenzo marcial de una clarinada tremenda.

Así el gobierno como el Congreso, así el periodismo como la justicia, así el pueblo como la Iglesia, así los hombres gentiles como los hombres palurdos, así los viejos varones como las ingenuas doncellas, todo anda nervioso, conturbado e intranquilo en esta tierra hasta ayer ávida de placer

o de dolor.

Ya no suena la decepcionada exclamación:

–¡No pasa nada!

Ya no nos preguntan para bostezar enseguida:

–¿Hay algo nuevo?

Ahora nos atajan para reírse, para murmurar o para burlarse con nosotros ora de una cosa jocunda, ora de una cosa solemne, ora de una cosa trascendental.

Tornamos a la Cámara de Diputados para sentirnos nuevamente bajo el señorío de los timbres del señor don Juan Pardo. Y encontramos a la Cámara enardecida y soliviantada. Y sentimos que no es ya la Cámara que discutía sobre rieles y sobre durmientes con el señor Maldonado y con el señor Escardó y Salazar. Y hasta hallamos transustanciado en catedrático al señor don Carlos Borda que hasta antes de ayer no parecía sino un estudiante alegre y aplicado, de aquellos que estudian en la azotea para que les dé el fresco.

Y, levantando los ojos a las galerías, vemos enseñoreados en ellas a los virotes mercenarios que son siempre la decoración, el aderezo y la bufanda de nuestra democracia veleidosa e intermitente.

(En *El Tiempo*: Lima, 11–XI–1917)

VOCES

El sueño de don Juan

Nuestro señor don Juan Pardo, flor y espejo de donjuanes, gentilhombre perennemente rejuvenecido por las frescas linfas de Juventa, hijodalgo criollo de donairosas empresas y muy grandes venturas y varón en quien el señor Pardo que nos manda tiene puestas todas sus complacencias, está ya en el umbral del decaimiento, del cansancio y de la vejez.

Venimos de constatarlo llenos de aflicción porque para nosotros la juventud del señor don Juan Pardo, que era su donjuanismo, y el donjuanismo del señor don Juan Pardo, que era su juventud, representaba el atributo más esclarecido de este gobierno de cortesanía y decorativismo.

Y nos sentimos desolados.

Un día, antes de que un dictamen del señor don Manuel Bernardino Pérez sobre las elecciones de Lima diese origen a controversias y alborotos, antes de que la idea de una emisión de cuarenta millones de billetes alarmase a las multitudes, antes de que el señor don Alejandro de Vivanco M. se transformase de diputado por el Tahuamanu en comentador de Isadora Duncan y de Tórtola Valencia, antes que sacudiesen a la ciudad tantos acaecimientos intranquilizadores, nos dijeron unas gentes de mirada perspicaz y ladina:

–Don Juan Pardo se duerme en la presidencia de la Cámara de Diputados.

Nosotros pensamos que ésta era una expresión figurada. Que el señor don Juan Pardo "se dormía" en el sentido peruano de la frase. Que el sueño del señor don Juan Pardo no era sueño físico sino lasitud o pereza morales.

Pero nos desengañaron.

–No: el señor don Juan Pardo se duerme. Se duerme de fatiga. Se duerme de aburrimiento. Se duerme, se duerme, se duerme.

Preguntamos entonces:

–¿Cierra los ojos?

Nos respondieron:

–Cierra los ojos.

Y añadió en un rezongo desde su escaño lejano el señor Pérez:

–Cabecea.

Todavía permanecimos incrédulos. No quisimos aceptar que el señor don Juan Pardo se durmiese. Nos empeñamos en persuadirnos de que únicamente cerraba los ojos. Y de que los cerraba lo mismo que los cerramos nosotros frecuentemente para no ver las cosas de esta tierra.

Pero he aquí que un miembro de la minoría, el señor don Miguel Ángel Morán, que aunque se llama Miguel Ángel semeja más una sota de naipe español, acaba de comprobar que realmente el señor don Juan Pardo se duerme.

Subió el señor Morán a la mesa de la Cámara de Diputados, en ejercicio de su función accidental de secretario, y se sentó a la diestra de nuestro señor don Juan Pardo.

Y bajó convencido definitivamente de que el señor don Juan Pardo se dormía.

Nosotros abordamos ansiosamente a nuestro miguelangélico amigo:

–¿Se duerme el señor don Juan Pardo, por ventura?

El nos respondió con tristeza:

–Se duerme.

Y nos dijo luego:

–Tanto se duerme que ya no parece que fuera el señor don Juan Pardo.

Y el señor don Emilio Sayán y Palacios, flaco, zancudo y principesco, a pesar de sus estudios sobre la manteca y el aceite, se exasperaba:

–¿Cómo es posible que se duerma el señor Pardo sin que haya hablado todavía el señor don Manuel Jesús Gamarra?

Pero la respuesta que va a dar el ministro podemos adelantarla: las monedas de níquel no vendrán, por la prohibición del gobierno americano para exportar ese metal y los actuales billetitos... podrán ser canjeados, como ya lo ha dicho el señor Idiáquez ayer mismo.

¿Y será esa la solución necesaria? De ningún modo. Será la reagravación del mal porque significaría que los tales papeluchos perdurarían con su cortejo de daños de todo orden.

Ya lo hemos dicho. La solución del asunto no puede ser otra que la de aprobar alguno de los proyectos de ley para volver a la moneda de plata dando a nuestro sol el tipo de 18 peniques. Todo lo demás serán moratorias al asunto y origen de nuevas y mayores dificultades y peligros.

No queremos hacernos eco de la voz circulante de que hay en ciertos miembros del gobierno un interés especial en conservar los actuales billetitos, "certificados de depósito en oro", porque dada su maleabilidad y el asco que producen en el público, todos los papeluchos, así de esos de cinco centavos como de los de cincuenta que se destruyan dejarán un sobrante apreciable al llegar el momento de la conversión.

Pero como tal intéres es tan mezquino y acusaría una falta de moralidad muy grande de la que no podemos creer capaces a los funcionarios públicos, hemos de poner tales conjeturas al margen de la cuestión y hemos de esperar que si no el ministro en su nota de respuesta, los representantes, al ocuparse de ella, planteen la cuestión en su verdadero terreno.

(En *El Tiempo*: Lima, 12–XI–1917)

VOCES

Ambiente trágico

Augur sabio y perspicaz, nuestro buen amigo el señor don Jorge Corbacho, nos tenía hecho formal y oportuno vaticinio de que sobrevendrían acontecimientos descomunales en esta tierra y de que sería muy gravemente turbado el perezoso sosiego que el señor don Abelardo M. Gamarra llama calma chicha. No sabemos nosotros si el señor Corbacho, cuyas especulaciones esotéricas hacen de él un personaje misterioso y complicado, vino en conocimiento de tal porvenir durante un coloquio con la estrella Aldebarán o con la paca–paca que anda entremetida en el discurso de la vida nacional. Tan sólo sabemos que dimos entera fe a las palabras del esclarecido teosofista organizador de profecías y cachivaches.

Ora sentimos y palpamos lo bien encaminados que estaban los pronósticos del señor don Jorge Corbacho, a quien Dios haya concedido igual acierto y semejante clarividencia en cuanto nos tiene dicho de que será luenga nuestra vida, aunque la aflijan malaventuras y desazones, aunque la oprima y extorsione el criollismo, aunque la desasosiegue la corbata grosella del señor don Manuel Bernardino Pérez y aunque la mortifique el recuerdo de un pañuelo del señor don Luis A. Carrillo grabado con una inscripción floreada que dice "Viva mi dueño".

Después de tantos días de compostura, de serenidad, de languidez y de prudencia, ha entrado la Cámara de Diputados, que es por un sincronismo muy peruano la Cámara del señor don Víctor M. Maúrtua y la Cámara del señor don Julio C. Luna, en una hora de bullicio, de conflagración y de estruendo.

Nos ha valido esta hora insólita para que el señor don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal nos dé una prueba más de que es no sólo un varón aceitado de amaneradas, untuosas y sagaces palabras sino también un varón fuerte y sonoro de grandes y valientes actitudes.

El ademán vibrante del señor don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal,

secundado por la voz amistosa y leal del señor Escardó y Salazar, repercute todavía en el comentario callejero, asombrado de mirar en postura tan denodada a un parlamentario de tan dulces modales.

Y hace entender a las gentes que siempre que en el Parlamento se lastime la memoria del gran señor don Augusto B. Leguía, noble vértice de las aspiraciones ciudadanas y de las esperanzas nacionales, el señor don Juan de Dios Salazar y Oyarzábal se saldrá de quicio, magüer no se solivianten como él los cautos y redomados leguiístas de otros escaños.

Asistiendo a estos alborotos y conmociones, nosotros pensamos una vez más en lo desigual y cambiadiza que es la vida peruana. Y en que el destino no sabe repartir las emociones equitativamente para todos los meses y para todos los días del calendario. Y en que si un día nos sobran sacudimientos cien días nos faltan. Y en que continúa siendo un argumento nacional el puñetazo. Y en que el sistema nervioso del país está sujeto a cotidianas veleidades. Y en que tan inevitable es que nos legislen a gritos como que nos gobiernen a fuetazos.

Días vendrán en que nos enmendemos y corrijamos. Días que tal vez andan aún muy lejanos, pero que llegarán paso a paso. Aunque no están pronosticados por el señor don Jorge Corbacho, maestro de teosofías y de nigromancias, que ha leído en la palma de nuestra mano izquierda lo que será de nosotros.

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XI–1917)

VOCES

Nerviosidades

Mientras el ilustre periodista don Alberto Ulloa habla con las manos enfundadas dentro de los bolsillos de la americana, mientras el proceso de las elecciones de Lima se aleja de Kant, de Cromwell y del general Von Bernhardi, mientras el señor don Miguel Angel Morán sube y baja de la mesa del señor don Juan Pardo y mientras el señor don Óscar Víctor Salomón conserva invulnerable su virtualidad de ex cónsul en Cardiff, anda un tanto desasosegado y nervioso, perseguido por las miradas metropolitanas, el señor don José Matías Manzanilla es todavía, aunque ya no lo parezca según el señor Torres Balcázar, uno de nuestros grandes oradores parlamentarios.

Socarrón y mefistofélico, acariciándose la barba, mirando a la farola y sonriéndole al señor Pinzás, el señor Ulloa ha adornado su pensamiento patriarcal y solemne con traviesas incrustaciones del pensamiento donairoso e iqueño del señor Manzanilla.

Ha repetido pertinazmente el señor Ulloa esta frase:

–Así hablaba el señor Manzanilla...

Y ha asentido el señor Manzanilla con la cabeza:

–Así hablaba...

Pero, a pesar de que se ha sonreído con la muy famosa sonrisa de sus dorados tiempos, hemos advertido en la entonación, en el gesto y en la frase del señor Manzanilla una desazón, una inquietud y una tranquilidad que nos han hecho comprender que el señor Manzanilla permanece bajo el influjo criollo de su hongo cabritilla, ese hongo obsesionante, ese hongo vituperable, ese hongo adefesiero que ha debido sepultar en un rincón oscuro y hospitalario junto con su antañona corbata granate.

Buscado por las miradas de la barra, hemos visto al señor Manzanilla huir de su escaño para visitar el ángulo en que vive recatada y coludida la minoría de la Cámara. La minoría del señor Secada y del señor Químper.

La minoría del señor Ruiz Bravo y el señor Morán. La minoría de la minoría.

Hemos visto interrogado al señor Manzanilla:

–¿Por qué no habla usted?

Y le hemos visto escurrirse:

–Yo no hablo: yo voto no más.

Le hemos visto nuevamente preguntado:

–¿Entonces el señor Ulloa habla en su nombre?

Y le hemos visto alarmarse:

–No; en mi nombre no.

Le hemos visto dejar a la minoría, desorientado y esquivo, para decirle:

–Ya me he aproximado a la opinión. Ahora voy a aproximarme al poder.

Y le hemos visto arrepentirse después de dar un paso:

–No; me está mirando la gente de la barra.

Y le hemos visto volver a encaminarse hacia la presidencia aseverando:

–Pero sí. El poder me atrae siempre.

Y le hemos visto llegar hasta el sillón de nuestro señor don Juan para sentir un aliento en su amistad y en su trato.

Y, más tarde, ha venido a gritarnos el señor Torres Balcázar otra vez en mangas de camisa:

–Ya Manzanilla está dejando de ser el señor Manzanilla. ¡Ha empezado a ser don José Matías!

(En *El Tiempo*: Lima, 17–XI–1917)

VOCES

Miscelánea criolla

Loado sea el señor don Germán Arenas, que acaba de hablarnos con la entonación de un caballero medioeval, apto para una santa cruzada, aunque después el señor Secada lo haya tundido con su vituperio y con su reprensión. Loado sea el señor don Manuel Bernardino Pérez, que sigue oscilando entre el uso del chaleco blanco y el uso de la camisa rosada, aunque las gentes traviesas aseveran que el señor don Sancho Panza no permite que se le atribuya parecido con él ni con su rucio. Loado sea el Ilustrísimo Vicario Capitular, en cuyo espíritu profético creemos todos los peruanos, aunque su fama esté destinada a verse roída por "el voraz colmillo del tiempo". Loado sea Monseñor Belisario Phillips, nuestro Rasputín mestizo, que conserva su personalidad misteriosa de coadjutor, de consejero y de confidente, aunque gentes desorientadas pretendan sustraerlo a su influyente función metropolitana para darle el gobierno de una diócesis. Loado sea el señor don Oscar Víctor Salomón, nuestro ex–cónsul en Cardiff, que vive dueño de una notoriedad universal de propagandista imanador de los capitales extranjeros, aunque un excelentísimo amigo suyo se reía de sus guantes afranelados y sistemáticos. Loados sean todos los hombres que en nuestra tierra matizan, razonan y aderezan los acontecimientos limeños y suenan cotidianamente en el comentario callejero ora enaltecidos, ora burlados y ora motejados.

Sin estos hombres, sin el hongo cabritilla del señor Manzanilla, sin el riesgo profesional de que el país empiece a llamar al gran diputado iqueño "don José Matías", sin el denuedo de detective criollo o de gendarme con chaqué del coronel Edgardo Arenas, sin la sagacidad adiposa y plomiza del intendente señor Tizón, sin los gallardos prestigios de nuestro señor don Juan Pardo, sin los escarpines del muy esclarecido señor don José Carlos Bernales y sin los demás personajes que la decoran y animan, ¡cuán desabrida y triste sería la vida nacional! ¡Cuán grande sería nuestro

aburrimiento! ¡Cuán aguda sería nuestra desolación! ¡Cuán acendrado sería nuestro escepticismo!

Ni siquiera el proceso de Lima, glosado por la palabra suave del señor Solf y Muro, por la palabra juguetona del señor Químper, por la palabra pastosa del señor Barrós, por la palabra escolar del señor Borda y por la palabra solemne del señor Ulloa, sabría distraernos, entretenernos ni agitarnos en esta hora en que ha habido tantas conflagraciones, tantos escalofríos y tantas grimas.

Para nosotros hay pues en esta tierra hombres y objetos que tenemos que recordar a la gratitud peruana, pidiendo que se haga de ellos cumplido y permanente elogio, porque son el consuelo de nuestras amarguras, el alivio de nuestras nerviosidades y el bálsamo de nuestra ánima desconcertada, displicente, afligida e hiperestésica.

Y, sirviendo tan acendrada persuasión, le hablamos a la ciudad para decirle que en este día domingo, que es el día católico de las oraciones y de las preces, piense en los merecimientos, en las prestancias y en las virtudes de los personajes para quienes demandamos su alabanza así como los favores, complacencias y gracias del cielo bondadoso y próvido.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–XI–1917)

VOCES

Autos y vistos

Eran tres los automóviles puntuales, aseados, fieles y acuciosos que se paraban delante de la puerta de la Cámara de Diputados. Uno, el automóvil del señor don Juan Pardo, automóvil aristocrático, rutilante, muelle y majestuoso, hecho para el donjuanismo de su señor. Otro, el automóvil del señor don Gerardo Balbuena, automóvil burgués, regalado, digestivo y servicial, creado para usos metropolitanos y honestos. Otro, el automóvil del señor don Manuel Químper, automóvil sencillo, raudo, travieso y limpio, apto para la carrera, para la fuga y para la conspiración.

Muy señaladamente disímiles eran los automóviles del señor don Juan Pardo y del señor don Manuel Químper. Parecía muy engreído de ser totalmente civilista el automóvil del señor Pardo y vivía muy ufano de ser un tanto montonero el automóvil del señor Químper. Y mientras tanto, el automóvil del señor Balbuena trataba de semejarse al del señor Pardo. Era el automóvil del abogado que intenta aproximarse al automóvil del millonario.

Grande armonía y loable familiaridad habíase establecido entre los tres automóviles. Bien sabían que no eran afines ni parientes y que no estarían nunca a punto de serlo. Mas fraternizaban de buen grado, ajenos a las separaciones de la política, a las divergencias del destino, a las asechanzas del porvenir y a las veleidades de la vida nacional que tanto nos desasosiegan, tunden y maltratan.

Pero un día, el día en que vino de sus latifundios de la sierra el propietario del señor Balbuena, el día en que el señor Balbuena salió de la Cámara para que entrara en ella el mayorazgo de los señores Durand llegado a Lima para darle su voto y su aplauso, el día en que nuestra ánima se puso malcontenta y desolada por la salida de un diputado tan dueño de nuestra amistad y tan favorecido de nuestra adhesión, dejaron de ser tres los habituales automóviles que se pararon en la puerta de la Cámara de

Diputados.

Alejóse del trato y del roce con los automóviles del señor Pardo y del señor Químper el automóvil del señor Balbuena. No volvió ya a encaminarse alegremente hacia la plaza de la Inquisición. Empezó a huir de la ciudad en las horas tardecinas en que antes llevaba al señor Balbuena al Parlamento. Trasladaba al señor Balbuena a las avenidas donde se reconforta el ánimo y se expansionan los ojos esplináticos del señor Pardo.

Iba y venía de Miraflores a Miramar con el señor Balbuena que solía decirnos:

–¡Ahora soy feliz! ¡No pienso en la política! ¡Sólo pienso en el mar y en el campo! ¡Me paseo por Miraflores y por Miramar diariamente! ¡Lo mismo que el señor Pardo!

Y nosotros nos apartábamos de él para dirigirnos al Palacio Legislativo y para hallar delante de su puerta los dos automóviles disímiles pero fieles y sistemáticos que otrora vivieron en consorcio, colusión y ringlera con el automóvil ora fugitivo y desertor del señor Balbuena.

Ahora, de vez en vez, nos detenemos en las gradas del Palacio Legislativo y nos volvemos hacia la plazuela para mirar a los dos automóviles.

Primero ponemos los ojos en el automóvil del señor Pardo y exclamamos:

–¡El automóvil de la mayoría!

Aunque quiera corregirnos el señor Manzanilla:

–¡El automóvil del Poder!

Después ponemos los ojos en el automóvil del señor Químper y exclamamos:

–¡El automóvil de la minoría!

Aunque quiera corregirnos el señor Manzanilla:

–¡El automóvil de la Opinión!

Dudamos algunas veces de que el automóvil del señor Pardo sea realmente el automóvil de la mayoría. Lo vemos demasiado presidencial. Pero no dudamos jamás de que el automóvil del señor Químper sea el automóvil de la minoría. Nos bastaría recordar cuán veloz es su carrera, cuán perspicaz es su mirada, cuán juguetona es su intención y cuán democrática es su traza para sentir que es el automóvil de la minoría. Hasta parece que hubieran dentro de él, que es tan hospitalario y tan bueno, un recuerdo, una palpitación y un matiz de las patriarcalidades del señor Ulloa, de las eses del señor Salazar y Oyarzábal, de las agitaciones del señor Secada y de las prudencias del señor Ruiz Bravo.

Y escribiríamos nosotros el elogio de este automóvil –siquiera porque en una madrugada honesta sirvió para una gentil andanza sin la impertinencia amable de un accidente–, si no le hubiéramos preguntado al señor Salazar su opinión sobre el "auto" del señor Químper y si el señor Salazar y Oyarzábal no nos hubiera querido responder judicialmente para desazón de nuestro espíritu hostilizado por una persecución de la justicia:

–Autossss y vistossss...

(En *El Tiempo*: Lima, 20–XI–1917)

VOCES

Palco de besamanos

El ánima tediosa del Sr. Pardo, esa ánima que asoma de vez en vez a sus ojos displicentes y apagados, es un ánima que persigue intermitentemente los arrullos de la belleza artística. No es un ánima susceptible de la osada tentación de buscar una emoción estética en la noche quieta, silenciosa y beatísima de un camposanto, a trueque de suscitar el aspaviento de las muchedumbres aprensivas y nerviosas. Pero es siempre un ánima que, dentro de los linderos de una mesurada burguesía espiritual, gusta del goce puro y regalado que hay en las fiestas del ritmo, de la línea y del color, tan amadas por el señor don Oscar Víctor Salomón, nuestro excónsul en Cardiff.

Esta ánima del señor Pardo, que acude cotidianamente a la ópera, donde se coluden el sonido noble, el frac ceremonioso, la mirada sospechosa y el anteojo espía, es la misma ánima que acudió otrora a los recitales de Dalmau y es la misma ánima que acude enamoradamente a Miramar y a Miraflores para confundir la sensación de la carrera vertiginosa con la sensación del paisaje cambiadizo.

No en balde hubo un poeta de letrillas populares y de coplas afamadas en la genealogía del señor Pardo. El señor Pardo guarda recónditamente un viejo e hijodalgo rezago de lirismos en su ánima. Si el destino no lo hubiera llevado hacia la prosaica cúspide de la Presidencia de la República, envolviéndolo en el hálito de la zambocracia, rodeándolo del ruido de la jornada cívica, familiarizándolo con las múltiples fealdades de la política criolla, vinculándolo a la camisa rosada y a las medias blancas del señor don Manuel Bernardino Pérez, y habituándolo a los quintos de libra que atavían y adornan el alma provinciana del señor Revilla, acaso el señor Pardo habría educado su corazón y su pensamiento en las severas y gratas disciplinas del Arte. Sólo que si, en vez de llegar a ser artista altísimo, el señor Pardo sólo hubiera podido llegar a ser dilettante de cualquier orfeón

mestizo–italiano, confesamos nuestro agrado de que el destino haya conducido al señor Pardo a la Presidencia de la República y no a un dilettantismo huachafo del soneto, del pastel o del valse–yaraví.

Desde la Presidencia de la República peruana el señor Pardo no puede gozar de sensaciones artísticas esclarecidas, preciosas y pluscuamperfectas. Únicamente puede alcanzar un placer más o menos accesible y cotizable que sea para su espíritu una compensación equitativa por las desazones, molestias y fastidios, que le produzcan el trato y la vecindad diarias de hombres zafios, de hombres primitivos y de hombres sandios y vituperables. Y tiene que contentarse con ir por las noches a la ópera que, cuando es la ópera de la tonada melodramática, del tenor predestinado y de la soprano romántica, representa una transacción de la estética suma y excelsa con la estética del prendedor de huairuro, del folletín pasional y del queso de bola.

Pero ni aun en su palco de la ópera la Presidencia de la República deja sosegado, tranquilo y solitario al señor Pardo. No lo visitan ni hostigan en ese palco los postulantes orgánicos a una prefectura o a una comisaría. Mas sí lo visitan los personajes del mundo cortesano, investidos de toda la galanía de su frac o de su smoking para entregar a la notoriedad y al comentario metropolitanos su cordialidad con el señor Pardo.

El palco del señor Pardo se torna así en palco de besamanos. Y para las gentes del teatro se convierte en un proscenio accesorio y minúsculo decorado por el escudo nacional y construido para ser el asiento, la sede y el hogar imperecederos y próvidos del gobierno del señor Pardo.

(En *El Tiempo*: Lima, 22–XI–1917)

VOCES

El óleo peruano

Para ventura de nuestra patria, hija de próceres mestizos, ahijada de caballeros andantes y nieta de semidioses quechuas; para regalo de nuestro tesoro, alcancía de unos y bolsillo de los demás; para felicidad de nuestra democracia bituminosa, tabernáculo de civismo y cuartel de sustos y aprensiones; y para holganza de nuestros gobiernos, vértices de la alabanza mercenaria y del denuesto famélico, nos hizo el cielo la merced próvida de poner en nuestro subsuelo la maravillosa sustancia que para el diccionario se llama petróleo y que para el vulgo humilde y menesteroso se denomina kerosene.

No quiso el destino que esta república tuviese una edad de oro. Tampoco quiso que tuviese una edad de hierro. Quiso tan sólo que tuviese una edad de petróleo que es como quien dice una edad de lámparas, de motores y de cocinas. Una edad industrial y rutilante, edad ungida no por los óleos aromáticos y divinos de la tradición sino por los óleos cotizables y villanos del presente.

Pero, para torcer el destino, está en el gobierno de la nación actualmente un noble concierto de varones que se oponen al advenimiento de la edad del petróleo. Es un concierto de gente hidalga, aristocrática y galana que se alarma ante la grosera expectativa de que nuestro país se trasforme en un país de máquinas y de manufacturas. Y es un concierto de gente que, movida por grandes ideales artísticos, comprende la utilidad de la gasolina que sustenta a los automóviles raudos y a los yates esbeltos, pero que ve, llena de grima, la posibilidad de que inunde el territorio nacional el petróleo maloliente, plebeyo y combustible.

Un sentimiento estético inspira la aversión del gobierno del señor Pardo al anhelo popular y tosco de que el Perú medre y crezca gracias a las vituperables y sucias riquezas del petróleo.

Antaño otro sentimiento estético hizo que otros gobiernos, igualmente

pulcros de espíritu, evitaran que el Perú se enriqueciera a costa de las riquezas, más sucias y vituperables todavía, del guano y del salitre.

El mundo ávido, codicioso y ventral, podrá decir que el Perú es un pueblo de mal gusto. Tendrá que reconocer que es un pueblo de elegantes aspiraciones. Y las miradas universales encontrarán en este rincón de la tierra un fragante arcón de ideas románticas y donosas.

Un hombre esclarecido y famoso, pero que pretende que el Perú sea un pueblo negociante, un pueblo mercantil, un pueblo cartaginés, ha escrito desde Londres que el petróleo es un bien inapreciable y valioso que nos ha dado la providencia para hacernos dichosos y opulentos.

Mas su palabra no ha tenido eco en los espíritus pulidos y acicalados de los varones que nos mandan, que nos dirigen y que nos legislan. Piensan sabiamente estos varones que el Perú, un pueblo que es dueño de un pasado de metales fabulosos y de monumentos deslumbradores, no debe amar al impuro y soterraño aceite que la industria transforma en luz, en flama y en energía. Un país como el Perú no puede aceptar un lucro innoble y repulsivo. Si le gusta la minería debe gustarle en el oro que fue el divino presente del rey Melchor al infante Jesús. Jamás en los óleos burdos y serviles. Propio del decoro nacional sería que nos enriqueciéramos criando garzas y comerciando en perlas, corales y ostras. O que nos alimentara la riqueza de las dulces y generosas pieles de nuestras vicuñas.

Existen muchedumbres zafias y rudas que no entienden ni avaloran estos altísimos y bellos pensamientos. Muchedumbres que gritan que el petróleo es nuestro bien más tangible. Muchedumbres que no quieren que se lo entreguemos a extranjeros prosaicos y especuladores.

Mal hacen seguramente.

Porque somos dueños del yacimiento que nos da un óleo tan despreciable y ruin, debemos consolarnos sintiendo que somos dueños también de la mina que nos da el oro de los quintos de libra, del árbol que nos da el huairuro de los dijes nacionales y de la vicuña que nos da la lana del poncho y de la sobrecama.

(En *El Tiempo*: Lima, 24–XI–1917)

VOCES

Pueblo de los amores

Desde el día en que el señor don Arturo Osores, señor de todos nuestros homenajes, salió del Palacio de Gobierno para no volver más a él, hemos vivido pendientes del ademán, del paso y de la palabra del muy ilustre vicario del legendario partido constitucional.

Habíamos hablado en ese día con el señor Osores. Él y nosotros estábamos gobernados por la emoción de un momento de honda expectación política. Asediaban al señor Osores los reportajes. Y nos asediaban a nosotros las preguntas de la ciudad.

Y había pronunciado el partido constitucional su frase amenazadora:

–¡Nuestra política será de austero control!

En el señor Osores habíamos sentido la promesa de grandes actitudes. Palpitaba en su voz el convencimiento de que se había alejado para siempre del señor Pardo. Y, aunque este convencimiento le afligía íntimamente –porque el espíritu del señor Osores no es el espíritu locuaz de un leader oposicionista sino el espíritu silencioso de un leader del gobierno–, el Sr. Osores era entonces un hombre que se aprestaba para la lucha.

Después ni el señor Osores regresó al Palacio de Gobierno ni nosotros regresamos a la casa del señor Osores. No quisimos nosotros tornar a la casa del señor Osores, no porque hubiésemos dejado de amar el trato del distinguido personaje que asiste y confiesa al viejo jefe de los constitucionales. Era tan sólo porque reservábamos diariamente nuestra visita al señor Osores para el día en que tuviésemos que acudir a felicitarlo por el primer grito de austero control. Para contrariedad de nuestra esperanza no sonaba el grito. Y el destino interponía entre el señor Osores y nosotros la puerilidad de un frustrado anhelo de felicitación.

Nosotros acabamos de darnos cuenta de nuestro deber de impedir que el destino, que tan poco vale en estos siglos en que se cree en el señorío supremo de la voluntad, nos separe de un ciudadano tan esclarecido y tan

famoso.

Y hemos ido a buscarle renunciando a nuestro trivial propósito de aguardar para visitarle la oportunidad de una felicitación.

Pero hemos tenido una sorpresa tremenda. Una sorpresa que nos ha puesto preplejos transitoriamente.

En la casa del señor Osores nos han dicho:

–El señor Osores ya no vive en Lima.

Hemos preguntado movidos por una intuición:

–¿Acaso se ha ido a Miraflores?

Y nos han respondido:

–Sí.

Hemos abandonado la casa del señor Osores sin preguntar más. Luego nos han contado que el señor Osores ha trasladado su residencia a Miraflores como dicen los cronistas sociales. Y nos han agregado que la casa del señor Osores está muy vecina a la del señor Pardo. El señor Osores y el señor Pardo viven muy cerca el uno del otro, piensan muy cerca el uno del otro y sueñan muy cerca el uno del otro. Entre el señor Pardo y el señor Osores estaba otrora el partido constitucional con sus charreteras, sus sables, sus medallas y sus plumas blancas y coloradas. Ahora entre el señor Pardo y el señor Osores están únicamente uno o dos muros.

Nos han dicho hace un momento en esta estancia en que escribimos para la ciudad:

–¿Ustedes creían que la fuerza sugestiva del señor Pardo residía en el Palacio de Gobierno? ¿Sí? Ustedes se engañaban. No reside esa fuerza sugestiva del señor Pardo en el Palacio de Gobierno sino en Miraflores. Un hombre puede ser adversario del señor Pardo en el Palacio de Gobierno. Pero no puede seguir siéndolo en Miraflores.

Nos han desconcertado.

Efectivamente, nosotros pensábamos que no era el señor Pardo el que dominaba las malas voluntades, las malas voluntades enemigas, las malas voluntades disidentes, las malas voluntades reacias. Suponíamos que era el Palacio de Gobierno. Hoy nos han persuadido de que hemos estado en un error. Uno de los muchos errores de nuestra ingenua juventud y de nuestra lozana buena fe.

En Miraflores, pues, el señor Pardo tiene que ser dueño de todas las voluntades. Quienes no lo quieran en el Palacio de Gobierno por ser el Presidente de la República tienen que quererlo en Miraflores por ser el señor Pardo.

Y, naturalmente, al señor Pardo no le interesa que no lo quieran por ser el Presidente de la República sino por ser el señor Pardo. Lo que le interesa es que lo quieran. Si es que le interesa.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–XI–1917)

VOCES

Pasan los días...

Venimos de ver en el proscenio al caballero Lohengrin, gentil héroe de la rubia y maravillosa leyenda germana, y venimos de ver en su palco al señor Pardo, gentil héroe de la hirsuta y pobre realidad nacional. Venimos de oír la noble música de Wagner en la misma sala vulgar y percudida donde nos han hecho oír tantas veces la romántica tonada que suele refocilar a los espíritus de frac de las veladas y a los espíritus de chaqué de las vermouth. Venimos de olvidarnos de las viejas óperas populares, impregnadas de los óleos del queso de bola, que tan buenas solidaridades mantienen con la camisa rosada del señor don Manuel Bernardino Pérez. Venimos a escribir para la ciudad en la máquina Underwood que nos asiste, nos socorre y nos espera diariamente en la bohemia estancia decorada por un mapa de la guerra austro–italiana, por una fotografía de ciudadanos en mangas de camisa y por un almanaque que nos dice el día en que vivimos.

Nos hemos parado en el umbral de esta casa mientras han desfilado las gentes de la ópera que nos hacen habitualmente la merced de pasar por nuestra calle y por nuestra acera.

Y cuando se ha quedado desierta la calle. cuando hemos sentido la melancolía de la medianoche, cuando nos hemos acordado de nuestra cotidiana y desabrida misión de escribir, hemos exclamado:

–¡Si no tenemos tema! ¡Si no pasa nada!

Nos han refutado:

–¿Y las negociaciones con Chile?

Hemos movido la cabeza:

–¡Mendacidades del cable! ¡Ilusiones de la prensa! ¡Nosotros le creemos al señor Tudela y Varela!

Nos han abrumado entonces:

–¿Y el petróleo? ¿Y los trece patriotas del Senado? ¿Y el proceso electoral de Lima? ¿Y la crisis del pisco? ¿Y el santo del señor Secada? ¿Y

el "paso" del señor Borda?

Nos hemos defendido:

–¡Todo eso es viejo!

Nos han gritado finalmente:

–¿Y las interpelaciones al señor Tudela?

Hemos persistido en nuestra perezosa displicencia:

–Palabras, palabras, palabras...

Y es que en verdad volvemos a aburrirnos, volvemos a hallar lasitud en el ambiente metropolitano, volvemos a vivir sin estremecimiento y sin emoción, aunque aparentemente la vida peruana siga asediada por el vaticinio de acontecimientos sonoros destinados a sacudirnos y conturbarnos.

Nos tienta de vez en vez el deseo de afiliarnos a la escuela teosófica del señor Corbacho para refugiarnos en la investigación del porvenir, para alejarnos de las cosas que han sido, pensando en las cosas que serán, para averiguar la suerte venidera de los escarpines del esclarecido señor don José Carlos Bernales y para saber si dentro de veinte años será todavía diputado el señor don Manuel Bernardino Pérez.

Y ahora, después de haber salido de la Cámara de Diputados para entrar en el bosque sagrado de un poema de Wagner, tenemos que sentir, más hondamente que nunca, el horror al comentario pertinaz y sistemático a que estamos obligados en esta tierra de los trece patriotas, de las santas pastorales, de las aprensiones femeninas, de los helados de carretita y de las soterrañas efusiones del óleo burdo y servil que nos desasosiega y nos perturba.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–XI–1917)

VOCES

Santo, santo, santo

Magüer se asombre el Ilustrísimo Vicario Capitular de la beata pastoral entregada al "voraz colmillo del tiempo", se llama también "santo" el cumpleaños del señor don Alberto Secada, contumaz, fosforescente y agitado enemigo de Nuestra Santa Madre Iglesia. Tan "santo" es el cumpleaños del señor Secada como el cumpleaños del sabio, docto y lustroso diputado y sacerdote señor Sánchez Díaz. Tan "santo" como el cumpleaños del uncioso favorito de la iglesia y del estado peruanos Monseñor Phillips. Tan "santo" como el cumpleaños del áspero, fosco y severo señor Fariña.

Probablemente pensarán las asustadizas y cándidas abuelas de la ciudad que en el día del "santo" del señor Secada anda suelto el diablo. Y harán asperges de agua bendita con el milagroso hisopo doméstico para ahuyentar de los rincones al malaventurado personaje de quien tan vituperables hazañas nos cuenta el mundo así en las páginas divinas del Génesis como en las páginas humanas del poema de Goethe.

Pero, cualesquiera que sean las aprensiones y las grimas de nuestra ciudad católica, se denominará siempre "santo" el cumpleaños del señor Secada. Y será "santo" porque la frase nacional no sabrá apodarlo de otra guisa. "Santo" por que "cae" en el mes de noviembre que es el mes de todos los santos. "Santo" por su vecindad con el "santo" del general Cáceres que era en lontanos tiempos un "santo" de castillo, "paloma", cohetes, noche buena, banda de músicos y serenata.

Tres días hace del cumpleaños del señor Secada que "cayó" en un domingo señalado en el calendario cristiano como la sexta domínica después de la epifanía. Y hasta ahora no han terminado los festejos del pueblo chalaco en obsequio del señor Secada. Todavía se suceden los banquetes, los ágapes y las fiestas. Banquetes, ágapes y fiestas donde prevalece la gama criolla y donde se evocan las buenas edades de los

antiguos "santos" nacionales.

Grande enojo habrían tenido los hombres del Callao si, en virtud de la ley que nos ha dado el señor Maúrtua para que sea más famoso su muy famoso nombre, les hubiera sido vedado verter con motivo del "santo" del señor Secada el pisco iqueño que nutre y sazona amores y enconos, pensamientos y pasiones, venturas y desdichas y todo lo que es empresa, dinamismo o acontecimiento en la desmayada vida peruana.

Mas hubo unánime y fervoroso respeto a los entusiasmos despertados por el señor Secada, que si para nuestra ciudad es un ciudadano merecedor de las mayores devociones, para el Callao es caudillo y consejero, paladín y leader, cuyo nombre se ha tornado en escudo, adarga y bandera de las tremendas muchedumbres chalacas.

Y también han sido para la minoría días feriados estos luengos días del "santo" del señor Secada. Porque no en balde es el señor Secada el diputado de ánima más joven, atrevida y heroica de la minoría y, por ende, el que suscita en ella más arrebatos y el que la lanza a las más locas aventuras. Aunque este rol debía tocarle por antonomasia a nuestro excelentísimo amigo el señor Borda, diputado de áureo y gentil espíritu y de donoso monóculo, que se ha dado en cuerpo y alma a la bohemia escolar a trueque de sufrir los desabrimientos y zozobras de los "pasos" que en la miscelánea universitaria son unas veces pasos amargos y otras veces pasos perdidos.

(En *El Tiempo*: Lima, 28–XI–1917)

VOCES

Ministro viajero

Este día veintinueve de noviembre no es un día vulgar. No es un día vulgar no sólo porque es un día de noviembre. No lo es también por un motivo particularísimo y trascendental. Nuestro Ministro de Fomento el señor Escardó y Salazar se va a Huancayo. Y, aunque no se va a Huancayo coludido y mancomunado con el Ministro de Hacienda señor Maldonado, se va para perseverar en su política de carrilano.

A la hora blanca y sudorosa del mediodía, a la hora en que se organizan los postreros cocktailes rituales, a la hora en que pasa por el jirón de la Unión en viaje al yantar familiar el señor don José Carlos Bernales, a la hora en que nosotros solemos pensar en la ineficacia del esfuerzo, se acomodará el señor Escardó y Salazar dentro de un pullman confortable y regalado para trasladarse a la lozana provincia que representan en la Cámara de Diputados el enorme señor Peña Murrieta y el acucioso señor Ponce y Cier.

Probablemente se asociará al señor Escardó y Salazar en esta aventura el señor don Oscar Víctor Salomón que anda ganoso de asociarse a todas las aventuras hacederas del mundo. Tan ganoso que hubiera perdido totalmente su colección de guantes afranelados si de esta guisa le hubiera sido dado asociarse a Norka Rouskaya en su aventura del cementerio.

Breves minutos hace que nos hemos tropezado con el señor don Oscar Víctor Salomón. Lo hemos visto tan agitado, tan inquieto y tan jadeante, que hemos comprendido que se hallaba en la inminencia de un viaje o en la inminencia de una conferencia al aire libre. Y le habríamos preguntado qué le acaecía si él mismo no nos lo hubiera dicho espontáneamente:

–Mañana me iré a Huancayo con el Ministro de Fomento. Vamos a visitar Jatunhuasi. Jatunhuasi, amigos míos, es un emporio de riqueza. La hulla de Jatunhuasi es tan rica como la hulla de Cardiff. Por ser dueños de Jatunhuasi nos parecemos un poco a Inglaterra. Jatunhuasi es nuestro

Cardiff.

Maquinalmente le hemos interrogado al señor Salomón:

–¿Se va usted de cónsul a Jatunhuasi, por ventura?

Y el señor Salomón nos ha dejado entonces, persuadido de que éramos unos distraídos incorregibles, después de apretarnos la mano con toda su máxima energía sajona.

Viéndolo alejarse, hemos pensado en que el señor Oscar Víctor Salomón era por antonomasia el asistente, el confesor y el compañero de viaje nombrado por el cielo para seguir a Huancayo al señor Escardó y Salazar. Así como entre el señor Escardó y Salazar, Ministro de Fomento, y el señor Maldonado, Ministro de Hacienda, hay un parecido ministerial muy profundo, a pesar de que entrambos son disímiles personalmente, así entre el señor Escardó y Salazar y el señor Salomón hay también un parecido abstruso y recóndito. Decimos "nuestro Ministro de Fomento" con el mismo énfasis con que decimos "nuestro ex cónsul en Cardiff". Se nos antoja que nuestro Ministro de Fomento y nuestro ex cónsul en Cardiff son muy nuestros, absolutamente nuestros, definitivamente nuestros. No importa que el señor Escardó y Salazar sea tan chico y tan cenceño y el señor Salomón tan grandazo y musculoso. Los dos son nuestros. Los dos son peruanos. Los dos quieren que el Perú explore esas hulleras que le dan un parecido enorgullecedor con Inglaterra.

Dios los lleve con bien a Jatunhuasi –aunque nos dejen en Lima, enseñoreado sobre una lata de petróleo en el Ministerio de Fomento, al adiposo señor Pérez Figuerola–, porque de este viaje saldrán progresos muy grandes y venturas muy preciosas para la república.

Encaminándose a Jatunhuasi pensarán sin duda alguna el señor Escardó y Salazar y el señor Salomón en que no sólo tenemos la riqueza del petróleo sino también la riqueza de la hulla y en que la hulla sirve para la cocina lo mismo que el petróleo.

Y acaso, abultados por los dobles juegos de medias y camisetas, asorochados por la altura aviesa y malcurados por el olor del "ajo macho" de que irán provistos de acuerdo con las pragmáticas del viajero criollo, acometerán la grave aventura de desentrañar el símbolo que vive encerrado en la misteriosa fecundidad de combustibles que hay en el suelo y en el subsuelo peruanos.

(En *El Tiempo*: Lima, 29–XI–1917)

VOCES

Luengo camino...

Entramos en el mes de diciembre perseguidos todavía por los desabrimientos, por las agitaciones y por los ruidos del proceso de Lima. Aún andan conflagrados, alrededor del señor Miró Quesada, del señor Prado, del señor Balbuena y del señor Torres Balcázar, los hombres y los sentimientos de la política peruana. No ha habido en la vida nacional, desde hace mucho tiempo, un acaecimiento de tan larga secuela y de tan persistente resonancia.

Tan perturbados viven los partidos, los círculos, los clubes, las capillas y las asociaciones por el proceso de Lima que habría fundamento para arribar a la sospecha de que acaso sea el señor Pardo que nos manda quien ha creado este motivo de desconcierto y de contienda para las muchedumbres y para los individuos. El proceso de Lima habría sido un objeto perspicazmente elegido por el señor Pardo para entretener a los hombres y para extenuar sus energías en tremendos debates. Y estaría en su interés mantenerlo sin solución para que se prolongase este momento de ansiedades, de inquietudes y de controversias que vienen absorbiendo la actividad política de este país.

Ya el proceso de Lima no ambula entre los escaños de la Cámara de Diputados para desazón de nuestro señor don Juan Pardo y para trajín del señor don Manuel Bernardino Pérez. Ahora se halla en las manos del señor don José Carlos Bernales aguardando que el Senado lo analice y lo resuelva como mejor conviniese a esa cámara altísima, majestuosa y prudente.

Y tornamos a vernos en el umbral de otro debate y de otras votaciones nominales destinadas a conmover a los ciudadanos, a soliviantar a los periódicos y a rodear de zozobras el ánima nerviosa del señor Miró Quesada y el ánima risueña del señor Balbuena.

Excítase el comentario callejero cuando recuerda que el señor Chiri-

boga, héroe de un folletín criollo que tuvo porfiadas vibraciones de escándalo, pudo evitarnos todas estas complicaciones en que el honesto ideal, el veleidoso interés y el invulnerable principio se anudan y se coluden. Se rememora los días en que el beatísimo pastor de una grey parroquial, de la cual somos nosotros muy rendidos feligreses, tuvo en sus manos la solución del proceso que actualmente desasosiega al gobierno, al Parlamento, a la Suprema y a la prensa. Y se piensa en lo que vale la voluntad de un presbítero de nuestra santa iglesia peruana.

Nos aseveran:

–El señor Chiriboga es ahora un párroco puro de corazón y limpio de conciencia. Acaba de salir del Convento de los Descalzos donde ha vivido entregado durante varios días a austeros ejercicios espirituales que han dejado santificado su cristalino espíritu. ¡Este es el momento de citar a la Junta Escrutadora!

Pero nosotros, que nos sentimos ya fatigados por la duración del proceso de Lima, nos oponemos a la iniciativa de la travesura metropolitana:

–¿Otra vez la Junta Escrutadora? ¿Otra vez los secuestros? ¿Otra vez el señor Tizón, sagaz, untuoso y plomizo, asegurando el orden? ¿Otra vez los gritos de la zambocracia de alquiler?

Y ponemos los ojos en el reloj para contar hastiados los minutos hasta quedarnos dormidos. Sólo que también dormidos nos persigue la visión del proceso de Lima que, tranqueando, jadeando y tropezando, va por su camino largo y sinuoso. Y nos despertamos para seguir contando los minutos.

(En *El Tiempo*: Lima, 1º–XII–1917)

VOCES

Tira y afloja

El gesto, el pensamiento, el ademán y el grito novísimo del señor don Mariano Lino Urquieta han tenido una resonancia muy honda en nuestro espíritu. Nos pasamos las horas escrutando la actitud y la doctrina del sonoro apóstol de las muchedumbres arequipeñas. Nos preguntamos si mañana nosotros, humildes y débiles escritores de quienes es posible aguardar toda flaqueza, nosotros que no somos robles ni catones ni estaremos jamás en camino de serlo, nosotros que no alzamos el pendón de ninguna denodada rebeldía, nosotros que no acaudillamos multitudes ni preconizamos rojas alboradas revolucionarias, nosotros que no somos capaces de hacer de nuestra pluma un ariete ni una lanza ni una bayoneta, nosotros que no aspiramos a ser héroes, paladines ni tribunos, nosotros que no acometeremos nunca una cruzada prócera ni una aventura romancesca, ¿no llegaremos a arrepentirnos de estas andanzas burlonas en que nos ha metido el destino para tornarnos en defensores de las gentes y de las obras que, medrosamente, hemos tundido, motejado y hostigado? Y, así interrogándonos, nos decíamos que ahora, tal vez por ser muy jóvenes y muy irreflexivos, somos dueños de una conciencia saturada de ingenuidades, de idealismos y de candores. Que todavía somos capaces de caer en infantiles asombros y de emprender inocentes empresas. Pero que probablemente mañana la vida, solícita y milagrosa, nos exonerará de estos cándidos y románticos barnices de la juventud.

Y es que ha conturbado gravemente nuestro espíritu el discurso que el señor Urquieta ha pronunciado en la Cámara del señor don José Carlos Bernales patrocinando la solución parlamentaria del proceso de Lima.

No nos sorprenderíamos de que el señor don Manuel Vicente Villarán, el sumo maestro de los abogados peruanos, el "divino calvo" del flamenquismo político nacional, el hombre en quien el señor Pardo pone a veces todas sus complacencias, se parase en el Senado para sostener que el sufragio está connaturalizado con el fraude, que el interés vale más que

el ideal y que la mancomunidad partidarista puede más que las teorías y los lirismos de los predicadores de utopías.

Tampoco nos sorprenderíamos de que hablase asimismo el señor don Mariano H. Cornejo, aunque el señor Cornejo sea un "orador sacerdotal" que se pierda en sus dominios del éter azul.

Seguramente no nos sorprenderíamos tampoco de sostener nosotros esos conceptos que son los conceptos de todos los hombres que hemos sido educados en las escuelas de la realidad y, sobre todo, en los aleccionadores claustros de la vida peruana.

Acontece que ni el señor Villarán ni el señor Cornejo han querido ser alguna vez robles ni catones. Siempre han sido varones ecuánimes y tranquilos que se han alejado de las peligrosas veredas de la caballería andante. Si han admirado a los apóstoles, como los admiramos nosotros, no han sentido jamás, tan bien como nosotros, la tentación de serlo para perturbación de su estética, cansancio de su voz y sudoroso humedecimiento de su ropa metropolitana.

Pero persiste muy vivo en nuestro espíritu el recuerdo de las jornadas virulentas del señor Urquieta para que no nos parezca insólito escucharle estas palabras:

–¡Vamos a cometer un acto que es legal y que es ilegal! ¡Vamos simplemente a imponer nuestro criterio político! ¡Vamos a abrirle un "portillo" a la ley! ¡Tan sólo debemos preocuparnos de que este "portillo" no sea muy grande! ¡Así como los padres aman a sus hijos defectuosos y quieren "lograrlos", así los partidos del gobierno aman a sus diputados, que son en esta ocasión defectuosos, y quieren "lograrlos"!

Un amigo nuestro nos ha preguntado:

–¿Podría el señor Urquieta decir lo mismo en una plazuela?

Y nosotros nos hemos sonreído para responderle:

–¡No es posible hablar en el Senado como en una plazuela!

Más tarde nos han preguntado:

–¿Pero éste no es el señor Urquieta de los grandes gestos de rebeldía? ¿Este no es el señor Urquieta del voto sobre La Brea y Pariñas?

Nos hemos quedado callados. Mas hemos sentido inmediatamente la respuesta en un razonamiento criollo y refranero:

–Este es indudablemente. Pero "tira y afloja". Y si unas veces tira, esta vez afloja...

(En *El Tiempo*: Lima, 2-XII-1917)

VOCES

La torre del régimen

No habrá obra pública acometida o terminada por esta próvida administración del señor Pardo que pase inadvertida para las muchedumbres peruanas. Esta administración quiere derramar sobre los pueblos del Perú los favores y las gracias que mejor les conviniesen y sentasen. Pero no quiere hacerlo sin sonoridad, sin ruido y sin fausto.

Sabe el señor Pardo que vivimos en una tierra de hombres malagradecidos, descontentos y olvidadizos, donde no se mira ni se valora los muchos bienes que nos hacen quienes nos gobiernan para ventura de algunos y consternación de los demás. Y comprende que más que realizar el beneficio es necesario señalarlo y enaltecerlo.

Ahora estamos, por ejemplo, en un momento de obras públicas. Los sobrantes del presupuesto vierten sus mercedes sobre esta tierra amortecida y perezosa. Y, si no por la comodidad u holganza que nos dispensen, nos enteramos de ellas por los viajes que para bendecirlas en el nombre del señor Pardo practican sus funcionarios de fomento.

Pocos días hace que el señor Escardó y Salazar, nuestro Ministro de Fomento, se acomodó dentro de un pullman regalado y confortable en viaje a Huancayo, asistido por nuestro ex cónsul en Cardiff el señor don Oscar Víctor Salomón, rodeado de diputados y de senadores y seguido por los mensajeros de la prensa. Y dentro de breves horas, aunque sin séquito ni cortejo, se acomodará dentro de un barco el señor Pérez Figuerola, nuestro Director de Fomento, comisionado por el señor Pardo para inaugurar la torre de Cachendo y desde ella hacernos las señas que mejor le pareciesen.

Probablemente va a lamentar la ciudad que se vaya del Ministerio de Fomento el adiposo funcionario que tan connaturalizado y tan consustanciado está con su manejo y dirección. Nos habíamos habituado

a la idea de verlo en ese ministerio sentado sobre su lata de petróleo hasta el día en que regresase el señor Escardó y Salazar. Y nos habíamos persuadido de que no se alejaría de nuestra ciudad mientras no pudiese llevarse a nuestro ex cónsul en Cardiff a quien la república habría querido ver denodadamente instalado en la cúspide de la osada torre de Cachendo.

Pero los acontecimientos se empeñan en contrariarnos.

Y vamos a quedarnos de improviso sin el señor Escardó y Salazar, nuestro Ministro de Fomento, sin el señor don Oscar Víctor Salomón, nuestro excónsul en Cardiff y sin el señor Pérez Figuerola, nuestro Director de Fomento y Aguas.

Nos preguntan en la calle:

–¿No es verdad que el señor Pérez Figuerola debía haber ido a Huancayo y el señor Escardó y Salazar a la torre de Cachendo? ¿No es verdad que el viaje a la torre de Cachendo es más trascendental?

Maquinalmente respondemos:

–No. ¿Qué vale la torre de Cachendo al lado del ferrocarril de Huancayo a Ayacucho que tanto entusiasma al señor Escardó y Salazar y al lado de la hulla de Jatunhuasi que tanto entusiasma al señor Salomón?

Y nos refutan:

–¡Gran error! ¡Ustedes no comprenden la importancia que tendrá en la historia de la administración del señor Pardo la torre de Cachendo! ¡La torre de Cachendo será para la posteridad una torre famosa! ¡Se hablará de la torre de Cachendo como se habla de la torre de Babel! ¿No ven ustedes en la torre de Cachendo un anhelo glorioso de elevarse hasta el cielo? ¡Ustedes no ven nada!

Nos callamos entonces. Pensamos que así debe ser. Pensándolo volvemos los ojos hacia el señor Pérez Figuerola. Y mirando al señor Pérez Figuerola nos acordamos del prestigio misterioso que en la vida peruana posee el apellido Pérez. Sentimos que se entroniza cada día más en el Perú este terrible apellido. Cerramos los ojos para coleccionar mentalmente a los famosos señores Pérez que circulan por las calles metropolitanas investidos de alguna autoridad. Y vemos pasar, uno tras otro, al señor Alfredo Pérez Figuerola, Director de Fomento y de Aguas, cargando una lata de petróleo en cada mano; al Sr. Heráclides Pérez, Director de Hacienda, sonando la alcancía de los superávit; al señor Justo Pérez Figuerola, Director de Instrucción, presidiendo una procesión de los niños de las escuelas fiscales del Perú; al señor Pérez Araníbar, Director de Beneficencia, ocultando dentro de su automóvil de médico de campanillas

la huachafería de su chicago de paja y de su chaqué de lustrín; y, finalmente, al señor don Manuel Bernardino Pérez, flor y espejo de cuantos Pérez en el mundo han sido, exhibiendo en el umbral de Broggi el criollismo de su obesidad, de su talle, de su pensamiento y de sus camisas...

(En *El Tiempo*: Lima, 4–XII–1917)

VOCES

Pasos perdidos...

Vienen a nuestra estancia, de rato en rato, las voces traviesas de la ciudad para aseverarnos que los sumos escarpines del señor don José Carlos Bernales han perdido la misteriosa eficacia que tan grande fama les diera. Hasta ahora no había habido empresa, puesta bajo su protección, que no fuera afortunada y dichosa. Y hoy no le vale la gracia de esos trascendentales escarpines al proyecto de los amigos del señor Balbuena y del señor Miró Quesada para librarlo de tropiezos, caídas y molimientos.

Nos interpelan las voces de la ciudad:

–¿Acaso los señores Balbuena y Miró Quesada no están bajo el auspicio de los maravillosos escarpines del señor don José Carlos Bernales?

Maquinalmente respondemos:

–¡Acaso!

Vuelven a interrogarnos las socarronas voces:

–¿Acaso los escarpines del señor don José Carlos Bernales no saben ya obrar mayores prodigios que la niña dormida de Monsefú?

Volvemos a exclamar:

–¡Acaso!

Y tornan a requerir nuestro pensamiento:

–¿Acaso el señor don José Carlos Bernales se ha quitado los escarpines?

Tornamos nosotros a responder sin convencimiento:

–¡Acaso!

Pero inmediatamente reaccionamos. Nos rebelamos contra el influjo de las suspicacias metropolitanas. Pensamos que no es posible que los escarpines de nuestro señor don José Carlos hayan dejado de ser tan prodigiosos como antes. Comprendemos que andan muy desorientadas las voces de la ciudad.

Y salimos a la calle para gritarles a los transeúntes:

–¡Mentira! ¡Los escarpines del señor Bernales son tan poderosos y

bienhechores como siempre! ¡No es su gracia lo que les falta al señor Balbuena y al señor Miró Quesada!

Asombrados los traseúntes nos preguntan:

–¿Por qué entonces el señor Balbuena y el señor Miró Quesada no son aún diputados por Lima?

Les contestamos a gritos otra vez:

–¡Porque el señor Mariano Lino Urquieta ha sido su abogado en la Cámara de Senadores! ¡No se trata de un fracaso de los escarpines del señor Bernales que es un gentilhombre de permanentes y donosos prestigios! ¡Se trata de un fracaso de los discursos del señor Urquieta que era un hombre de gestos denodados y de rebeldías legendarias!

Y con esta persuasión altísima vamos y venimos del Senado.

Sentimos que los espíritus de los senadores son porfiados pero serenos, majestuosos y tranquilos. Nada los solivianta. Nada los exaspera. Son incapaces de interrumpir sus sosiegos con una hora de gritos, de estremecimientos y de agitaciones. Dan quórum o lo quitan. Pero lo hacen silenciosamente. Parecen unos viejos y silenciosos jugadores de ajedrez que se pasan las horas moviendo tranquilamente sus fichas.

Y no se preocupan de que mientras ellos se mueven, se miran y se conchaban, la ciudad se muere de ansiedad. No ven que el proceso de Lima tiene conflagrados a los hombres desde hace un año. No oyen los clamores de la anhelante expectación ciudadana. Apenas si tienen una sonrisa los labios del señor Eguiguren que anda empeñado en meter en el léxico criollo la palabra "chiriboguear" destinada a alcanzar mucha nombradía en lo venidero.

Mirando cuánto desazonan a los señores Miró Quesada y Balbuena las tardanzas y los aplazamientos del Senado pensamos que en las ánimas de los senadores ha puesto algo de cruel y de acerbo la atmósfera de su hogar inquisitorial y arcaico.

Y nos decimos que los senadores son sobre todo muy despiadados con el señor Miró Quesada, a quien sentimos, chico, nervioso y trepidante, palidecer dentro de su automóvil de burgomaestre.

Porque el señor Balbuena es dueño de un espíritu locuaz, jocundo y mataperro que sobrepone la risa a la pena, y porque, mientras nos parece que el señor Miró Quesada vaga por el Salón de los Pasos Perdidos, vemos al señor Balbuena restituido al seno de la Cámara de Diputados que acaba de abandonar, para volver a sus hidalgas tierras, el mayorazgo de los señores Durand.

Y porque vemos enseguida que los diputados le abren los brazos al señor Balbuena interrogándole:

–¿Viene usted de diputado por Lima?

Para que el señor Balbuena les responda alegremente estrechándoles las manos amistosas:

–¡Por Marañón no más! ¡Marañón tiene todas mis predilecciones! ¡Marañón y ustedes!

(En *El Tiempo*: Lima, 7–XII–1917)

VOCES

Crisis de crisis

Estamos rodeados de noticias. Estamos rodeados de murmullos. Estamos rodeados de pronósticos. Estamos rodeados de temores. Estamos rodeados de amenazas. Y estamos, por todo motivo, en una hora emocionante y agitada que ha sacado de quicio a los espíritus más serenos y prudentísimos.

Sorpresivamente el litigio de las elecciones de Lima, que se inició con los episodios del folletín criollo de un secuestro, se ha transformado en un conflicto tremendo que está perturbando el sosiego de nuestro señor don José Carlos Bernales.

Y nosotros que pensábamos que el año se iba a acabar lánguida y melancólicamente, sin que nadie alterase la paz tornadiza de los vivos y la paz susceptible de los muertos, vemos que de repente ha empezado un período de sacudimientos, de zozobras y de inquietudes.

Tornamos a encontrarnos en una estancia visitada incesantemente por la gentes de la ciudad. Nos sentimos envueltos en una ola voraginosa que nos sustrae a nuestro sueño. Aunque nos esforzamos para mantenernos tan tranquilos y tan ecuánimes como el señor don Antero Aspíllaga, comprendemos que ha entrado a nuestro rincón de esta imprenta una marejada agresiva de nerviosidades y de angustias. Y que esta marejada se ha adueñado de nosotros, pobres escritores que habríamos preferido dormirnos arrullados por la música de Charpentier, que acaba de verter su dulce regalo en el ánima esclarecida del señor Pardo, donde se ha enseñoreado más tarde la palabra del buen pastor de la juventud nuestro señor don Javier Prado.

Irrumpen en esta instancia aseveraciones sensacionales. Irrumpen unas tras otras. Irrumpen febrilmente. Y pasan sobre nuestra pensativa y obediente máquina de escribir como una onda de locura de la ciudad.

Repentinamente nos cae encima una noticia:

–¡Hay crisis!

Levantamos la cara para preguntar:

–¿Más crisis?

Nos responden:

–¡Crisis verdadera! ¡Crisis típica! ¡Crisis positiva! ¡Crisis ministerial! ¡Quieren los liberales que renuncie el Ministro de Justicia! ¡El Ministro de Justicia debe dejar el ministerio para volver al Senado!

Y nos quedamos enseguida solos porque la noticia se va de nuestra estancia para rodar por toda la ciudad, vertiginosa y raudamente.

Más tarde nos vuelven a asediar las voces del comentario metropolitano.

Nos dicen:

–¡Es una lástima que el señor Tudela y Varela no sea también senador! ¡Es una lástima que, además de no ser senador no sea también liberal! ¿Por qué todos los ministros no serán senadores? ¿Por qué todos los ministros no serán liberales?

Añadimos llenos de convencimiento:

–Mejor, ¿por qué todos los peruanos no seremos senadores y no seremos liberales?

Entonces las voces del comentario metropolitano nos abandonan.

Y así, entre sorpresas y pronósticos, amanecemos, persuadidos de que los pensamientos, las palabras y las obras de los hombres de la ciudad giran en torno de los senadores de la república. Pensamos que el país ha aprendido de memoria los nombres de sus senadores. Y nos parece oír que les pasa lista. Una lista desde una acera. Otra lista desde la otra acera. Mientras llega el momento de pasar otra lista en la calzada.

(En *El Tiempo*: Lima, 9–XII–1917)

VOCES

Epitafio

Esta legislatura extraordinaria que acaba de concluir, ha sido flaca, enjuta y raquítica, como las siete espigas del sueño faraónico interpretado por el sabio, honesto y venturoso hijo de Jacob que se llamó José, cual se llama el señor Pardo que nos manda y cual se han llamado otros varones de no menor nombradía. Ha sido jadeante y complicada como una elucubración parlamentaria del señor don Teobaldo J. Pinzás, excelente amigo nuestro, diputado por el Dos de Mayo y que, al lado del ingenioso hidalgo don Augusto Durand, semeja a veces un escudero con chaleco de piqué y guías de la Recaudadora. Ha sido estruendosa y pirotécnica como una arenga del famoso orador arequipeño señor don Mariano Lino Urquieta en los buenos días en que el denodado ariete de su dialéctica no servía para abrir portillos en las leyes sino para abrir brechas en las bastillas criollas. Ha sido estéril como la mujer de Abraham antes de que descendieran sobre ella las gracias milagrosas y próvidas del cielo. Ha sido fea e hirsuta como el señor don Manuel Jesús Gamarra que anda entregado a los placeres de la vida geórgica e incaica en el noble paraje de Yucay. Ha sido perezosa y baldía como la vida y ocupaciones de los hombres que nos damos a la aburrida empresa de ver y comentar los acaecimientos, los ruidos y las novedades de la actualidad peruana hasta en las camisas típicas y representativas del típico y representativo señor don Manuel Bernardino Pérez. Ha sido adefesiera como el hongo cabritilla del gran diputado iqueño señor don José Matías Manzanilla a quien por el uso de ese hongo estamos a punto de declarar en rebeldía aunque sabemos sus gentiles respetos a la crítica bien intencionada y razonable. Y, además, esta legislatura extraordinaria ha sido fea y zancuda como el amojamado príncipe de nuestra democracia de mestizos señor don Emilio Sayán y Palacios, contumaz y tesonera como nuestro ex cónsul en Cardiff señor don Oscar Víctor Salomón, malaventurada como el folletinesco proceso de las elecciones de

Lima y tornadiza y voluble como la veleta que gobierna los destinos de la república peruana, hogar de tantos acontecimientos contradictorios, misteriosos y embrujados que semejan obra soterraña o escondida del Rasputín de nuestra corte advenediza y ramplona.

Poco nos parece todo lo dicho para calificar a la legislatura extraordinaria que acaba de terminar entre las aprensiones y las zozobras del espíritu metropolitano. Queremos abandonar nuestra mesura habitual para ponernos de pie y pronunciar una contumelia fantástica contra el congreso que ha concluido. Y únicamente nos sujeta y nos entraba la persuasión de que nuestra voz no sirve para el vituperio y para el apóstrofe porque según unos le falta entonación y según otros le falta aliento.

Y no es que a nosotros nos haya molestado personalmente la legislatura extraordinaria que ayer vimos clausurar. Para nosotros ha sido una legislatura entretenida y sazonada. La habíamos esperado tranquila, serena y ecuánime como el señor don Antero Aspíllaga. Y ha tenido el donaire y la alegría de sus sorpresas, de sus emociones y de sus alborotos.

Es que nos conminan para maldecir de esta legislatura todos los hombres de la ciudad. Los hombres de nuestra acera, los hombres de la acera del frente y los hombres de la calzada. Unánimemente nos piden que motejemos, vejemos y tundamos a la legislatura muerta.

Unos nos aseveran:

–¡Ha sido ociosa y desvergonzada!

Otros nos agregan:

–¡Ha sido infecunda y pecadora!

Y nosotros que somos incapaces de un gesto rebelde nos inclinamos ante esta unanimidad abrumadora y escribimos, sugestionados y obedientes, un epitafio.

(En *El Tiempo*: Lima, 13–XII–1917)

VOCES

Política de automóvil

Mientras los maliciosos y cazurros varones del comité de la calle de La Rifa le atribuyen andanzas atrevidas y marciales actitudes, es lo cierto que nuestro señor don Javier Prado, el buen pastor de la juventud, permanece alejado del «mundanal ruido», rodeado de sus huacos, de sus quipos, de sus lienzos y de sus molduras, entregado a las nobles empresas de la alta especulación intelectual y engolfado en el estudio de la vida y obras del señor don Pablo de Olavide, esclarecido ingenio que floreció en el siglo XVIII o de los versos y travesuras del donoso caballero señor don Juan de Caviedes que nació para castigo de los malos médicos de su época, como para desazón de los de la suya ha nacido el doctor don Sebastian Lorente y Patrón, humorístico comentador del criollismo.

Sorprendidos por las aseveraciones salidas de la calle de La Rifa, nosotros mismos hemos sentido vacilante nuestra certidumbre de que el señor don Javier Prado sigue «la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

Y hemos tenido la tentación de subir al techo de esta casa del general La Fuente para aproximarnos a la casona solariega del señor Prado a fin de aguaitarlo y ver si realmente estaba presidiendo confabulaciones y conchabamientos enderezados a causarle molestias, grimas y desasosiegos al gobierno del señor don José Pardo.

Pero nos hemos contentado con preguntarles a las gentes que poseen perfecto conocimiento del pensamiento, dirección y propósitos del señor Prado:

–¿Es posible que el doctor Prado haya vuelto a la vida azarosa de caudillo? ¿Es posible que esté manejando la actualidad parlamentaria? ¿Es posible que haya renunciado a la serenidad de sus esparcimientos mentales?

Y hemos hallado en la palabra de las gentes, así abordadas ansiosamen-

te, una negativa que ha restablecido nuestro convencimiento sobre las presentes ocupaciones del señor Prado:

Nos han dicho:

–El señor Prado no piensa en estos momentos sino en la reforma universitaria. ¡En estos momentos no es sino maestro de la juventud y rector de la Universidad! ¡Más tarde tornará a ser profesor de energía! ¡Más tarde tornará a ser caudillo! ¡Más tarde tornará a ser presidente del partido civil!

Y así es evidentemente. El señor Prado no participa de los trajines de la actualidad política. Dentro de su casona solariega, sus libros, sus papeles, sus huacos, sus quipos, sus lienzos y sus molduras son objeto de su absoluta consagración y de su solícito cuidado.

No es el señor Prado quien asume la actitud de leader. Quien en esta hora de contrariedades para el comité de la calle de La Rifa está en atrenzo de leader es el señor don Miguel Echenique. Y el señor Echenique es un político de automóvil que recorre la ciudad raudamente. Y es un político que desde el 27 de julio ha adquirido atributos definitivos de leader nacional.

Varón de vigorosos denuedos, de vasto latifundio, de grandes prestigios económicos y de ardorosas convicciones, el señor Echenique es hoy un senador que penetra sonoramente en la senda de la celebridad peruana. Le asiste la seguridad de que su automóvil lo llevará a todas partes. Y le asiste también la seguridad de que no habrá quien quiera ponerse en el camino de su automóvil para atajarlo o desviarlo.

El comité de la calle de La Rifa lo ve pasar velozmente por las calles que el señor Luis Miró Quesada trata de conservar bien pavimentadas y mejor barridas.

Pero cazurramente desvía sus miradas del automóvil del señor Echenique y las pone en la casona solariega de nuestra vecindad. Sobre esta casona caen las invectivas y los apóstrofes airados de los hombres que todavía viven asidos a la tradición del bloque de antaño. Y nosotros medrosamente nos alarmamos porque nos parece que esas invectivas y esos apóstrofes, por caer tan cerca, van a rebotar sobre nuestra humilde y tímida casa.

Y entonces salimos hacia el quicio de la puerta de calle para ver si está en el umbral de su imprenta en mangas de camisa el gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar a cuya protección y auxilio nos encomendamos.

Para tranquilidad de nuestro espíritu hallamos en su umbral al señor

Torres Balcázar. Hacemos que vierta en nosotros el tónico de su palabra. Y luego buscamos a nuestros grandes y buenos amigos los señores Jorge y Manuel Prado para que nos den así mismo el aliento de la suya.

Y ellos nos dicen:

–¡Por ahora no hay sino política de automóvil! ¡Es la política moderna! ¡Es una política de sesenta caballos de fuerza! Pero, sin embargo, ¡mejor sería que regresaran los tiempos de la política criolla!

(En *El Tiempo*: Lima, 14–XII–1917)

VOCES

El ilustre estudiante

Nos tienen soliviantados los espíritus miopes que se duelen de que el señor Borda haya sido aplazado en un curso de la facultad de letras. Nadie quiere al señor Borda tanto como nosotros que siempre lo hemos admirado hasta en la cinta bicolor de su monóculo. Y nosotros sentimos un gran contento de que el señor Borda haya tenido el honor de salir reprobado en uno de los veinte exámenes que ha rendido.

Y es que la historia de un estudiante no es una historia completa si le falta un aplazamiento. Un universitario que jamás ha sido "jalado" en un examen no es un universitario perfecto. Es un universitario vituperable; merecedor de las más acerbas reprensiones y de las más duras contumelias.

Estamos persuadidos de que son bienaventurados los estudiantes que sufren persecuciones de los jurados. Sin la bienaventuranza de un aplazamiento no será posible que un estudiante entre al cielo. Y es imprescindible que el estudiante sea un poco bohemio y es inevitable que siéndolo no salga aprobado en todas sus clases.

Para que el señor Borda fuera un verdadero universitario era, pues, preciso que hubiese un jurado que lo "jalase". El episodio del aplazamiento era indispensable en la vida estudiantil del señor Borda. De otra suerte la vida del señor Borda en la Universidad habría sido la vida de un burgués vulgar. No habría sido la vida de un estudiante. ¿Para qué le habría servido al señor Borda haber estudiado en la azotea y haberse paseado de arriba a abajo estudiando filosofías y códigos?

Por eso es que nosotros hemos experimentado un placer muy hondo viendo aplazado en un curso al señor Borda. Y por eso es que nosotros, que no hemos cumplimentado al señor Borda por sus muchos exámenes sobresalientes, nos hemos apresurado a cumplimentarlo por su único examen malo.

Hemos salido a buscarlo.

Y lo hemos abrazado:

–¡Es usted un gran hombre! ¡Es usted un universitario auténtico!

Y el señor Borda, radiante por su triunfo, nos ha dicho:

–¡Alabado sea el espíritu comprensivo y perspicaz de ustedes, periodistas excelentes y amigos mejores! ¡Se han dado cuenta ustedes de mi ventura!

Así piensa y así habla actualmente el señor Borda. Quienes lo suponen enojado y ceñudo se engañan. El señor Borda sabe apreciar su aplazamiento en lo que íntimamente vale. Y se sonríe de las gentes que lo creen contristado o malcontento.

Para todos sus amigos tiene siempre una reflexión que suele ser ésta:

–Era necesario que el país no se imaginase que me estaban "pasando por agua caliente".

Y, oyéndolo razonar de esta guisa, nosotros nos preguntamos si talvez este señor Borda, tan jovial, tan gentleman, tan elegante y tan redondo, no se habrá hecho "jalar" intencionalmente. ¿No habrá querido el señor Borda agregarle un merecimiento más a su nombradía? ¿No será también el señor Borda un enamorado del *réclame*? Acaso el señor Borda no habría vacilado en ser uno de los famosos acompañantes de Norka Rouskaya en la ruidosa aventura del Cementerio.

Pero, sustancialmente, es lo cierto que su virtualidad de estudiante ha quedado probada. Y aprobada. Aunque el jurado de historia crítica del Perú lo haya reprobado...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–XII–1917)

VOCES

Vísperas de vísperas

Paso a paso nos estamos metiendo nuevamente en un laberinto. Y jamás hemos hallado en los laberintos de la política nacional el hilo de Ariadna. Mientras tanto siempre hemos estado a punto de encontrarnos con un minotauro.

Esta conflagración política es una conflagración progresiva. Empezó en pequeño. Todavía sigue complicándose y extendiéndose. Y no sabemos cómo va a concluir.

Un día, con el proyecto de las calificaciones parlamentarias sobre la mesa del señor don José Carlos Bernales, vimos que la mayoría del Senado no era mayoría. Era sólo una mayoría de diecinueve votos. Y el reglamento de las cámaras le exigía que fuese una mayoría de veinte votos para ser mayoría.

Vimos al día siguiente que la mayoría mandaba llamar de la sierra un voto. Vimos otro día que el voto llamado llegaba en un tren presuroso y agitado. Vimos que, sin embargo, la mayoría no se sentía aún mayoría y no iba al Senado. Vimos después que la mayoría iba al Senado, pero que en lugar de transformarse en una mayoría de veinte votos se había transformado en una mayoría de dieciocho votos que no era, por supuesto, mayoría. Vimos enseguida que esta mayoría volvía a alejarse del Senado para aguardar el refuerzo de los votos venidos en su auxilio de Puno, de Arequipa y de Ica. Y vimos finalmente que la minoría, soliviantada contra esta mayoría que no había sabido ser mayoría oportunamente, se marchaba a su turno del Senado inmovilizandolo.

Puso entonces la mayoría el grito al cielo. ¡Cómo era posible que no se hubiese tenido la cortesía de esperar que creciera mediante el auxilio de los vapores y de los trenes! ¡Cómo era posible que cuando había dejado de ser una mayoría de diecinueve o de dieciocho votos para comenzar a ser una mayoría de veintidós votos se invalidase su eficacia de mayoría! ¡Cómo

era posible que no hubiera habido solicitud y pàciencia para dejar que fuese mayoría!

Se irguieron exasperados los hombres de la mayoría:

–¿Quién manda en el Senado? ¿La mayoría ó la minoría?

Y les respondimos nosotros:

–Manda la mayoría. Pero manda siempre que es mayoría cuando debe serlo.

Nos replicaron:

–¡Ahora somos mayoría!

Y les contestamos:

–¡Pero la minoría no ha estado luchando contra la mayoría de ahora! ¡Y por eso no le presenta batalla! ¿Dónde esta la mayoría de antes?

Insistieron ellos:

–¡Esa mayoría no era mayoría!

Agregamos nosotros:

–Bueno; por eso no ha prevalecido.

Y lo que vimos en esos días de la mayoría que no era mayoría se ha convertido en lo que estamos viendo actualmente.

Ya no hay sólo una mayoría chica y una minoría grande. Ahora hay una convocatoria fracasada, un gobierno soliviantado, un periódico enojado, un gabinete sacudido y una convocatoria ratificada. El asunto de las diputaciones por Lima ya no es el asunto de ayer. Ahora es un asunto que tiene estremecida y perturbada la vida política.

Los hombres de la mayoría se han persuadido momentáneamente de la inutilidad del grito. Y no gritan. No gritan ni azuzando al señor Pardo ni asacteando al señor Prado. Se han bajado de su viejo campanario de La Rifa. Y se ha callado la María Angola de sus editoriales que ya no será movida sino para tocar a gloria o para tocar a rebato. Ahora los hombres de la mayoría hablan en voz baja. Seducen. Amenazan. Ruegan. Y conspiran. Pero no conspiran en sus casas sino en el Palacio de Gobierno.

Y los hombres de la minoría que eran ayer unos hombres pacíficos y tranquilos son ahora unos hombres majestuosos y marciales. Los han hostigado tanto que han tenido que cuadrarse y solidarizarse. Y junto a ellos está la minoría de Diputados. Ya, pues, no hay una sola sino dos minorías. Minoría de senadores y minoría de diputados. Y las dos cámaras estan sin quórum. La Cámara del señor don José Carlos Bernales y la Cámara del señor don Juan Pardo.

El gobierno por su parte se ha puesto en sus trece y ha expedido una

segunda convocatoria. Las minorías permanecen firmes e inquebrantables. Saben que las está mirando la ciudad. Oyen sus aplausos. Y se crecen.

Murmuran, rencorosos y entonados, los cazurros varones del comité de la calle de La Rifa:

–¡Esta bien! Si las minorías no van al Congreso no habrá presupuesto. ¡El señor Pardo hará lo que le dé la gana!

Mas el señor Echenique, que sigue avanzando en el camino de la celebridad, se baja entonces de su automóvil y responde:

–¡Está bien!

Y nosotros comprendemos que posiblemente van a regresar los tiempos de la política criolla que tan nostálgicos tiene a los señores Jorge y Manuel Prado.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–XII–1917)

Primavera peruana

He aquí, señores, que el adiposo funcionario señor don Arturo Pérez Figuerola no era sólo un varón enamorado de las industrias petroleras e hidráulicas que se hallan bajo su gobierno, sino también un enamorado de las industrias gentiles y sentimentales que se hallan bajo el gobierno de todas las criaturas de buena voluntad. Acaba de advertirlo por primera vez la ciudad con motivo de la exposición de flores, donde el señor Pérez Figuerola, rodeado de rosas, jazmines y crysanthemos, ha semejado un Apolo con chaqué de jurisconsulto y con obesidad de foca púber y bigotuda.

Nunca se nos habría ocurrido que veríamos algún día al señor Pérez Figuerola presidiendo un maravilloso concierto de muy preciosas, excelentes y raras flores. Jamás habríamos creído en la posibilidad de que el señor Pérez Figuerola se entronizara sobre un plinto de alhelíes y amapolas. Probablemente ni la fantasía del señor don Alejandro N. Ureta llegó a imaginarse al señor Pérez Figuerola convertido en un romántico y paternal jardinero. Más fácil habría sido que se lo imaginase tañendo la lira virgiliana en las sendas campesinas de las églogas.

Y es que quien haya mirado pasar, dentro de su automóvil, al señor Pérez Figuerola; quien haya sabido que fue el funcionario mandado por el señor Pardo para inaugurar la torre de Cachendo; quien haya tenido noticias de su versación en aceites minerales y en marcas de fábrica; quien de cualquier suerte se haya enterado de su calidad de director de Fomento y Aguas y quien haya reparado en que se apellida Pérez como el señor don Manuel Bernardino y como el señor don Augusto Pérez Araníbar, no podría absolutamente suponer que este funcionario estuviese en aptitud de enseñorearse igual sobre un macizo de jazmines del campo que sobre un pedestal de latas de petróleo.

Pero la vida peruana es muy pródiga en sucesos exóticos y sorpresivos.

Y nos ha ofrecido por eso el sustancioso acaecimiento de una exposición de flores gobernada y dirigida por el señor Pérez Figuerola, que hace apenas diez días le enviaba al señor Pardo un trascendental mensaje desde la torre de Cachendo.

Asoció su fama a la del señor Pérez Figuerola en esta exposición el señor don Antero Aspíllaga, que además de amo de tierras, de cañaverales, de ingenios y de caballos de carrera, es amo de lozanos y poéticos jardines. Y juntos el señor Pérez Figuerola, presidente de la exposición, y el señor don Antero Aspíllaga, padrino de todas las flores bonitas y aromosas de la tierra, recibieron la visita del señor Pardo y de los ministros de fomento y de justicia a sus transitorios y frágiles dominios de la exposición.

Acudió el señor Pardo a la contemplación de tantas flores para mostrar ese sumo amor a la belleza de la armonía y del color que nosotros le hemos alabado reiteradamente, un día a propósito de sus raudas carreras de Miraflores a Miramar, y otro día a propósito de sus entusiasmos por el divino poema del caballero Lohengrin y de la rubia Elsa.

Y acudió, así mismo, para iniciar en su fervoroso culto por las flores no al Ministro de Justicia que es hasta dueño de un apellido sentimental y literario sino al Ministro de Fomento que es sobre todas las cosas un carrilano convencido de que el progreso del Perú es únicamente una obra de ingeniería.

Sólo hubo que notar en la exposición de flores una ausencia. Fue la de nuestro ex cónsul en Cardiff el señor Oscar Víctor Salomón, que habría preferido probablemente una exposición de hulla, pero que es siempre un galante varón que se inclina reverentemente ante la belleza.

Si el señor Salomón hubiera asistido a la exposición de flores no sólo habría aprovechado la oportunidad para pronunciar un nuevo discurso sobre la atracción del capital extranjero sino también para decirle al señor Pardo:

–Señor presidente: estas flores, sabedoras de que es usted un gentleman, me piden en inglés que le trasmita su saludo...

Regalada vida

Desde el día en que el ingenioso hidalgo señor don Augusto Durand, munido de una autógrafa del señor don José Pardo, partió para la ciudad de Buenos Aires, hemos vivido aguardando el pronto regreso de ese inquieto y trashumante político a estas aborígenes tierras donde tantas

veces sonaron sus gritos revolucionarios, medraron sus bizarrías gallardas y cabalgaron en sobrios y honestos mulos sus mesnaderos de poncho y jipijapa.

Acontece que siempre hemos abrigado el convencimiento de que el señor Durand se hastiaría rápidamente de la holgada y suntuosa vida de Buenos Aires, a pesar de sus contentamientos y placeres. Hemos pensado que lo traerían a Lima con presura sus nostalgias de caballero andante. Y hemos creído que se aburriría de la vida de ministro plenipotenciario en la Argentina y en el Uruguay lo mismo que se aburre acaso el señor Pardo de su vida de Presidente de la República y lo mismo que nos aburrimos a veces nosotros de nuestra vida de comentadores de los vulgares acaecimientos peruanos.

Pero hemos asistido inesperadamente al fracaso total de tales expectativas. Hemos visto en los diarios un mensaje de Buenos Aires que nos dice que el señor Durand ha declarado que no es cierto que tenga la menor intención de abandonar Buenos Aires y que se encuentra muy a gusto en su cargo de ministro plenipotenciario en la Argentina.

Hemos exclamado:

–¡El señor don Augusto Durand está muy a gusto en Buenos Aires!

Y los liberales nos han rodeado para añadirnos:

–¡Muy a gusto y muy augusto!

De súbito hemos tenido, pues, que persuadirnos de que el señor Durand se ha metarfoseado radicalmente. Parece que ya se han extinguido en su ánima los postreros bríos de montonero y de caudillo. Parece que ya no es el intranquilo varón de otros tiempos. Parece que ya no le acometen los desasosiegos y las nerviosidades de su mocedad. Parece que ya no le cautiva siquiera el recuerdo de sus andanzas, de sus disfraces y de sus aventuras de fugitivo.

Apenas oye murmurar que se aguarda su vuelta al Perú, se pone de pie para negarlo, para anunciar que se halla muy a gusto en Buenos Aires y para ratificarse en su apego a la vida diplomática, metropolitana y fastuosa. Tan a gusto está el señor Durand en Buenos Aires que ni aun se aleja de allí para ir a Montevideo a presentar sus credenciales de ministro del Perú en el Uruguay. Buenos Aires, la gran ciudad argentina, se ha adueñado de la devoción del señor Durand. Y todo será posible y acontecedero en el mundo menos que el señor Durand se aleje algún día de Buenos Aires con el gesto airado de la señora Isadora Duncan que, desde un proscenio, la apostrofó siete veces, en siete idiomas distintos, con la contumelia o el

denuesto que el criollismo peruano denomina "requintada".

Mientras en nuestra mansa y desabrida ciudad de mestizos el señor Pardo se regala una veces con las mercedes líricas de la ópera y otras veces con las mercedes románticas de los jardines que le mandan a sus dominios gubernativos sus rosas, sus crysanthemos y sus alhelíes, en la soberbia y plácida ciudad de Buenos Aires el señor Durand se asombra de que se le suponga capaz de regresar tan prontamente al lugar donde tiene su partido, su periódico, su latifundio, su carabina, su cabalgadura y sus recuerdos.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–XII–1917)

VOCES

Paz en la Tierra

Por la gracia del señor don José Carlos Bernales se han tranquilizado los hombres que en el Parlamento andaban conflagrados a causa de las diputaciones por Lima. El proceso de debates, votaciones, maniobras, conchabamientos y simulacros, promovido por el anhelo de que esas diputaciones no permaneciesen en litigio por más tiempo, ha tenido un punto final repentino y amistoso. Y el gobierno ha entrado de nuevo en el honesto camino de la labor constructiva, como dice el señor Manzanilla, que ha abandonado ya para siempre el hongo cabritilla que tanto le hemos reprobado en esta casa.

Mirando estropeadas sus aspiraciones, contemplando convertida en una mayoría de veintisiete votos a la minoría de veintiuno y sintiendo ya definitivamente vencidos sus esfuerzos, los cazurros y maliciosos varones del comité de la calle de La Rifa se han convencido de que vana ha sido la pertinacia malintencionada con que han señalado a nuestro señor don Javier Prado como presidente, caudillo e inspirador de la cruzada que se ha librado contra el proyecto de sus pensamientos y de sus amores.

No era el señor Prado quien movía a las gentes para que atajasen ese proyecto. El señor Prado no se preocupaba siquiera de la existencia del comité de la calle de La Rifa. Engolfado en la especulación literaria y filosófica en medio de sus huacos, de sus volúmenes y de sus quipos, apenas si oía lejana y tenuemente los ecos de las desesperadas campanadas de la María Angola del decano.

Ingenua era la estratagema del comité de la calle de La Rifa al gritarle al país para que lo oyesen en el Palacio de Gobierno:

–¡Esta es la política del doctor don Javier Prado! ¡La política enemiga de la política del Presidente de la República!

Tan baldío era que el comité de la calle de La Rifa tomase esta actitud que ni aun servía para engañar débilmente al señor Pardo.

El señor Pardo, íntimamente, se sonreía del comité de la calle de La Rifa. Y pensaba en la molestia que le produciría verse derrotado por el automóvil del señor don Miguel Echenique que acababa de ser exaltado unánime y tácitamente a la calidad de leader nacional.

Se diría que por apostrofar al señor don Javier Prado–que en estos días ha sido totalmente maestro de la juventud–, el comité de la calle de La Rifa no ha sabido precaverse de ser arrollado por el automóvil del señor Echenique. Parado en medio de la calzada daba grandes y denodadas voces. Pensaba que el automóvil del señor Echenique no se atrevería a pisarlo. Positivamente no se daba cuenta de lo que es capaz el automóvil de un leader nacional flamante y mimado.

Y es que el automóvil del señor Echenique que ha atropellado al comité de la calle de La Rifa ha sido simplemente un instrumento de las voluntades peruanas confabuladas implícitamente para ponerlo malhumorado y quejumbroso. De las voluntades que se han concertado sin hablarse y sin mirarse. De las voluntades que se han coludido en la sombra. De las voluntades grandes y chicas que se han dado la mano sin que el comité de la calle de La Rifa lo advirtiera. De la misma voluntad del señor don José Pardo que, mientras se entregaba a los excelsos regalos de la contemplación de las flores más bellas de la tierra, sentía que su espíritu debía ser permanentemente un espíritu superior a las contaminadoras pequeñeces del mundo criollo.

Acaso sólo ayer, insomnes, molidos y marchitos, los varones del comité de la calle de La Rifa han pensado en este concierto misterioso de voluntades apadrinadas por el señor don José Carlos Bernales, que ha vuelto a ser un ciudadano nimbado por la fama y engreído por la celebridad peruana.

(En *El Tiempo*: Lima, 19–XII–1917)

VOCES

Año Nuevo

Aunque tal vez no lo parezca, estamos en un año nuevo, totalmente nuevo, definitivamente nuevo. No sabemos bien si se llama el año de 1918 o si se llama el año de 1917. Tan sólo sabemos que es de toda suerte un año nuevo.

Todo nos afirma que este es un año nuevo. Desde la noche buena alborozada y mestiza hasta la camisa verde del señor don Manuel Bernardino Pérez. Desde la vivandera zamba y greñosa hasta el británico carro del señor don Óscar Víctor Salomón. Desde el grito ebrio del endomingado hortera que circula por el jirón de la Unión en automóvil hasta el globo cautivo del niño burgués y glotón. Desde las ediciones abigarradas de los periódicos ahítos de huachafería y criollismo hasta los calendarios venerables de Roca y Boloña que van a gobernar nuestra vida, nuestro pensamiento y nuestra emoción durante un año más.

Una ritual alegría de cohetes y de tamales, una alegría desprovista de misas de gallo y de nacimientos, una alegría cívica y universal, una alegría rutinaria y automática, suena en las calles de la ciudad para verter en las almas arrinconadas y perplejas la sensación del año nuevo.

Pasan en el automóvil travieso y raudo del señor Químper los regocijados señores de la minoría. Pasa en el automóvil de la alcadía el minúsculo señor don Luis Miró Quesada. Pasa en su automóvil brillante y hospitalario el señor don Gerardo Balbuena. Y pasa en una victoria, dirigida por un automedonte con bufanda, el gran ciudadano don Juan Manuel Torres Balcázar sentado junto a un complicado paquete de panetones.

Súbitamente sentimos la necesidad de ver pasar en una carroza del Palacio de Gobierno, cuan redondo y obeso es, al señor don Manuel Bernardino Pérez. Y pensamos en que, dentro de una carroza exornada por las armas de la patria, sería el señor Pérez un símbolo de la nacionalidad en día de fiesta.

Atajamos arbitrariamente a un transeúnte:

–¿No cree usted que en este día el alma del señor Pérez se adorne solemnemente con quitasueños, cadenetas y ramas de sauce?

Nos mira asombrado el transeúnte.

Y nosotros mismos nos respondemos:

–¡Por supuesto!

Después, aburridos por tanta holganza adefesiera y agraviados por tantos espíritus con prendedor de herraje en la corbata, volvemos a nuestra estancia, nos alejamos del tráfico y de sus ruidos y nos ponemos a escribir desganada y maquinalmente.

Entran de repente a darnos una noticia vulgar:

–El minúsculo señor don Luis Miró Quesada ha sido reelegido alcalde de Lima.

Y como nos quedamos callados nos agregan:

–¡Ya que no puede empezar a ser nuestro diputado quiere seguir siendo siquiera nuestro alcalde!

Exclamamos lacónicamente:

–¡Nuestro minúsculo alcalde!

Pero enseguida tenemos una brusca y momentánea agitación nerviosa.

Y gritamos así:

–¿Para qué ha empezado un año nuevo entonces? ¿Únicamente para que el señor Pérez se mude de camisa, para que el señor don Luis A. Carrillo se ponga tarro, para que haya tamales y borrachitos en las calles y para que el señor Miró Quesada continúe llamandose orgullosamente "el minúsculo alcalde de Lima" ?

Y sólo nos responden:

–¡Quién sabe!

(En *El Tiempo*: Lima, 2–I–1918)

VOCES

Pérez, síndico

Arteras osadías del destino desalojaron de la municipalidad limeña y del Parlamento Nacional al señor don Manuel Bernardino Pérez. Acaso estuvieron también a punto de desalojarlo de la Universidad Mayor de San Marcos. Pero, para ventura de la patria, vino tras ellas este gobierno del señor Pardo que había de apresurarse a restituir al señor Pérez primero al Parlamento nacional y más tarde a la municipalidad limeña.

Bajo el auspicio de este gobierno del señor Pardo ha vuelto el señor Pérez a la Camara de Diputados que era su hogar legítimo. Y bajo el mismo nobilísimo auspicio ha vuelto a la Municipalidad de Lima, que era su hogar igualmente. Ha sido reparado totalmente uno de los más feos entuertos y de las más atrevidas injusticias de la historia peruana.

Un personaje criollo de tan interesantes atributos como el señor don Manuel Bernardino Pérez no debe vivir fuera de la Municipalidad de Lima ni del Parlamento peruano. Su pensamiento socarrón y ladino, su frase refranera y lerda, su talle obeso y sanchopancesco, sus ternos verdes, sus camisas rosadas, sus corbatas granates, sus chicagos de paja, sus zapatos de elástico y sus medias crudas le dan sobrado título para ocupar permanentemente un asiento en la Municipalidad de Lima y en el Parlamento peruano. Si el señor Pérez no puede ser en el Perú vitaliciamente diputado y concejal no sabemos quién podría serlo. Tal vez ni siquiera otro de los señores Pérez que circulan por las calles de Lima munidos de una investidura más o menos trascendental y duradera.

Era en otros tiempos en la Municipalidad de Lima donde el señor Pérez acometía sus más traviesas aventuras. Lento y cansino subía la ancha escalera de la vieja y sucia casa del cabildo, pero ágil y remozado se introducía en los escenarios de los teatros para asediar los corazones de las codiciables mozas de partido del coro. Y desde el palco municipal estudiaba con sus ávidos y golosos gemelos de Don Juan mestizo la

anatomía cotizable de las bailarinas de "olé mi niño".

Sin el señor Pérez la Municipalidad de Lima languidecía y declinaba. No era la municipalidad risueña de otros tiempos, a pesar de su casa sucia, a pesar de su escalera ancha, a pesar de sus chinos barrenderos y a pesar de sus escobas. Hacía falta en ella el señor don Manuel Bernardino Pérez, sustancioso e irremplazable personaje de la democracia peruana.

Acontece, pues, que la municipalidad que se ha instalado en la casa del cabildo el primero de enero no es, como nos parecía, la misma municipalidad de antes. Es una municipalidad nueva en su fisonomía, nueva en su espíritu, nueva en su traje. No importa que la presida siempre el minúsculo señor Miró Quesada. Es de todos modos una municipalidad nueva. Y es una municipalidad nueva porque es una municipalidad que ha restaurado en la casa del cabildo el viejo señorío del señor Don Manuel Bernardino Pérez venciendo así los iconoclastas ardores pasajeros que de allí lo habían segregado.

Apenas ha visto la ciudad al señor Pérez en la Municipalidad de Lima ha sentido como que le restituían una víscera.

Y ha pronunciado esta pregunta:

–¿Otra vez va a ser el señor Pérez inspector de espectáculos?

Y como le han respondido que no, ha pronunciado enseguida esta otra pregunta:

–¿Entonces va a ser inspector de rodaje?

No se imaginaba la ciudad que el señor Pérez pudiese ser otra cosa que inspector de espectáculos o inspector de rodaje. No se imaginaba que pudiese ser síndico de rentas. Y en esto ha estado injusta, muy injusta.

Para nosotros ha sido un acierto la elección del señor Pérez como síndico de rentas. Era a nuestro juicio indispensable que el señor Pérez fuese síndico. Y sólo habría sido más atinada que su elección de síndico su elección de alcalde. Porque estamos persuadidos de que el alcalde que por antonomasia le corresponde a la Ciudad de los Reyes para los días del centenario es el señor don Manuel Bernardino Pérez, a quien todavía no perdemos la esperanza de ver en esos días pasar bajo un arco de sauces y quitasueños dentro de una blasonada carroza de colores halada por dos caballos blancos.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–I–1918)

VOCES

Palmas y laureles

Dentro del palacete de la cancillería ha sentido el señor don Francisco Tudela y Varela una aspiración impaciente. Ha pensado que es un hombre poderoso, que es un hombre ilustre y que es un hombre feliz, pero que no es todavía un hombre popular. Y ha empezado a querer serlo.

Ya no se contenta su ánima con los regalos ni las venturas del poder. Ya no se contenta con las grandezas del gobierno. Ya no se contenta con los honores de las guardias palatinas. Ahora desea ser amada por las muchedumbres y por ellas alabada y bendecida.

Después de haber sido presidente de la Cámara de Diputados y leader de la mayoría parlamentaria el señor Tudela y Varela no necesitaba sino ser presidente del consejo de ministros para llegar a las cumbres de la celebridad peruana. Y presidente del consejo de ministros es desde el sonoro momento de la historia patria en que salió del Palacio de Gobierno el señor don Enrique de la Riva Agüero para que hubiese paz y concordia entre los hombres de la república.

Pero no sólo es presidente del consejo de ministros el señor Tudela y Varela. Es, sobre todo, uno de los cancilleres del mundo que en esta hora solemne se preocupa de los destinos de la humanidad. Y es un canciller que se ha alzado ruidosamente para afiliarnos al número de las naciones coludidas contra la rubia y fiera Alemania.

Apenas si existe una posición que no ha sido ocupada todavía por el señor Tudela y Varela. Es la Presidencia de la República. Y desde el día en que fue leader de la mayoría parlamentaria fue también candidato a la Presidencia de la República el señor Tudela y Varela.

Actualmente el señor Tudela y Varela no puede anhelar otro señorío que el de la popularidad bulliciosa porque es el único señorío que le falta en esta mansa y desabrida tierra de los señores Pérez, de los hombres en mangas de camisa y de los prendedores de quintos de libra.

Y ha acometido ya la conquista de la popularidad bulliciosa, aunque es un gentilhombre de arrogantes orgullos y de aristocráticas maneras, mal avenido con las ásperas turbulencias de la democracia y peor avenido con las vocinglerías de la demagogia sudorosa de los suburbios.

Anteayer no más se despojaba el señor Tudela y Varela de sus protocolarias rigideces cortesanas para acudir a una fiesta popular en el Jardín de las Palmeras. Alegre y risueño se confundía con los obreros en una misma libación y en un mismo entusiasmo. Y rendía pleito homenaje a la gracia mestiza de las damas de las sociedades obreras.

Había gentes que aguaitaban asombradas al señor Tudela y Varela y que se preguntaban entre ellas:

–¿Este señor Tudela y Varela que come anticuchos y bebe chicha en el Jardín de las Palmeras es el canciller Tudela y Varela que va en automóvil al Parlamento?

Tenían que responderse afirmativamente.

Mientras tanto el señor Tudela y Varela se entregaba a los goces honestos de la gula criolla. Se iniciaba en el conocimiento de la excelencia de la chicha cabeceada. Se solidarizaba con las damas obreras en el consumo de las viandas que desde lontanos tiempos nutren y alimentan el espíritu nacional.

Y había voces femeninas que proclamaban futuro Presidente de la República al señor Tudela y Varela, que se desazonaba de que de esta manera lo festejasen dentro de un jardín criollo.

Pero que se consolaba reflexionando en que así era la popularidad en el Perú.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–I–1918)

VOCES

Al margen del pisco

El señor don Víctor M. Maúrtua ha conquistado la cúspide de la celebridad peruana sin fatiga, sin sudor, sin denuedo y sin heroísmos. Una ley breve y lacónica ha hecho vibrar su nombre en todos los pueblos del Perú. Gentes rústicas y borrachas, que no saben que M. Woodrow Wilson es uno de los grandes hombres del mundo, saben que el señor don Víctor M. Maúrtua es uno de los grandes hombres del Perú. El nombre del señor Maúrtua suena incesantemente así en la serranía humilde como en el valle algodonero. Suena maldecido unas veces, censurado otras y enaltecido las demás. Pero suena siempre. Suena más que el nombre de cualquiera de los grandes hombres peruanos que desde hace luengos años se agitan para que se hable de ellos en esta república de melancólicos aborígenes y perezosos mestizos.

Max Nordau quiso una vez hacer una frase y dijo que la celebridad era una lotería. La ley antialcohólica del señor Maúrtua ha servido para que la frase de Max Nordau quede en ridículo en el Perú. El señor Maúrtua ha empezado a ser un hombre célebre en el momento en que le ha parecido bien serlo. Si su celebridad es sólo peruana es porque el señor Maúrtua no ha podido dar una ley sino para el Perú.

Mientras el señor Maúrtua no era sino un admirable pensador, en los pueblos del Perú no tenían noticias de él. Hablaba el señor Maúrtua desde su tribuna de parlamentario o desde su tribuna de maestro y apenas si habíamos unos cuantos hombres de buena voluntad que lo oíamos y lo comentábamos. Para convertirse en un hombre popular ha tenido el señor Maúrtua que prohibirles a las gentes que se embriagaran durante los días en que lo hacían con mayor contento y con mayor demasía. Acaso esta ley antialcohólica ha sido, pues, una ironía del señor Maúrtua. Se preguntaría por qué no era popular en el Perú siendo un hombre de tanta grandeza intelectual. Se reconocería el noble error de no haber hablado nunca desde

el escenario de un teatro como una tonadillera mercenaria y frágil. Y decidiría ser inmediatamente popular sin necesidad de acometer ninguna nueva obra laboriosa y compleja. Al día siguiente mandaría a la mesa de la Cámara de Diputados una tira de papel con las firmas de dos hombres esclarecidos de la Cámara unidas a la suya.

Lo cierto es que sobre esa tira de papel se ha erigido la celebridad del señor Maúrtua. Ya la sabiduría y el talento del señor Maúrtua no seguirán siendo inadvertidos por las muchedumbres nacionales. Ha sido indispensable que esas muchedumbres tuviesen que indignarse contra él para que se dieran cuenta de que existía aquí un hombre eminente y altísimo.

Asistiendo a esta rápida y repentina divulgación del nombre del señor Maúrtua en la república hemos puesto los ojos en los varones que trabajan incansablemente para ser populares en ella. Los hemos visto sudorosos, fatigados, tesoneros, gritones e impertérritos. Les hemos medido el palmo de popularidad que ganan cada día enronqueciéndose y empinándose. Y hemos reflexionado luego en que mientras todos estos son hombres de carácter, hombres de energía, hombres de actividades y hombres de lucha, el señor Maúrtua es un hombre inteligente que jamás se ha esforzado por ser caudillo, que jamás ha sido conducido en hombros por las multitudes y que jamás ha visto halado su coche por la juventud delirante, soliviantada y bulliciosa...

(En *El Tiempo*: Lima, 15–I–1918)

VOCES

Tardes álgidas

Llegó ayer a su punto final la luenga sesión permanente en que ha estado engolfada la Cámara de Diputados desde el principio de esta legislatura extraordinaria que tan acerbas amarguras ha vertido en el espíritu del comité de la calle de La Rifa.

Paso a paso volvimos nosotros al Palacio Legislativo del cual habíamos vivido alejados durante varios días en que nos sentimos más enfermos, aburridos, fastidiados y descontentos que de costumbre. Y ambulando a través de los salones y de los pasillos pensábamos con optimismo que el Palacio Legislativo era una casa buena, hospitalaria y solemne aunque inconclusa, que sabía bien acogernos y hospedarnos aunque nosotros tuviéramos a veces la osadía de vituperarla.

Quisimos fortalecer nuestra certidumbre de que iba a concluir para siempre la sesión de la deuda interna; y le preguntamos al señor Pinzás que, jadeante, obeso y efusivo, abandonaba un corrillo displicente y transitorio para incorporarse a otro:

–¿Hoy se acaba la sesión permanente?

Nos respondió el señor Pinzás con una entonación convencida y feliz:

–¡Hoy se acaba!

Y desde ese instante nosotros nos instalamos en la galería periodística sin otro pensamiento que el de que concluía por fin esta sesión de treinta tardes que tantas fatigas patrióticas le ha dado al señor Ulloa.

Comprendimos, durante el discurso de la tarde, que a medida que la estación veraniega se acentúa la estación parlamentaria se apaga. El calor enfría los debates en lugar de enardecerlos. Sudan copiosamente los diputados y se abstienen de agitaciones y de batallas. Intermitentemente brilla un chispazo aislado que se extingue enseguida. Y acontece que estas tardes calurosas, en que los hogares reclaman para su bienestar el auxilio de los trashumantes helados de carretita, parecen las tardes invernales del

Parlamento.

Así las gentes de los escaños como las gentes de las galerías sienten que estas tardes son unas tardes álgidas. Álgidas porque son las últimas tardes de la legislatura. Álgidas porque son las primeras tardes del verano.

Sólo se encuentra un ambiente claro y vernal en las sesiones de la mañana. Las mañanas parlamentarias no se semejan jamás a las tardes. Consuetudinariamente las caracteriza la ausencia de los diputados que aman la noche con fervor y lealtad. Y siempre está en su escaño el señor Manzanilla a quien la Providencia libre de la mala tentación de imitar al señor Pérez Araníbar en el uso del chicago de paja.

Pero las tardes son perezosas y lánguidas.

Apenas si suena con un gran esfuerzo alguna pregunta así:

–¿Por qué no se ha vestido todavía de blanco el señor Pérez?

Para que el señor Balbuena que es un malintencionado rectifique:

–De blanco, no; de caqui.

Y para que hasta la risa de los diputados vibre con desgano y con lasitud.

(En *El Tiempo*: Lima, 16–I–1918)

VOCES

El reloj demudado

Súbitamente se ha ensombrecido el cristal del viejo reloj de la casa comunal consultado desde lejanos días por el viandante honesto y presuroso, por el vagabundo holgazán y baldío, por el suertero sórdido y pertinaz, por la damisela miserable y ávida y por el zambo auriga experto en operaciones celestinescas. Ha aparecido en el reloj un gran segmento de densa sombra que en las noches no permite ver la hora. El reloj está, pues, eclipsado y deprimido.

Acaso en otros momentos carecería de importancia esta demudación del reloj de la Municipalidad, aunque haya sido siempre un reloj solicitado por los ojos de la ciudad y de sus húespedes. Pero en estos momentos en que la Municipalidad parece empequeñecida, el eclipse del reloj tiene que preocupar a las gentes y suscitar su comentario.

Algunos de los buenos y maliciosos amigos que nos visitan cotidianamente se han apresurado a venir a noticiarnos de la transformación del reloj comunal. Han pretendido sacarnos de la imprenta, tranquila y hospitalaria, para llevarnos a la Plaza de Armas a contemplar el ensombrecido reloj. Y como no lo han conseguido se han contentado con expresarnos las consideraciones que les sugería el menudo acontecimiento destinado a preocupar a la ciudad murmuradora.

Alguien nos ha aseverado con hondo convencimiento:

–¡Lo mismo que el reloj está la Municipalidad! ¡También la Municipalidad está apagada! ¡También la Municipalidad está ensombrecida!

Y nosotros, que en ese instante no pensábamos en la Municipalidad y estábamos gratamente entregados a la inercia sobre un sofá de la imprenta, hemos tenido que identificar nuestro concepto con el de nuestros visitantes y hemos tenido que acordarnos de la Municipalidad del señor Miró Quesada.

Hemos reflexionado en que realmente parece que todo tiende a

empequeñecerse y a achicarse en la Municipalidad desde el día en que fue reelegido alcalde el señor Miró Quesada y en que los propios miembros del comité de la calle de La Rifa lo llamaron "alcalde minúsculo."

El mote cariñoso del comité de la calle de La Rifa se ha hecho el mote de la ciudad.

Unánimente se ha dicho:

–¡El minúsculo alcalde !

Sólo que el señor Miró Quesada lo ha oído momentáneamente con placer, pero ha empezado enseguida a oírlo disgustado y malcontento. La palabra "minúsculo" se ha convertido para él en una palabra obsesionante. Y cuando sus íntimos lo han llamado minúsculo, muy amistosamente por supuesto, se ha sentido desasosegado y nervioso.

Hablando sobre la economía del concejo el señor don Manuel Bernardino Pérez, que semeja un ama de gobierno obesa y discreta, pronunció un día estas palabras:

–Debemos aumentar las rentas municipales. Son minúsculas.

Y, a pesar de que no podía poner en duda la buena fe del señor Pérez, el señor Miró Quesada lo miró rencorosa y enconadamente por haber proferido el adjetivo que motiva sus desazones.

Malévola y reticente, la ciudad se ha enamorado del cariñoso mote que se le ocurriera en mala hora al decano aplicarle al señor Miró Quesada. Minúsculo es el alcalde así para sus amigos como para sus adversarios. Y el señor Miró Quesada se encuentra imposibilitado para rechazar el mote por ser un mote proveniente de los suyos, de su hogar y de su partido.

El más fervoroso elogio que le dirigen sus amigos es este elogio leal y franco:

–¡Eres un gran chico!

Y el minúsculo señor Miró Quesada, hostigado por ese afán unánime de mirarlo como a un chiquillo, siente oprimida su ánima bajo el peso de la casa comunal, de las carretas de la baja policia, del reloj apagado y empequeñecido y del señor don Manuel Bernardino Pérez, lerdo, ladino y sanchopancesco....

(En *El Tiempo*: Lima, 18–I–1918)

VOCES

Las trompetas de la fama

Un antojo del destino ha querido que suene en todo el mundo el nombre del esclarecido gentil hombre peruano señor don Enrique de la Riva Agüero, que fue nuestro canciller hasta un día en que el señor Pardo decidió darle públicamente las gracias por sus buenos y leales servicios. Uno de los grandes diarios que actualmente distribuyen entre los grandes hombres de la Tierra las mercedes de la celebridad, ha anunciado que el señor de la Riva Agüero tenía un convenio secreto con Alemania. Y esta noticia ha repercutido de pueblo en pueblo estruendosamente y ha llegado también a este rincon desabrido y triste donde el señor de la Riva Agüero es un personaje bien amado.

Acaso en otros momentos la noticia del "Washington Post" no habría hallado eco en el mundo. Pero en estos momentos en que a la revelación de los planes de Luxburg ha seguido la revelación de los planes de Caillaux no ha podido dejar de ser sensacional la revelación de los presuntos planes del señor de la Riva Agüero.

Ocurre que la humanidad que ha exclamado primero:

–¡Luxburg!

Y que ha exclamado en seguida:

–¡Caillaux!

Está exclamando ahora:

–¡Riva Agüero!

Gentes aprensivas y medrosas que saben que el señor de la Riva Agüero es flor y espejo de caballeros, se soliviantan contra quienes lo acusan de un conchabamiento sigiloso y artero. Claman al cielo contra osados periodistas yanquis que así maculan la reputación de un hidalgo sin tacha. Y andan a punto de pedir que se instaure un juicio de imprenta contra el "Washington Post".

Pero es que esas gentes aprensivas y medrosas no saben lo que es la

celebridad. Piensan que el señor de la Riva Agüero puede quedar desacreditado en Europa, en Asia y en la América del Norte. Se espantan ante la posibilidad de que se le tenga en mal concepto en la lejana y brumosa Rusia de los maximalistas .

Y se ponen a gritar:

–¿Por qué el señor de la Riva Agüero, tan bueno, tan puro, tan gentil y tan caballeroso, es tan perseguido por la desventura? ¿Por qué vienen a turbar la tranquilidad de su retiro las voces de la calumnia y de la murmuración? ¿Por qué se le inscribe en la lista maquiavélica de Luxburg, de Caillaux y de Boló Pachá? ¿No era ya demasiado que el señor Tudela y Varela lo desautorizase y lo aislase?

Nosotros, que no somos tan asustadizos como estas gentes, tratamos de calmarlas. Les decimos que en el Perú nadie puede dudar de la caballerosidad limpia y gallarda del señor de la Riva Agüero. Y les aseguramos que nada debe importarnos a los peruanos que duden de ella los chinos, los búlgaros y los australianos. Aunque en apartados pueblos maldigan del señor de la Riva Agüero, los peruanos no vamos a dejar de amarlo.

Pero estas gentes de nuestra ciudad son irreductibles.

Y nos apostrofan:

–¡Ustedes no son patriotas! ¡Ustedes se conforman con la idea de que puede haber un peruano igual a Luxburg! ¡Ustedes se conforman con la idea de que pueda haber un peruano igual a Caillaux!

Abrumados por estos gritos, nosotros tenemos que callarnos mansamente como si en verdad fuésemos unos taimados pecadores. Y no podemos siquiera responder que por ningún motivo creemos que los peruanos sean muy capaces de parecerse a Luxburg ni a Caillaux .

(En *El Tiempo*: Lima, 20–I–1918)

VOCES

El señorío maltrecho

Tundido por la palabra admirable del señor Maúrtua quedó ayer el Ministro de Gobierno señor don German Arenas. Agitado por su noble fervor doctrinario, el señor Maúrtua se irguió en defensa de la ley antialcohólica, en vista de que había llegado a la Cámara de Diputados un proyecto del señor Arenas destinado a abrirle un portillo, enmendándola y corrigiéndola asaz peligrosamente.

Asombráronse las gentes de los escaños y las gentes de las galerías de ver tan soliviantado al señor Maúrtua que es, perennemente, un hombre serenísimo, majestuoso y tranquilo, cuya justificada aversión a las excitaciones tropicales de la política criolla ha sido siempre de algunos censurada y de muchos alabada y enaltecida.

Pensaba la Cámara que el señor Maúrtua dejaría que pasase el proyecto mandado súbitamente por el señor Arenas adicionando la ley antialcohólica con una cazurra aclaración. Aguardaba que el señor Maúrtua se encogiera de hombros negligentemente. Sospechaba que a lo sumo el señor Maúrtua le colgaría al proyecto del señor Arenas el sambenito de una ironía acerba.

Pero se engañaba totalmente la Cámara de Diputados. El señor Maúrtua no es un diputado displicente sino cuando se libran las menudas batallas del parlamentarismo rutinario. Dejará de serlo siempre que se proponga alcanzar el prevalecimiento de una idea elevada y gentil.

Actualmente el señor Maúrtua anda empeñado en restringir el señorío del pisco. Sabe que el pisco influye trascendentalmente en las orientaciones de la vida nacional. Y, patrióticamente, anhela que se reduzca esta histórica influencia del pisco.

Por eso gritó ayer el señor Maúrtua:

–¡Yo hablaré, hasta que termine la legislatura si es necesario que lo haga, para impedir que sea aprobado este proyecto del Ministro de Gobierno! ¡Más cerca está el Ministro de Gobierno de abandonar su cargo

que yo de renunciar a la intangibilidad de la ley antialcohólica!

Y dijo también:

–¡Yo no transigiré con los intereses de los pulperos!

Habló porfiadamente el señor Pérez para controvertir al señor Maúrtua. No volvió a decir, por ejemplo, que no se podía tomar agua "con el cuerpo caliente" ni que el pisco servía para "cortar el frío". Pero opuso al pensamiento sustancioso y diáfano del señor Maúrtua su pensamiento socarrón de Sancho mestizo y refranero.

Terminó la sesión entre las razones persuasivas del señor Maúrtua y las razones gruñonas del señor Pérez. Y le puso un contundente punto final la frase contumeliosa y aguda del señor don Alberto Secada que arremetió briosamente contra el señor Arenas.

Y en la tarde nosotros que no habíamos ido a la sesión porque habíamos amanecido poseídos por una pereza muy honda, recogimos en el Palacio Legislativo la versión del debate.

Reconstruimos rápidamente los ladinos argumentos del señor don Manuel Bernardino Pérez. Y comprendimos que el señorío peruano del pisco reaccionaba denodadamente y que la dialéctica del señor Maúrtua había trabado con él fiera y descomunal batalla...

(En *El Tiempo*: Lima, 24–I–1918)

VOCES

Mañana y tarde

El Parlamento está fatigado y jadeante. Parece un extenuado peregrino que llega al final de su jornada. Acaso se halla a punto de caer desfallecido al suelo para perecer de calor, de sed y de cansancio como uno de esos pobres camellos de los grabados de historia natural destinados a consternar a los niños sensibles.

Avanza el Parlamento hacia el término de la segunda legislatura extraordinaria abrumado por el peso de los cuarenta proyectos esenciales y gravísimos que la socarrona convocatoria del señor Pardo echó despiadadamente sobre sus hombros afligidos y débiles.

Y, para aterrarlo, suenan voces agoreras:

–¡Habrá otra legislatura extraordinaria! ¡El señor Pardo quiere que el congreso trabaje! ¡El país necesita muchas leyes!

Protestan entonces los representantes:

–¿Otra legislatura? ¿Otra legislatura extraordinaria? ¡Preferible será que se nos condene a muerte!

Y nosotros pensamos que si el señor Pardo vuelve a convocar al Congreso a sesiones extraordinarias será duramente castigado por los mismos representantes de su mayoría.

Bajo la presidencia del señor don Juan Pardo la Cámara de Diputados anda entregada a una actividad febril que pone sudorosos en demasía a los puntualísimos y honestos diputados provincianos mal avenidos con el calor y peor avenidos con los baños de mar pavorosos y salinos.

Arrepentida de sus pasadas holgazanerías la Cámara de Diputados trata de dejar sancionados los cuarenta proyectos de la convocatoria. Y la exasperan las largas discusiones. Anhela que los representantes se limiten discretamente a votar.

El retorno del señor Ulloa a su escaño de diputado por Yauyos tiene alarmada a la Cámara entera. Teme la Cámara que el señor Ulloa,

abotonándose valientemente el saco, renueve sus vibrantes intervenciones en los debates parlamentarios complicándolos y encendiéndolos. Y en cuanto el señor Ulloa se pone de pie se estremece de susto hasta la heráldica de yeso de la Cámara.

Pero el señor Ulloa está ya casi convencido de la ineficacia del esfuerzo. Suele de vez en cuando, como hace pocos días, marcharse del Parlamento para no tornar a él durante una semana. Y, si, de vez en cuando también, no renacieran sus lozanos optimismos, el señor Ulloa se alejaría definitivamente del Palacio Legislativo y no lo veríamos más entrar en él nostálgico y con chaleco blanco.

Todos los diputados, los de la mayoría y los de la minoría, viven gobernados por un solo anhelo: el de que se acabe la legislatura. Más fuerte que esto no existe en ellos sino este otro anhelo: el de que no haya una legislatura nueva.

Y, por eso, el anuncio de que el señor Pardo piensa en otra convocatoria amedrenta y oprime a los representantes. Tal vez los inducirá a pedir a gritos que no se les siga achicando sus vacaciones. Y quién sabe si también no los decidirá a dar por sancionados todos los proyectos que se les quiera mandar. Que es lo que más le gustaría al señor Pardo. Y a nosotros.

(En *El Tiempo*: Lima, 25–I–1918)

VOCES

Lo imprevisto

Esta renuncia del señor Maldonado no quiere decir solamente, por lo visto, que el señor Maldonado se va del Ministerio de Hacienda. Si asi fuera no nos parecería sino una renuncia sensible. Representaría para nosotros la salida del Palacio de Gobierno de uno de los ministros más estimables del señor Pardo. Pero minuto a minuto vamos sintiendo que la renuncia del señor Maldonado es, además de una renuncia sensible, una renuncia sensacional y determinativa.

Si el señor Maldonado hubiera dimitido con un pretexto convencional nada habría pasado. El gobierno le habría dado las gracias por sus excelentes servicios. Y lo habría sustituido tranquilamente con uno de los miembros del partido liberal más preparados para administrar las rentas públicas.

Mas el señor Maldonado es un varón recto y franco que no se aviene con las comedias de la política peruana. Y dijo en su renuncia por qué se iba del Ministerio de Hacienda.

Esto es lo que ha perturbado la calma criolla. El señor Maldonado no ha podido caer sin ruido ni sin estrépito. Las gentes se encuentran con que su dimisión trae una larga secuela de problemas y de complicaciones.

Y se dialoga así en las calles:

–Bueno. El señor Maldonado se va del Ministerio de Hacienda. Lo reemplazará el señor Diez Canseco o el señor Balbuena o el señor Pinzás. ¿Qué más va a pasar?

–¿Pero el criterio del señor Maldonado era su criterio personal o era el criterio del gobierno?

–Era su criterio personal.

–¿Entonces el señor Maldonado no estaba de acuerdo con la política integral del régimen? Entonces el señor Maldonado no continuaba desarrollando el programa del señor García y Lastres, que es el programa

gubernativo.

–Sí.

–Luego el gabinete debía caer también.

–No. El gabinete no caerá.

–Por consiguiente el señor Maldonado se va en desacuerdo con el gabinete y con la mayoría.

–Justo.

–El sucesor del señor Maldonado no podrá, pues, pensar lo mismo que él.

–¿Por qué no?

–Porque estaría también en desacuerdo con el gabinete y con la mayoría.

El comentario público se enreda gravemente. Las gentes se encuentran con que podría ocurrir que para que el señor Pardo mude de Ministerio de Hacienda tendría acaso que mudar de gabinete. Ven enseguida en el señor Maldonado una especie de Sansón sacudiendo las columnas del templo.

Y se preguntan:

–¿No podría componerse esto? ¿No podría quedarse el señor Maldonado?

Piensan inmediatamente en que la mayoría no podría consentirlo, en que el señor Maldonado y la mayoría no podrían subsistir juntos y en que el señor Maldonado no podría quedarse sino en el caso imposible de que, en lugar de irse él , se fuese la mayoría.

Acaba recorriendo las calles esta pregunta:

–¿Ya no se podría ir más bien la mayoría?

Otra pregunta es la respuesta:

–¿A dónde?

(En *El Tiempo*: Lima, 27–I–1918)

VOCES

Más Congreso

Amanecemos con otra legislatura encima. Sintiendo que se acababa la segunda legislatura extraordinaria, contemplando sus fatigadas sesiones y oyendo sus jadeantes deliberaciones, nos habíamos quedado dormidos. Y hemos estado durmiendo–enfermo el corazón y maltrecha el ánima–hasta estos momentos en que la apertura de la tercera temporada parlamentaria nos ha despertado de un golpe.

Nos hemos asombrado profundamente:

–¿Es posible que haya empezado otra legislatura?

Hemos puesto los ojos en una Cámara primero y en la otra Cámara después y nos hemos persuadido de que verdadera e irremediablemente ha empezado una legislatura más.

Allí está, presidiendo a los senadores, el señor don José Carlos Bernales que sigue dándole a la vida nacional la blanda y grata nota de sus escarpines. Allí está, presidiendo la de diputados, el señor don Juan Pardo que sigue siendo el don Juan de la política metropolitana. Allí está gordo, lerdo y con camisa rosada el señor don Manuel Bernardino Pérez que sigue personificando la traza y el pensamiento del Parlamento peruano. Allí está el automóvil del leader nacional señor don Miguel Echenique que sigue amedrentando con sus llantas y con su bocina a los famosos varones del comité de la calle de La Rifa.

Todo esta igual en el Perú.

Aguardábamos nosotros la merecida ventura de que se clausurase el Congreso siquiera para contentamiento y alborozo de los honestos y sudorosos representantes provincianos que sufren heroicamente en esta ciudad polvorienta y sucia las torturas de un verano hosco, desapacible y taimado.

Pero el señor Pardo, el predestinado caballero que nos manda, que nos engrandece y que nos lleva de la mano, se ha empeñado en mantener

oprimidos y agobiados a los miembros del Parlamento. Quiere que laboren sin descanso por el bienestar de la patria. Y los reúne implacablemente, bajo la presidencia de nuestro señor don Juan Pardo y de nuestro señor don José Carlos Bernales, para que organicen y voten las leyes destinadas a hacernos menos infelices.

Hemos interrogado a un personaje de nuestra amistad:

–¿Para qué se ha convocado a una tercera legislatura? ¿Se quiere acaso que caiga algún otro de los excelentes ministros del señor Pardo?

Y nos ha respondido:

–No; únicamente se quiere que el Parlamento trabaje. La hora es propicia para que se legisle y para que se construya. ¡Hay calma! ¡Hay tranquilidad! ¡Hay sosiego! ¡Mañana, todo será distinto!

Así es. Piensa el gobierno del señor Pardo que hoy se puede conseguir del Congreso labor fecunda, activa y acuciosa. Y piensa que mañana, en cambio, no se podrá conseguir de él la misma buena voluntad política. Dentro de seis meses los hombres del Parlamento no serán los mismos. Comenzarán a sentir que el gobierno del señor Pardo se aproxima a su ocaso.

Aburridos y descorazonados nos hemos quejado por última vez al cielo de que nos haya caído encima una tercera legislatura. Hemos anhelado volvernos a quedar dormidos siquiera hasta el día en que el país celebre el 28 de Julio. Pero ha entrado de repente a la imprenta, encendiéndola y azufrándola, el señor Secada, buen amigo nuestro, y nos ha vituperado:

–¡Son ustedes muy flojos! ¡Son ustedes muy ociosos! ¿Dónde han estado ustedes metidos?

Y hemos sentido entonces toda la pesadumbre de ser periodistas en esta tierra desabrida, mansa y perezosa donde las muchedumbres mestizas discuten tumultuosamente los problemas científicos de la higiene pública bajo el auspicio de su alcalde minúsculo.

(En *El Tiempo*: Lima, 1–II–1918)

VOCES

Fe liberal

Andan asombradas las gentes de que el señor don José Balta, preclaro personaje de sutiles y cazurras socarronerías, se haya puesto de pie en la Cámara de Diputados –bajo la farola alechugada, en medio de los blasones virreinales y delante del general San Martín que protege los debates parlamentarios con su austera solemnidad de yeso–, para declarar que aprueba todas las cuentas presentadas y por presentar del gobierno del señor Pardo.

Hemos comprobado personalmente esta alarma, esta perplejidad y esta grima de las gentes ante las palabras del señor Balta. Por esta imprenta, por esta estancia donde escribimos nosotros en una resignada y acuciosa Underwood, ha desfilado una muchedumbre soliviantada y nerviosa. No sólo ha sido el señor Secada, fosforescente y acérrimo, el que ha puesto el grito en el cielo, separándose momentáneamente de su devoción al señor Balta. Han sido todos los ciudadanos tranquilos, metódicos y honestos que leen los periódicos, trepan de vez en cuando a la galería de la Cámara y se ocupan de los superávit, de la crisis ministerial y de la observancia de la Constitución del Estado. Estamos seguros que, en su retiro solariego de gran escritor, el señor don Alberto Ulloa se ha erguido con toda la majestad de su continente viril, de su americana negra, de su chaleco blanco y de su palabra denodada para quejarse de estos osados y voraginosos tiempos que nos tienen expuestos a tanta sorpresa, a tanto desabrimiento y a tanta mala ventura.

También nosotros hemos querido, por supuesto, clamar contra el señor Balta, indignarnos contra su comportamiento y arremeter contra su dictamen. Y para contagiarnos de la excitación metropolitana hemos visitado al señor don Juan Manuel Torres Balcázar, que es fiel y cordial amigo del señor Balta, pero que es, sobre todo, un ciudadano en mangas de camisa que espera en la puerta de su imprenta la hora en que acometerá, junto con

nosotros, las grandes jornadas del maximalismo peruano.

Mas todos estos esfuerzos nuestros han sido vanos. Han transcurrido los minutos, han hervido las protestas del comentario callejero y se han agitado los enojos de los hombres severos, sin que nosotros, humildes escritores que debemos coordinar las palpitaciones de nuestro espíritu con las del espíritu de la democracia criolla, hayamos compartido esa cólera sagrada que se transforma en apóstrofe, en denuesto, en reprobación y en alarido.

Creemos que el señor Balta no ha hablado en serio. Pensamos que su dictamen ha sido una de esas sutiles y cazurras socarronerías que le dan a su fisonomía de político nacional el amable barniz de una burlona y mesurada eutrapelia.

Probablemente el señor Balta se preguntaría para qué iba a revisar número por número y suma por suma las cuentas del gobierno del señor Pardo. Le horrorizaría la perspectiva de convertirse en censor, en juez o en fiscal de esta administración que ha encomendado al señor don Manuel Bernardino Pérez su defensa "ante el tribunal de la opinión pública" como dice nuestro buen amigo el doctor Baltazar Caravedo.

Y, apreciando así su deber republicano de revisador de las cuentas fiscales, el señor Balta se resolvería a decir lo que dijo:

–¡Yo apruebo no sólo las cuentas del pasado sino también las cuentas del porvenir! ¡Tratándose de cuentas del señor Pardo yo no las discuto ni las analizo! ¡Yo las apruebo no más!

Ha habido gentes perspicaces y avizoras que han asegurado:

–¡Esta es una donairosa ironía del señor Balta! ¡Aprueba las cuentas pasadas del señor Pardo lo mismo que aprobará sus cuentas venideras! ¡Aprobará las cuentas venideras del señor Pardo lo mismo que ha aprobado sus cuentas pasadas! ¡Las aprueba porque son del señor Pardo! ¡El señor Balta ha estado admirable! ¡Este dictamen es una risueña y deliciosa travesura!

Pero las protestas de las demás gentes han acallado estas voces alegres:

–¡No, señores! ¡Este es un desatino! ¡Este es un atrevimiento! ¡Esta es una monstruosidad!

Débilmente ha vuelto a sonar la aseveración plácida y tranquila:

–¡Es una ironía!

La ha aplastado enseguida el grito de la muchedumbre amiga de la virtud, de la Constitución del Estado y de las buenas costumbres:

–¡No puede ser una ironía! ¡Un "hombre de peso" como el señor Balta

no puede decir ironías!

Entonces han tenido que callarse abrumadas las pocas gentes que no han participado de la ira santa de nuestra democracia.

Y apenas si nosotros hemos podido hablar así:

–Pasa que el señor Balta es un hombre de mucha fe. Tiene fe en el señor Pardo. Más fe que todos los peruanos. Y la dice. Cree en el señor Pardo como creemos los católicos en los divinos misterios. Es un confesor de su fe. Y se irá al cielo.

(En *El Tiempo*: Lima, 3–II–1918)

VOCES

¿Pasa algo?

Suponíamos nosotros que el gobierno del señor Pardo vivía sin tribulaciones. Pensábamos que apenas si lo molestarían estos aviesos guarismos de los superávit y de las amortizaciones que tienen afligido al señor Tudela y Varela. Y estábamos persuadidos de que, por consiguiente, el gobierno del señor Pardo era un gobierno venturoso en demasía. Sus cuentas –sus cuentas comparadas con las del gran capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba para mayor fama de esta administración– no motivarían más que la salida de un ministro y la entrada de otro, acontecimiento vulgar, rutinario y minúsculo.

Pero he aquí que nos hemos engañado. Ha entrado de repente a esta imprenta, a la estancia donde cotidianamente nos imaginamos que nuestro pensamiento se pone en mangas de camisa, el rumor de que el gobierno del señor Pardo es en estos momentos un gobierno alarmado.

Sucesivas, pertinaces y autorizadas voces se han acercado a nosotros, solícitos recogedores de toda murmuración, de todo chisme y de toda sandez callejera, para aseverarnos:

–¡El gobierno cree que se conspira!

Asombrados y perplejos nos hemos negado a fiar en esta noticia. Hemos movido la cabeza y nos hemos sonreído de la afirmación ambulante. Y, luego, le hemos preguntado a una fotografía del testero desde la cual don Alberto Ulloa–sin barba, sin quevedos y cruzado de brazos– preside nuestros destinos y auspicia nuestras empresas:

–Pero, ¿no se había acabado ya la época de las conspiraciones? ¿No se había acabado ya la época de los sustos y de las rondas? ¿No se había acabado esa época romántica y cambiadiza de la historia patria con la desaparición de aquel pierolismo listo siempre para montar a caballo y aparecer arremetedor y terrible en Zarumilla o en Locumba?

Nada nos ha respondido la fotografía. Don Alberto Ulloa, cruzado de brazos, sin barba y sin quevedos, nos ha seguido mirando serena y

tranquilamente. Nos hemos sentido lejos de toda palabra capaz de auxiliarnos y socorrernos.

Y hemos tenido que creer en la afirmación ambulante de que el gobierno del señor Pardo es no sólo un gobierno agobiado por la cornucopia de los superávit sino también un gobierno agobiado por los presentimientos y por las desazones más conturbadoras. Está persuadido, tan persuadido como nosotros, de que ha pasado la era criolla de las inquietudes nocturnas. Sabe que han desaparecido esos hombres que durante luengos años de la historia de esta democracia de mestizos estuvieron permanentemente dispuestos a irse en un tren a la quebrada, vivero de todos los Mateo Vera que en el Perú han sido. Sin embargo este gobierno no duerme tranquilo todas las noches porque de vez en cuando sospecha que hay en el país gentes descontentas y arteras que se están conchabando para derribarle.

Habla la ciudad de que en los últimos días los hombres del gobierno han cogido el hilo de un complot. Agrega que se ha ordenado vigilancia y cautela a los mesnaderos, guardianes, soldados y servidores del Estado. Y se imagina al prefecto de Lima, libre de su sable de gendarme, corriendo a gatas por los techos de Palacio para seguir encontrando más hilos y más madejas.

Hemos interrogado a algunas gentes:

–¿Acaso se recela del ejército?

–Alrededor del ejército ruedan los temores.

–Entonces todo es una alarma originada por la carta de Leguía.

–No; es una alarma anterior a la carta de Leguía. La carta de Leguía la ha ahondado no más. Ha llovido sobre mojado.

Tanta persistencia ha concluido impresionándonos. Nos hemos convencido de que el gobierno del señor Pardo no duerme serena y sosegadamente todas las noches. Y hasta nos hemos preguntado si van a resucitar los días de las aprensiones y de los complots de antaño.

Mas no hemos abandonado, sin embargo, nuestra persuasión permanente de que éste es un gobierno feliz. Feliz aunque a veces se asuste. Feliz porque, justamente, se asusta de serlo tanto. Y, por eso, su miedo, aunque haya que decirlo con una frase de teatro español, es el miedo de los felices. Que es lo que diríamos nosotros si fuésemos comediógrafos para intranquilidad de nuestra conciencia y agravamiento de todos nuestros pecados.

(En *El Tiempo*: Lima, 5–II–1918)

VOCES

Todo permanente

Acaba de engolfarse la Cámara de Diputados en otra sesión permanente. Se diría que no quiere celebrar cuarenta y cinco sesiones sino una sola sesión durante toda la legislatura aunque esa sesión tenga que ser una sesión de cuarenta y cinco días. Acaso así se hace la ilusión de que acorta la legislatura. O, por lo menos, de que desobedece de alguna manera la convocatoria del señor Pardo.

Gentes vagabundas, murmuradoras y baldías, de aquellas que permanentemente van a la barra, "militan en la oposición" y creen en la experiencia de los vocales de la Suprema, han venido a preguntarnos:

–¿Por qué ha vuelto la Cámara a declararse en sesión permanente?

Y nosotros les hemos respondido:

–Será porque el gobierno del señor Pardo ha declarado a las cámaras en legislatura permanente.

Entonces nos han preguntado:

–¿Y por qué no protestan ustedes? ¿Por qué no "le dan duro" al gobierno? ¿Por qué no "golpean" a las cámaras?

Pero nosotros que estamos ya cansados de que se nos condene a este papel romántico y denodado de paladines pertinaces apenas si hemos tenido fuerzas para responderles con una sonrisa a las gentes vagabundas, murmuradoras y baldías de la barra.

Silenciosamente hemos reflexionado en que el Congreso va perdiendo su fisonomía personal con estas prolongaciones indefinidas de su funcionamiento. En el Perú se ha clamado siempre contra el gobierno entre otras razones porque el gobierno dura todo el año. Y se ha clamado siempre por el Congreso entre otras razones porque el Congreso no dura sino tres, cuatro o cinco meses. Únicamente se ha clamado contra el Congreso cuando el Congreso no ha ayudado a las muchedumbres ciudadanas a clamar contra el gobierno. Pero desde el momento en que el Congreso

empiece a ser permanente como el gobierno va a parecerle también intolerable a la nación.

Estamos convencidos de que la popularidad del Congreso ha residido tradicionalmente en su duración transitoria. El interés popular rodea al Congreso porque el Congreso funciona sólo por temporadas. Por eso no es prudente que al funcionamiento legislativo se le quite carácter de temporada. Ese carácter de temporada es lo que más lo recomienda a la simpatía pública. Para las gentes la temporada parlamentaria vale más por temporada que por parlamentaria. Lo mismo que la temporada de carreras, lo mismo que la temporada de toros y lo mismo que la temporada de gallos.

Pero, a pesar de que sentimos que se está desnaturalizando al Congreso peruano con el alargamiento indefinido de su vida extraordinaria, no queremos pronunciar ninguna protesta ni pronunciar ninguna imprecación. Preferimos guardar nuestro sosiego y nuestra compostura. Y desperezarnos bostezando delante de esta máquina de escribir que se nos antoja la única "persona" que nos entiende en el mundo, además de ser la única que nos ayuda y que nos socorre.

Dominados por este aburrimiento, por esta abulia y por esta pereza, nos hemos alejado del Parlamento. Ya no vamos todas las tardes a la Cámara del señor Pardo. Ya no vamos siquiera a la Cámara del señor don José Carlos Bernales. Si pasamos por los locales legislativos es furtiva y momentáneamente. Y cuando tenemos la necesidad espiritual de ver, por ejemplo, al señor don Manuel Bernardino Pérez, salimos a buscarle por el centro a la hora del mediodía en que –después de haber derramado obesamente sus refranes al paso de las ricas hembras– le regatea a una india frutera, a quien llama su "caserita", la ópima palta carachosa que ha de complementar su almuerzo de patriarca criollo.

(En *El Tiempo*: Lima, 6–II–1918)

VOCES

El reino interior

Pensamos un día que el señor Manzanilla, el gran leader iqueño de la muy famosa sonrisa, volvía a la actividad parlamentaria. Acabábamos de presenciar dos o tres sonoras intervenciones del señor Manzanilla en los debates de sus cámaras. Y le habíamos oído, inesperadamente, una declaración política que era una declaración donairosa y risueña como todas las suyas.

Había hablado así el señor Manzanilla repentinamente:

–Yo, señores, me hallo hoy libre de compromisos partidaristas. No soy un diputado gobiernista ni soy tampoco un diputado oposicionista. No estoy muy cerca del poder ni estoy muy lejos de él.

Y las gentes habían supuesto que éste era sólo el exordio de un segundo tomo de discursos parlamentarios del señor Manzanilla. Un segundo tomo más sustancioso probablemente que el primero. Un segundo tomo destinado a restituir a la figura del señor Manzanilla al brillo rutilante de otrora. Para los líricos corazones de los peruanos el señor Manzanilla era un cometa de luminosa cauda que reaparecía de pronto en el cielo de la patria.

Pero aconteció que la expectativa nacional era infundada. El señor Manzanilla no deseaba abandonar su retraimiento ni deseaba salir de su silencio. Había pronunciado una que otra declaración aislada sin propósito alguno de concederle otra vez a la labor legislativa su colaboración de otros tiempos. El segundo tomo de los discursos parlamentarios estaba aún muy distante.

Preguntado el señor Manzanilla, respondía:

–Yo no modifico mi propósito abstencionista.

–¿Entonces usted sólo ha querido decir que no es amigo del gobierno?

–No; yo no he querido decir tanto. Pero, tampoco, he querido no decirlo...

–Luego usted....

–¡Perdón! Yo no he pretendido explicar mi comportamiento. Yo soy político y sé que las actitudes de los políticos están sujetas a diversas interpretaciones. Y yo no me preocupo nunca sino de mis actitudes. Jamás de las interpretaciones que merezcan. Yo soy así, amigos míos.

–Pero en este caso...

–¡Perdón! ¡He estado en la disyuntiva política de ser víctima o de ser cómplice! Y yo tuve que decirme, por supuesto, ¡cómplice no! Y he sido víctima.

– Víctima callada.

–Sí; víctima callada. ¡Porque yo he aceptado ser víctima voluntaria para no ser cómplice involuntario! No me lo ha impuesto nadie. Si alguien hubiera pretendido imponérmelo, yo, por rebeldía, no habría sido víctima sino cómplice.

Así se expresaba el señor Manzanilla, empleando sutilmente esa palabra escurridiza, ágil y alada que le ha permitido permanentemente huir de las declaraciones rotundas y vulgares.

Y ahora ya no es siquiera un puntual concurrente a las listas. Ya no acude asiduamente a la Cámara de Diputados como en días pasados. Ya no sólo se aparta de los debates sino también de las sesiones.

Desafiando denodadamente los rigores del calor y los agravios del polvo, hemos ido nosotros, en una de estas tardes despiadadas, al estudio del señor Manzanilla.

Hemos ido para decirle:

–¡Señor, los diarios publican todos los días su nombre en letra versalita! ¡Todos los días está usted en la lista de diputados remisos!

Y el señor Manzanilla nos ha contestado:

–Bueno. Yo me alejo voluntariamente de las sesiones. Yo tengo la conciencia de mi responsabilidad. Antes prescindía del debate. Ahora prescindo de la concurrencia. Porque yo pienso que así la prescindencia es más perfecta. Y yo quiero estar lo más cerca posible de la perfección.

Hemos insistido en la empresa de turbar el ánima del señor Manzanilla con nuestra observación:

–¡Pero, señor, su nombre en letra versalita!

El señor Manzanilla no ha tenido más remedio que inquietarse:

–¡Sí; la letra versalita es un reproche! ¡Y además yo quiero huir de la exhibición! ¡Y la letra versalita me obliga a la exhibición cotidiana! ¡Sí!

Sólo que enseguida ha reaccionado:

–¡Yo mantengo, a pesar de todo, mi retraimiento! ¡Lo mantengo sin

transacciones! Sirvo mis ideas, batallo por ellas, las mantengo; pero no lo hago furentemente. Y no lo hago porque no sólo hay que preocuparse del bien colectivo. ¡Hay que defender, sobre todo, el buen humor personal! Y, por eso, yo cultivo mi juventud, mi bienestar espiritual, mi equilibrio interior. Por eso no grito, por eso no me agito y por eso no me solivianto. ¡Tengo un deber primordial para conmigo mismo: el deber de sonreír!

Después de haberle escuchado estas palabras, nos hemos despedido del señor Manzanilla. Hemos regresado, paso a paso, a la imprenta donde nos aguardaba, como siempre, el consejo familiar de una fotografía de ciudadanos en mangas de camisa. Y, a solas, completamente a solas con los trascendentales retratos de la estancia, hemos comprendido que el señor Manzanilla anda engañado. El señor Manzanilla está intranquilo. tan intranquilo, que su vanidad le hace creer que está tranquilo. Y, más que creerlo, asegurarlo en voz alta.

(En *El Tiempo*: Lima, 7–II–1918)

VOCES

Enfant gaté

Acabamos de convencernos de que el señor don Manuel Bernardino Pérez, el más esclarecido y popular de todos los señores Pérez del Perú, ha perdido lentamente aquella regocijada sazón espiritual que le diera tan grande y merecida fama. El señor Pérez se envejece. Se ha apagado en él para siempre ese buen humor que guarda cuidadosamente el señor Manzanilla.

Sólo así podemos explicarnos el gesto agrio y furente con que el señor Pérez abandonó anteayer la Cámara de Diputados. Si el señor Pérez hubiese sido entonces el señor Pérez de sus buenos tiempos no se habría portado de manera tan hosca, fea y agresiva. En vez de responder a una negativa de la Cámara saliéndose airado de ella, acto mal avenido con un espíritu ladino y obeso, se habría sentado pacientemente en su butaca después de haber pronunciado el mas risueño de sus refranes.

Pero desde el momento en que el señor Pérez se ha puesto bilioso y destemplado no es posible dudar que ha dejado de ser el señor Pérez de antes. Ha empezado a ser un señor Pérez viejo y decadente. Un señor Pérez que se quedará mañana sin su donjuanismo tradicional como se ha quedado hoy sin su buen humor tradicional también.

El señor Pérez era nuestro señor Pérez, personaje representativo del Parlamento nacional, porque había en él una permanente alegría dicharachera. Era nuestro señor Pérez porque poseía un alma "cabeceada" de refrán y de chiste. Su figura hallaba un cómodo y regalado escenario en el zarzuelismo de la política peruana.

Placíanos ver al señor Pérez porque sabíamos que no encontraríamos en él a un varón grave y solemne. Luego si el señor Pérez se transforma en un varón grave y solemne tendrá que relajarse definitivamente la devoción que le ha rodeado en todos los tiempos. Grave y solemne vemos todos los días al señor don Alberto Ulloa, por ejemplo, mas lo sentimos aparejado

a su temperamento y a su talle. Nos sorprendería en cambio verle festivo y baturro. Pero grave y solemne no podemos ver al señor Manuel Bernardino Pérez ni siquiera por un minuto. Esta es una de las razones por las cuales nos opondríamos a que el señor Pérez fuese elegido presidente de la Corte Suprema y no nos opondríamos a que fuese elegido Presidente de la República. Aunque pensamos que legislador y no gobernador es el señor Pérez por antonomasia.

Tanto como el voluntario alejamiento del señor Pérez de la Cámara de Diputados sólo podría asombrarnos, verbigracia, su voluntario alejamiento de las traviesas veredas y de los recatados vericuetos de la galantería. A pesar de que hemos asistido a una claudicación del señor Pérez el día en que demandó cárcel, tortura y contumelia para Norka Rouskaya, no creemos que sea posible que el glorioso diputado por Cajamarquilla deje algún día de ser un teórico don Juan listo para alfombrar de requiebros el paso de las ricas hembras.

Por eso, porque nos damos cuenta de lo sensible que sería que se desnaturalizase la personalidad de uno de los peruanos más sustanciosos y preclaros, pensamos que el arranque del señor Pérez ha sido un arranque transitorio y fugaz. Que ha sido sólo un acto primo.

Y nos quejamos acerbamente de que la Cámara de Diputados no se apresurase anteayer a atajar al señor don Manuel Bernardino Pérez, a cerrarle la puerta y a devolverlo a su escaño como un niño engreído.

(En *El Tiempo*: Lima, 8–II–1918)

VOCES

El señor carnaval

Dentro de breves horas va a empezar el señorío criollo del balde de agua. Entrará en hervor el alma bulliciosa de la zambocracia. Y las gentes apacibles y honestas tendremos que alejarnos de las muchedumbres para que no nos maltraten sus globazos ni sus harinas ni sus granos ni sus gritos.

Probablemente el señor Pardo pertenece al número de personas que se arredran y se alarman ante la posibilidad de vivir dentro de la comunidad mestiza durante estos días de zarabanda y de malacrianza. Y por eso se ha alejado de nosotros en el mismo vapor en que se ha alejado el gran señor don Juan Belmonte.

Para nosotros los cotidianos comentadores de los acaecimientos políticos estos tres días de carnaval son, por ventura, tres días de descanso. La política y el carnaval, aunque parezca mentira, son antagónicos. En el mismo momento en que el carnaval aparece, la política se esconde. Quizá ocurre solamente que la política y el carnaval no han llegado todavía a ponerse de acuerdo.

Siempre nos hemos preguntado en medio de los mayores excesos y demasías del carnaval:

–¿Por qué en estos momentos no sesiona también el Parlamento? O nos hemos preguntado así mismo:

–¿Por qué en estos momentos no se produce una jornada cívica? ¿Por qué en estos momentos no llega la noticia de que ha estallado una revolución en la quebrada? ¿Por qué en estos momentos no le habla al pueblo el Presidente de la República?

Nos hemos sorprendido de que la política no se holgue dentro del carnaval peruano. Siempre nos hemos sorprendido de que el señor don Manuel Bernardino Pérez no haya conseguido aún el concierto de los alborozos de la política con los alborozos del carnaval. Siempre nos hemos sorprendido de que en estos días estruendosos no haya ni siquiera un

besamanos palatino.

Pero, ahora, en esta madrugada del domingo de quincuagésima, consideramos muy justo que haya tres días de sosiego para los escritores encargados de glosar los sucesos de la política nacional. Son tres días durante los cuales no sentiremos que el señor Pardo es Presidente de la República. Tres días durante los cuales no veremos las camisas rosadas del señor Manuel Bernardino Pérez. Tres días durante los cuales no oiremos hablar de los guarismos que han conturbado tanto el espíritu del señor Tudela y Varela. Tres días durante los cuales no nos contagiaremos de la agresividad acérrima y denodada del señor Secada.

Gentes regocijadas y jocundas han venido a decirnos:

–Imagínense ustedes un baile de máscaras político.

Les hemos respondido:

–Nos lo imaginamos.

Y nos han replicado:

–¡Pero así no! ¡Imagínenselo en voz alta! ¡Imagínenselo en las columnas de su periódico! ¡Imagínenselo para el público!

Y luego nos han añadido.

–¡Disfracen, por ejemplo, al señor Tudela y Varela! ¡Disfracen al señor Bernales! ¡Disfracen al señor Cornejo! ¡Disfracen al señor Manzanilla! ¡Disfracen al señor Químper! ¡Disfracen al señor Salazar y Oyarzábal!

Entonces nosotros hemos exclamado con profunda sinceridad:

–¡Para qué!

Y, dejando que progresasen silenciosamente las horas de la madrugada, hemos pensado en el señor Pardo que, lejos de estas tierras, bajo el cielo de su latifundio, es, sin duda alguna, un hombre venturoso. Y nos hemos acordado de que también el señor Concha goza de la misma felicidad que el señor Pardo. Porque si no está bajo el cielo de su latifundio por no ser dueño de latifundio alguno, está siempre lejos de estas tierras en los días del señorío criollo del balde de agua.

(En *El Tiempo*: Lima, 10–II–1918)

VOCES

De regreso

Después de haber revisado a sus mesnadas y recorrido su latifundio, después de haberse regalado con el placentero yantar campesino, después de haberse sentido envuelto en el halo de la celebridad de Belmonte, después de haber contemplado los grandes cañaverales y el gran ingenio de que son dueños los señores Aspíllaga y después de haber nutrido de arroz con pato y chicha de jora su hijodalgo espíritu, viaja de regreso a esta tierra, vigilado por un gendarme con chaqué, el señor Pardo que nos manda, que nos favorece y que nos adoctrina para bien de nuestras almas y salud de la patria.

Enamorada y anhelante aguarda la ciudad al señor Pardo. Comprende que el señor Pardo le hace un obsequio muy alto tornando a morar en ella. Yse pregunta desolada qué habría sido de su suerte si el señor Pardo se hubiera quedado en Tumán y se hubiera apartado del mundanal ruido para que allí, inspirado por la paz virgiliana, Clovis hubiera escrito la historia de sus hazañas y el elogio de sus virtudes.

Recuerda la ciudad la emoción que la estremeció el día en en que el señor Pardo, asistido por el señor don Baldomero Aspíllaga y por el señor don Luis Varela y Orbegoso, se embarcó en un barco mercenario.

Interrogábanse aquel día todas las gentes:

–¿Acaso se va para siempre el señor Pardo?

Pero no hubo en estas palabras solidaridad maliciosa y cazurra con las aspiraciones de los taimados peruanos que quieren mal al señor Pardo. Hubo sólo temor de que el señor Pardo se hubiese aburrido de gobernarnos. Lo que, por supuesto, habría sido muy posible y muy justificado.

Ahora que tienen noticia de que el señor Pardo se ha encaminado de vuelta al Callao es, pues, natural que haya contentamiento y placer en el ánima de la ciudad. Puesto que tan honda había sido su consternación ante la sospecha de que el señor Pardo nos abandonara, es lógico que sea

también muy hondo su alborozo ante la certidumbre de que el señor Pardo regresa para seguir siendo Presidente de la República.

Sólo que la ciudad espera que el señor Pardo venga trayéndole alguna gracia muy fausta y muy agradable. Cree que ha ido a sus haciendas del norte para darnos un sucesor digno de él. Y piensa que el señor Pardo va a decirnos, apenas pise nuevamente el suelo del Callao –que puede llamarse también el suelo del señor Secada–, quién es el ciudadano en el cual ha puesto sus ojos para que nos dirija y nos conduzca en lo venidero.

Y únicamente una queja tiene la ciudad contra el señor Pardo. La de que no ha debido hacer un viaje tan burgués y tan democrático a bordo de un vapor mercader prosaico, sin escolta, sin cortejo, sin embajadores.

(En *El Tiempo*: Lima, 18–II–1918)

VOCES

Horizonte nublado

Empezamos a ver desasosegadas a las gentes. Se extingue la serenidad que ha gobernado los ánimos preservándolos de rebeldías y denuedos. Vemos al señor don Víctor Larco Herrera, al grande y bravío varón de las sensacionales larguezas, gritándole sus censuras al señor Pardo. Vemos al pueblo de Trujillo, que es probablemente el pueblo del señor Larco Herrera, hostilizando al señor Pardo que nos manda. Vemos a la prensa provinciana asumiendo actitudes de imprecación y de denuesto. Vemos a la República entera preparándose para asistir al espectáculo del proceso presidencial.

Todo se confabula y se concierta para hacernos sentir que el país abandona su quietud. El Perú de este momento no se parece al Perú del momento en que el señor Pardo, asistido por el señor don Baldomero Aspíllaga y por el señor don Luis Varela y Orbegoso se alejó de nosotros en pos de la regalada holganza campesina de sus tierras.

Podría decirse que al mismo tiempo que la unciosa cuaresma cristiana, ha comenzado un período de agitaciones, de estremecimientos y de grimas para la República. Y que los católicos del Perú no vamos a tener recogimiento ni reposo durante los cuarenta días que pasó Nuestro Señor en el desierto.

Ya las gentes no muestran la misma tranquilidad ni la misma indiferencia de otros tiempos. Las perturba y las excita la proximidad del día en que habrán de darle sucesor al señor Pardo. O en que el propio señor Pardo querrá dárselo.

Y suena una pregunta persistente:

–¿Dura todavía la posibilidad de la candidatura del señor Aspíllaga?

Es una pregunta que suena sin descanso porque las gentes no quieren convencerse de la formalidad de la noticia de que el señor Aspíllaga será el candidato del señor Pardo a la Presidencia de la República. Aunque el

señor Pardo ha vigorizado su amistad con los señores Aspíllaga en los dominios de Cayaltí, aunque el señor don Baldomero Aspíllaga ha sido el anfitrión del paseo del señor Pardo, aunque el señor don Ramón Aspíllaga ha hecho al señor Pardo los homenajes de su locuacidad y aunque se ha advertido algunos señalados indicios conexos, no se cree que el señor don Antero Aspíllaga se rinda a las seducciones del gobierno. Y esta incredulidad pública se basa primordialmente en conceptos gratos para el señor Aspíllaga. Se basa en la expectativa de que el buen gusto del señor Aspíllaga no se avenga con los trajines ni con los enardecimientos de una empresa tumultuosa y grosera.

Para la ciudad el señor Aspíllaga es principalmente un gentleman. Un gentleman con una patriarcal edad de abuelo, con un talle todavía distinguido y gallardo y con una elegancia severa y británica. No tan británica como la del señor Óscar Víctor Salomón, por supuesto, pero británica siempre. Y es natural que la ciudad razone de esta suerte:

–No es posible que un gentleman, dueño de tan grande latifundio, de tan plácidos millones, de tan maravillosos jardines, de tan alabados trajes y de tan extraordinarias felicidades piense, otra vez, en ser candidato a la Presidencia de la República para exponerse a las malacrianzas y a las procacidades de las turbas criollas. Un gentleman venturoso y pulcro debe alejarse de la zambocracia sudorosa, deshonesta y bulliciosa.

Así piensa la ciudad.

Pero, en seguida, hondamente alarmada, se da cuenta de que estamos en la cuaresma; de que la cuaresma conmemora los cuarenta días del desierto; y de que los cuarenta días del desierto no fueron únicamente de penitencia sino también de tentación.

(En *El Tiempo*: Lima, 21–II–1918)

VOCES

Uno por uno

Emigran de la Cámara de Diputados sus hombres ilustres. Emigran silenciosamente. Emigran uno por uno. Primero se les ve aburridos, displicentes y tediosos. Después no se les ve. Abrumados por su gloria, por su fama y por su fastidio, se alejan del debate parlamentario y se encierran dentro de ellos mismos.

Desde hace muchos días ya no está en su escaño, por ejemplo, el señor Manzanilla. Y, más aún, su escaño no está siquiera vacío. Está ocupado por el suplente señor Villagarcía que es una buena persona, desprovista totalmente de juventud, de donaire y de sonrisa. Una buena persona que no ha sido enaltecida ni retratada por el periodismo nacional. Una buena persona que no tiene ningún álbum de recortes que atestigüe su celebridad. Una buena persona que ha venido de Ica.

Tampoco está en su escaño el señor Alberto Ulloa. Después de un largo apartamiento de las sesiones legislativas hemos acudido a la Cámara para verlo y para oírlo. Y no lo hemos encontrado. Todavía no hemos hallado en su escaño al suplente de Yauyos, señor Tupiño. Pero esperamos hallarlo de repente. Estamos seguros de que así será porque juzgamos indispensable la solidaridad, la alianza y el concierto del señor Villagarcía con el señor Tupiño. Del señor Tupiño, liberal, con el señor Villagarcía, iqueño.

Andando por los pasillos nos hemos tropezado con el señor Balbuena.

Y le hemos preguntado:

–¿Por qué no viene el señor Ulloa?

El señor Balbuena nos ha respondido:

–¿Todavía no viene el señor Ulloa? ¡Ya vendrá una de estas tardes!

Y hemos conversado luego de esta suerte:

–No. ¡Esta vez parece que el señor Ulloa se ha ido para no volver!

–Traeremos entonces a Tupiño.

–¡Primero se ha quedado la Cámara sin el señor Manzanilla! ¡Después

se ha quedado sin el señor Ulloa!

–¡Primero sin Manzanilla! ¡Después sin Ulloa!

–¡Acaso se irá usted también!

–¡Yo no!

–¿Por qué no? ¿Usted está muy contento aquí?

–No. ¡Pero es que yo no tengo suplente! ¡Es que yo no soy sino suplente aún! ¡Yo no tengo Tupiño como Ulloa!

Involuntariamente hemos turbado así el ánima del leader joven de los liberales. Y lo hemos dejado. Nos hemos parado luego un rato en la puerta del Palacio Legislativo para ver si acaso llegaba, aburrido de su aburrimiento, el señor Ulloa.

Pero hemos esperado en vano. Ilusoria y pertinazmente hemos creído divisar, en cada victoria que aparecía, la barba pensativa y el chaleco blanco del señor Ulloa. Después hemos tenido que perder toda expectativa de ver al señor Ulloa abotonarse y enfundarse las manos dentro de sus bolsillos para hablarle al señor Tudela y Varela.

Luego hemos vuelto a recorrer los pasillos para buscar al señor Maúrtua, al gran diputado que tiene abatido al señorío criollo del pisco; pero también lo hemos buscado baldíamente.

Hemos preguntado:

–¿Tampoco viene el señor Maúrtua?

Y nos han contestado:

–Viene todavía. Pero acaso pronto dejará de venir para siempre. El Congreso lo elegirá próximamente fiscal de la nación.

Hemos tenido que gritar:

–¿Y ustedes van a dejar que se vaya?

Nos han dicho entonces risueñamente:

–El señor Maúrtua es muy grande. ¡Y nosotros somos muy chicos!

Nosotros, muy graves, muy cambiados, hemos asentido:

–Cierto.

(En *El Tiempo*: Lima, 23–II–1918)

VOCES

Disfuerzos

Sorpresivamente nos han hablado desde su ventana los cazurros y maliciosos varones del comité de la calle de la Rifa. Nos han hablado cuando menos podíamos esperarlo. Nos han hablado con coquetería y con donaire. Nos han hablado a la manera del señor Manzanilla.

Primero nos han dicho:

–Se asevera que el bloque vive todavía. No es verdad. El bloque ha muerto. Duró lo necesario para molestar al señor Leguía. Después se disolvió voluntariamente. Pero las gentes que no nos quieren gritan incesantemente que el bloque tiene su hogar en la honesta casa de estos escritores puros y cristianos.

Todos nos hemos quedado muy asombrados de que los varones del comité de la calle de la Rifa se hayan puesto a hablarnos de esta suerte desde su ventana.

Y ellos han seguido:

–Bueno. Y lo peor es que se le atribuye al bloque una fisonomía siniestra. Se le mira como a un tenebroso aquelarre. Se le considera un conjunto de tremendos conspiradores, una agrupación de misteriosos revolucionarios, una sociedad de terribles bolcheviques.

Hemos tenido que sorprendernos más aún. Nos hemos quedado perplejos oyendo a los bloquistas del decano llamarse a sí mismos conspiradores, revolucionarios y bolcheviques. ¡Después de habernos llamado bolcheviques a nosotros!

Pero luego hemos comprendido el objeto del repentino y locuaz discurso de los bloquistas del decano.

Les hemos escuchado estas palabras finales:

–Miren ustedes. Un periódico de Arequipa ha publicado que el bloque, reunido en nuestra casa, se ha conchabado para hostilizar la candidatura del señor Aspíllaga y para preconizar una candidatura de transacción. Una

candidatura de transacción que sería, por ejemplo, la del señor Bentín. ¡Esto sería muy bonito por supuesto! ¡Muy bonito! ¡Sólo que no es cierto! ¡Repetimos sin embargo que sería muy bonito!

Todos hemos comentado así las palabras del decano:

–¡Ajá!

Y el decano ha vuelto a exclamar:

–¡Positivamente el señor Bentín sería un gran candidato! ¡Un candidato de transacción! ¡Desde este punto de vista no ha dicho ningún disparate el periódico de Arequipa! ¡El señor Bentín es muy buena persona! ¡Pero hasta ahora nadie ha pensado en su candidatura! ¡Y tenemos que desmentirlo! ¡Aunque no estaría mal que el pueblo se fijase en el señor Bentín!

Entonces hemos sentido que el señor Pardo comentaba las palabras del decano lo mismo que nosotros:

–¡Ajá!

Y hemos visto enseguida muertas de risa a las gentes de la ciudad.

Un excelente amigo nuestro, uno de los personajes políticos con quienes habitualmente dialogamos, nos ha buscado para hacernos estas preguntas:

–¿Por qué los bloquistas del decano tratan de suponerse fama de revolucionarios? ¿Por qué se denominan a sí mismos bolcheviques? ¿No habíamos quedado en que los bolcheviques eran ustedes?

Y la ciudad entera ha compartido esta estupefacción. Se han desdoblado hasta el infinito las interrogaciones de la gente asombrada. No se podía presumir jamás que los graves periodistas de La Rifa se atribuyesen reputación de bolcheviques cuando hasta antes de ayer bolchevique era para ellos sinónimo de facineroso. Y cuando por este motivo éramos motejados bolcheviques los hombres, inofensivos todos, que escribimos en esta casa del general La Fuente.

Pero, de repente, respondiendo a todas las preguntas, ha sonado una frase criolla, netamente criolla, legítimamente criolla, típicamente criolla, para calificar el gesto de los hombres de la Rifa.

Y ha sido ésta:

–Se están "echando la culpa"...

(En *El Tiempo*: Lima, 24–II–1918)

VOCES

Suprema aspiración

Hemos reparado de repente en este rumor que rueda por las calles:

–El señor Muñoz, ex Ministro de Gobierno del señor Pardo, quiere ser fiscal de la Suprema.

Y nos hemos dicho con este rumor en las manos:

–Bueno. ¿Acaso el señor Muñoz no tiene derecho para ser lo que le parezca en el Perú? ¿Acaso no lo recomienda para todo el mérito de haber sido Ministro de Gobierno del señor Pardo? ¿Acaso no merece, tanto como cualquiera de nuestros distinguidos jurisconsultos, ir a hacerles compañía a los graves varones de nuestro más alto tribunal de justicia?

Pero enseguida nos han rodeado muchas voces amigas:

–Es que pasa algo más. Pasa que la aspiración del señor Muñoz se opone a la aspiración del señor Maúrtua. El señor Muñoz, ex Ministro de Gobierno del señor Pardo, pretende ser elegido fiscal de la Suprema en vez del señor Maúrtua, ilustre maestro de derecho, altísimo legislador y sabio autor del nuevo Código Penal.

¿Piensan ustedes todavía que está bien que el señor Muñoz quiera ser en estos momentos fiscal de la Suprema?

Nos hemos quedado callados. Comprendemos, mejor que el público, la distancia que separa al señor Maúrtua del señor Muñoz. Y la miramos gradualmente aumentada sin que influya en nuestro espíritu ningún sentimiento hostil contra el señor Muñoz. (Somos incapaces de abrigar sentimientos hostiles contra ningún señor Muñoz de esta tierra. Y ni siquiera contra el señor Muñoz Seca de España). Pero, sin embargo, no sabemos por qué no podemos compartir fácilmente la sorpresa que produce en los buenos ciudadanos la noticia de que frente a la candidatura del señor Maúrtua a la fiscalía de la nación se ha alzado la candidatura del señor Muñoz. No logramos sentir el asombro del público. No conseguimos adherirnos a su excitación.

Y han seguido sonando muchas voces amigas a nuestro alrededor:

–¿Por qué no protestan ustedes? ¿Por qué no gritan ustedes? ¿Por qué no reclaman ustedes que se respeten más, siquiera en esta ocasión, los fueros del talento?

Para continuar callándonos hemos desviado la mirada de nuestro alrededor. Y la hemos puesto en el señor Muñoz. Mirando al señor Muñoz, contemplando su gesto, examinando su ademán, observando su continente, nos hemos confirmado definitivamente en nuestra persuasión de que es natural la aspiración del señor Muñoz a una fiscalía de la Suprema. El señor Muñoz tiene fisonomía de magistrado nacional. Es un honesto ciudadano que ha soñado desde chico con la medalla de los venerables señores de la Suprema. Seguramente desde que el señor Muñoz se dio cuenta de sus aptitudes de abogado, desde que era el niño Muñoz, desde que iba a la escuela, tuvo la suma aspiración de llegar a ser fiscal de la Suprema. El pensamiento criollo sobre la importancia de los vocales de la Suprema,esa importancia que hace incontrovertible la opinión de un vocal de la Suprema hasta sobre la excelencia de un pato con arroz, modeló sin duda alguna las primeras orientaciones espirituales del señor Muñoz.

Gobernados por estos conceptos hemos salido de nuestras breves vacilaciones y les hemos hablado así a todos los que han venido a pedirnos que reprobáramos la pretensión del señor Muñoz:

–Buenos amigos: no se asombren tanto de que el señor Muñoz sea el competidor del señor Maúrtua. El señor Muñoz ha nacido predestinado para ser miembro del «más alto tribunal de la república». Una vocalía o una fiscalía de la Suprema han sido obligatoriamente la más cara ilusión del señor Muñoz. La historia íntima del señor Muñoz tiene que haber sido una serie de laboriosos y denodados esfuerzos concordantes con su ilusión. El señor Muñoz ha soñado consuetudinariamente con el día en que anciano, glorioso y jubilado, debe llegar a la meta de su carrera de funcionario abrumado por el peso de una medalla. ¿Cómo puede ser posible, pues, que ahora, por consideración a una cosa tan inútil como el talento, se interrumpa el proceso de toda una vida tan interesante y tan esforzada? No tiene por qué asombrarnos que el señor Muñoz quiera ser fiscal de la Suprema. Tendría que asombrarnos, precisamente, que ocurriera lo contrario. El señor Muñoz es un candidato genuinamente peruano a una fiscalía de la Suprema. El señor Maúrtua, tan eminente, tan grande y tan talentoso, no lo es...

(En *El Tiempo*: Lima, 26–II–1918)

VOCES

Pase obligado

Pensaban las gentes que el señor Pardo no iba a hallar fácilmente un buen sucesor para el señor Maldonado. Miraban al señor Tudela y Varela como a un varón abnegado que se echaba sobre las espaldas la carga de un ministerio más pesado que una casa vieja. Y mientras tanto, era todo lo contrario. El señor Pardo tenía muy cerca un financista de repuesto. Lo tenía dentro de su mismo gabinete. Lo tenía al alcance de la mano.

Asombradas, pues, han visto las gentes que no sólo había en el señor Tudela y Varela un Ministro de Hacienda latente. Había también un Ministro de Hacienda latente en el señor Arenas. Acaso hay un Ministro de Hacienda en cada ministro actual del señor Pardo. Hasta en el excelente señor Flórez que, con un vernal chicago de paja y con una cara llena de bondad y de sonrisa, pasa por las calles en un automóvil raudo y travieso como un chiquillo.

Este sistema de los pasos ministeriales tiene alarmados a los hombres principistas. Un ministro que lo mismo puede servir para administrar los recursos que para dirigir los gendarmes de la nación, les parece a los hombres principistas un ministro de farándula. Y es que probablemente no comprenden que el señor Pardo es un presidente sapientísimo y previsor que se rodea de funcionarios simultáneamente aptos para rondar la ciudad a caballo y para conducir los negocios internacionales.

Derribado el señor Maldonado, no era posible, por consiguiente, que el señor Pardo se viese en un atrenzo embarazoso. El señor Tudela y Varela estaba allí para servirle y auxiliarle. Y cansado el señor Tudela y Varela a pesar de los acuciosos y solícitos votos de las cámaras, estaba allí el señor Germán Arenas para librarle de desazones.

Y tan confiado en sí mismo y en su ventura nos manda el señor Pardo, que ni aun se ha atemorizado de darles el Ministerio de Gobierno a los liberales. Sólo se ha preocupado de que el liberal favorecido con el

Ministerio de Gobierno no sea uno de aquellos liberales revoltosos y conspiradores. Ha buscado un liberal pacífico. Un liberal que jamás ha sido montonero. Un liberal que jamás ha puesto cupos. Un liberal que jamás ha corrido por las quebradas. Un liberal, preciado amigo nuestro, que ha sido siempre una buena persona, un político moderado y un burgués apacible. Un liberal amante del orden público, del principio de autoridad y de las costumbres honestas. Un liberal que cualquiera de estos días podría amanecer de Ministro de Guerra porque ni siquiera ha podido inocularle el señor Pinzás sus foscos sentimientos antimilitaristas.

Agitadas por la compostura del gabinete contemplan las gentes, alternativamente, al señor don Germán Arenas y al señor don Samuel Sayán y Palacios. Los siguen en su juramento. Los rodean en su despacho en la hora de las felicitaciones. El blanco de sus miradas es, principalmente, el señor Arenas a quien espera la ciudad ver muy pronto en denodado trance parlamentario.

Y poniéndole al remedio su ladino comentario refranero, habla así por las calles el señor don Manuel Bernardino Pérez, blandiendo la consuetudinaria palta destinada a matizar su almuerzo patriarcal:

–Ya verá el Perú que el señor Arenas sirve lo mismo para un fregado que para un barrido.

(En *El Tiempo*: Lima, 27–II–1918)

VOCES

Duende, pero bloque

Oigamos a los cazurros y maliciosos periodistas de La Rifa. Intermitentemente salen a su ventana para decirle a la ciudad que el bloque no existe. Su negativa se va haciendo cada vez más humorística. Y menos negativa.

Después de que el decano sostuvo luengamente desde su primera columna que el bloque había muerto, las gentes antiguas y conservadoras, las buenas gentes que creen en ese periódico lo mismo que en un calendario las armas de la patria, se dijeron confiadas e ingenuas:

–Bueno; el bloque ha muerto.

Pero al siguiente día, cuando los periodistas de La Rifa se asomaron otra vez a su ventana para repetir que el bloque había muerto, que les constaba que había muerto y que todo el mundo sabía que había muerto , las mismas gentes antiguas y conservadoras tuvieron que sorprenderse de la insistencía.

Y exclamaron:

–¡Si no lo dudamos!

Y ayer, cuando los periodistas de la Rifa le han hablado por tercera vez a la ciudad negándole la existencia del bloque, el asombro de esas gentes ha sido desmesurado.

Muy intranquilas se han preguntado:

–¿Por qué se nos repite tanto que el bloque ha muerto? ¿Será acaso porque el bloque no ha muerto realmente?

Ha surgido así la duda sobre la palabra del decano en su público tradicional, en su público propio, en su público creyente. Y no ha sido despertada por los taimados enemigos del decano. Ni ha sido despertada por nosotros sus modestos contradictores. Ha sido despertada por el decano. Y no podemos sospechar que el decano la haya despertado sin querer. Porque reconocemos su habilidad, su destreza y su maestría para que se entienda lo que dice y hasta lo que no dice.

Expresando el sentimiento de las gentes antiguas y conservadoras no

tenemos por qué expresar el sentimiento de las gentes modernas y revolucionarias, que son cada día, aparte de más numerosas, más suspicaces, más burlonas, más traviesas y más murmuradoras. El decano sabe cuán aguda y avizora es la perspicacia de la ciudad.

Y, por eso, nos confirmamos en el convencimiento de que los periodistas de La Rifa no quieren persuadir a nadie de que el bloque no existe ni se mueve sino de que existe. Y de que si no se mueve todavía puede moverse de repente.

Oigamos al decano. Y oiremos que nos habla del bloque–duende. Se obstina en situar al bloque en zonas del misterio. Se empeña en denominarlo sombra, fantasma, espíritu. Y lo denomina: el bloque–duende.

El público exclama naturalmente.

–Duende, ¡pero bloque!

Y entonces los periodistas de La Rifa probablemente se sonríen. Porque lo que les interesa es que se hable del bloque como de una sombra, como de un fantasma , como de un espíritu. Saben que el bloque pujante y vigoroso de otros tiempos se ha acabado. Y se acogen a su nombre para seguir operando en las sinuosas veredas de la política nacional. Tratan de hacer del recuerdo del bloque un auspicio sobrenatural para sus empresas y aventuras.

Niegan la existencia del comité de la calle de la Rifa con la misma sinceridad con que se niegan sus actuales inquietudes. Y con la misma sinceridad con que gritan:

–¡Nos importa un ardite que el futuro presidente sea Pedro, Sancho o Martín!

Para que el público los escuche, los mire y les responda:

–¡Ajá!

Pensando de consuno con el público queremos hacerles a los periodistas del comité de la calle de la Rifa una pregunta y una invitación:

–¿Les importa a ustedes un ardite que el futuro presidente sea Pedro, Sancho o Martín? Muy bien. Entonces vamos a adherirnos, ustedes y nosotros, a la candidatura del señor Aspíllaga. Juntémonos todos los peruanos alrededor del señor Aspíllaga. ¡El señor Aspíllaga es muy gentleman, muy elegante, muy distinguido, muy honorable, muy rico!

Es una honrada invitación nuestra. ¡A que los periodistas de la Rifa no nos dicen que bueno! Se callan, se esconden, se escurren, se meten dentro de ellos mismos.

Sin embargo nosotros insistimos. Modificamos así nuestra pregunta y

nuestra invitación:

–¿No les gusta a ustedes el señor Aspíllaga? ¡Entonces vamos a adherirnos, ustedes y nosotros, al señor Leguía! ¡Juntémonos todos los peruanos alrededor del señor Leguía! ¡El señor Leguía es muy hombre, muy estadista, muy peruano, muy popular!

Y tampoco nos dicen que bueno los periodistas de La Rifa. Momentáneamente se ponen nerviosos. Y, lo mismo que antes, se callan, se esconden, se escurren, se meten dentro de ellos mismos.

Renovamos otra vez este esfuerzo para que el decano nos demuestre que le importa un ardite que el futuro presidente sea Sancho o Martín. Y volvemos a modificarle nuestra pregunta y nuestra invitación:

–¿No les gusta a ustedes el señor Leguía? ¡Entonces vamos a adherirnos, ustedes y nosotros, al señor Prado! Juntémonos todos los peruanos alrededor del señor Prado. ¡El señor Javier Prado, maestro de la juventud, es muy talentoso, muy bien intencionado, muy culto, muy sabio!

Y, por supuesto, tampoco nos dicen que bueno los periodistas de La Rifa. Tampoco nos prueban su buen deseo de que el país se dé el presidente que mejor le acomode. Tampoco se avienen con ninguna conjunción ni con ninguna fórmula posibles.

Pero siempre les importa un ardite que el presidente sea A o B. Para ellos A y B no son siquiera dos iniciales...

(En *El Tiempo*: Lima, 28–II–1918)

VOCES

Protestamos...

Algunos amigos del señor don Amador del Solar, preclaro personaje del civilismo, nos han visitado para decirnos su queja contra los periodistas de La Rifa. Y han querido persuadirnos de que los periodistas de La Rifa no quieren bien al señor Solar.

Nosotros les hemos replicado:

–¡Imposible! ¡El señor Solar es, según el rumor público, el hombre en quien tiene puestos los ojos el comité de la calle de La Rifa!

Pero ellos nos han hablado así:

–¿Leen ustedes el decano? ¿Lo han leído ya? Bueno. Fíjense ustedes en que supone que el señor Solar ha ido al Japón para conocer a las geishas o para regalarse con su amistad y para ser servido por ellas. ¿Creen ustedes que se debe pensar de esta suerte de un hombre público como el señor Solar?

Y luego nos han añadido:

–Un estadista no puede ir al Japón para constatar la gracia y la belleza de las geishas. Un estadista tiene otras excelencias que estudiar en el Japón. ¿No opinan ustedes lo mismo? ¿No opinan por consiguiente que el decano ha dejado maltrecha la fama del señor Solar? ¿No opinan que ha procedido con malevolencia?

Gradualmente nos hemos solidarizado con el sentimiento de los buenos amigos del señor Solar. Realmente el decano no ha debido presentar al señor Solar despidiéndose de las geishas. Ha debido presentarlo despidiéndose del Mikado. Ha debido presentarlo despidiéndose siquiera del señor don Francisco A. Loayza, nuestro laborioso cónsul. ¡Aunque hubiera estado convencido de que el señor Solar se despediría principalmente de las geishas!

Un estadista a quien le interesase el Japón por sus geishas sería lo mismo que un estadista a quien le interesase España por su arroz a la

valenciana, a quien le interesase Inglaterra por sus perritos foxterrier, a quien le interesase Suiza por sus lacticinios y a quien le interesase Cuba por sus cigarros puros. Y sería lo mismo que un estadista a quien le interesase el Perú por sus anticuchos. O por el dije de huairuro del señor don Manuel Bernardino Pérez. O por los prendedores de quinto de libra. O por los hombres de medias blancas y zapatos de elástico que creen que el pisco corta el frio y que no se puede tomar agua con el cuerpo caliente. O por cualquiera otro de los criollismos más pintorescos, más sazonados y más típicos de esta tierra gobernada por el señor Pardo.

Mala y suspicaz tenemos que hallar, por ende, la suposición del decano sobre las preocupaciones primordiales del señor Solar en el Japón. Y tenemos que hallarla, asimismo, inconveniente para la reputación de un personaje a quien se quiere que el pueblo mire como a un leader.

Y sobre todo tenemos que mancomunarnos con estas palabras de los buenos amigos del señor Solar:

–Además, el decano no sabe si el señor Solar ha dejado novia en Lima...

(En *El Tiempo*: Lima, 1–III–1918)

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABRAHAM: 332.
ABRILL, Carlos: 158, 159.
AGURTO, Luis S.: 237, 238.
ÁLVAREZ SÁEZ, Jorge: 21.
ANGULO Y PUENTE ARNAO, Guillermo: 255.
ARENAS, Edgardo: 140, 302.
ARENAS, Germán: 302, 362, 363, 394, 395.
ARGUEDAS, Luis Alberto: 95, 96.
ARIADNA: 214, 339.
ARIAS SCHEREIBER, Diómedes: 96.
ARISTÓTELES: 146.
ASPÍLLAGA, Ántero: 234, 266, 267, 330, 332, 343, 384, 387, 390, 397.
ASPÍLLAGA, Baldomero: 267, 384, 386, 387.
ASPÍLLAGA, Ramón: 267, 384, 387.
AYLLÓN, Ricardo Martín: 10.
BALBUENA, Gerardo: 3, 5, 6 7, 8, 9, 10, 11, 14, 15, 17, 19, 20, 22, 25, 31, 40, 44, 45, 46, 59, 61, 62, 72, 87, 100, 154, 191, 197, 203, 204, 210, 211, 225, 233, 251, 253, 258, 268, 269, 276, 277, 304, 305, 320, 327, 328, 329, 348, 357, 366, 377, 388.
BALTA, José: 238, 258, 370, 371, 272.
BALLÓN FARFÁN, Monseñor: 226, 227.
BARREDA Y LAOS, Felipe: 22, 23, 124, 138, 144, 164, 165, 178, 181, 182, 186, 191, 193, 202, 203, 213, 233, 241, 245, 256, 277, 377.
BARRÓS, Oscar C.: 277, 303, 377.
BEETHOVEN, Ludwig: 293.
BELAÚNDE, Víctor Andrés: 22, 106, 107, 197, 198, 236, 245.
BELMONTE, Juan: 382.
BENAVIDES, Óscar R.: 152.
BENDEZÚ, Juan Clímaco: 210.
BENTÍN, Ricardo: 69, 391.
BERGSON, Enrique: 236.
BERNALES, José Carlos: 77, 139, 143, 144, 189, 205, 208, 209, 210, 211, 212, 218, 222, 254, 272, 277, 283, 287, 302, 315, 318, 320, 322, 327, 330, 339, 340, 346, 347, 369, 376, 377.
BERNHARDI, Federico Von: 27, 255, 300.
BERNHARDT, Sarah: 194.
BETHMANN–HOLLWEG, Teobaldo Von: 27.
BOLÓ PACHÁ: 361.
BORDA, Carlos: 191, 258, 270, 271, 272, 277, 284, 294, 303, 315, 317, 337, 338, 377.
BUSTAMANTE Y BALLIVIÁN, Enrique: 99.
CÁCERES, Andrés A.: 114, 115, 116, 150, 316.
CAILLAUX, José: 360, 361.
CARAVEDO, Baltazar: 355, 288, 371.
CARRILLO, Luis A.: 238, 259, 274, 277, 298, 349, 377.
CASTILLA, Ramón: 212.
CASTILLO, Daniel I.: 181, 213.
CASTRO, Enrique: 95.
CASTRO, Juan Domingo: 95.
CAVIEDES, Juan del Valle: 334.
CISNEROS, Francisco Jiménez de: 55.
CLOVIS: v. Varela y Orbegoso.
CONCHA, Carlos: 233, 245, 383.
CORBACHO, Jorge: 298, 299, 315.
CORNEJO, Lino: 96, 198.
CORNEJO, Mariano H.: 197, 208, 211, 212, 215, 245, 256, 257, 323, 383.
CRAWLEY, Mateo: 220, 247.
CRIADO Y TEJADA, Víctor L.: 43, 202, 231, 234, 238, 258.
CROMWELL, Oliverio: 300.
CURLETTI, Lauro: 240, 255, 281, 282, 287, 289.
CHAPARRO, David: 258.
CHARPENTIER, Gustave: 330.
CHÁVEZ, Tomás: 32, 46.
CHIRIBOGA, Eloy: 32, 47, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 58, 59, 61, 62, 63, 67, 81, 82, 83, 89, 99, 103, 105, 110, 114, 122, 129, 130, 320, 321.
CHIRIBOGA, Santos: 51.
DALMAU, Andrés: 307.
DAMOCLES: 237.

DEUSTUA, Alejandro O.: 244.
DEVÉSCOVI, Ernesto: 6, 9.
D'ONOFRIO: 293.
DIEZ CANSECO, Pedro: 366.
DIOS: 48, 56, 57, 63, 227.
DRINOT Y PIÉROLA, Pedro Pablo: 220, 247.
DUNCAN, Isadora: 291, 344.
DUNSTAN, Guillermo: 22, 23, 24.
DURAND, Augusto: 76, 77, 98, 110, 162, 189, 205, 217, 218, 222, 223, 233, 239, 240, 328, 332, 343, 344, 345.
DURAND, Gregorio: 268, 269, 304, 328.
DURAND, Juan: 222, 287, 328.
ECHENIQUE, Miguel: 335, 341, 347, 368.
EGUIGUREN, Víctor: 328.
ELGUERA, Federico: 210, 237, 238, 279, 280.
ESCALANTE, José Ángel: 207.
ESCARDÓ Y SALAZAR, Héctor: 140, 285, 286, 290, 294, 299, 318, 319, 324, 325.
ESCRIBENS CORREA, Eduardo: 6, 9, 15.
FARIÑA, Francisco: 224, 316.
FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Gonzalo: 373.
FLORES, Benjamín: 247.
FLÓREZ, Ricardo: 140, 394.
GAMARRA, Abelardo M. 126, 146, 195, 258, 298.
GAMARRA, Manuel Jesús: 32, 258, 296, 332.
GAONA, Rodolfo: 9.
GARCÍA IRIGOYEN, David: 32, 220, 247.
GARCÍA Y LASTRES, Aurelio: 14, 65, 132, 160, 161, 179, 180, 242, 243, 285, 366.
GARCÍA Y LASTRES, Nicanor: 26, 29, 30, 243.
GARCILASO DE LA VEGA, Inca: 98, 245.
GARZÓN: 110.
GOETHE, Johann Wolfgang: 316.
GÓMEZ: 38.
GONZÁLEZ PRADA, Manuel: 245.
GRAU SEMINARIO, Miguel: 259.
GRAU, Rafael: 95, 138, 141, 179, 240.
GUEVARA, Víctor J.: 103, 104, 105, 110, 114, 122, 129, 130.
GUILLERMO II, emperador de Alemania: 27, 183, 195, 216.
HERRERA, Bartolomé: 56.
HITA, Arcipreste de: 125, 145, 146, 232.
HOHENZOLLERN, dinastía: 28.
IBERICO RODRÍGUEZ, Mariano: 236.
IDIÁQUEZ, Ismael de: 296.
ISABEL LA CATÓLICA: 284.
ITURRIZAGA, Carlos: 10.
JARA Y URETA, José María de la: 202, 235.
JACOB: 332.
JOSÉ: 332.
KANT, Emmanuel: 300.
KEEF, Barón de: v. Elguera, Federico.
KOECHLIN: 10.
LA FUENTE, Coronel César A. de: 140.
LARCO HERRERA, Víctor: 240, 254, 386.
LARCO TORRES, Jesús: 20.
LEGUÍA, Augusto B.: 33, 34, 40, 242, 245, 299, 390.
LEGUÍA y MARTÍNEZ, Germán: 208.
LEÓN, Carlos Aurelio: 29, 63, 64, 88, 89, 236.
LETONA, José: 95, 96.
LISSÓN, Emilio: 247, 248, 263, 264, 265, 277, 377.
LOAYZA, Francisco A.: 399.
LOHENGRIN: 314, 343.
LORENTE y PATRÓN, Sebastián: 255, 288, 334.
LUNA, Julio César: 104, 105, 123, 130, 132, 144, 193, 258, 277, 298, 377.
LUTERO, Martín: 265.
LUXBURG: 360, 361.
MAC ADOO: 26, 161.
MÁLAGA SANTOLALLA, Fermín: 200, 201.
MALDONADO, Baldomero: 140, 175, 285, 286, 290, 294, 318, 319, 366, 367, 394.
MANCINI, la: 194.
MANCHEGO MUÑOZ, Celestino: 51, 125.
MANRIQUE, Jorge: 272.
MANZANILLA, José Matías: 3, 4, 78, 118, 124, 132, 133, 134, 138, 144, 147, 190, 191, 210, 211, 218, 233, 245, 251, 252, 253, 258, 264, 273, 376, 278, 300, 301,

302, 305, 332, 346, 357, 377, 378, 379, 383, 388, 389, 390.
MARÍA MAGDALENA: 263.
MARTÍNEZ MUTIS, Aurelio: 48.
MAÚRTUA, Víctor M.: 3, 4, 78, 89, 90, 144, 155, 181, 191, 204, 211, 233, 242, 254, 256, 257, 258, 273, 277, 298, 317, 354, 355, 362, 363, 389, 392, 393.
MAZARINO, Julio: 55.
MELCHOR, rey: 310.
MIRÓ QUESADA, Luis: 5, 7, 8, 9, 14, 15, 17, 19, 20, 22, 25, 31, 40, 41, 44, 46, 47, 58, 60, 62, 72, 240, 320, 327, 328, 335, 348, 349, 351, 357, 358, 359.
MOGROVEJO, Santo Toribio de: 262.
MOLINA, Facundo: 197.
MONTEAGUDO, Bernardo: 65.
MONTERO Y TIRADO, Manuel: 92.
MORÁN, Miguel Ángel: 225, 296, 301.
MORENO, Pedro: 193, 196, 259.
MOULD, J. F.: 29.
MUÑOZ, Ezequiel: 65, 392, 393.
MUÑOZ SECA, Pedro: 392.
NIETZCHE, Federico: 27.
NORDAU, Max: 354, 355.
OLAVIDE, Pablo de: 334.
ORUETA, herederos de: 153.
OSMA, Felipe de: 69, 70, 99, 100.
OSORES, Arturo: 311, 312.
OSTERLING, Emilio: 6, 9.
PACHECO VARGAS, Benjamín: 197.
PANZA, Sancho: 146, 166, 168, 169, 261, 302, 363.
PARDO Y BARREDA, Enrique: 128, 132.
PARDO Y BARREDA, Felipe: 92, 93, 132.
PARDO Y BARREDA, José: 5, 7, 8, 13, 21, 22, 29, 30, 31, 32, 34, 35, 36, 40, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 53, 58, 64, 66, 67, 68, 69, 71, 72, 73, 74, 75, 77, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 94, 95, 99, 102, 104, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 120, 121, 126, 127, 128, 132, 135, 136, 138, 141, 142, 145, 146, 150, 151, 160, 162, 163, 165, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 181, 183, 185, 188, 189, 190, 199, 202, 203, 204, 206, 209, 210, 215, 216, 217, 221, 230, 232, 233, 236, 241, 242, 243, 245, 247, 248, 250, 260, 263, 266, 267, 283, 285, 288, 289, 290, 293, 295, 305, 307, 308, 309, 311, 312, 313, 314, 320, 322, 324, 325, 330, 334, 340, 344, 345, 346, 347, 350, 364, 365, 366, 368, 370, 371, 372, 373, 374, 375, 376, 382, 383, 384, 385, 386, 387, 392, 394, 400.
PARDO Y BARREDA, Juan: 22, 70, 85, 86, 102, 117, 118, 119, 123, 124, 127, 128, 132, 138, 139, 144, 147, 148, 155, 162, 189, 190, 196, 202, 210, 213, 214, 224, 225, 230, 231, 238, 252, 258, 269, 272, 277, 283, 294, 295, 296, 300, 301, 304, 320, 340, 363, 364, 369, 377.
PARDO y BARREDA, Luis: 128, 132.
PARODI, José: 274.
PAVLOVA, Ana: 100.
PAYÁN, José: 92.
PEÑA MURRIETA, Rodrigo: 22, 27, 79, 80, 88, 93, 124, 211, 258, 318.
PÉREZ ARANÍBAR, Augusto; 325, 342, 357.
PÉREZ FIGUEROLA, Alfredo: 286, 319, 324, 325.
PÉREZ FIGUEROLA, Arturo: 342, 343.
PÉREZ FIGUEROLA, Augusto: 342, 357.
PÉREZ FIGUEROLA, Justo: 325.
PÉREZ, Heráclides: 14, 21, 175, 180, 241, 283, 286, 290, 325.
PÉREZ, Manuel Bernardino: 124, 125, 132, 145, 146, 147, 152, 156, 157, 162, 165, 167, 168, 169, 181, 182, 185, 190, 193, 194, 200, 210, 214, 225, 232, 233, 236, 241, 245, 246, 248, 261, 264, 265, 269, 277, 284, 289, 291, 292, 293, 295, 298, 302, 307, 314, 315, 320, 326, 332, 342, 348, 349, 350, 351, 359, 363, 368, 371, 380, 381, 382, 383, 395, 400.
PERL, Federico: 255.
PEROCHENA, Víctor Aníbal: 106, 107.
PHILLIPS, Belisario: 55, 56, 59, 153, 202, 220, 221, 225, 226, 229, 233, 247, 248, 262, 263, 272, 302, 316.
PINZÁS, Teobaldo J.: 22, 88, 181, 191, 258, 268, 300, 332, 356, 366.
PIZARRO, Francisco: 92.
PONCE Y CIER, Leonidas: 79, 88, 318.

PRADO Y UGARTECHE, Javier: 111, 136, 150, 244, 245, 247, 251, 260, 320, 330, 334, 335, 346, 347, 398.
PRADO Y UGARTECHE, Jorge: 5, 6, 8, 9, 15, 18, 19, 20, 21, 22, 25, 31, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 62, 72, 82, 289, 336, 341.
PRADO Y UGARTECHE, Manuel: 204, 234, 336, 341.
PUENTE, Benjamín.: 65, 142, 151, 152, 158.
QUESADA, señores: 245.
QUIJOTE, Don: 146, 166, 167, 168, 261, 289.
QUÍMPER, Manuel: 94, 95, 191, 231, 238, 258, 277, 300, 303, 304, 305, 306, 348, 377, 383.
RÁEZ, Ernesto: 78, 79, 88.
RASPUTÍN, Gregorio: 55, 56, 81, 153, 183, 202, 220, 221, 226, 262, 302, 332.
REVILLA, Clemente: 213, 307.
REY DE CASTRO, Carlos: 17, 99, 100.
RICHELIEU, Armando: 55, 56.
RÍOS, Juan: 8, 210.
RÍOS, Ricardo R.: 274.
RIVA AGÜERO, Enrique de la: 27, 28, 35, 36, 65, 66, 85, 86, 100, 119, 121, 126, 130, 135, 136, 140, 142, 150, 152, 170, 171, 178, 215, 216, 352, 360.
RIVA AGÜERO, José de la: 97, 98, 106, 125, 151, 234, 236, 245, 293.
RIZO PATRÓN, Antenor: 88, 97.
ROBLES, Daniel Alomía: 70, 99.
ROCA Y BOLOÑA (Calendario): 348.
ROSA DE LIMA, Santa: 173, 178, 183, 186, 187, 188, 189, 247, 260, 279.
ROUSKAYA, Norka: 289, 293, 318, 338, 381.
RUIZ, Juan: v. Hita, Arcipreste de
RUIZ BRAVO, Pedro: 195, 196, 301, 305.
SABA, Reina de: 87.
SALAZAR Y OYARZÁBAL, Juan de Dios: 29, 95, 123, 124, 191, 225, 239, 277, 298, 299, 305, 306, 377, 383.
SALINAS Y COSSÍO, Guillermo: 10, 97, 98.
SALOMÉ: 224.
SALOMÓN, Rey: 87, 201, 272.
SALOMÓN, Alberto: 201.
SALOMÓN, Óscar Víctor: 201, 202, 210, 272, 300, 302, 307, 318, 319, 324, 325, 332, 343, 348, 387.
SAMANEZ OCAMPO, David: 95.
SÁNCHEZ DÍAZ, José: 224, 264, 265, 316.
SÁNCHEZ, Eleazar: 79, 88.
SAN ANTONIO: 103.
SAN ATILIANO: 251.
SAN CARLOS: 271.
SAN FROILÁN: 251.
SAN JUAN: 225.
SAN JUAN BAUTISTA: 89, 226.
SAN JUAN CRISÓSTOMO: 224.
SAN JUAN DAMASCENO: 224.
SAN JUAN DE DIOS: 224.
SAN JUAN DE LA CRUZ: 224, 225.
SAN MARTÍN, José de: 238, 277, 370, 377.
SAN PABLO: 89.
SAN PEDRO: 89.
SAN PLÁCIDO: 251.
SAULO: 263.
SAVONAROLA, Jerónimo: 56.
SAYÁN Y PALACIOS, Emilio: 22, 89, 90, 110, 181, 233, 249, 250, 278, 296, 332, 378.
SAYÁN Y PALACIOS, Samuel: 181, 191, 378, 395.
SECADA, Alberto: 95, 181, 182, 191, 207, 211, 224, 225, 226, 233, 244, 250, 258, 277, 300, 302, 305, 314, 316, 317, 363, 369, 370, 377, 383, 385.
SEGUÍN, Alberto: 233.
SEOANE, Gonzalo: 9.
SERDIO, Pedro A.: 210.
SISNIEGAS, José B.: 200, 201.
SÓCRATES, San: 225.
SOLAR, Amador del: 399, 400.
SOLAR, Pedro Abraham del: 63, 64, 88, 89, 150, 151, 152, 182.
SOLF Y MURO, Alfredo: 191, 277, 303, 377.
SOSA, Mario: 65, 285.
SOTIL, Domingo: 202, 203.
TELLO, Julio C.: 70, 71, 97, 98.
TENORIO, Don Juan: 287, 350.
THEMIS (o Temis): 63, 79, 89.
TIZÓN: 47, 302, 321.
TOLA, Fernando: 79.

TORRES BALCÁZAR, Juan Manuel: 5, 7, 8, 9, 14, 15, 17, 21, 22, 24, 25, 26, 41, 72, 95, 179, 180, 182, 253, 269, 275, 276, 277, 289, 293, 300, 301, 320, 334, 336, 348, 370, 377.
TOVAR, Manuel.: 227.
TUDELA Y VARELA, Francisco: 140, 171, 189, 195, 196, 199, 200, 206, 207, 215, 233, 254, 256, 257, 290, 314, 315, 331, 352, 353, 361, 373, 383, 389, 394.
TUPIÑO, Pedro A.: 388, 389.
UCEDA, Carlos E.: 191, 258, 272.
UGAZ, Germán: 9.
ULLOA, Alberto: 95, 144, 150, 181, 182, 191, 196, 204, 207, 211, 213, 254, 256, 258, 259, 264, 265, 273, 277, 300, 301, 303, 356, 363, 364, 365, 370, 373, 377, 380, 388, 389.
URETA, Alejandro N.: 342.
URQUIETA, Mariano Lino: 322, 323, 328, 332.
VALENCIA, Tórtola: 295.
VALERA, Wenceslao: 220, 233, 248.
VARELA y ORBEGOSO, Luis: 195, 384, 386.
VERA, Mateo: 374.
VILLAGARCÍA, Enrique: 3, 4, 388.
VILLANUEVA, Rafael: 29, 30, 33, 34, 145, 233, 235, 236.
VILLARÁN, Manuel Vicente: 92, 245, 322, 323.
VERDI, Giuseppe: 293.
VIVANCO M., Alejandro de: 291, 293, 295.
WAGNER, Richard: 293, 314, 315.
WILDE, Óscar: 224.
WILSON, Woodrow: 92, 206, 257, 354.
YOK KANAAM: 224.
ZAPATA, Ernesto: 29, 30, 32, 47, 62, 63, 67, 208, 209.
ZUBIAGA DE GAMARRA, Francisca: 212.

ÍNDICE

	Págs.
Nota Editorial	VI

VOCES

El escaño del leader	3
Fin de semana	5
Amanece	7
Balbuena, suplente	8
Hoy domingo veinte de mayo	12
El debate roto	13
Esta tarde	15
Hoy lunes...	16
Sumas y restas	19
Congratulándonos	21
Desde lejos	22
Este proceso	24
El voto de honor	25
Seguimos neutrales	27
El telégrafo infausto	29
En la trastienda	31
Hoy, 29 de mayo	33
Dios dirá...	35
Suenan tiros	37
Ayer y hoy	40

El éxito 42
Asombros y sorpresas 44
Un día más 46
El pan milagroso 48
Sobre la pista 50
La ciudad triste 53
Monseñor el favorito 55
Este instante 58
Trance histórico 61
Themis electoral 63
Últimos momentos 65
Todo igual 67
Los que vienen 69
Política incaica 70
Ayer, veinte 72
Miramar excelso 74
Viene el doctor Durand 76
En la balanza 78
Feligresía inquieta 81
Ambiente de temporada 83
Rumor inquietante 85
Justicia para todos 87
Doctrina y papeles 89
Viajero ilustre 92
Mes de julio 94
Más papeles 95
Postura inminente 97
Adiós, adiós 99
Mundo mundillo 101
El último caso 103
Política nueva 106
Ave fénix 108
En el exordio 110
Ocho millones 112
Todavía marciales 114
Días van, días vienen 116
Hoy, trece 118
Un año 120

En la sala provisoria 123
Atmósfera indecisa 125
El affiche pardista 127
El pecador furtivo 129
Julio se acaba 131
Adios juventud 133
Madrugada nerviosa 135
Julio glorioso 137
Pasó el veintiocho 139
Día primero 141
Estación que empieza 143
Líder criollo 145
Los viernes de don Juan 147
El mes de promisión 149
Espada de Oriente 151
Plancha sonora 152
Fastidio cotidiano 154
Legislación risueña 156
Dos generales 158
Banquete y presente 160
Los sábados 162
Rimbombos de primavera 164
Sancho protesta 166
Nos aburrimos 170
En el cenit 172
"Signos" de los tiempos 175
Bajo la epidermis 177
Desde el destierro 179
El diapasón parlamentario 181
Agosto termina 183
Independientes todos 185
Estamos de fiesta 186
Brindis, ceremonias, ternuras... 188
Las sonrisas 190
Atmósfera turbada 193
Tarde mixta 195
Fallo nacional 197
Estamos en setiembre 199

Diputación forzosa 200
El señor Sotil 202
Inminencia electoral 204
Tengamos fe 206
Zapata, senador 208
Alta política 210
Debate persistente 213
Nuestra neutralidad 215
Gesto de burgomaestre 217
El favorito sueña 220
Rectificamos... 222
San Lunes 224
Carta del Sr. Phillips 225
Vacilando 230
Primavera 232
Responsos 235
Prócer burlón 237
Setiembre 30... 239
El consejero 242
Juventud, divino tesoro 244
Nuestro aliado 247
Métodos criollos 249
Santo risueño 251
Asamblea entusiasta 254
Trance solemne 255
Especialistas 258
Día de óbolos 259
Día feriado 260
La santa alianza 262
Ánima en pena 264
Aires de primavera 266
Retiro temporal 268
El diputado estudiante 270
Las sesiones finales 272
Sansón criollo 275
Noventa días 277
El señor del centenario 279
Inquietudes domésticas 281

Lunes parlamentario 283
Rieles y durmientes 285
Primero de noviembre 287
Bostezando 289
Acto de contrición 291
Diapasón guerrero 293
El sueño de don Juan 295
Ambiente trágico 298
Nerviosidades 300
Miscelánea criolla 302
Autos y vistos 304
Palco de besamanos 307
El óleo peruano 309
Pueblo de los amores 311
Pasan los días... 314
Santo, santo, santo 316
Ministro viajero 318
Luengo camino... 320
Tira y afloja 322
La torre del régimen 324
Pasos perdidos... 327
Crisis de crisis 330
Epitafio 332
Política de automóvil 334
El ilustre estudiante 337
Vísperas de vísperas 339
Primavera peruana 342
Regalada vida 343
Paz en la Tierra 346
Año Nuevo 348
Pérez, síndico 350
Palmas y laureles 352
Al margen del pisco 354
Tardes álgidas 356
El reloj demudado 358
Las trompetas de la fama 360
El señorío maltrecho 362
Mañana y tarde 364

3 9001 03261 5430

Lo imprevisto 366
Más Congreso 368
Fe liberal 370
¿Pasa algo? 373
Todo permanente 375
El reino interior 377
Enfant gaté 380
El señor carnaval 382
De regreso 384
Horizonte nublado 386
Uno por uno 388
Disfuerzos 390
Suprema aspiración 392
Pase obligado 394
Duende, pero bloque 396
Protestamos... 399

ÍNDICE ONOMÁSTICO 401

Este Tomo 6 de ESCRITOS JUVENILES (Voces III) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 6 de octubre de 1993, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 5–14457–G. R.U.C. Nº 10027675

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.